

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE FILOLOGÍA



TESIS DOCTORAL

**América como destino: nuevos espacios identitarios en
la obra de Anzia Yezierska**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

Rebeca Campos Ferreras

Directores

Félix Martín Gutiérrez
Eduardo Valls Oyarzun

Madrid, 2016



REBECA CAMPOS FERRERAS

**AMÉRICA COMO DESTINO: NUEVOS ESPACIOS
IDENTITARIOS EN LA OBRA DE ANZIA YEZIERSKA**

TESIS DOCTORAL EUROPEA DIRIGIDA POR LOS DOCTORES
FÉLIX MARTÍN GUTIÉRREZ Y EDUARDO VALLS OYARZUN

PROGRAMA DE DOCTORADO EN ESTUDIOS LITERARIOS

FACULTAD DE FILOLOGÍA
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

1. América como destino: Nuevos espacios identitarios	3
2. Discursos de empoderamiento y paternalismo americano	21
2.1. Empresas de caridad: Brazo ejecutor del paternalismo	23
2.1.1. “The Free Vacation House” como espacio reformativo	28
2.1.2. Ideales de higiene y limpieza: La red de poder doméstica.....	40
2.1.3. La solidaridad como alternativa a la caridad.....	47
2.2. Revisión de la “New Woman”: Nuevos modelos de americanización.....	57
2.2.1. Tránsito entre la “American New Woman” y el arraigo europeo	59
2.3. Discursos de empoderamiento: Americanización como ritual iniciático	74
2.3.1. Concepto de “American Lady” y su incidencia en el imaginario del gueto .	76
2.3.2. Toma de poder: Transgresión del ritual iniciático	82
3. El Fracaso de la americanización y su repercusión en el “American Dream”	97
3.1. Adaptación a través de la americanización	97
3.2. Eclósión de influencias y pérdida de arraigo:	102
3.2.1. En el espacio de tránsito identitario: “The Fat of the Land”	102
3.2.2. Americanización del espacio privado: “The Lost Beautifulness”	116
3.3. Desmitificación de América como “Golden Country”: <i>Bread Givers</i>	126
3.4. El “American Dream” como realce de la diferencia: <i>All I Could Never Be</i>	158
4. La búsqueda del reconocimiento: La “Diferencia”	182
4.1. Problemática del sujeto “No Reconocido”	182

4.2. Domesticación del sujeto excluido: <i>Salome Of The Tenements</i>	187
4.3. La “Diferencia” como alternativa a la exclusión: <i>Arrogant Beggar</i>	227
4.4. El conflicto de la “Endo–Diferencia”	261
4.4.1. Matrimonio endogámico e interclasista: “Dreams And Dollars”	261
4.4.2 Matrimonio endogámico e intraclasista: “Where Lovers Dream”	268
4.4.3. Transacción de la identidad: “The Song Triumphant”	273
5. Conclusiones: “Diferencia” o “Mimetización”	280
Referencias bibliográficas	291
I. Fuentes primarias.....	291
II. Estudios críticos generales	295
III. Estudios críticos específicos	296
ANEXO MENCIÓN EUROPEA	300
America as Destiny: New identitary Spaces in Anzia Yezierska’s Fiction.....	300
1. America as a collective destination	302
2. Conclusion: ‘Difference’ or ‘Imitation’	320

1. América como destino: Nuevos espacios identitarios

La apreciación del territorio de América como epicentro de las libertades individuales y amalgama cultural en continuo proceso de expansión ha ido reafirmando a lo largo de los siglos como espacio idóneo de convivencia en el imaginario colectivo europeo. Cabe considerar, de este modo, el principio de igualdad sobre el que se han erigido los códigos morales y políticos que dirigen el discurrir vital de los individuos afincados en este territorio, ya que dicho principio fue el eje conector entre el ideal del “American Dream”¹ y los inmigrantes que, a lo largo del siglo XIX, se embarcaron en busca de la realización de dicho principio. La utilización del término “América” como espacio metonímico que funciona desde el todo general para hacer referencia a la parte local, es decir, para señalar el espacio denominado políticamente como Estados Unidos, será recurrente en este estudio ya que la producción literaria de la autora escogida para llevarlo a cabo así hace uso del mismo, incrementando de este modo la mitificación del espacio geográfico por su falta de especificidad y concreción. Partiendo de las palabras de Jim Cullen y su definición de dicho territorio como producto del imaginario colectivo, “the United States was essentially a creation of the collective imagination.” (2003, 6), es relevante resaltar la envergadura ilusoria que se establece en torno a la concepción de este territorio como promotor del principio universal de la igualdad entre individuos. Esta relevancia formará parte del dilema que en este estudio se plantea, ya que el conflicto identitario que surgió a la hora de hacer frente a la realización de una realidad preconcebida provocó la necesidad por parte de los inmigrantes europeos de

¹ Conviene explicar que la aparición en este estudio del concepto “American Dream” en la lengua original en la que se acuñó parte de la relevancia del mismo en el período de principios del siglo XX, por lo que se ha considerado necesaria su inclusión manteniendo esta característica.

construir espacios identitarios nuevos en los que los individuos pudiesen adquirir el reconocimiento de su individualidad y poner en marcha el principio de igualdad anhelado. Cuando Cullen hace referencia a este principio lo ejemplifica de tal manera que las diferencias de rango social quedan difuminadas hasta el punto de que la igualdad, entendida en un primer momento como estadio final de tolerancia religiosa y cultural, termina por denotar también la disolución de la diferencia de clases: “the ploughman and the professor were equal in their ability to grasp the difference between right and wrong” (2003, 52).

Una vez establecidos los parámetros del principio de igualdad que la estructura social americana posibilitaba llevar a la práctica, también es necesario atender al proceso por el que se propagó la base teórica de dicho principio, y que dio lugar a la configuración de un discurso conocido a escala mundial como “American Dream”. La comparación de este discurso con lo que Cullen denomina como “a kind of lingua franca” (2003, 6) supone la aceptación de un prototipo de bienestar social que se traduce textualmente para su propagación efectiva y su máxima difusión posible. La representación de América a través del ideal promulgado permitió generar en el imaginario colectivo europeo una concepción ilusoria del territorio que provocó la necesidad por parte de los inmigrantes provenientes de Europa de apropiarse de la potencialidad real de ese discurso. Además, el crecimiento tanto tecnológico como industrial de las grandes ciudades norteamericanas durante la segunda mitad del siglo XIX ofreció la posibilidad para muchos de estos inmigrantes de poder asentarse y disfrutar de la tranquilidad que sus lugares de origen no les permitían debido a las situaciones de conflicto racial y religioso que se libraban de manera continuada. La concepción de América, por tanto, como espacio identitario se fue construyendo sobre las bases del “American Dream”. Éste, moldeado como un discurso persuasivo, se

nutría de la vulnerabilidad de los colectivos sociales oprimidos, ya que les ofrecía la posibilidad de encontrar el reconocimiento a su individualidad sin atender a las diferencias culturales y de clase que tantas décadas llevaban siendo la causa de su exclusión: “For in a sense, America is essentially a dream, a dream as yet unfulfilled. It is a dream of a land where men of all races, of all nationalities and creeds can live together as brothers.” (Cullen, 2003, 126)

Sin embargo, a pesar de este intento por representar los códigos sociales que el principio de igualdad sostenía, lo cierto es que la sociedad americana que fue asentándose desde el momento en el que se descubrió el Nuevo Mundo no consiguió poner en práctica de forma eficaz la base teórica de ese ideal en cuestión. En palabras de Carol B. Schoen: “Part of the myth of America had been the idea of acceptance of all peoples, of equality of treatment and opportunity. Instead, immigrants in general found discrimination and exclusion” (1982, 3). La llegada masiva de inmigrantes pertenecientes a la segunda ola de inmigración desde Europa del Este, entre cuyas familias se encontraba la de la autora Anzia Yezierska, cuya producción literaria se verá expuesta a un estudio exhaustivo en los capítulos siguientes, causó la aparición de un conflicto identitario a la hora de definir la realidad a la que tuvieron que enfrentarse en los términos de aquello que habían preconcebido en sus localidades europeas natales. Como bien indica Yezierska a través de uno de sus personajes en el relato titulado “Soap and Water”: “I had come a refugee from the Russian pogroms, aflame with dreams of America. I did not find America in the sweatshops, much less in the schools and colleges.” (1920, 75). Este pasaje representa la desmitificación que tuvo lugar con respecto al objetivo gestado en la imaginación de los inmigrantes una vez se situaron en las grandes urbes americanas y fueron testigo de la exclusión social a la que se vieron abocados. De este modo, la participación en las instituciones educativas americanas que

conformaron la mayor parte de las ilusiones que traían consigo termina por resolverse a través de su inclusión en los denominados “sweatshops”, unas fábricas de explotación laboral a las que la mayoría de las mujeres debieron someterse en su intento por costearse la educación que anhelaban. La preconcepción de América como territorio de oportunidades se vio puesta en entredicho en tanto que la realización del “American Dream” quedaba suspendida por su falta de progresión, dejando a estas mujeres en un estadio de tránsito del que no pudieron desprenderse por su carencia de recursos económicos. Werner Sollors hace referencia al conflicto identitario y lo explica como parte esencial del argumento de las novelas que tratan el tema de la inmigración de manera directa: “The tensions of poor ethnic families in working-class polyethnic neighborhoods in an often myth-seeming America are omnipresent and at times decisive for the plot” (2002, 59). Como se comprobará más adelante, la producción literaria de Yeziarska permite, por una parte, profundizar en los aspectos que conciernen a la adaptación de los inmigrantes de Europa del Este, sobre todo mujeres, en el Nuevo Mundo. Por otra parte, expone las razones por las que el discurso que señala el espacio de América como catalizador del principio de igualdad entre los individuos que ahí habitaban se torna ineficiente cuando se intenta poner en práctica a través de los mecanismos de integración y americanización que las instituciones tenían preparados para las recién llegadas: “For Yeziarska, the immigrant’s difficult position represents one of America’s great failures” (Champion, 2000, 379)

Así pues, en la primera parte de este estudio se tratará la problemática que se genera en torno al proceso de desmitificación y cómo la jerarquía de poder entre los propios inmigrantes quedaba establecida gracias a la influencia de una serie de instituciones de carácter privado, como las dedicadas a la caridad y a la educación, cuyo propósito estaba relacionado con el mantenimiento de las diferencias de clase. Cabría

resaltar, de este modo, como parte de la desmitificación que los inmigrantes judíos pertenecientes a la segunda ola migratoria desde Europa del Este en las últimas décadas del siglo XIX sufrieron la descompensación de privilegios entre éstos y los compatriotas que participaron en la primera oleada migratoria hacia América. Considerando la alta capacidad de adaptación que mostraron las mujeres inmigrantes pertenecientes a la primera ola de inmigración, provenientes en su mayoría del territorio comprendido entre las actuales Alemania y Polonia, la rápida adopción de los valores culturales americanos por su parte provocó un choque de entendimiento con las recién llegadas desde el antiguo Imperio Ruso: “The Germans looked down on the east Europeans as uncouth, barbaric, ill-mannered, fanatical, while the east Europeans attacked the Germans for being wooden, materialistic, snobbish.” (Howe, 1979, 55). La representación de estos valores predominantes permitió a las mujeres de la primera ola de inmigración integrarse en la dinámica laboral de las instituciones de caridad y de educación orientadas a la instrucción de los ideales de feminidad americanos. Así, las inmigrantes de Europa del Este fueron colocadas en un estadio inferior en el que el tránsito hacia la adquisición de la identidad americana debía pasar por una primera toma de contacto con las mujeres que, décadas antes, habían llevado a cabo el mismo trayecto en busca de la prosperidad y la igualdad previamente mencionadas. Además, el hecho de que tuviesen que enfrentarse a ese posicionamiento participaba de una estrategia paternalista cuya única intención, según muestra Yezierska a lo largo de sus novelas, era la de establecer jerarquías identitarias que señalasen qué individuos eran aceptados dentro de los códigos de conducta que componían la denominada “identidad americana”. El adoctrinamiento para la representación eficaz de dicho código aparece materializado en los discursos propagados tanto por las benefactoras de las empresas de caridad como

por las instructoras que hacen cumplir una serie de hábitos disciplinarios con la máxima de lograr una adaptación completa en la sociedad americana.

La apreciación de lo que podría llamarse “privilegio” identitario entre las mujeres pertenecientes a las distintas olas de inmigración desde Europa del Este da lugar a un planteamiento por el que la calidad de “inmigrante” entraría en conflicto con la de “nativo” en tanto que no podrían conjugarse en un mismo individuo al mismo tiempo. Si se entiende el estadio de “inmigrante” como una ubicación a partir de la cual la adaptación a los valores culturales dominantes no se ha llevado aún a cabo, entonces las mujeres de la segunda ola, descritas por Yezierska, se verían definidas como tales, reforzando la jerarquía identitaria que necesariamente se establecería entre ambos grupos de inmigración. Sin embargo, y siguiendo las conclusiones que se indicarán en este estudio como solución al conflicto, si se percibe la identidad del inmigrante como aquel estadio al que todo individuo ya establecido en territorio americano se ha visto expuesto, entonces se equipararían las experiencias de las mujeres de la primera ola con las de la segunda, abogando por una igualdad universal que trascendería la jerarquía que las instituciones encargadas de difundir la americanización pretenden instaurar. El término identitario “nativo”, de esta manera, pasaría a participar de un discurso exclusivista y estratégicamente xenófobo que dista del cometido teórico comprendido en el “American Dream”, por el que resultaría más eficaz establecer la identidad de “inmigrante” como aspecto universal que respalda el principio de igualdad al que rinde culto.

En esta línea, es conveniente destacar el binomio identitario que resulta a la hora de entender el abismo cultural que se presenta entre las inmigrantes de las diferentes olas de inmigración. En este estudio, el término mujer *americanizada* se contrapondrá al

de mujer *guetizada* en un intento por dar voz a la experiencia de las mujeres del gueto judío del Lower East Side y diferenciar así su particularidad para evitar caer en un acercamiento artificial aunando las dos situaciones y obviando su toma de privilegios descompensada: “This disparity of treatment might be diminished by the surrender of unique ethnic distinctions, the adoption of the customs and mores of the dominant American culture, and the merging with the older population. But this acceptance of the “melting pot” was not always practiced by native Americans” (Schoen, 1982, 3). Del mismo modo, la identidad de la denominada “American Lady”, que aparecerá asociada a las mujeres que disfrutaban de un estatus social acomodado y que representan el arquetipo de mujer preponderante de la época, se expondrá en oposición a la identidad de la “Jewish Woman”, un modelo de comportamiento que escenifica los códigos morales de la tradición judía y los hábitos costumbristas que parten de una situación de precariedad y exclusión. Si bien estos conceptos permiten clasificar a los personajes retratados por la autora polaco-americana desde una perspectiva omnisciente, en los relatos y las novelas son señalados a partir de la visión del otro, dando lugar a la aparición de términos nuevos para denominarse mutuamente. Por una parte, el término “allrightnik” servirá para que las mujeres *guetizadas*, o su correlativa designación como “Jewish Woman”, se refieran a las mujeres asentadas previamente en territorio americano y que, por ello, disfrutaban de una posición arraigada en términos de identidad, lo que se ha denominado como “American Lady” o mujer *americanizada*. Por otra parte, el concepto de “Amerikanerin” se muestra como una alternativa discursiva para nombrar la situación de las mujeres *guetizadas* que se encuentran en el tránsito hacia su adaptación y que intentan representar la identidad americana desde su posicionamiento excluido y precario. Este concepto será utilizado dentro de las novelas tanto por las individualidades de las clases medias y altas como por los habitantes judíos en su afán

por señalar el híbrido resultante tras intentar reconciliar dos culturas diferentes en una misma experiencia.

La ubicación de estas inmigrantes dentro de este contexto suponía, además, una aproximación incompleta a los ideales de feminidad y belleza asociados a la figura de la “American Lady” que pretendían imitar para su inclusión en el gusto de la élite neoyorquina y su consiguiente aceptación en el espacio público. Por este motivo, las protagonistas de los relatos y novelas de Yeziarska emprenden la búsqueda de esos ideales a través de la representación del mismo en el espacio doméstico, ya que su condición biológica les colocará en la privacidad del hogar una vez llegan a América: “the newly American Jewish woman, like her non-Jewish counterpart, was encouraged to restrict her activities increasingly to the home and mothering.” (Baum, 1976, 15). Su deseo por representar la identidad americana a partir de la exclusión les conduce a la creación de modelos de belleza que no pueden sostenerse debido a la imposibilidad de mantener económicamente la limpieza y la pulcritud con que las viviendas de las clases más acomodadas componen sus interiores. La frustración a la que hacen frente a la hora de recrear esos ideales de forma incompleta se potencia por el choque cultural y religioso que surge, además, como consecuencia de sus intentos por americanizar no sólo los espacios que habitan, sino también su apariencia: “the renovation of dress and carriage often created internal crises in them, for many of the new ways conflicted with deep-set customs, both cultural and religious” (Baum, 1976, 204).

La labor de las instituciones expuestas por la autora como la “Free Vacation House”, la “Home for the Working Girls” o la “Manning Settlement House” consiste en la puesta en práctica de discursos que parten de una intención paternalista y excluyente, ya que sólo sirve para instruir a las mujeres del gueto una serie de consignas de

comportamiento en torno al prototipo de feminidad vigente de la época, por el que son situadas en el espacio privado del hogar y expuestas a la servidumbre ante las clases más acomodadas. Partiendo del estudio crítico de Michel Foucault y su interés por mostrar, desde una perspectiva histórica, el desarrollo de la prisión contemporánea, estas instituciones serán señaladas como espacios de vigilancia en los que se llevan a cabo la instrucción de hábitos de disciplina que provocan el adoctrinamiento y la rectificación de las conductas que han intentado trascender los límites de comportamiento asociados a su estatus social.

La imposibilidad de representar el modelo femenino vigente daría lugar a una identidad híbrida que se conformaría desde su oposición a la identidad prefijada por las instituciones americanas y que se propagaba por las calles neoyorquinas a través de la apariencia y los hábitos de conducta de las clases elitistas. Al establecer la identidad que el proceso de americanización gestionaba como un discurso “finito”, es decir, como un discurso que no permite la trascendencia de sus propios límites una vez se pone en práctica y que está configurado para la compartimentación de los individuos en los rangos sociales atribuidos según su sexo y estatus social, la autora capacita a sus personajes con la habilidad de representar la verdadera identidad americana a partir de la aceptación, precisamente, de la individualidad propia como una experiencia en continuo devenir. Esta experiencia se entiende, pues, liberada de cualquier barrera terminológica que pudiera cercar una definición identitaria que, en realidad, se encuentra en proceso de reelaboración continua. Así, la expresión “New American Jewish Woman” permite establecer un punto de partida identitario a partir del cual las mujeres retratadas por Yezierska se alejan del modelo femenino de las clases acomodadas y construyen una experiencia al margen del discurso dominante proyectado para americanizarlas. Partiendo del concepto de “American New Woman” y la

descripción que Jane Burnstein aporta sobre el mismo, cabría considerar la influencia que las mujeres judías del Lower East Side recibieron y cómo les afectó en su búsqueda del principio de igualdad a través de dicho discurso dominante:

“the concept of the New Woman first described Jane Addams’s generation of ambitious, career-oriented, middle-class American women, many of them active in urban reform causes. Later the term was employed to describe an altogether different style of femininity, when the carefree flapper of the 1920s began to challenge old-fashioned notions of female restraint and asexuality with a rebellious style of social and sexual experimentation.” (1990, 208)

Generado a partir del concepto “American New Woman”, la nueva expresión propuesta por la autora da cabida a una renovación de la identidad americana en función de un arraigo cultural que condicionó la experiencia de las inmigrantes de Europa del Este desde su llegada a América a finales del siglo XIX.

La crisis identitaria, entonces, aparecerá expuesta en este estudio como parte esencial del proceso de adaptación a la identidad americana, dando lugar a una revelación por parte del individuo de su capacidad por reconstituirse a través de lo que se ha denominado como “ritual iniciático” (Amorós, 1997), un re-nacimiento simbólico que ejemplifica el paso de un estadio identitario a otro con la máxima de completar dicho proceso. Para mostrar la repercusión de este ritual se ha incluido la experiencia autobiográfica de la autora Mary Antin, nacida en Bielorrusia y afincada posteriormente en Boston, como arquetipo que cumple con los requisitos para la representación del ritual iniciático, por el que los individuos se empoderan y consiguen el reconocimiento de su individualidad a través de la mirada del otro ya iniciado. Sin embargo, las consecuencias que dicho ritual provoca son expuestas de manera distinta por cada una

de las dos autoras, lo que enriquecerá la postura crítica desde la que se planteará la problemática emergente entre las dos propuestas narrativas.

En la segunda parte del estudio se mostrará cómo el proceso de americanización, por su carácter amalgamador, entra en conflicto con la base teórica del “American Dream” y cómo el reconocimiento de la individualidad de las protagonistas no puede darse lugar a través de dicho proceso en el espacio público debido a dos razones principales. Por una parte, el mantenimiento de la identidad *americanizada* por parte de estos personajes requiere un estatus económico del que no disponen, por lo que el intento se ve frustrado siempre y cuando dependa de un respaldo monetario permanente. Por otra parte, y dando por supuesta la solvencia económica, la anulación completa del arraigo cultural que había definido sus experiencias antes de su llegada al nuevo territorio se muestra como un elemento determinante a la hora de entender la imposibilidad de adaptación a los nuevos espacios dominados por la élite social americana. En contrapartida a este argumento, Marion Simon Misch, define ese proceso identitario a partir de su incidencia en el reconocimiento de la diferencia de cada uno de los individuos que habitan en el territorio americano, acentuando su naturaleza inclusiva y alejándose del modelo impuesto por las instituciones y la sociedad americana como método efectivo de integración:

“True Americanization means a full and sympathetic understanding of and devotion to the principles symbolized by our flag, and an individual feeling of responsibility for the affairs of State. It means an amalgamation of all races and the appreciation of the contribution of each. When we are truly Americanized there will be no race-hatred, creed-hatred or class-hatred for we shall be Americans all, and there will be no slackers, military or civil, for all will be

equally ready for the duties as well as the privileges of the New America.”

(Patterson, 2008, 220)

A pesar de esta consideración, por la que la americanización pasaría a ser asociada con la puesta en práctica del “American Dream”, Yeziarska plantea las dificultades a la hora de aplicar esta identidad nueva a las experiencias de las mujeres del gueto neoyorquino, ya que para alcanzar la igualdad de reconocimiento de sus diferencias deben, precisamente, mantener su arraigo cultural intacto, aunque sea dentro del espacio privado del Lower East Side. Para entender el origen de este conflicto, es conveniente, pues, dar visibilidad al término “mujer” desde una perspectiva deconstructivista, es decir, desde una crítica al concepto universal de “mujer” para poder aproximarse más eficazmente a la realidad de las protagonistas expuestas en este estudio, ya que su condición de mujer judía, inmigrante y de clase baja conformaría una experiencia diferente a la llevada a cabo por las mujeres *americanizadas* y respaldadas por un escudo económico solvente. La interseccionalidad se torna necesaria en este contexto en tanto que profundizar en la problemática identitaria de las mujeres *guetizadas* no puede quedar en una superficie terminológica, sino que se deben especificar todos aquellos condicionamientos que hayan contribuido o estén contribuyendo a las causas de su exclusión, quedándose así el concepto genérico “mujer” fuera de toda consideración apropiada en ese espacio marginado.

La experiencia transversal que viven los personajes de Yeziarska se ve condicionada, además, por la influencia de hábitos de comportamiento nuevos que acentúan la necesidad, por parte de éstos, de recrear una adaptación completa a través de la representación de la identidad americana. El hecho de que no consigan mantener su posición en el estatus social correspondiente a la adquisición de esa nueva identidad supone su expulsión inmediata del espacio público y el retorno al lugar originario.

Yeziarska plantea el conflicto que surge a la hora de intentar personificar una experiencia que ha sido interiorizada a través del discurso del otro, identitariamente hablando, americano o *americanizado*, por lo que cualquier propósito de materializar esa experiencia ajena en la realidad da como resultado un intento fallido y una consiguiente frustración por parte del personaje. El estadio del "poder llegar a ser" que aparece frustrado tiene como condicionante principal la inclusión de estas mujeres en los modelos de feminidad dominantes de las clases acomodadas a partir de un posicionamiento excluido, es decir, a partir de un estatus social que les impide sostener económicamente la identidad americana que pretenden desarrollar. De este modo, las posibilidades de integración al modelo de conducta estándar, que a través de la implantación de ese proceso identitario se tenía la pretensión de inculcar en los inmigrantes recién llegados, quedarían anuladas.

La asociación del principio de igualdad con el concepto "democracy" aparece de forma recurrente a lo largo de la obra de Yeziarska, lo que supone una aproximación etimológica a lo que el término representaría en el caso de ponerse en práctica, esto es, la materialización de la igualdad de oportunidades para todos los individuos que componen el engranaje social del territorio de América. Ya en 1835 Alexis de Tocqueville hacía pública la existencia de un producto social llamado Democracia y cómo la sociedad americana se atenía a una serie de códigos morales que beneficiaban a su mayoría:

“Entre las cosas nuevas que durante mi estancia en los Estados Unidos llamaron mi atención, ninguna me sorprendió tanto como la igualdad de condiciones. Sin dificultad descubrí la prodigiosa influencia que este primer hecho ejerce sobre la marcha de la sociedad, pues da a la opinión pública una cierta dirección, un

determinado giro a las leyes, máximas nuevas a los gobernantes y costumbres peculiares a los gobernados.” (Tocqueville, 2005, 29)

Partiendo de la apreciación de Tocqueville tras su viaje al Nuevo Mundo, el término “democracy” parece asegurar la tranquilidad a quienes lo llevan a cabo de poder disfrutar de las mismas oportunidades de realización del “American Dream” que el resto de individuos independientemente de su raza, clase o religión. La carga semántica de esta palabra supone la delimitación entre un espacio hostil, relacionado por Yeziarska con el contexto de Europa del Este y la persecución de las familias judías por parte de los “pogrom” rusos, y un espacio democrático, en el que el individuo puede mostrar su diferencia en el espacio público como aspecto esencial para ser parte representativa del principio de igualdad. Sin embargo, la utilización del término “democracy” por parte el colectivo privilegiado que conforman personajes como John Manning (*Salome of the Tenements*), Mrs. Preston (“The Lost Beautifulness”) o Henry Scott (*All I Could Never Be*) denota una tendencia paternalista a la hora de querer dar significado a la realidad de esta comunidad judía. El hecho de otorgar cualidades como la belleza a los espacios privados de los *tenements*, o de dar valor a la individualidad de estas mujeres alabando la precariedad y la austeridad como elementos característicos de una cultura extraordinaria, acentúa la vulnerabilidad de los colectivos oprimidos y la invisibilización que sufren por no ser su exclusión considerada como parte de las reformas sociales que deben llevarse a cabo en nombre de ese término de índole inclusiva.

Por último, en la tercera parte de este estudio se planteará el dilema del reconocimiento de la diferencia en el espacio público desde una perspectiva crítica feminista que expone el conflicto de las relaciones de poder en la sociedad moderna a partir de la disyuntiva teórica entre el denominado Feminismo de la Igualdad y las

reconocidas Pensadoras de la Diferencia sexual. Esta disyuntiva se da lugar debido a los métodos diferentes de integración de los individuos oprimidos en los espacios dominados por aquéllos reconocidos y reconocibles, ya que, por una parte, la crítica feminista de la Igualdad propone una reapropiación de la condición individual que a cada una de las mujeres le ha sido usurpada a lo largo de la historia y, por otra parte, la postura de la Diferencia abogará por una interpretación y creación de la individualidad a partir de la experiencia del propio sujeto excluido. La problemática que se plantea en torno a este dilema enriquece el aparato temático de la autora polaco-americana ya que a partir de su producción literaria se podrá abrir un camino de negociación que deconstruirá el término genérico “mujer” utilizado por ambas corrientes para proporcionar una visión más aguda. Ello permitirá reconocer a estas mujeres no sólo como tales sino además como individuos atravesados por un rango social específico y una cultura excluida de la dominante.

La utilización de la teoría del “espacio de las idénticas” de la filósofa valenciana Celia Amorós servirá como estrategia a la hora de encuadrar contextualmente a las protagonistas de Yezierska dentro del discurso de la ciudad de Nueva York, ya que la visibilidad de sus individualidades queda relegada a una consideración generalizada y sin especificidad, lo que en palabras de Burton Pike en su estudio sobre la imagen de la ciudad moderna define como: “A “mass” of people connotes a large, undifferentiated block of people acting as a collective unit with a collective will” (Pike, 1981, 110). Entendiendo el “espacio de las idénticas” de Amorós como la “mass of people” a la que se refiere el crítico norteamericano, las mujeres judías retratadas por la autora son presentadas a través de estas consideraciones ya que su individualidad no es reconocida por aquellos miembros de la sociedad americana encargados de generar los discursos de representación en el espacio público. Según la autora, estos miembros, concretados

como parte de la élite neoyorquina, son los únicos que disponían del poder para denotar la identidad de los individuos en el espacio público debido a la gran influencia que tienen por su estatus económico y sin el reconocimiento de los cuales no se tiene repercusión social más allá de los límites del Lower East Side: ““Mass” is therefore a depersonalized concept, and also a negative one. It is applied to the lower classes of society, and the disappearance of an individual will in the collective emotion of the mass can easily become a metaphor for the submergence of “higher” civilized, rational thought into the “base” instincts of the mass” (Pike, 1981, 110).

De este modo, se presentarán los conceptos “creador-creación” como parte esencial en lo relativo a las relaciones que las protagonistas establecen con los representantes de las clases acomodadas, ya que se ven expuestas como el producto identitario resultante tras la inclusión de su individualidad en el discurso gracias al reconocimiento con que les premian estos representantes. Al no tener lugar en el lenguaje desde su experiencia, estas mujeres necesitan ser reconocidas por individuos ubicados en un estadio de mayor privilegio social para poder adquirir la relevancia que llevan anhelando desde su llegada a América. Así pues, sus identidades terminan siendo el producto de una configuración lingüística que depende directamente del individuo ya reconocido por lo que se establece una jerarquía de poder a la hora de entender el papel que desempeñan dentro de su relación. El representante de la sociedad americana se torna, por tanto, en una entidad creadora de significado, que otorga el privilegio al individuo excluido de poder participar del espacio público desde una posición individualizada. En tanto que “creación”, no obstante, la identidad de las mujeres de este espacio concreto termina siendo moldeada en función de un interés paternalista puesto que su idoneidad para formar parte del espacio público depende de la voluntad

del “creador” para incluirla en el discurso de poder con el que se comunican con el resto de miembros reconocidos.

Como consecuencia de la dependencia establecida entre el individuo reconocido y aquel al que se le permite serlo a partir de una definición dada por el primero se genera la necesidad de establecer una vía de escape por la que las mujeres aquí expuestas puedan obtener el reconocimiento de su individualidad sin la premisa de tener que pasar por un examen de corte paternalista. Con el motivo de esclarecer el resultado de la alternativa que la autora propone se hará uso de la expresión “opacidad posicional” para determinar la capacidad que estas mujeres terminan mostrando en cuanto a la adquisición de una identidad válida se refiere. El interés de describir una posición como “opaca” parte de una intención por delimitar la identificación del individuo a partir de su propia experiencia y no en función de la mirada del otro que observa y crea reconocimiento, como se ha explicado anteriormente, de una manera estratégica y con ánimo exclusivista. Si se entiende la “translucidez” del posicionamiento del individuo en la sociedad americana como un espacio identitario desde el que se es definido por otro individuo y desde el que se es vigilado por aquel que otorga el privilegio de materializar en el discurso dominante la individualidad que observa, entonces hablar de “opacidad posicional” sirve para diferenciar ese estado de aquél por el que las protagonistas de la autora polaco-americana consiguen desarrollar vitalmente sus experiencias al margen de la influencia paternalista de las élites neoyorquinas. El hecho de contraponer la “translucidez” a la “opacidad” permite mostrar el conflicto entre los dos estadios a partir de los cuales las mujeres judías *guetizadas* comprenden su discurrir desde el momento en el que emprenden la búsqueda del reconocimiento de su individualidad en el terreno público.

Como señala Werner Sollors al clasificar los tipos de escrituras que, a principios del siglo XX, dominaban el ámbito literario en Norteamérica, Anzia Yeziarska encajaría perfectamente en la literatura étnica que, aunque haciendo uso de una temática influida por los aspectos de la modernidad y su incidencia en el territorio urbano, mantiene una prosa y una forma poco arriesgadas: “Other authors expressed the themes of modernity yet refrained from employing modernist forms. This was a common mode in ethnic literature (Bok, Yeziarska) that described migration, immigration, ethnicity, and modernity in premodernist prose and plotlines” (2002, 64). Aunque encuadrada por la crítica contemporánea dentro de la literatura étnica, la producción literaria de Yeziarska también puede servir como base para el estudio de las relaciones de poder que se establecen entre los propios individuos excluidos o los propios colectivos diferenciados de la cultura dominante. Sosteniendo un planteamiento imperecedero como lo es el de la relevancia de las diferencias culturales y de clase dentro de estos colectivos, sus protagonistas servirán como base sobre la que plantear el dilema que surge a la hora de crear nuevos espacios identitarios válidos dentro de la sociedad americana, entendiendo a ésta como aquella sociedad que se ha construido a partir de un ideal de bienestar social y sobre el principio de igualdad que su discurso ofertaba. El interés por de haber elegido el contexto de Norteamérica para la resolución de este estudio y el hecho de haber escogido la obra literaria de Anzia Yeziarska cubren el propósito por intentar materializar una problemática en torno a la individualidad de los sujetos excluidos en las grandes ciudades emergentes de principios del siglo XX. Las estrategias para la obtención del reconocimiento de dicha individualidad se verán fundamentadas dentro de un espacio geográfico que ha sido erigido a partir de un ánimo igualitario en la confección de sus redes institucionales y sociales.

2. Discursos de empoderamiento y paternalismo americano

En el análisis que concierne a este episodio se tratarán de esclarecer las razones por las que las escritoras pertenecientes a la segunda ola de inmigración hacia América desde Europa del Este, como es el caso de Anzia Yezierska, denunciaron la jerarquía de poder existente entre las inmigrantes ya afincadas en territorio americano, y de origen mayormente alemán, y las que llegaron al Nuevo Mundo unas décadas más tarde. El distanciamiento geográfico dentro de la propia ciudad de Nueva York, además, acentuó las diferencias de clase que se dan lugar entre esta primera ola de inmigración y la segunda, ratificando la utilización de mecanismos de exclusión propios de las clases burguesas con respecto a los estamentos sociales más desfavorecidos a través de la demarcación territorial: “the German Jews resided in the stately mansions of the middle and upper East Side and in the gracious apartments of the upper West Side. The new immigrants from Eastern Europe, on the other hand, settled in the Lower East Side” (1976, 163).

Partiendo de la situación de desigualdad por parte de las inmigrantes retratadas por Yezierska a la hora de poder acceder a los privilegios de los que las clases medias americanas disfrutaban, y con los que llevaban soñando desde su salida de la vieja Europa, cabe resaltar cómo las primeras hicieron frente a la exclusión social no sólo por parte de la sociedad americana sino también por parte del colectivo que componía los organismos de acogida e instrucción laboral. Estos organismos, aunque supuestamente contruidos para respaldar los ideales de integración e igualdad de oportunidades que el propósito teórico del “American Dream” promocionaba, fundamentaban sus principios en base a un grado de pobreza mínimo estipulado por sus directivos que resultaría discriminatorio, ya que seleccionaban a las mujeres inmigrantes que más merecían sus

servicios y discriminaban a las que podían enfrentarse a la realidad de la exclusión sin sus atenciones. La presencia de inmigrantes pertenecientes a la primera ola de inmigración en los puestos de dirección de estas entidades privadas dedicadas a la caridad suponía la existencia de una jerarquía de poder con respecto a las mujeres provenientes de Europa del Este años más tarde, ya que éstas se verían expuestas a la influencia directa de las primeras, quienes mayoritariamente les asesoraban en el camino hacia su integración.

Tras un estudio exhaustivo de cómo se relacionan los mecanismos de poder que generan la dominación de las benefactoras sobre las inmigrantes que deciden someterse a las normas de esas entidades, será conveniente mostrar la alternativa que la autora polaca ofrece ante la aparente necesidad por parte de las recién llegadas de integrarse a través de modelos de comportamiento preestablecidos en función del grado de exclusión social que sufren. De este modo, la solidaridad aparecerá como vía de escape ante el entramado clasista que, en nombre de la caridad, se apodera de la identidad de estas mujeres inmigrantes, reduciendo sus experiencias a los espacios domésticos. Asimismo, se propondrá como segunda alternativa el proceso de americanización llevado a cabo por muchas de las protagonistas de los relatos de Yezierska. Este proceso impulsa el reconocimiento de las mismas en el ámbito público que les había sido vetado desde su llegada al Nuevo Mundo. El hecho tanto de recurrir al modelo relacional de la solidaridad, por el cual la mayoría de los inmigrantes judíos provenientes de Europa del Este comprendían su responsabilidad para con la sociedad en la que vivían, como de asegurarse una inclusión efectiva a través de la adopción de unos patrones de conducta y de apariencia propios de las clases medias que dominaban los espacios públicos suponen dos alternativas a la hora de superar el estadio inicial de estos colectivos

inmigrantes, un estadio caracterizado por la supervisión y manipulación de las instituciones de caridad.

El dilema final que se planteará en este capítulo surgirá tras haber demostrado cómo ambas alternativas se erigen como legítimas dependiendo de si se está articulando un discurso clasista que mantiene la diferencia entre sus individuos bien delimitada o si se está tomando una postura estratégica inclusiva de carácter amalgamador.

2.1. Empresas de caridad: Brazo ejecutor del paternalismo

Tras la segunda ola masiva de inmigración que tuvo lugar a finales del siglo XIX en Norteamérica las relaciones de poder que mantenían a las clases más altas en la cúspide de la pirámide social se fortificaron debido al temor porque sus valores se vieran puestos en peligro al entrar en contacto con las nuevas experiencias que se aglomeraban en las fronteras de las grandes ciudades norteamericanas. Para evitar esto, y siguiendo el fragmento histórico rescatado por Yeziarska a través de su literatura, se generaron instituciones privadas que abogaban por la inclusión de los inmigrantes desde una perspectiva clasista y poco propicia para la integración y el reconocimiento social con el que muchas de las mujeres inmigrantes soñaban disfrutar. La eclosión cultural que se produjo entre las protagonistas de las diferentes olas migratorias se fundamentaba en la estabilidad identitaria que manifestaban las que llegaron en un primer momento, esto es, las inmigrantes provenientes del antiguo Imperio alemán, y la inestabilidad y el desarraigo con el que las recién llegadas debían hacer frente a su exclusión. La labor de las benefactoras en estas instituciones partía de la premisa de que la única manera de erradicar dicha exclusión es a través de la formación y la instrucción de una serie de

tareas que las inmigrantes debían cumplir: “American Jews responded to the social problems created by immigration by engaging in large-scale philanthropic projects [...] to aid the immigrants upon their arrival and to facilitate their rapid assimilation” (1976,165). Así, benefactoras e inmigrantes recién llegadas se localizarían en diferentes estadios a la hora de entablar sus relaciones, confirmando una jerarquía de poder entre ambos sectores de la sociedad. Esta jerarquía determinaría la inoperancia de las instituciones que representaban, especialmente en lo que al reconocimiento público de estas mujeres inmigrantes se refiere.

El hecho de que fuesen mujeres las que ocupasen los puestos de dirección e instrucción en estos organismos está relacionado con la atribución que sobre ellas recaía de las tareas relacionadas con los cuidados y con la limpieza a lo largo del siglo XIX. Además, la intención de propagar modelos de mujer prefijados se hacía viable gracias a la influencia que las benefactoras ejercían sobre las mujeres inmigrantes debido a la relación directa que con ellas mantenían. Al comprobar el reconocimiento social del que las primeras disfrutaban, estas últimas centrarían sus esfuerzos en atender a las indicaciones que les proporcionaban con el interés de poder colocarse en el mismo estadio que las mujeres que les instruían. La educación de las tareas domésticas por parte de las empresas dedicadas a la caridad era una prolongación de las consignas de género que se publicitaban en la época de principios del siglo XX. Las mujeres recién llegadas de Europa, en su mayoría de clases bajas, las entendían como única vía para encontrar una validez identitaria y así poder ser reconocidas en el espacio público de las clases dominantes. Sin embargo, estas tareas, como se comprobará a continuación, realmente reducían la potencialidad del individuo al interior del espacio privado. De esta manera, el reconocimiento que adquirirían se vería confinado exclusivamente a la servidumbre hacia un colectivo elitista que contrataría sus servicios por un salario que

no les permitiría salir de su exclusión social en el gueto judío de la urbe. Enseñadas a servir a través de unos cursos de formación orientados al espacio del hogar y a la disposición y utilización eficaces de los elementos domésticos, las inmigrantes judías que se implicaban en estas instituciones aprendían su posición en la sociedad americana a través de un temario que terminaba por excluirlas. Así, la posibilidad de ascenso social y reconocimiento en el espacio público que el “American Dream” les había motivado en su viaje al Nuevo Mundo quedaría desprovista de credibilidad. Del mismo modo que se ofertaban estos cursos impartidos y dirigidos a impulsar su participación en el terreno laboral, también se pueden encontrar otro tipo de servicios que cubrían las necesidades básicas de las familias de inmigrantes, como lo era la supervisión rutinaria por parte de los miembros de estas instituciones y la correspondiente manutención cuando imperaba la falta de recursos. Dicha supervisión, a pesar de entenderse como necesaria en tanto que estas instituciones se sostenían por el altruismo desinteresado de las clases más pudientes y no podían proveer a todas las familias sin criterios marcados, también funcionaría como condicionante del comportamiento de estas mujeres. Juzgando el grado de su precariedad en función de una experiencia visual efímera y siguiendo el criterio de la autora, las visitas esporádicas y repentinas llevadas a cabo no podrían haber percibido la magnitud de necesidad real. Las denominadas por Yeziarska en su novela *Salome of the Tenements* como “nobodies” fueron el objetivo principal de estas instituciones, ya que, como bien indica Judith W. Leavitt, al no disponer de un arraigo identitario claro ni de un soporte económico estable, las inmigrantes que habitaban este espacio concreto de Nueva York pasaban directamente a ser consideradas personas que ponían en riesgo la estabilidad social norteamericana: “People with no home or family had been particularly vulnerable to official control, because they did not have the social

and physical supports to convince authorities that they could care for themselves and not endanger others” (Leavitt, 1995, 158).

En cuanto a las benefactoras, como mujeres, debían comprender su papel social dentro de los parámetros domésticos, como se verá en la siguiente sección centrada en los modelos de mujer vigentes en Norteamérica. Pertenecientes a la primera ola de inmigración, estas mujeres consideraron que la participación en el espacio público podía conseguirse a través de su inclusión en las labores de instrucción y atención a los sectores de la sociedad más desfavorecidos: “Jewish women were encouraged to withdraw from the marketplace [...]. But to aspiring middle-class women America also offered an opportunity to expand their caregiving beyond their families, because “philanthropic concern, particularly on a personal level, was considered one of the few activities that might legitimately draw a middle-class woman... from her home” (1996, 79). Aunque basándose en el argumento de Baum (et al.), el planteamiento de Burnstein señala la tendencia de las mujeres americanas, en este caso mayoritariamente judías y de clases medias, a la reproducción de modelos estereotipados de comportamiento en función del sexo biológico con el que se nace. Así, el hecho de que las benefactoras adquiriesen una significación social en base a la labor de caridad que ejercían es el resultado de la ejecución eficaz de una serie de normas que les fueron impuestas y de las que, al cumplirlas, obtuvieron el reconocimiento público que les era vetado en su confinamiento en el hogar. No obstante, estas normas, al estar relacionadas con la atención de los cuidados y la instrucción de tareas domésticas, aproximaban a las mujeres de nuevo a un ámbito con tendencia al anonimato y a la servidumbre, excluyéndoles de toda posición desde la que poder tener relevancia más allá de los espacios de invisibilidad social.

En su novela *Arrogant Beggar*, publicada en 1927, Yeziarska plantea esta problemática desde el punto de vista de la joven Adele Lindner, quien, al igual que su autora, decide hospedarse en una institución caritativa para formarse en el terreno entonces denominado como “Domestic Sciences”. La “Home for the Working Girls”, concebida a partir de aquélla en la que Yeziarska se hospedó y que tuvo por nombre “The Clara de Hirsch Home for Working Girls”, recrea las redes de poder que se entrecruzan entre las huéspedes para configurar un prototipo de mujer y transformar las diferencias culturales que acarrearán. Finalmente, y siempre dentro de los límites de su clase social, llevarían a cabo la asimilación al modelo de mujer americana. Cuando Mrs. Hellman, la benefactora que dirige la entidad, le explica a Adele la utilidad de los cursos que ofertan se delata la intención clasista del discurso con el que describen su cometido social: “It is my hope that this training in domestic science will enable you to become a leader among your people. You can teach them that the joy of living consists on serving others” (46, 1927). Así pues, aunque este tipo de entidades se concebían a sí mismas como el medio más eficaz a través del cual las inmigrantes podían trascender la exclusión, lo cierto es que, según muestra Yeziarska, reforzaron aún más las jerarquías de clase. Al entender la servidumbre como objetivo a alcanzar, la estrategia del altruismo que parte de las clases más acomodadas contribuye a la permanencia de la desigualdad social y, por tanto, a la imposibilidad de representar el ideal de bienestar social anhelado.

2.1.1. “The Free Vacation House” como espacio reformatorio

Asumiendo la omnipresencia de la difusión de las tareas domésticas como vía de escape ante la falta de reconocimiento de estas mujeres recién llegadas de Europa, otro aspecto relevante para el estudio que concierne a este capítulo es la vigilancia constante de estos organismos con respecto a la idoneidad de las mujeres que reciben sus ayudas. Para entender las razones por las que Yezierska resalta esta temática a través de la recurrencia con la que aparece en sus escritos, cabe mencionar las situaciones en las que se muestra y cómo afecta a las mujeres inmigrantes que retrata. En uno de los relatos que componen la colección *Hungry Hearts* titulado “The Free Vacation House” se plantea la problemática de hasta qué punto las empresas de caridad ofrecen a las mujeres del gueto neoyorquino una salida a su situación de precariedad y, de ser así, a qué tienen que renunciar para poder disfrutar de sus servicios. En este relato, de nuevo, la autora decide no sacar a la luz el nombre propio de la protagonista. Así, se consigue crear un efecto de vulnerabilidad dado que su situación no es fruto de una actividad o de los comportamientos específicos de un individuo en concreto, sino que puede ser extrapolada a múltiples contextos y encarnada por infinidad de mujeres. De este modo, la primera escena muestra la llegada de una “visiting teacher” con motivo de la falta de atención de la protagonista ante el cumplimiento de los horarios escolares de sus cinco hijos. Dada la precariedad de su vivienda y las duras condiciones a las que la madre se ve sometida para atender las tareas domésticas y la responsabilidad para con sus hijos, la educadora le recomienda que asista durante dos semanas a una casa en el campo construida para albergar a aquellas mujeres cuya falta de recursos desestabiliza sus tareas como madres: “I know of a nice country place for mothers and children that will

not cost you anything. It is free” (1920,43)². Como se puede comprobar, la intrusión de este personaje en el ámbito privado del hogar ya denota tanto una falta de intimidad, que era más bien propia de las clases más elevadas, como la existencia de una vigilancia presente en todos los espacios de la ciudad de Nueva York.

Al día siguiente, una supervisora enviada a través de la entidad caritativa denominada como “Social Betterment Society” es quien directamente se presenta en la vivienda y coordina la inclusión de la joven en el proyecto que su institución avala. La intrusión de las supervisoras en estos espacios denota la falta de privacidad que hay en sus calles y cómo sus habitantes están expuestos a continuas visitas inesperadas por parte de las redes de poder que contemplan sus acciones desde una posición de control que atiende a supuestos científicos. Así, la experiencia de la protagonista se encuentra a merced de unos mecanismos de control que se personifican en la figura de las “friendly visitors” y que manifiestan su presencia sin tener en cuenta la voluntad de las mujeres que vigilan: “the lady take herself a seat, and then takes out a big black book from her satchel. Then she begins to question me. What is my first name? How old I am? From where come I? How long I’m already in this country? [...]” (44). Además, como se ha mencionado anteriormente, el hecho de que estas entidades privadas dispusiesen de un límite de ingresos por parte de los donantes supone la necesidad de discriminar unas situaciones en favor de otras que se entendían más propicias para recibir los servicios de ayuda. Para ello, se hace indispensable crear un archivo de registro en el que se especifiquen las características de cada aspirante para poder llevar a cabo la selección de una manera metódica y de acuerdo con criterios estipulados: “We must make a record of all the applicants, and investigate each case [...] There are so many who apply to the charities, we can only help those who are most worthy.” (44). Se establece así una

² En este subcapítulo, se obviará el año de publicación en las citas extraídas del relato “The Free Vacation House” debido a que pertenecen a la misma colección *Hungry Hearts*, publicada en 1920.

jerarquía a la hora de seleccionar candidatas que llega a condicionar el comportamiento de las mismas en tanto que deben regir sus experiencias en función de si encajan o no en los requisitos para participar en el entramado paternalista de las entidades caritativas. Este condicionante, a pesar de que en este relato no se muestra, sí puede comprobarse en otro de los escritos, “My Own People”, que se estudiará en este capítulo más adelante.

La iniciativa respaldada por la “Social Betterment Society” supone para la joven la aceptación de su condición precaria y la asunción de su situación como parte de un programa de rescate para el que únicamente los mendigos son considerados: “Ain’t the charities those who help the beggars out? I ain’t no beggar. I’m not asking for no charity.” (44). El rechazo hacia los servicios de caridad ofrecidos por este tipo de entidades es una constante en las novelas de Yezierska, ya que su cometido parece acentuar el abismo cultural existente entre las mujeres judías llegadas desde Europa del Este y las que se habían asentado en territorio americano décadas antes. A pesar de su negativa, la joven decide participar en el proyecto para así poder desvincularse durante un corto periodo de tiempo de las tareas domésticas con las que no puede seguir cumpliendo. Tras una segunda fase de interrogatorio, en la que se formulan las mismas preguntas con el agravante de ser respondidas delante del colectivo de mujeres dispuesto a emprender el viaje, las benefactoras encargadas de supervisar a las candidatas seleccionadas les conducen a una sala para que un doctor se encargue de examinar la salud de las mismas: “a man doctor with a nurse comes in, and tells us to form a line, to be examined. [...]. From the way he was afraid to touch us or come near us, he made us feel like we had some catching sickness that he was trying not to get on him.” (46). Esta escena bien recuerda a la experiencia descrita por Mary Antin en su autobiografía *The Promised Land*, en la que la joven y su familia son obligados a

aparece de los diferentes medios de transporte en la frontera entre el Imperio Ruso y la antigua Alemania para ser examinados por médicos y corroborar que ninguno de ellos porta una enfermedad que pudiese poner en peligro la salud pública de los territorios por los que debían pasar: “At Versbolovo, the last station on the Russian side, we met the first of our troubles. A German physician and several gendarmes boarded the train and put us through a searching examination as to our health, destination, and financial resources” (1912, 135). Del mismo modo que en “The Free Vacation House” la joven tiene que someterse a una constante revisión de su validez como indigente, también las familias judías provenientes del antiguo Imperio Ruso debían obedecer a unas pautas de higiene y salud que venían fundamentadas por los discursos de las clases dominantes temerosas de desestabilizar su perdurabilidad. Tanto uno como otro discurso son diseñados para clasificar y juzgar a cada individuo en función de un interés clasista y discriminador que tan sólo atiende a la supervivencia de los valores que predominan en la sociedad elitista, en este caso americana, que es quien decide qué aspectos deben tenerse en cuenta a la hora de permitir el ingreso de individuos en el espacio público que dominan. Sin embargo, y siguiendo el argumento sobre la peligrosidad de las olas migratorias y su posible incidencia en este espacio, la intrusión de las empresas de caridad en las experiencias de los inmigrantes, especialmente de las mujeres judías asentadas en el Lower East Side, fomenta, según el criterio de Yeziarska, su permanencia en los márgenes, y no su inclusión en el espacio público. Aunque ambos discursos, tanto el que juzga la salubridad del individuo en las fronteras europeas como el que juzga el grado de indigencia por parte de las entidades caritativas, hayan sido confeccionados en favor del cumplimiento de unas normas que atienden a un interés discriminador, hay que recalcar que el segundo no está orientado hacia el acceso al espacio público. Según los escritos de la autora, este segundo discurso concretamente

hace uso de redes de poder para registrar y controlar el comportamiento de las clases más bajas y así circunscribir sus pretensiones dentro del espacio privado que habitan.

Aunque el viaje hacia la casa del campo genera en la protagonista el sosiego del que necesita nutrirse, la llegada a la misma le ubica de nuevo en un estadio en el cual se somete a la vigilancia y aprobación constante de sus limitaciones: “When she already got through asking us out everything, she gave to each of us a tag with our name written on it. She told us to tie the tag on our hand. Then like tagged horses at a horse sale in the street, they marched us into the dining-room.” (47). El hecho de ser etiquetadas y clasificadas minuciosamente denota una deshumanización a la hora de entender las relaciones sociales, ya que el individuo se siente obligado a definirse por una diferencia serial, que serían sus datos personales y las características de su situación económica. A su vez, también debe obedecer unas normas enfocadas a asimilar los comportamientos individuales de forma colectiva, por lo que su individualidad queda puesta en entredicho y es vigilada para que no se manifieste durante el periodo en el que se rinden los servicios solicitados. En este aspecto, cabe mencionar lo que Michel Foucault plantea en su estudio sobre los mecanismos de control, especialmente aquéllos asociados al castigo y la vigilancia, y cómo históricamente dieron lugar a lo que hoy día se conoce como prisión. Foucault se refiere, además, a la necesidad por parte de los aparatos institucionales de registrar y de anotar las condiciones individuales que han dado origen a crímenes o asaltos a la justicia: “Todo un saber individualista se organiza, el cual toma como dominio de referencia no tanto el crimen cometido [...], sino la virtualidad de peligros que encierra un individuo y que se manifiesta en la conducta cotidianamente observada. La prisión funciona aquí como un aparato de saber” (2009, 131). Al igual que el modelo de la prisión de Foucault, la “Social Betterment Society” descrita por Yeziarska, aunque de carácter privado y no estatal, también se erige como “aparato de

saber” ya que lleva a cabo un registro de todas las candidatas y establece universales de indigencia sobre los que juzga su idoneidad. Es importante resaltar que, aunque el historiador francés centra su estudio en los organismos públicos que se amparan bajo una supervisión gubernamental, también estas empresas de caridad se pueden entender como mecanismos de concentración de poder. Debido a que ayudan a la perdurabilidad de los modelos de mujer establecidos y son aceptados socialmente, estos mecanismos tienen una misión de transformación del individuo que bien recuerda a las pretensiones correctivas de las que Foucault da constancia en su estudio. La labor social de estas entidades de caridad las posiciona en un estadio diferente al resto de instituciones privadas, ya que la función altruista que llevan a cabo se rige a través del mantenimiento de las diferencias de clase y la ejecución de una jerarquía de poder que atiende a los intereses no sólo de un determinado sector excluido de la sociedad sino también a los de las clases dominantes. Así, los tres interrogatorios a los que tienen que hacer frente forman parte de un entramado de redes de poder cuya única finalidad es la de vigilar el cumplimiento correcto de las normativas sobre las que se erigen.

Al llegar a la casa del campo, una de las benefactoras que allí les esperan lee en voz alta las reglas que deben obedecer durante su estancia, volviendo a enfatizarse el carácter doctrinario de la institución y la vigilancia constante a la que las mujeres se ven expuestas en su calidad de individuos excluidos y acogidos por la benevolencia caritativa: “When she got through with the rules, I was wondering which side of the house I was to walk on. At every step was some rule what said don’t move here, and don’t go there, don’t stand there, and don’t sit there.” (48). A pesar de ello, cuando la joven observa cómo a cada huésped le son conferidos un cubierto y servilleta propia, o cómo las instalaciones hacen alarde de una limpieza e higiene características de las clases más elevadas, absorbe de tal manera el modelo de vida burguesa, propuesto en la

época como aquél al que toda mujer debe aspirar, que olvida la obediencia que tiene que rendir y que había denunciado momentos antes: “I soon forgot again all my troubles” (47). Conocedoras de la influencia que ese modelo tiene en las huéspedas, las benefactoras se apropian de esas consignas de higiene para acondicionar la estancia que regentan pero, a la vez, utilizan la fuerza de trabajo de las primeras para mantener el ideal vigente, siendo ellas y sus directoras las receptoras de los resultados del esfuerzo de las otras. De este modo, la joven es testigo de cómo se llevan a cabo las relaciones de poder de unos individuos sobre otros en nombre de la benevolencia y la caridad y cómo esas relaciones permiten el mantenimiento de las diferencias de clase: “On every few days there came to the house swell ladies in automobiles. It was for them that the front from the house had to be always perfect. For them was all the beautiful smelling flowers. For them the front porch, the front sitting-room, and the easy stairs with the carpet on it” (1920, 48). Así, en contraste con la precariedad de la vida de las mujeres ahí hospedadas, las benefactoras disfrutaban de una serie de privilegios que su condición de mujeres de clase media les otorga.

A pesar de la primera impresión de la joven a su llegada a la casa del campo, según avanza el relato se delatan sucesivamente situaciones en las que se manifiesta la desigualdad de trato con la que se relacionan huéspedas y benefactoras. Además, el hecho de que la parte externa de la casa tenga que permanecer en una constante vigilancia para que su limpieza no sufra ningún deterioro y para que las directoras, durante sus visitas, puedan disfrutar del deleite visual que se produciría al observarla está relacionado con el discurso sobre los nuevos modelos de mujer que se propagaban en la sociedad americana de la época para provocar satisfacción y placer a aquéllos que les contemplan. Al igual que ocurre con los productos expuestos en los escaparates de las grandes avenidas de Nueva York y con los modelos de mujer generados para

satisfacer necesidades de consumo, la limpieza del porche de la casa del campo también participa de una estructura de poder cuya única pretensión es la de proveer a cierto gusto elitista de un merecido deleite visual. En este sentido, el porche se convierte en un bien de consumo simbólico, que, aunque no está puesto a la venta bajo una transacción monetaria, sí que se muestra para que sea su apariencia externa lo que produzca placer y su valor sea reconocido por las miradas de los sectores sociales elitistas, es decir, para que la intención de su cometido sea adquirida y consumida. Para alcanzar esta satisfacción o, mejor dicho, para mantenerla vigente de forma continua, las mujeres ahí hospedadas tienen que deshumanizarse y someterse a una serie de normas cuya única pretensión es la de evitar que sobrepasen los límites identitarios como mujeres judías, inmigrantes y de clase baja. “Always when the rich ladies came the fat lady, what was the boss from the vacation house, showed off to them the front. Then she took them over to the back to look on us, where we was sitting together, on long wooden benches, like prisoners.” (48). De igual manera que los guetos judíos neoyorquinos podían entenderse como espacios invisibilizados en los que se conjugaba todo aquello que la sociedad americana no permitía que se integrase, también la parte trasera de la casa aquí descrita funciona como un espacio de exclusión que los individuos, dada su diferencia cultural y social con respecto a las identidades normalizadas de las benefactoras, no pueden sobrepasar.

Alienadas y desprovistas de la atención que esperan recibir, estas mujeres se enfrentan a la exclusión desde una perspectiva más sutil, ya que, siendo partícipes de una vida cómoda en términos de necesidades básicas, compensan la servidumbre de sus tareas con el distanciamiento de las calles del enclave geográfico *guetizado* del que provienen, haciendo menos explícita su situación de desamparo. Con todo, la casa del campo termina representando una micro-ciudad y las fronteras de clase acaban siendo

delatadas y denunciadas por la protagonista, quien compara la actividad de la entidad caritativa con el escenario de un teatro en el que se representa una función irreal: “If the best part of the house what is comfortable is made up for a show for visitors, why ain’t they keeping the whole business for a show for visitors? For why do they have to fool in worn-out mothers, to make them think they’ll give them a rest? Do they need the worn-out mothers as part of the show? I guess that is it, already” (1920, 49). Como se ha comentado anteriormente, el mantenimiento de las redes de poder se nutre de una constante vigilancia entre los individuos que componen una misma comunidad. En este caso, son las benefactoras quienes tienen como tarea principal no sólo la instrucción de formas de comportamiento adecuadas a las mujeres judías de clase baja, sino también la supervisión de que su dominio sigue generándoles poder y sigue gozando de la vigencia suficiente para distanciarles de aquellos sectores sociales señalados por la precariedad y la exclusión. Para poder sostener esta situación, entonces, se hace necesario contar con el apoyo de las huéspedes y con la fuerza productiva de la que disponen.

Con la promesa de transformar la conducta que ha llevado a estas mujeres a un estado de estrés de carácter aparentemente indomable, este tipo de empresas se dedicarían a gestionar el comportamiento de las inmigrantes para domar cualquier atisbo de inconformismo, evitando así la aparición de una denuncia colectiva que conllevara un conflicto para el mantenimiento de la jerarquía de clases. De este modo, cabe mencionar la apreciación que Foucault hace con respecto a la naturaleza correctiva de los reformatorios en oposición a la pena correctiva focalizada en las prisiones ya que este tipo de empresas caritativas retratadas por Yeziarska también entran en la misma dinámica de transformación del individuo: “La corrección individual debe, pues, asegurar el proceso de recalificación del individuo como sujeto de derecho, por el fortalecimiento de los sistemas de signos y de las representaciones que hacen circular”

(2009, 133). Entendiendo la “Social Betterment Society” como espacio reformativo, y siguiendo el argumento de Foucault, se podría afirmar que las huéspedes, cuyo delito ha sido el haber desestabilizado el funcionamiento de su papel como madres y como miembros de la comunidad judía tras haber dado signos de incumplimiento del mismo, terminan por corregir sus infracciones y retornan a sus hogares con el deseo de no volver a cometerlas. Cuando la joven protagonista expresa su alegría por volver al Lower East Side, contexto del que previamente manifestó que quería desprenderse, lo que hace es corroborar la influencia de las instituciones caritativas y cómo sus métodos resultan eficaces a la hora de transformar conductas: “How good it was feeling for me to be able to move around my own house, like I pleased. I was always kicking that my rooms was small and narrow, but now my small rooms seemed to grow so bug like the park. [...] All these ugly things was grand in my eyes. Even the high brick walls all around made me feel like a bird what just jumped out from a cage.” (49). Además, cuando Foucault se refiere a “representaciones” lo que manifiesta es la necesidad de estos organismos por hacer públicas las representaciones del castigo del delito para generar un saber colectivo que provoque el temor suficiente para que éste no vuelva a repetirse.

A pesar de poder establecer una conexión entre el reformativo descrito por el filósofo francés y el organismo orientado a la caridad expuesto por Yeziarska, también cabe resaltar el carácter correctivo del mismo a partir de la consideración de las prisiones como instituciones no sólo de apropiación del saber sino también de hábitos de disciplina. En este sentido, la “Social Betterment Society” aúna ambas cualidades en tanto que, por una parte, tiene una intención reformadora a partir de la cual se pretende corregir un comportamiento para que no vuelva a darse lugar en un futuro y, por otra parte, hace uso de técnicas disciplinarias denominadas como “formas de coerción,

esquemas de coacción aplicados y repetidos. Ejercicios, no signos: horarios, empleos de tiempo, movimientos, obligatorios, actividades regulares, meditación solitaria, trabajo en común, silencio, aplicación, respeto, buenas costumbres” (2009,134). Cuando la joven denuncia el abuso de prohibiciones y el reglamento tan estricto al que tienen que someterse, lo que en realidad hace es delatar un sistema de redes de poder configurado con precisión para alienar a las huéspedes y domar sus comportamientos, corregir sus desviaciones temperamentales y prevenir futuras rebeliones dentro espacio que se les ha asignado.

De acuerdo con la definición con la que Foucault nombra a los individuos que sufren las penas correctivas incluidas en la rutina de la prisión, estas mujeres personificarían “el sujeto obediente, el individuo sometido a hábitos, a reglas, a órdenes, a una autoridad que se ejerce continuamente en torno suyo y sobre él, y que debe funcionar automáticamente en él” (2009, 134). La obediencia es un punto importante a la hora de entender el funcionamiento de estas empresas de caridad, ya que, precisamente, el hecho de que las mujeres consientan su deshumanización y se rijan únicamente por la lista de normas que se les lee a su llegada permite que la jerarquía de poder entre clases se mantenga intacta. El eje de dominación que se plantea en este relato parte de la confirmación de la existencia de un determinismo social que se sostiene gracias a la eficacia con la que este tipo de empresas caritativas ejercen sus funciones. Mientras que las huéspedes sigan sometándose a las tareas domésticas que se les atribuye de forma naturalizada por su pertenencia al gueto neoyorquino, se seguirá reproduciendo un modelo de dominación de unos individuos sobre otros. La obediencia que se les inculca para la ejecución eficaz de sus labores da resultados que benefician exclusivamente a la élite de cuya supervisión depende el cumplimiento de las normas. En este círculo de dependencia y de mantenimiento de las jerarquías de poder

se configuran los discursos de la caridad que dan lugar a un reconocimiento de las labores domésticas que resulta inservible en términos de representación de estas mujeres en el espacio público de las grandes ciudades.

La “Social Betterment Society” parece haber configurado así un discurso seductor que propone a estas jóvenes recién llegadas una solución temporal a los problemas ocasionados por su experiencia previa. Sin embargo, como Susan A. Glenn bien apunta en referencia al recurso de las tareas domésticas como vía de escape de la exclusión, la servidumbre se muestra como un alarde paternalista que encarcela a las mujeres ahí hospedadas en la prisión de su clase social: “Whatever material comforts and security were afforded to domestics, the benefits scarcely compensated for the humiliation associated with servitude. Not only did it imply a loss of independence and an acknowledgement of inferiority, but it meant cleaning, sweeping, laundering, and other tasks labeled “dirty” work” (1990, 16). Así, la joven, tras haber experimentado la servidumbre con la que tenía que hacer frente a las tareas domésticas que las benefactoras les encomendaban, valora finalmente el espacio privado del gueto con la intención de adecuarse al modo de vida que le ha tocado vivir como mujer judía e inmigrante.

2.1.2. Ideales de higiene y limpieza: La red de poder doméstica

Asentar las bases de una organización social en torno a una jerarquía de poder en el que las élites se sitúan en lo más alto para poder observar y así diseñar conductas que les distancien de las clases más bajas para no poner en peligro su supervivencia es una de las estrategias que denuncia Yezierska cuando describe la incidencia de las empresas de caridad en la experiencia de las mujeres judías que componen dichas clases. En esta línea, no sólo se puede encontrar la instrucción de este tipo de conductas en el discurso de las benefactoras, sino que también es utilizada en los sectores de la educación institucional, como lo son las escuelas y las universidades. El adoctrinamiento de las mujeres una vez pisan terreno americano pasa por un proceso de adaptación que se ve condicionado por la influencia tanto de las entidades caritativas como de los centros educativos en los que se imparte el conocimiento suficiente como para que sean capaces de dar expresión a sus experiencias, un hecho al que Yezierska atribuye gran importancia a la hora de comprender la frustración de la mayoría de estas mujeres inmigrantes.

En el relato “Soap and Water”, la autora refleja la discriminación que sufren las mujeres inmigrantes judías en relación al resto de candidatas a la hora de recibir el diploma de certificación de profesionalidad una vez superados los estudios para poder ejercer de profesoras. Al igual que en “The Free Vacation House”, aquí tampoco se revela el nombre propio de la protagonista, dando a entender la plausibilidad de la situación descrita en el entorno de los guetos judíos de Nueva York. Así, cuando la joven se dispone a recibir el certificado, la directora, Mrs. Whiteside, se opone a la entrega justificando su negativa a través del discurso de higienización por el que las mujeres deberían cumplir unos requisitos impuestos para su inclusión en el terreno

público: “she could not recommend me as a teacher because of my personal appearance” (1920, 70)³. Del mismo modo que las benefactoras precisan de un control continuo para salvaguardar los valores de limpieza y disciplina que pretenden inculcar a las huéspedas, las estudiantes de esta universidad también son supervisadas para que su apariencia no delate signos de dejadez impropios de una mujer americana o *americanizada*, como se verá más adelante en referencia a la segunda ola de mujeres inmigrantes: “Every time I had to come to the dean’s office for a private conference, I prepared for the ordeal of her cold scrutiny, as a patient prepared for a surgical operation” (72). La comparación que aquí se ofrece entre un paciente a punto de ser operado y una estudiante en los momentos previos a su entrevista con una profesora demuestra el abismo de incomprensión que caracteriza las relaciones entre ambos grupos sociales. Tanto las instructoras, que dirigen estos organismos orientados a la educación, como las mujeres y las propias estudiantes judías expuestas a amplias jornadas laborales y al deseo por asimilarse en la sociedad americana completan esas relaciones a través de su sometimiento a la dinámica educativa normativa. A este respecto, cabe mencionar la afirmación de Susan A. Glenn cuando se refiere a la imposición de modelos de higiene y limpieza que van incluidos en el proceso de asimilación: “America introduced immigrants to more rigorous standards of cleanliness, more complicated household technologies, and dwellings that had a more complex design than the simple shelters of the Old World” (1990,71). Siguiendo este argumento, el incumplimiento de las normas de higiene supondría entonces la expulsión de estas mujeres de los círculos de poder asociados a la identidad americana. Al establecer esas normas, su intención es la de distanciarse de aquellos sectores de la sociedad que

³ En este subcapítulo, se obviará el año de publicación en las citas extraídas del relato “Soap and Water” debido a que pertenecen a la misma colección *Hungry Hearts*, publicada en 1920.

podrían desestabilizar sus valores con la influencia de formas de comportamiento al margen de las redes de poder vigentes.

El hecho de mantener un modelo de limpieza e higiene a partir de la explotación de estas mujeres inmigrantes resulta paradójico, ya que, debido a la servidumbre a la que tienen que enfrentarse y a la falta de recursos de la que disponen, no son capaces de sostener ese modelo ni de aplicarlo en sus espacios domésticos. Cuando la joven denuncia que Mrs. Whiteside no es capaz de identificarla más allá de lo que visualmente percibe: “She did not see how I longed for beauty and cleanliness. How I strained and struggled to lift myself from the dead toil and exhaustion that weighed me down. She could see nothing in people like me, except the dirt and the stains on the outside” (72), lo que está delatando es precisamente todo el entramado clasista que se nutre de establecer la apariencia externa como rasgo principal de creación de identidades. En este sentido, como el mantenimiento de una apariencia acorde con los modelos de limpieza e higiene no es alcanzable para todas las clases sociales por igual, las mujeres pertenecientes a los sectores más desfavorecidos se ven obligadas a no formar parte del estándar y son excluidas de forma indirecta por la imposibilidad de sostenerlo económicamente. El sistema de control que se configura en torno a la gestión de estos modelos de limpieza e higiene consigue crear la ilusión, entre las mujeres inmigrantes, de poder alcanzar la posición desde la cual serían capaces de disfrutar del reconocimiento por haber cumplido con dicho estándar. A pesar de ello, y siguiendo la temática del relato, la propia servidumbre de sus jornadas laborales exhaustivas impide que puedan invertir el tiempo y el capital suficientes para satisfacerlo como ellas esperan, generándose así un conflicto del que no pueden escapar dada su precariedad: “While they condemned me as unfit to be a teacher, because of my appearance, I was slaving to keep them clean” (1920,72). En este enredo paradójico, en el que las mismas

mujeres que mantienen con su esfuerzo la perdurabilidad de los ideales de limpieza de las clases dominantes no pueden aplicarlo en sus propios espacios ni en sus propios cuerpos, es donde Yeziarska plantea de nuevo la problemática de la identidad. En torno a la exclusión de las inmigrantes judías procedentes de Europa del Este y la lucha por el reconocimiento de sus identidades giraría, por tanto, la realización de sus deseos en el espacio público a través de mecanismos de adaptación y obtención de dicho reconocimiento.

Basándose en la apariencia externa como forma de definir las identidades, la sociedad americana aquí descrita y las instituciones que avalan los ideales de las clases dominantes discriminan o seleccionan la validez de un individuo en función de criterios superficiales, que distan de los valores que estas inmigrantes traen aprendidos de sus localidades europeas y que representan en las calles neoyorquinas. De este modo, la protagonista ve frustrados sus intentos por participar en un terreno laboral controlado por una clase dirigente que delata el incumplimiento por su parte de los requisitos de higiene propagados a través de los discursos de normalización y asimilación. Este tipo de vigilancia continua que recae sobre las mujeres de clases más desfavorecidas para impedir que sobrepasen los límites identitarios impuestos en base a ese incumplimiento se podría considerar como parte de lo que Foucault denomina como “poder disciplinario”, es decir, aquel que “se ejerce haciéndose invisible” y que “en cambio impone a aquellos a quienes somete un principio de visibilidad obligatorio. En la disciplina, son los sometidos los que tienen que ser vistos” (2009, 192). Según este argumento, y aplicándolo al contexto descrito por la autora, tanto las huéspedas en la casa del campo de la “Social Betterment Society” como las estudiantes que, al igual que la protagonista de “Soap and Water”, no pueden compaginar su trabajo con el mantenimiento del prototipo de mujer de la época participan del “poder disciplinario”

que se ejerce sobre ellas. La vigilancia así expuesta se convertiría en el motor que permite el funcionamiento de la sociedad que estaba conformándose en las primeras décadas del siglo XX en Norteamérica. En este sentido, cuando las benefactoras someten a examen a las inmigrantes para comprobar si su pobreza es merecedora de su ayuda lo que en realidad están reafirmando es la vigencia de un sistema social sostenido por unas relaciones de poder que se sostienen, a su vez, por la red de vigilancia ejercida entre todos los individuos que unos con otros se relacionan. Al hablar del “examen como fijación a la vez ritual y “científica” de las diferencias individuales” (2009, 196), Foucault resalta las características propias de los organismos institucionales que utilizan el conocimiento sobre cada individuo para encasillar los comportamientos menos estereotipados y evitar que se contagien al resto de la sociedad normalizada sobre un estándar acordado. El rechazo que recibe la joven de este relato es la consecuencia por no haberse atendido a las normas de una sociedad que permite la apertura de sus puertas a quien ha adoptado los valores de la élite social. Así, tanto Mrs. Whiteside, quien según se describe “She was merely one of the agents of clean society, delegated to judge who is for and who is unfit to teach” (72), como el resto de directoras y empresarias que le rechazan representan una misma conducta. Por esta razón, se da a entender la existencia de un tipo de comportamiento específico que ha sido interiorizado con la intención de salvaguardar los ideales de las clases dominantes: “I soon found other agents of clean society, who had the power of giving or withholding the positions I sought, judging me as Mrs. Whiteside judged me” (74).

Ante la exclusión que la joven percibe, la única vía de escape que Yeziarska propone es la transmisión verbal de emociones, es decir, la posibilidad de que se pueda llevar a cabo una comunicación entre las mujeres inmigrantes y aquéllas que ya han conseguido ser reconocidas bajo la identidad americana. El hecho de que a partir de una

conversación con una antigua profesora, Miss Van Ness, sea como la joven consiga encontrar un espacio en el que poder disfrutar de un reconocimiento de su individualidad supone la aceptación de un modelo de comportamiento que dista del discurso de asimilación en el que no había podido incluirse. Identificada como parte de un colectivo que, por su pertenencia al gueto, se halla invisible en el espacio público, el personaje adquiere finalmente significación propia tras poder dar expresión a su experiencia individual. Al no dar relevancia a la apariencia, Miss Van Ness representa los valores de los que las mujeres judías inmigrantes se notan carentes una vez llegan a América, y ofrece una alternativa al modelo de mujer que los organismos educativos y caritativos se esfuerzan en mantener. Tanto las “friendly visitors” de la “Social Betterment Society”, quienes juzgan la manera en que la madre en “The Free Vacation House” alimenta a sus hijos con la expresión: “it is very unsanitary” (44), como las directoras que deciden quién encaja en el perfil en función de un arquetipo femenino de higiene difunden el discurso de las clases elitistas que prepondera en la configuración del gusto estándar. A este respecto, cabe mencionar también la presencia de esta temática en el relato “The Lost Beautifulness”, de la misma colección y el cual se expondrá a un estudio más exhaustivo en el siguiente capítulo. En este caso, el interés de la protagonista, Hanneh Hayyeh, por acondicionar su cocina ante la llegada de su hijo atiende al cumplimiento de un modelo de limpieza adoptado y puesto en práctica, en este caso, de manera fallida. Encargada de las tareas domésticas del hogar de la acomodada Mrs. Preston, Hanneh absorbe diariamente la influencia de las clases altas neoyorquinas y se propone imitar el interior de sus hogares ahorrando para emblanquecer su cocina. Este hecho, como se estudiará más adelante, provoca una subida del alquiler que le termina suponiendo el desahucio debido a que le resulta imposible sostener el nuevo estatus social del que se ha visto obligada a disfrutar tras

acondicionar su cocina. A pesar del intento por llevar el caso a los tribunales para conseguir que el casero rebaje esa subida, el juez dictamina que éste tiene el derecho a poder decidir el precio que estime en función de su interés personal, ya que es el propietario de la estancia. Además, el ofrecimiento de Mrs. Preston de prestarle a Hanneh el dinero suficiente para hacer frente al alquiler de forma temporal y el rechazo de ésta a admitirlo marca la fatalidad de su situación en tanto que no dispone de ningún organismo que avale su petición. Cuando Hanneh le dice a la magnate: “I want no charity” (38), lo que está rechazando es la participación en el entramado clasista que en nombre de la caridad, entre otras actividades, nutre su perdurabilidad. El hecho de que Mrs. Preston ofrezca su dinero denota su complicidad con el sistema judicial que ha condenado a Hanneh a aceptar el discurso individualista del casero, ya que, en vez de no querer formar parte de ello, lo que hace es cubrir el posible socavón que dificulta la permanencia de Hanneh en su hogar, otorgándole legitimidad con ese gesto caritativo. Siguiendo el argumento de Delia C. Konzett en su artículo sobre las jerarquías de poder en la compilación *Hungry Hearts*, Yezierska “realizes that the goal of such philanthropic institutions is not to help immigrants but to impose upon them a specific social order” (1997, 607). De este mismo modo, la reacción de la protagonista de “The Free Vacation House” ante la propuesta de la “Social Betterment Society” de pasar dos semanas en la casa del campo se asemeja a la de Hanneh porque ambas rechazan tanto su inclusión en las entidades caritativas como cualquier acción que acentúe su pertenencia a los estamentos más bajos de la jerarquía social neoyorquina.

Como se ha podido comprobar hasta aquí, el discurso de la higiene, al igual que ocurre con todos los que son emitidos desde una posición de poder visibilizada y reconocible, traspasa todo tipo de contextos y se expande entre todo tipo de individuos. En estos relatos, pues, se generan redes de vigilancia para hacer cumplir ese discurso y

se difunden modelos de comportamiento que deben ser imitados si se quiere obtener reconocimiento más allá de los márgenes del Lower East Side.

2.1.3. La solidaridad como alternativa a la caridad

La recurrencia en la obra de Yeziarska de la problemática que aborda la complejidad de las redes de dominio desde una perspectiva que denuncia los abusos de poder por parte de las empresas de caridad, incluyendo otros organismos privados dispuestos para mantener las diferencias de clase en base a un discurso discriminador, también ofrece una alternativa por la que distanciarse de este sistema de dominio impuesto en las grandes ciudades norteamericanas. Para ello, se ha escogido otro de los relatos que pertenecen a la colección *Hungry Hearts*, titulado “My Own People”, ya que en él entran en conflicto la omnipresencia de la vigilia de las entidades caritativas y la solidaridad con la que las sociedades judías se relacionaban previamente a su llegada a América. La protagonista, una joven con pretensiones de llegar a ser escritora llamada Sophie Sapinsky, se hospeda en una habitación que Hanneh Breineh, madre de varios hijos y vendedora ambulante, le alquila dentro de su vivienda. Al igual que ocurre con la madre anónima en “The Free Vacation House”, Hanneh Breineh se lamenta de no poder satisfacer las necesidades de alimento que sus hijos le reclaman, por lo que su única salida parece ser la expresión de sus emociones ante la nueva huésped: “The president from America should only come to my bitter heart. [...] Let him try to feed his children on the money the charities give me and we’d see if he wouldn’t better send his

littlest ones to the shop better than to let them starve before his eyes” (1920, 102)⁴. Esta afirmación delata tanto la omnipresencia de los organismos de caridad como la cantidad insuficiente de provisiones que estas mujeres reciben, lo que les impide redirigir sus experiencias hacia un estilo de vida más acomodado y les obliga a seguir dependiendo de la venta ambulante. Si bien en el otro relato la alternativa que se ofrece viene condicionada por la inclusión de la madre en los programas de recuperación de la “Social Betterment Society”, Yeziarska muestra aquí una vía de escape que no pasa necesariamente por la aceptación de la caridad institucional, sino que es gracias a la solidaridad de un vecino del gueto como los personajes consiguen superar la carencia de recursos. Tras haber recibido de parte de un conocido un lote de alimentos extraordinario, Shmendrik decide compartirlo con Hanneh Breineh y sus hijos, provocando la alusión de nuevo por parte de la madre hacia las empresas de caridad y su funcionamiento habitual: “Cake and wine – a box – to you? Have the charities gone crazy?” (103).

Una vez el acto solidario se está llevando a cabo, una “friendly visitor” irrumpe en el hogar de Hanneh Breineh corroborando así la imprevisibilidad con que estos organismos operan con el pretexto de poder sacar conclusiones de manera más verídica: “Unannounced, a woman entered – the “friendly visitor” of the charities. Her look of awful amazement swept the groups of merrymakers [...] “I came to my monthly visit – evidently I’m not needed”.” (105). La intrusión de las “friendly visitors” de la “Social Betterment Society” en los espacios privados donde habitan estos personajes está relacionada con la invisibilidad a la que se ven expuestas las mujeres judías que ahí habitan. Cuanta mayor es su exclusión mayor es el grado de conocimiento que se necesita saber en torno a sus experiencias para poder clasificar desde las posiciones de

⁴ En este subcapítulo, se obviará el año de publicación en las citas extraídas del relato “My Own People” debido a que pertenecen a la misma colección *Hungry Hearts*, publicada en 1920.

poder a los colectivos sociales que, como ellas, no disponen de medios ni de dispositivos para tomar constancia de su situación. Se produce así una ciencia del saber que necesita de una vigilancia imprevisible para captar las realidades tal como son, evitando cualquier factor de artificialidad que la previsibilidad de sus llegadas pueda condicionar. Estos personajes, obligados a permanecer bajo una vigilia constante sin que ellos sepan cuándo y dónde va a tener lugar su ejecución, sienten las coacciones del poder jerárquico que les impide salirse de los estereotipos de comportamiento asociados a su estatus social, como lo es el hecho de alimentarse con productos que, de no ser parte de un acto solidario, no podrían costearse.

A este respecto, cabría resaltar la relevancia de la arquitectura del “Panóptico” en este contexto, ya que se podría establecer un puente de significación entre las empresas de caridad y la configuración teórica que Foucault hace en torno a la estructura panóptica. Partiendo del efecto que esta estructura carcelaria propone, esto es, “inducir en el detenido un estado consciente y permanente de visibilidad que garantiza el funcionamiento automático del poder” (2009, 204), la entrada repentina de las benefactoras en los espacios privados de las familias de clases más desfavorecidas supone una advertencia que las obliga tanto a atenerse a una serie de normas impuestas por las directoras de estos centros como a no sobrepasar los límites de su precariedad. Además, el incumplimiento de estas normas implicaría un deterioro de su situación, ya que se verían abocadas a una exclusión total en la que ni las entidades caritativas les proporcionarían un mínimo de recursos para subsistir. Del mismo modo que el detenido en el panóptico paga el delito cometido con la exposición constante de su existencia ante la mirada vigilante de uno o varios supervisores cuya actividad él desconoce, las mujeres que reciben los servicios de la caridad son víctimas de esta misma exposición continua como si estuviesen cumpliendo un castigo por haber cometido una infracción.

Así, podría decirse que el delito por el que se ven obligadas a condenar sus experiencias a la normativa y la vigilancia de empresas como la “Social Betterment Society” parte de dos premisas:

Por una parte, el delito estaría relacionado con el hecho de denunciar la insostenibilidad de una situación precaria, como ocurre en el caso de la madre anónima en “The Free Vacation House”, para cuyo perfil se ha construido un centro de acogida temporal en el que se corrigen esos comportamientos con tendencia a la rebelión y a la exteriorización del hartazgo hacia su precariedad. En muchos de los casos descritos por la autora, incluida su propia experiencia, es la mujer la que tiene que trabajar para mantener a los hijos y al marido, dedicado por tradición al estudio del Torah. Para este tipo de mujeres que no disponen de los recursos suficientes para sacar a sus familias adelante las empresas de caridad idearon este tipo de centros con la intención de que, cuando regresasen al gueto neoyorquino, pudiesen retomar sus rutinas habiendo dejado atrás sus ánimos de cambio. Como se ha podido comprobar, la servidumbre a la que se ven expuestas en estos centros es tal que prefieren la precariedad de sus experiencias, un hecho que parece constatar la efectividad de los proyectos de corrección de individuos avalados por las entidades caritativas.

Por otra parte, el deseo por americanizar los espacios que habitan o su apariencia física desde una posición precaria y desde su diferencia identitaria como inmigrantes que profesan unas costumbres religiosas distintas a la dominante se presenta como otra posibilidad por la que las mujeres judías de clases bajas podrían estar cometiendo un delito. Éstas se verían obligadas a introducirse en las redes de poder que las instituciones de la caridad y el discurso del gusto elitista neoyorquino se dedican a difundir para evitar el control como castigo, es decir, americanizándose de forma completa y sin mantener los resquicios identitarios que les habían diferenciado. Tanto

Hanneh Hayyeh en “The Lost Beautifulness” como la protagonista de “Soap and Water” acaban siendo castigadas con la exclusión tras haber intentado americanizar sus experiencias sin haber no sólo representado eficazmente los modelos de higiene y limpieza sino también sin haberse incluido en la dinámica laboral que permite financiarlos y mantenerlos económicamente. En estos casos, la alternativa que proponen las entidades orientadas a la americanización de las inmigrantes judías de Europa del Este es la participación en los cursos de formación laboral, como la “Home for the Working Girls” en la novela *Arrogant Beggar*, que pasan por la aceptación de las tareas domésticas como medio de subsistencia. Mientras que el interés es mantener las diferencias de clase, siguiendo la apreciación de Yeziarska, estas entidades proveen a estas mujeres de una serie de recursos limitados para que su experiencia laboral se reduzca a la servidumbre y no puedan escapar así de su precariedad. La representación completa de una identidad *americanizada* les permitiría, entonces, librarse de la influencia de las empresas de caridad en tanto que ya no necesitarían sus servicios porque pueden disfrutar de una independencia económica, aunque ello no les permita ascender en la escala social.

Centrando la atención en la relación entre el panoptismo y las estrategias llevadas a cabo por las empresas de caridad descritas por Yeziarska, cabe resaltar el aspecto de la vigilancia que en ambas estructuras de poder es parte esencial del mecanismo que las hace funcionar. En palabras de Foucault, “toda institución panóptica, así sea tan cuidadosamente cerrada como una penitenciaría, podrá sin dificultad estar sometida a esas inspecciones a la vez aleatorias e incesantes” (2009, 210), por lo que considerar estas empresas de caridad como arquitecturas panópticas de poder tiene relevancia en este contexto. En ellas, tanto las candidatas como las huéspedes se hallan bajo la vigilancia de un sector social elitista que, a su vez, es observado y analizado por

sus propios miembros. Entendiendo el espacio privado del hogar de Hanneh Breineh como una celda perteneciente al conglomerado panóptico descrito por Foucault, en el que se han impuesto unas normas correctivas con motivo de un delito previo y al que se permite el acceso libre para la supervisión del cumplimiento de las mismas, se podría afirmar que la estructura panóptica en este caso no se vería condicionada por una arquitectura específica. Por el contrario, correspondería a un entramado simbólico de poder que recorre las casas de las inmigrantes de manera que no pueda ser prevista su intrusión. Aunque en el caso del panóptico carcelario se cuenta con delincuentes que han cometido un delito previo a su inclusión en el sistema de vigilancia, las estrategias utilizadas en ambos contextos comparten una serie de características que conducen a su consideración dentro del mismo hilo argumental. Si se comprende la precariedad de las familias aquí descritas como una consecuencia por no haber llevado a cabo una asimilación efectiva al modelo estándar de conducta americano, lo que implicaría la aceptación de unos valores respaldados por los intereses del mercado de consumo emergente y no de una tradición judía que reducía las posibilidades de integración más allá del gueto, entonces su exclusión representaría la pena a la que han sido condenadas. Asimismo, las continuas visitas de los organismos de la caridad simbolizarían aquellos inspectores que vigilan que se cumpla la pena, es decir, que se perpetúe su precariedad bajo la premisa de un saber científico del delincuente, que registra los estamentos más bajos de la sociedad en pos de un interés sociológico.

La irrupción, por tanto, en el hogar de Hanneh Breineh de una “friendly visitor” en el momento en el que se estaba cometiendo la infracción delata la incompatibilidad de su comportamiento con la normativa de la entidad. La partida repentina de la supervisora con el pretexto de informar a sus superiores de lo acaecido en la vivienda, provoca en Hanneh la exteriorización de una denuncia hacia el reglamento de este tipo

de entidades, un discurso que aparece de forma recurrente en la obra literaria de Yeziarska: “Will we get no more dry bread from the charities because once we ate cake?” (105). Así, el hecho de que Hanneh desobedezca una norma y sea descubierta parece implicar un castigo que acentuaría aquel que se le habría impuesto por no haberse involucrado en el sistema de americanización, temiéndose excluida de los beneficios que le reporta su validez como receptora de los servicios de la caridad. Además, la descripción que hace sobre la labor de las supervisoras: “To see that we don’t over-eat ourselves!” (105), corrobora la necesidad por parte de las beneficiarias de la caridad por cumplir una serie de requisitos que no dan lugar a que se generen excepciones del tipo que aquí se describen, destacando el hecho de no superar los límites de su precariedad sin notificar dicha transgresión. A este respecto, Elizabeth Ewen hace referencia a la labor de Mabel Kittredge, nacida en Norteamérica y dedicada a instruir a las mujeres los modelos de limpieza e higiene que prevalecían entre las clases medias y altas, para mostrar cómo las empresas de caridad orientadas a inculcar las denominadas “ciencias domésticas” seguían una estrategia educativa concreta. Esta estrategia consistiría en enseñar a las inmigrantes a americanizar sus hogares sin que ello supusiera un incremento en el gasto de sus ingresos:

“Mabel Kittredge, a leader of the scientific housekeeping movement, was upset about the furnishings that immigrant women used in their fight against the ugliness of tenement living, but even she had to admit that these women were concerned about their homes. [...] Kittredge wanted to tear down all the home decorations in immigrant households and replace them with ‘scientific knowledge regarding food, air, sun, and cleanliness’”. To do this, she established what she called ‘model tenement apartments’, decorated in austere style along the lines of a hospital room where immigrant women were given demonstrations of clean, uncluttered ‘scientific’ living.” (1985,157)

Este pasaje es relevante para entender las razones por las que Hanneh Breineh expone la inviabilidad de los cursos de formación de estas entidades caritativas a la hora de proveer a las mujeres del Lower East Side con las herramientas necesarias para que puedan emanciparse finalmente de su exclusión: “She’s a ‘friendly visitor’! She learns us how to cook cornmeal. By pictures and lectures she shows us how the poor people should live without meat, without milk, without butter, and without eggs. Always it’s on the end of my tongue to ask her, ‘You learned us to do without so much, why can’t you yet learn us how to eat without eating?’” (105). La enseñanza, así descrita, parece girar únicamente en torno a la aceptación de las diferencias de clase y explica cómo hacer que estas mujeres economicen las tareas domésticas y el gasto de su manutención para que puedan representar los ideales de limpieza e higiene asociados a las de clases más acomodadas. Además, al entrar en contacto con el colectivo formado por supervisoras, benefactoras, directoras y las denominadas “friendly visitors”, estas mujeres judías toman conciencia de su precariedad al definirse a partir de la mirada del otro, constituido por este colectivo, por lo que toman conciencia de sí mismas como parte excluida de la sociedad hacia la que teóricamente han viajado para integrarse. De este modo, las diferencias de clase percibidas son constantemente delatadas por las protagonistas de los relatos y las novelas de Yezierska, ya que son enfatizadas tras esa toma de contacto: “‘Charity ladies? – gladness?’ [...] ‘For poor people is only cornmeal. Ten cents a day’” (105).

Momentos después del descubrimiento de la infracción cometida, se erigen de nuevo los cimientos del clasismo mostrando la llegada de las benefactoras al hogar de Hanneh Beeineh en un vehículo de proporciones exageradamente ostentosas, describiendo la indumentaria de las mismas en un intento por acentuar las diferencias de

clase existentes entre emisores y receptores de la caridad: “The soft sound of a limousine purred through the area grating and two well-fed figures in seal-skin coats, led by the “friendly visitor”, appeared at the door” (1920, 106). El examen al que se ven sometidos los personajes dentro de su hogar evidencia la indefensión de éstos con respecto a los controles de vigilancia y registro de actividades que la “Social Betterment Society”, en este caso, se dedica a llevar a cabo. Como parte del mismo, Mr. Bernstein, director del centro al que se le ha atribuido la tarea de investigar los motivos de la infracción cometida, escruta una a una las cartas que Shmendrik ha ido recibiendo para comprobar el número de veces que esa situación se ha provocado, afirmando la recurrencia de la infracción y condenando el hecho de no haberlas notificado a la entidad: “You are charged with intent to deceive and obtain assistance by dishonest means” (106). Utilizando las mismas estrategias discursivas con las que se acusa a un infractor o delincuente en los tribunales de justicia, el director, acompañado por una “friendly visitor” que deja constancia como testigo de todo lo ocurrido, participa de la estructura de poder a la que Foucault se refiere en su estudio sobre la red carcelaria anteriormente mencionada.

En este sentido, cabe resaltar también el argumento del filósofo francés por el que afirma que “el que está sometido a un campo de visibilidad, y que lo sabe, reproduce por su cuenta las coacciones de poder; [...] se convierte en el principio de su propio sometimiento” (2009, 206). Cuando Foucault se refiere a la reproducción de las “coacciones del poder” parte de la consideración de que el individuo observado no puede generar ninguna resistencia debido a que no es consciente de los momentos en los que el sistema de vigilancia se torna vulnerable, es decir, los momentos en los que podría, sin ser delatado, comportarse no ya en función de la norma que se le ha impuesto sino de una, podría llamarse, “extra-norma”, fuera del alcance discursivo

normalizado. Del mismo modo que el delincuente en la estructura panóptica, esa “extra-norma” en el contexto privado del gueto se representa a través del acto de solidaridad de Shmendrik, quien ha creado una resistencia dentro del círculo de vigilancia que controla la “Social Betterment Society”. Dado que esa resistencia no forma parte de la normativa que sostiene argumentalmente a estas entidades, los personajes que la ejecutan se ven expulsados de su influencia, quedando abandonados a merced de esta alternativa. Ésta tendría como principio fundamental la acogida de cualquier individuo sin que ello suponga ningún tipo de supervisión ni control asociados a las razones que les han llevado a permanecer en la indigencia. El establecimiento de la solidaridad se propone como contrapartida a la red de poder de este tipo de organismos privados y como retorno a los valores propios de la sociedad judía aquí descrita. En ella, la caridad no se cimienta sobre estructuras de índole carcelario sino que se construye desde el propio individuo y se pone en práctica desde un sentido altruista y humanizado, es decir, lejos de toda institución y de todo financiamiento de carácter exclusivamente paternalista.

2.2. Revisión de la “New Woman”: Nuevos modelos de americanización

La propuesta de las empresas de caridad citadas en este estudio tenía la pretensión, en primer lugar, de cubrir las necesidades básicas de supervivencia de las mujeres inmigrantes durante las primeras décadas del siglo XX en Norteamérica, específicamente en Nueva York, a partir de su inclusión en una rutina disciplinada y su disposición a una vigilancia constante. En segundo lugar, estas empresas les instruirían formas de alcanzar la identidad anhelada a través de estrategias derivadas del buen hacer doméstico como parte del modelo de limpieza e higiene que todo hogar que se quisiera considerar “americano” debía constituir. En torno a este tejido de estereotipos de comportamiento se generaron también diversos modelos discursivos y visuales de mujer que se difundieron con la intención de crear prototipos femeninos homogéneos. Estos prototipos estarían a merced del mercado de consumo dominado por el gusto masculino y se saldrían del prototipo femenino imperante por el que las mujeres debían relegar sus actividades sociales al espacio privado del hogar. Así, en la última década del siglo XIX se acuñaría la expresión “New Woman”, un término que designaba a aquellas mujeres que rechazaban seguir formando parte de la sociedad desde una posición secundaria y confinada al espacio doméstico. La iniciativa de estas mujeres partía de un interés común por conseguir la participación en el terreno electoral, las denominadas “sufragistas”, y su inclusión como fuerzas productivas de trabajo legalmente remuneradas. Tanto la presión mediática que terminaron ejerciendo los detractores de estas nuevas propuestas en favor del reconocimiento de las mujeres como la tendencia a tachar de irrisorio cualquier intento de contra-actuación política fuera de toda regulación ya establecida provocaron la aparición de estereotipos femeninos que procuraban restar vigencia a la lucha de estas sufragistas: “As a suffragette, for

example, the New Woman might be called unattractive, barren, neglectful, and manly” (2008, 27). El hecho de que la acepción “New Woman” sobrepasase ese carácter emancipador y abstracto de un primer momento para ser denotado como atributo de la apariencia externa de una persona no fue fortuito, ya que a principios del siglo XX la sociedad norteamericana ya estaba acostumbrada a definir el estatus o la identidad de sus ciudadanos en función de unas externalidades que podían adquirirse en el mercado de consumo emergente.

En contraposición a esta figura discursiva, se originó un nuevo modelo de mujer que, si bien no se acercaba a esa propuesta revolucionaria, sí consiguió establecer un marco común dentro del cual el arquetipo de mujer norteamericana se pudo trazar sin tiznes ofensivos hacia sus homólogos varones. De esta manera, la denominada *Gibson Girl*, caricatura creada por el dibujante Charles Dana Gibson, pasó a ser considerada como una solución muy certera y proteccionista frente a la actitud impositora de las sufragistas, que denunciaban el milenarismo sometimiento de la mujer ante el hombre y, como consecuencia, su escaso papel en el terreno de lo público: “The Gibson Girl [...] certainly attempted to put to rest any fears of the growing masculinization of American women” (2008, 38). De este modo, mientras las primeras se encontraban expuestas a todo tipo de críticas por parte de los sectores más reaccionarios de la sociedad norteamericana, la figura de la *Gibson Girl* disfrutaba de una aceptación estable. Tanto era así que, incluso, surgía la necesidad de imitar ese modelo de mujer para alcanzar el reconocimiento público, un derecho que, precisamente, los movimientos sufragistas reclamaban. Partiendo de estos dos modelos, el dilema surgiría a la hora de definir la identidad de las mujeres judías que emprendieron el proceso de americanización dentro de dos parámetros establecidos. Por una parte, entendiendo a la mujer como única mediadora para alcanzar su propio fin, lo que se denominaba como “New Woman” y,

por otra parte, como producto de deseo asociado al estereotipo propagado por Gibson y manipulado por el discurso dominante del mercado de consumo. Sin embargo, y como se comprobará a lo largo de este estudio, la situación específica de las mujeres judías dio lugar a una concepción nueva por la que la mujer adquiriría el reconocimiento de su individualidad, viéndose mayormente influida por los rasgos atribuidos a la “New Woman” y no por los difundidos en torno al modelo de belleza estándar y caricaturizados en la figura de la *Gibson Girl*.

2.2.1. Tránsito entre la “American New Woman” y el arraigo europeo

Atendiendo así al concepto de “New Woman” como base sobre la que configurar lo que Susan A. Glenn denomina como “A Jewish immigrant version of the New Womanhood” (1990, 208), cabe señalar, en primer lugar, el ideal femenino contra el que surgió, ya que se generaría en contrapartida al prototipo victoriano de mujer como directora del espacio doméstico: “Whatever new roles were made available to Jewish women in America followed the patterns of gentile society [...] what we have come to know as the Victorian ideal of womanhood” (1976, 28). Este ideal se ha visto difundido en el anterior capítulo de este estudio a través de empresas de caridad como la “Social Betterment Society” o la “Home for the Working Girls”. En estos centros de internamiento y de formación las mujeres deben aprender a construir sus experiencias dentro del espacio doméstico como vía para alcanzar el reconocimiento de su individualidad. La mayoría de personajes que aparecen en la obra literaria de Yeziarska anhelan este reconocimiento del que sólo pueden terminar apropiándose a través de recursos rescatados de su propia cultura, es decir, de lo que les diferencia de los valores imperantes americanos. Excluidas del ámbito de lo público y conocedoras del gusto

estándar únicamente a través del trato que tienen con las benefactoras, estas mujeres se nutren de los ideales personificados por aquellas en su intento por adoptar la conducta americana que inculcan. Según Baum (et al.), esta aproximación origina la concepción de las benefactoras como modelos a imitar en tanto en cuanto se tenga la pretensión de encontrar el reconocimiento público a partir de su influencia: “It seems most likely that their model for the American lady was the German Jewish woman” (1976, 184). En este sentido, Yeziarska propone a Adele Lindner, protagonista de *Arrogant Beggar* y huésped en la “Home for the Working Girls”, como mujer judía y precaria que, en su deseo por americanizarse, recurre a estos organismos caritativos para aprender un oficio que le ayude a acceder al terreno laboral. Así, muestra la necesidad de la joven por alcanzar el puesto de benefactora y poder así impulsar a otras mujeres a conseguir ese reconocimiento. Siguiendo los modelos de mujer ofrecidos por estos organismos, no obstante, las protagonistas terminan desvinculándose del adoctrinamiento que creen que se les ha impuesto y retoman sus rutinas precarias desde una perspectiva distinta, generando un nuevo concepto de mujer basado en dos aspectos fundamentales. Por una parte, conviene resaltar la experiencia que adquieren al intentar americanizarse y comprobar que las estrategias de inclusión en el ámbito de lo público pasan por reconocer las diferencias de clase y el sometimiento de un colectivo recién llegado frente a otro asentado con anterioridad e inscrito en el discurso dominante de las clases elitistas. Según la autora, gracias a este intento, estas mujeres inmigrantes toman conciencia de la situación que verdaderamente les ha estado oprimiendo desde su llegada a América, focalizando en la dominación que ejercen las clases más acomodadas sobre las más desfavorecidas el eje principal de su exclusión. Por otra parte, la tradición judía que profesaban en Europa y, más tarde y con menor influencia, en las calles de Nueva York se basa en la solidaridad y reúne ciertos aspectos de justicia

social que tomarían prestados de las consignas promulgadas por “The Bund”, un movimiento de carácter socialista que a finales del siglo XIX organizaba la vida laboral de gran parte de los colectivos obreros de las urbes del antiguo Imperio Ruso: “for those involved in the Bund and various other revolutionary movements in Eastern Europe were models for those who emigrated to the United States. The ‘new Jewish woman originated in Eastern Europe, not America’” (1976, 89). Influidas por ambas consideraciones, las mujeres del enclave neoyorquino no podrían sino re-significar todos los conceptos que rodeaban a la identidad discursiva de mujer norteamericana contemporánea y ampliar los ángulos desde los cuales se propusieron esos estereotipos. En este sentido, cuando Baum (et al.) afirma que la “New Jewish woman” ya se había originado en Europa se refiere a la influencia del socialismo en los movimientos que abogaban por la igualdad de la mujer ante el hombre en el terreno laboral. Posteriormente, esa influencia sería trasportada a América para dar lugar a las nuevas concepciones que podrían catalogarse de forma más exacta como “the New American Jewish Woman”, resaltando así la ubicación geográfica que marca la diferencia contextual entre unas y otras experiencias.

Conviene retomar la temática del arquetipo victoriano tras haber explicado las dos perspectivas desde las cuales las mujeres judías de clase baja configurarían una “New Woman” específica y la constituirían como modelo de imitación desvinculándose de los modelos creados por y para el colectivo de mujeres socialmente aceptadas como americanas. Así, cabe destacar el aspecto principal por el que las mujeres que cumplían con el estándar identitario americano se relacionaban en torno a unas premisas diferentes a las de las mujeres del gueto, entendiendo a las primeras como aquéllas que pertenecían a las clases medias y que su apariencia no delataba ningún rasgo discriminatorio,. Como Glenn indica: “while middle-class Victorians argued that

woman's moral and domestic responsibilities should take precedent over any income-producing role, eastern European Jews [...] thought it perfectly proper for women to help earn a living while the men pursued a life of religious scholarship" (1990, 11). Así pues, se debe tener en cuenta el bagaje cultural que las inmigrantes de Europa del Este acarreaban en tanto que resultó determinante para su reconstrucción identitaria en territorio americano. A diferencia del prototipo femenino victoriano, orientado a las tareas domésticas y a la invisibilidad de la mujer en el ámbito de lo público, las familias migrantes aquí estudiadas traían consigo una concepción nueva de las responsabilidades, ya que, debido a la relevancia del estudio del Torah por parte de los hombres, eran las mujeres, sobre todo las madres y las hijas mayores, quienes debían sustentar la economía familiar.

"In Eastern Europe women had, as an extension of their domestic responsibilities, two traditional functions: helping to support their families, and transmitting certain elements of Jewish culture. In America they could not continue to perform this second function since their children regarded them as conservative forces, and rejected their teaching and guidance in favor of American ways" (1976, 120)

Según este argumento, la asiduidad con la que las mujeres tenían contacto con la dinámica laboral en Europa del Este les hubiera permitido, una vez habían llegado a América, continuar ejerciendo sus responsabilidades tanto laborales como domésticas de acuerdo con la tradición judía que les respaldaba. Sin embargo, y como se explica detalladamente en el estudio realizado por Glenn, muchas de estas mujeres tuvieron que abandonar los negocios familiares establecidos a su llegada. Viéndose obligadas a participar como asalariadas en las fábricas que se asentaban en el exterior del mismo, se verían frustradas a la hora de poder llevar a cabo todas las responsabilidades que sí

habían podido hacer frente en sus localidades natales. Asimismo, el hecho de que las madres tuvieran que acabar comprendiendo sus experiencias dentro del espacio privado del hogar, tras no haberse podido adaptar a la nueva rutina laboral que su inclusión en las fábricas suponía, provocaría la ruptura del núcleo familiar, ya que eran las hijas o, en los casos más *americanizados*, los padres, los que debían participar de esa dinámica laboral: “Unlike women in some western European societies, who viewed domestic service as an acceptable occupation because of its protective social surroundings and the preparation it provided for future marital duties, Jews saw the occupation as decidedly odious” (1990, 17). Además, siguiendo la cita extraída del estudio de Baum (et al.), la figura de la “madre” se consideraba esencial a la hora de traspasar e inculcar los valores culturales que caracterizaban a los colectivos judíos, acentuando la necesidad de una estabilidad económica que les permitiese permanecer en contacto con los hijos y de la que no podían disfrutar dada la distancia a la que se encontraban las fábricas. Por tanto, la adopción de los nuevos modelos de mujer suponía una desestabilización tanto familiar como cultural que terminaría por resolverse gracias a la participación de los hijos en la dinámica laboral de la urbe y el consecuente posicionamiento estratégico de la madre dentro del espacio privado del hogar para un traspaso eficaz de dichos valores y una realización completa de las tareas domésticas. Con todo, es en el período temporal previo a la inclusión de los hijos en el mercado laboral cuando las empresas de caridad entrarían en funcionamiento, dirigiendo su apoyo a las madres cuyos descendientes aún no pueden contribuir a la economía familiar: “Social workers focused on mothers precisely because of this. They were concerned because these women were not subject to a daily infusion of American values, and feared their influence on the first generation of ‘real’ Americans, the children. Caught in the margins between old and new, immigrant mothers posed a threat to assimilation” (1985, 94). Orientadas a difundir

modelos de conducta en torno a la limpieza, la higiene, la apariencia externa y los hábitos alimentarios, estas empresas se encargaban de americanizar los comportamientos de las madres inmigrantes sin que ello supusiese la aceptación social de sus labores en el terreno público ni el reconocimiento de su individualidad. Como consecuencia, se acrecentaría la exclusión a la que se veían expuestas ya que, siendo conocedoras de los privilegios de las clases medias que regentaban estos organismos caritativos, no podían escaparse de la precariedad ni disfrutar de los mismos. Como ocurre en “The Fat of the Land”, relato del que se hará un estudio más exhaustivo en el siguiente capítulo, Hanneh Breineh, cuyos hijos terminan americanizándose y se proponen borrar en la madre cualquier rastro de pertenencia al gueto, se ve forzada a colocarse en un estadio intermedio entre la adaptación que sus hijos llevan a cabo y los valores tradicionales representados por Mrs. Pelz y los vecinos de su comunidad. A pesar de que en este relato no se presenta la influencia de las entidades caritativas, lo cierto es que Hanneh Breineh personifica el prototipo de mujer que encajaría en el perfil de candidata a recibir sus servicios. Tanto el grado de desesperación que muestra al principio ante la imposibilidad de poder satisfacer las necesidades de alimento de sus hijos como el desarraigo identitario que termina sufriendo por no ser capaz de identificarse con la conducta de las denominadas “American ladies” (1976, 193) son característicos de las madres inmigrantes que eran reclutadas para ser instruidas en el buen hacer doméstico.

En cuanto a la jerarquía de poder en el entorno de las familias identificadas dentro del modelo americano, cabe destacar la irrelevancia del papel de la mujer en cuanto a su incidencia en el terreno público. Esta jerarquía consiguió legitimar discursos de dominación hasta el punto de que, en palabras de Baum, eran utilizados por los propios hombres judíos en su intento por americanizar sus costumbres culturales: “many

Jewish men discouraged their wives from working, for they had observed that in America ladies remained at home” (1976, 193). Siguiendo este argumento, la legitimidad de este discurso “americanizador” frente a la disposición de la autoridad del erudito judío en un estadio preferente al de las labores llevadas a cabo por las mujeres parecen haberse originado desde una misma posición de dominio. Glenn distingue acertadamente entre los términos “modernidad” y “americanización” para afirmar que el segundo participa de un entramado de redes de poder que discrimina a los individuos en función de la efectividad con que adoptan los valores culturales asociados a la identidad americana. En contraste, también asegura que la modernidad “is more neutral in terms of specific national values and includes a constellation of symbols and opportunities denied or limited by the traditional boundaries of Jewish life in the Old World: political participation, education, freedom of movement and choice of residence, and secular as opposed to theocratic concept of authority and status.” (1990, 3). En este aspecto, Glenn parece abordar la experiencia de las mujeres inmigrantes judías a partir del concepto de la “New Woman” americana, quien precisamente reclamaba como derechos lo que Glenn enumera en contraposición a la autoridad teocrática asociada a la profesión del judaísmo. No obstante, partiendo de la base de que los discursos generados a principios del siglo XX en el imaginario colectivo americano en torno a la concepción de la función social de la mujer tenían como finalidad crear prototipos de comportamiento definidos y fácilmente reconocibles, el hecho de señalar una jerarquía entre los discursos de acuerdo con el grado de liberación del individuo de los roles que le son asignados parte de un oportunismo estratégico. Al establecer que los discursos americanos promovían dicha liberación en contraste con la doctrina religiosa judía se respalda la tendencia paternalista con que estas mujeres eran tratadas en lo que a la inclusión en esa “modernidad” se refiere y que Yeziarska denuncia en novelas como

Arrogant Beggar o *Bread Givers*, expuestas a un estudio más profundo en los siguientes capítulos. Además, la situación de precariedad a la que tenían que enfrentarse en su deseo por asistir a la escuela les impediría en la mayoría de los casos la realización del “American Dream” con la que habían impulsado el viaje hacia América: “Having been excluded from schools in Russia, many Jewish daughters had come to America hoping to acquire an education. Instead, they found that school was a luxury, a dream that they would have to pursue in the little free time they had left after work” (1990, 86). Si bien es cierto que ambas realidades discursivas, ya sea la modernidad de la que Glenn habla, orientada hacia la realización de ese ideal, ya sea la religión judía, se proponen como alternativas entre las que la identidad de las inmigrantes judías en Norteamérica debía constituirse, también es necesario recalcar que ambas terminan siendo deconstruidas y redefinidas en un intento por aunarlas en una misma experiencia. Nivelar estos dos discursos permite establecer un punto de partida a partir del cual las mujeres que sobrepasan la frontera del contexto invisibilizado que habitan para incluirse en la rutina laboral de las fábricas diseñan su propio prototipo de liberación desde su posición de individuo excluido del estándar de las clases medias: “their own Russian Jewish immigrant version of New Womanhood, based as much on old cultural understandings as on the new lessons of the American experience” (1990, 215).

Al igual que la consideración de las instituciones de la caridad como vía de reconocimiento de la individualidad y de inclusión en el espacio público resulta ser una falacia también entender la americanización como alternativa para alcanzar ese reconocimiento acaba por demostrar su falibilidad en tanto que no atiende al reclamo de una identidad válida. Mientras las primeras terminan por favorecer los intereses de las clases medias y altas que las dirigen al mismo tiempo que sacian un ánimo de benevolencia de índole paternalista, el discurso de la asimilación tiene la pretensión de

eliminar las diferencias culturales. Partiendo del modelo de mujer norteamericana denominado como “American New Woman”, al que Martha H. Patterson le ha dedicado un amplio interés como se puede comprobar en la publicación de sus dos libros centrados en esta temática, es posible establecer una serie de consideraciones que ayudarían a comprender las características principales del concepto abstracto “New American Jewish Woman”, que se materializa en las protagonistas retratadas por Yeziarska de una forma en particular. En palabras de Glenn, este híbrido producido en el tránsito entre el espacio *ghetizado* y el público se caracterizaba por aspirar “to the respect and admiration they believed was the birthright of American women. Yet what they borrowed from American culture they altered and made uniquely their own” (1990, 6). Debido a la posición de privilegio que las mujeres *americanizadas* ostentaban, la dirección de la lucha por la igualdad iría encaminada por sendas ideológicas distintas y los esfuerzos se focalizarían en puntos de estrategia diferentes. Entendiéndolas como aquellas mujeres nacidas en territorio americano y educadas en función del ideal femenino prevalente de la época, estas mujeres se diferenciarían de las inmigrantes judías, precisamente, por la invisibilidad de estas últimas, ya que se hallaban confinadas en una situación de precariedad en el Lower East Side. Las mujeres *americanizadas*, entonces, cumplirían no sólo con un estándar identitario específico sino que también se relacionarían con el resto de individuos desde una posición privilegiada, desde la que no tenían que plantearse si su acento, su idioma, o su color de piel delataban rasgos incriminatorios o no-normativos. Ello denota la incapacidad del concepto “American New Woman” a la hora de representar las realidades de las mujeres inmigrantes judías del contexto neoyorquino, quienes dedicaban el escaso tiempo libre que tenían a acondicionar su apariencia y su habla para disminuir la visibilidad de esos rasgos incriminatorios. A pesar de que ambos sectores sociales comprendían su papel en torno

a una desigualdad en el reparto de responsabilidades tras contraer matrimonio, la experiencia de las mujeres del gueto quedaba relegada de forma más acentuada, ya que sufrirían la exclusión por un confinamiento geográfico impuesto. Además, estas mujeres tuvieron que contribuir a la economía familiar exponiéndose a jornadas laborales fuera del hogar apenas remuneradas, como lo eran la venta ambulante, como es el caso del personaje de Muhmenkeh en *Arrogant Beggar*, o la realización de tareas domésticas en los hogares de las clases más acomodadas, como ocurre con Hanneh Hayyeh en “The Lost Beautifulness”. Esta jerarquía de poder, como se ha podido observar en el capítulo anterior, también aparece mostrada entre las benefactoras y las huéspedes de las casas de acogida de la caridad retratadas por Yeziarska, en las que las diferencias de clase se vuelven tan evidentes que son estas últimas quienes deciden abandonar los servicios que les prestan y retornar al contexto privado del que provienen.

Así, se plantea la problemática a la hora de incluir a las mujeres judías de clases bajas dentro del colectivo denominado como “American New Woman”, ya que la existencia de este tipo de intersecciones identitarias diferentes hace que sus necesidades de reconocimiento partan de posiciones condicionadas en función del estatus social, y no únicamente de una discriminación por sexo biológico como mujeres. En este sentido, cabe destacar la recurrencia con que las mujeres americanas tendían a promulgar unas consignas que iban dirigidas a un sector concreto de la sociedad, esto es, a las mujeres como tales, ya que dista del comportamiento de las mujeres inmigrantes judías. Por el contrario, éstas abogaban por la inclusión de individuos de ambos sexos en su lucha por la igualdad en aquellos aspectos que se relacionan con el terreno público, como lo es el reparto equitativo de salarios y las jornadas laborales con horarios ajustados a unas normas establecidas comunes. Según especifica Glenn, mientras las mujeres entendidas como americanas se centraban en “woman-centered politics of American middle-class

reformers” (1990, 6), las mujeres inmigrantes judías, especialmente aquéllas que o bien se veían obligadas a participar de la economía familiar para ayudar a sus madres o bien habían decidido entrar en las fábricas para americanizar sus experiencias y poder disfrutar de cierta independencia frente a la rutina que solían llevar a cabo, preferían “Partnership with men in the struggle to earn a living” (1990, 6). Siguiendo el argumento de este estudio crítico, estas mujeres, a pesar de compartir con la “American New Woman” ciertas necesidades, como son el acceso a la educación y su inclusión en el terreno laboral, no comprendían el movimiento social hacia su emancipación desde una postura exclusivista, sino que veían en los varones con los que convivían un gran apoyo a la hora de reivindicar sus derechos en el espacio público. En palabras de Glenn: “To return to a world that isolated the sexes would have been to take a step backward to the world of their mothers and grandmothers, a world defined by the exclusionary, misogynist traditions of Old World culture” (1990, 237). Acostumbradas a profesar una religión que confinaba sus experiencias a la repetición de una conducta aprendida de generación en generación y caracterizada por la separación de tareas en función del sexo con el que se naciese, las mujeres *guetizadas* asociaban la división entre hombre y mujer con las consignas que les inculcaron desde pequeñas en nombre del judaísmo. Partir de esa división para legitimar la lucha que llevaban a cabo por el reconocimiento de sus derechos, y por tanto de su individualidad, formaría parte, entonces, de una estrategia que ellas reconocían como exclusivista y poco acorde con el interés común como individuos por validar sus identidades y asimilarse en la sociedad americana. De este modo, al sufrir la opresión por parte de las élites sociales que se ubicaban en un estadio de privilegios por su consideración como “americanas”, las inmigrantes que provenían de Europa del Este priorizaban en su lucha la conquista de la igualdad en

términos de raza y clase, visibilizando el descontento general ante una situación de exclusión que ambos sexos, aunque con diferentes matices, compartían.

Al contrario que ocurre con las habitantes del enclave neoyorquino, las mujeres de clase media americanas que abogaban por el sufragio y por su salida de los espacios domésticos no sólo se asociaban exclusivamente entre ellas sino que además recibían las críticas de los sectores más conservadores, acentuando de esta manera las fronteras identitarias que dificultaban la solidaridad de la que se hacía alarde en las calles del gueto. Dada la posición de privilegio desde la que los varones americanos controlaban los asuntos políticos y sociales y la relevancia de su influencia a la hora de crear los discursos de americanización que discurrirían por la ciudad de Nueva York creando prototipos idénticos, estas mujeres no entendían su opresión en los mismos términos, ya que se veía atravesada por una cuestión de diferencia sexual y no de índole racial o de clase. El hecho de que la desigualdad que las mujeres americanas sufrían no estuviese expuesta a este tipo de condicionantes que acrecientan una situación de exclusión les permitía disfrutar de un estadio privilegiado en comparación con las mujeres descritas por Yeziarska. Para éstas, la necesidad de no ser excluidas por su apariencia física o por el acento conforma uno de los aspectos clave en la lucha por su reconocimiento y su inclusión en la dinámica laboral de la que tantas veces se ven expulsadas por provenir de un espacio invisibilizado. Mientras las mujeres americanas, incluyendo en este colectivo también a aquellas que emigraron a América en la primera ola de inmigración desde Europa y que ejercen el papel de benefactoras o de directoras de los centros de caridad, centran sus esfuerzos por desvincularse del espacio doméstico, las inmigrantes judías recién llegadas denunciarían una invisibilidad que les impedía siquiera poder obtener reconocimiento por parte de las mujeres americanas. Para alcanzar posiciones laborales más relevantes, las mujeres americanas, además,

promovían los beneficios que su inclusión en el terreno laboral supondría para la sociedad a través de campañas, un hecho que resultaría imposible de llevar a cabo por las inmigrantes judías.

Al no compartir unos mismos objetivos a corto plazo, las mujeres *guetizadas* recurrieron a su bagaje cultural, ampliamente influido por el socialismo, para impulsar su emancipación. De este modo, la lucha de las mujeres americanas por el reconocimiento en el espacio público se distanciaría de la llevada a cabo por las mujeres judías ya que estas últimas legitimaban las causas de su exclusión a través de un discurso ideológico que les permite identificar la transversalidad de su situación. Así pues, no sería tanto la división de sexos en lo que focalizarían el movimiento social que encabezaban, sino en los aspectos que las aunaban como clase social baja, lo que les posibilitaba denunciar su discriminación en términos de raza y clase, aspectos trabajados por el socialismo europeo del que recibieron gran influencia: “As Jewish New Women they looked forward to a world of mutuality and sharing, willing in the short term to accept the imperfections of a junior partnership with men” (1990, 237). Aunque se puede concebir esta lucha por la emancipación como un aspecto propio de la sociedad americana, y como tal un acto que participa de la transformación identitaria a la que estas inmigrantes se expusieron en su búsqueda por el reconocimiento, al recurrir a las ideas socialistas europeas, estas mujeres comenzarían a generar un nuevo modelo identitario, comprendiendo su identidad a partir de una ambivalencia que se resuelve con la creación del término: “New American Jewish Woman”. Este término se referirá en este estudio a todas aquellas mujeres provenientes de Europa del Este cuya experiencia como inmigrantes y su posterior inclusión en la clase media americana pasarían por la aceptación de unos valores culturales propiamente americanos, además

de la puesta en práctica de aquéllos con tendencia socialista aprendidos en sus ciudades de origen.

En la novela *Salome of the Tenements*, publicada en 1925 y cuyo interés forma parte del cuarto capítulo de este estudio, Sonya Vrunsky, estigmatizada por su bagaje cultural, parte de una situación de exclusión y acaba personificando la alternativa identitaria que la autora propone. Su creación como diseñadora, conocida como “Sonya’s model”, le permite, así, combinar su experiencia en los márgenes de la sociedad, que correspondería a la forma austera del vestido, con la aceptación de los valores regulados por el mercado de consumo. Este mercado, controlado por el gusto de la élite americana, aparece, pues, representado por la cadena de producción masiva propia de la industrialización emergente. Como bien explica Lisa Botshon en su artículo sobre la “New Woman” en esta novela: “The space of working artist in harness with her Jewish partner that Sonya now occupies allows her to negotiate new forms of Americanization and womanhood” (2010, 252), por lo que la inclusión de Sonya en la fábrica del empresario americano John Manning representa la confluencia de dos experiencias que alcanzan el éxito profesional en su colaboración conjunta. En este sentido, no se trataría tanto de una asimilación y el consiguiente rechazo de todos los rasgos diferenciadores del individuo, sino de una combinación de influencias gracias a la cual el individuo trasciende las identidades fijas y consigue crear una experiencia de tránsito continuo según se sitúe en un contexto específico o en otro. Cuando Botshon afirma que “Sonya as a hybrid character should be viewed as a successful portrait of a working class, ethnic New Woman” (2010, 253) corrobora que la intención de Yeziarska en el planteamiento de este personaje está relacionada con la propuesta de la “New American Jewish Woman” como alternativa al modelo ofrecido por las clases más acomodadas tanto de una forma identitaria como económica.

El choque cultural que plantea Yezierska denota el abismo de entendimiento entre ambos sectores de la sociedad, aun cuando se encuentran puntos de confluencia en lo relacionado a una desposesión de privilegios en torno al sexo con el que se nace. La solución que la autora propone parte de una situación de falta de reconocimiento del individuo, esto es, de la exclusión de las mujeres judías en el ámbito público, y desemboca en la creación de un prototipo de mujer alternativo a la “American New Woman”. Este prototipo caracterizado por su pertenencia a la clase media y que cumple con los requisitos de apariencia estándar se completaría ubicándose en un espacio cómodo desde el que poder dar luz a todas las intersecciones que se dan lugar en su experiencia como inmigrantes judías de clase social baja. A partir de este nuevo concepto, estas mujeres interiorizan una conducta para alcanzar la integración que tanto anhelan y el correspondiente reconocimiento de su individualidad. Mientras que los organismos caritativos impedían la realización del “American Dream” en tanto que su operativo no permitía la movilización de las inmigrantes de una clase social a otra, haciendo cada vez más evidentes las diferencias entre las mismas, sería a través de la americanización en conjunto con la influencia del socialismo como estas inmigrantes conseguirían una vía de escape a su precariedad.

2.3. Discursos de empoderamiento: Americanización como ritual iniciático

Como se ha podido comprobar hasta este punto, tanto los discursos de adaptación propagados por las entidades caritativas como aquéllos confeccionados en nombre de una transformación identitaria amalgamadora han resultado fallidos a la hora de conseguir que las mujeres del Lower East Side entiendan su emancipación en los términos que la sociedad americana predispuso para ellas. La creación de un discurso propio a partir de sus experiencias sería, pues, la única vía de escape posible ante el paternalismo con el que se enfrentaban por su condición de inmigrantes. La promulgación de discursos paralelos en torno a la figura abstracta de la feminidad dio lugar a una toma de contacto directa con los ideales de las clases más acomodadas, llegando a incidir en el imaginario de las mujeres del gueto hasta el punto de que tomaban conciencia de su exclusión al ver su experiencia contrapuesta a la que personificaban las mujeres en las grandes avenidas y en las zonas elitistas en las que habitaban: “The middle-class dream filtered down even to the poorest working girl, who saw marriage and a home as a way to escape from the daily grind” (1976, 233). El proceso de la americanización, por su lado, formaba parte esencial de unas redes de poder que persuadían a los habitantes socialmente invisibilizados a abandonar sus diferencias culturales y asimilarse a través de modelos pre-establecidos que resultaban exitosos y que consistían en la adquisición de una apariencia externa estándar: “Second-generation Jewish women also began to try to create another effect: looking “American” [...]. Partly they were acting out of a generalized rejection of all things Jewish, and partly they were responding to a real or implied preference for gentile women on the part of Jewish men” (1976, 223). Su influencia llegó incluso a materializarse en una guía de conducta llamada *Sholem Aleykhem tsu Immigranten* (Bienvenidos,

inmigrantes) que se diseñó en 1903 y fue publicada en Yiddish, el idioma con el que las inmigrantes se comunicaban entre ellas, para difundir aquellos comportamientos considerados como propiamente americanos y ayudar a las mujeres interesadas en americanizarse a hacerlo desde su posición de exclusión: “the guidebook instructed the immigrants that in the United States a family man could not “throw the burden and worry of work upon his wife” (1990, 77). La propagación del discurso en favor de ese proceso evidenciaba su efectividad a medida que se introducía en las calles del gueto, ya fuese por la presencia de las benefactoras o las “friendly visitors”, o por las guías, los periódicos o incluso las experiencias de los habitantes en su contacto con las clases medias y altas neoyorquinas: “The attack upon the Old World stereotype of the “idle” Torah scholar and his industrious wife [...] came both from German Jewish reformers and from within the eastern European Jewish immigrant community itself” (1990,77). Así, la única manera aparente para aquellas mujeres que no podían verse incluidas en la vida laboral de las fábricas, lo que se ha denominado con la expresión “New Jewish American Woman”, consistía en la imitación del ideal femenino victoriano imperante como vía de reconocimiento de su individualidad más allá de los márgenes del espacio invisibilizado en el que vivían.

2.3.1. Concepto de “American Lady” y su incidencia en el imaginario del gueto

A pesar de la existencia de la “American New Woman” como contrapartida al arquetipo femenino victoriano, la mayor parte de la influencia que las mujeres *guetizadas* recibían provenía no sólo de su contacto con las trabajadoras de las empresas de caridad, sino también, precisamente, con las denominadas “American Ladies”. Este sector de la sociedad personificaba ese arquetipo y, como alternativa a su permanencia en el espacio doméstico, centraba su cometido social en dirigir y gestionar las actividades relacionadas con la caridad. En palabras de Glenn, “The ideal of the lady did not have a universal acceptance among first-generation Jewish immigrants but had a special appeal to those upwardly mobile families who put on middle-class pretensions and to nouveau-riche immigrants, both sometimes referred to as “allrightnicks” because of their uncritical affection for American ways” (1990, 79). En este sentido, la adopción de este ideal de feminidad por parte de las mujeres pertenecientes a la primera ola de inmigración necesitaría de la disposición de ingresos económicos que lo sustentasen. Su puesta en práctica como confirmación de su posicionamiento social nuevo frente a la precariedad de las inmigrantes recién llegadas provocaría la aparición de una jerarquía de poder basada únicamente en la asunción de unos valores identitarios cuya materialización dependería de dicho sustento. Personajes como Miss Holcomb en “The Free Vacation House”, Miss Whiteside en “Soap and Water”, o las “friendly visitors” del relato “My Own People” personifican las características de la “American Lady”, irradiando la influencia de un modelo de feminidad específico que tiene la pretensión de controlar qué mujeres de la sociedad americana son aptas para abandonar los rasgos propios de los contextos de exclusión y así abrirse paso entre las clases medias que gozan de mayor relevancia social. Cuando Glenn estipula que: “The American lady

seemed to have gained the respect, honor, and dignity that many immigrant women wanted for themselves” (1990, 79), refleja el dilema al que Yeziarska hace referencia en su obra literaria, ya que es a partir del deseo por imitar ese prototipo de feminidad cuando las mujeres del gueto sufren una crisis de identidad y una posterior toma de conciencia de su exclusión que les conduce, según la autora polaco-americana, a un estadio de regresión cultural. Así, el intento de Hanneh Breineh, protagonista en “The Fat of the Land”, por adoptar los hábitos de la “American Lady” resulta en una crisis identitaria que no le permite ni recuperar su experiencia del espacio invisibilizado del que proviene ni representar la feminidad dispuesta para las mujeres que se encuentran en su posición de privilegios. El hecho de que tenga que adaptarse a una rutina cómoda y dependiente de un servicio doméstico que articula la dinámica del hogar, una tarea a la que ella se ha dedicado desde su llegada a América, supone para Hanneh Breineh el abandono de unas capacidades que definen su identidad como mujer judía, lo que le lleva a un estado de indefinición que no consigue trascender. Del mismo modo, la adaptación de Sonya Vrunsky en *Salome of the Tenements*, novela expuesta al estudio crítico más adelante, a ese modelo de mujer termina por evidenciar la imposibilidad de estos personajes por que lo adopten con la premisa de erradicar las diferencias culturales que acarrearán. Cuando Sonya se va a vivir en la mansión de John Manning, un empresario americano que disfruta de una posición de privilegio, y es apodada con el término “madam” por el servicio doméstico, la joven se siente desubicada ya que no consigue identificarse con su nueva experiencia debido al bagaje cultural que le había estado definiendo como mujer judía en situación de precariedad y exclusión.

La imposibilidad para las protagonistas de mantener el modelo “American Lady” desde su experiencia como habitantes del gueto les supone tener que colocarse en un contexto desconocido y adoptar una serie de valores para erradicar cualquier atisbo

identitario que delate una adaptación identitaria ineficaz o forzada. Sin embargo, los intentos que Yeziarska muestra por parte de las mismas de representar este modelo terminan por corroborar la inoperancia de esa adaptación aun cuando se han exiliado del espacio invisibilizado que habitan y pretenden llevar a cabo una rutina aprendida a través de la observación y la imitación en las zonas de la ciudad reservadas para la élite social: “Although many Jewish women aspired to look and behave like American “ladies”, they did not wholly approve of this model of womanhood, frequently considering native women flighty and frivolous” (1990, 190). A pesar del argumento de Glenn, por el que explica las razones por las que estas mujeres judías, tras un contacto previo, se desvincularon de la feminidad estándar americana, lo cierto es que Yeziarska plantea esta problemática desde una postura menos concreta, dando lugar a una serie de consideraciones a tener en cuenta en torno a las causas de esta imposibilidad. Si bien es cierto que personajes como Sonya Vrunsky, tras su paso por la mansión de Manning en la novela *Salome of the Tenements*, o Hanneh Breineh, al no conseguir adaptarse en el relato “The Fat of the Land”, son ejemplos de cómo esa feminidad finalmente se rechaza como alternativa posible a la exclusión y precariedad que se evidenciaba en las calles del gueto, también cabe destacar un componente cultural que torna el proceso de asimilación en un conflicto identitario de mayor complejidad.

Partiendo del concepto de “American lady” y cómo su materialización en el cuerpo de las mujeres de principios del siglo XX en Nueva York concedía ciertos privilegios, como la posibilidad de contraer matrimonio con los magnates que dominaban el gusto de la élite y poder así disfrutar de una vida cómoda y lejos de las largas jornadas laborales en las fábricas, es relevante mencionar el carácter corporal del mismo, ya que estaba orientado exclusivamente a ser percibido por los cinco sentidos del ser humano: En tanto que discurso de limpieza e higiene, la “American Lady” debía reconocerse a

través del olfato de los receptores y cumplir con los requisitos en torno a esas condiciones; en tanto que discurso de belleza, debía atenerse al juicio visual de quiénes le rodeaban; en tanto que discurso de reconocimiento social, este credo estereotípico debía disponer de una indumentaria cuyo material resultase agradable al tacto y asistir a eventos sociales en los que el gusto por la comida formaba parte de una rutina de clase; y en tanto que discurso identitario, este concepto debía mostrar un manejo del idioma y acentos estándar que los órganos auditivos no delatasen. La materialización de estos aspectos a través de una domesticación del cuerpo de la mujer conseguía recrear una transformación efectiva sin tener que someterse a la dinámica laboral de las fábricas, una elección que, al igual que ocurría con la “American New Woman”, entendía la emancipación de la mujer y su consiguiente reconocimiento en el espacio público en términos de independencia económica. La adopción de esta feminidad corporal, según Glenn plantea, “broke with the traditional Jewish notion of female inferiority” (1990, 79), por lo que es necesario diferenciar ambas nociones de feminidad para entender las razones de su incompatibilidad. Mientras que la “American Lady” personificaba a través de su cuerpo los valores de una sociedad al servicio de las indicaciones de un mercado de consumo emergente, el prototipo de mujer inmigrante judía asentada en el Lower East Side representaba, por el contrario, las consignas de una autoridad religiosa que obligaba a las madres a establecer el comportamiento más conveniente para sostener la economía familiar. En este aspecto, el hecho de que estas mujeres no se reconociesen en función de unas externalidades configuradas por el gusto preponderante de la sociedad en la que vivían, sino por un objetivo claro que debían cumplir como responsables de la pervivencia de los valores judíos da lugar a una consideración más exhaustiva de la implicación de ambos prototipos como discursos válidos para las mujeres. Por una parte, si se entiende la “American Lady” como un discurso que servía

como medio para alcanzar una finalidad concreta, esto es, la aceptación social y el correspondiente reconocimiento dentro del círculo social en el que se tenía la pretensión de acceder, entonces se estaría proponiendo el proceso de americanización como mecanismo gracias al cual se conseguiría un objetivo particular. Por otra parte, el hecho de que las mujeres judías focalizasen su cometido identitario en función de una finalidad específica, sin atender a la adopción de un discurso como mediador para satisfacer dicha finalidad, les permite diferenciarse de las “ladies” americanas al comprender sus experiencias a partir de una estrategia individual y no a través de modelos preestablecidos de conducta. El empoderamiento de las mujeres americanas por medio de la asunción de un discurso amalgamador que adoctrina sus cuerpos y los somete a un juicio constante difiere del de las mujeres judías aquí estudiadas. Éstas se caracterizarían por la apropiación de un discurso basado en una autoridad religiosa que legitima las acciones en función no del cumplimiento de unos medios en particular, como instruye el catálogo de la americanización, sino de la autogestión del discurso mediador y la realización de la actividad final, entendida ésta como la supervivencia de la familia.

Además, cuando Baum se refiere a las tareas que se le atribuyen a la mujer de acuerdo con el discurso de la “American Lady”, indica el factor de la corporalidad y su manipulación como ejes centrales de sus responsabilidades: “The American lady [...] could complement her husband’s business or professional skills with her own social expertise as hostess, companion, and authority on manners” (1976, 207). Siguiendo el argumento de Baum, uno de los conocimientos de los que debía hacer alarde es el de saber comportarse como una anfitriona, lo que no sólo le ubicaba directamente en el espacio privado del hogar sino que además define su labor como científica, compensando la carencia de una experiencia legítima en el terreno público con los

saberes adquiridos en torno al espacio doméstico. El segundo aspecto a tener en cuenta en su función social es el de acompañante, un posicionamiento estratégico desde el que sería su apariencia externa, que participaba del discurso amalgamador en pro de la asimilación, y no su individualidad la que estableciese contacto con la élite que regentaba los eventos sociales en los que debía ejercer ese papel. Por último, su incidencia en la sociedad debía pasar por la enseñanza de los valores aprendidos y el traspaso de unos modales característicos de las clases más acomodadas tanto a las generaciones venideras como a las mujeres con las que se relacionaba. Al apropiarse de los contenidos del discurso de la americanización, la “American Lady”, respaldada por sus cláusulas, legitimaba su comportamiento y se convertía en instructora, aun cuando no participaba de la dinámica de las empresas de caridad. En este sentido, el hecho de poner en práctica este discurso, o mejor dicho el resultado tras la puesta en práctica de dicho discurso, de un modo u otro sirve de instrucción para aquellas mujeres que les observaban y deseaban obtener su mismo reconocimiento. Así pues, no es de extrañar que estas mujeres mitificasen ese reconocimiento y lo quisieran aplicar a sus experiencias, condicionadas en gran medida por la situación de inferioridad que como madres y esposas debían hacer frente. Glenn, haciendo referencia a la influencia del ideal femenino expuesto en este estudio, señala también la necesidad por parte de las trabajadoras, en su mayoría las hijas de las inmigrantes de la segunda ola aquí referidas, de adoptar los valores americanos como vía para alcanzar el reconocimiento de su individualidad: “Jewish women’s distress over the crude behavior of men at work reflected their changing expectations about gender relations and the proper treatment of women in the New Country. They had learned that American “ladies” were held in high regard by their menfolk and, no doubt, wanted the same for themselves” (1990, 147). Por tanto, el discurso de la “American Lady” se propagó de manera efectiva entre los

hogares del gueto neoyorquino, provocando una crisis identitaria en sus habitantes. Esta crisis se resolvería o bien con el retorno a las tareas asignadas a su condición de mujer judía de clase baja, como es el caso de muchas de las protagonistas de Yeziarska que retoman sus rutinas en ese espacio invisibilizado, o bien con la creación de un prototipo híbrido de mujer influida por las ideas socialistas europeas y por el deseo de intervenir en el espacio público.

2.3.2. Toma de poder: Transgresión del ritual iniciático

Para llevar a cabo la inclusión en el espacio público, las mujeres del gueto judío disponían de una serie de alternativas que vienen condicionadas por el discurso paternalista de las instituciones dominadas por las clases acomodadas neoyorquinas, ya sea a través de las empresas de caridad y su intención normalizadora y clasista, ya sea por medio de la propagación de una transformación identitaria como guía de conducta estándar. Se tomará como punto de partida el argumento de Celia Amorós sobre la manera en que los individuos se reconocen en una posición de poder a partir de la representación de un ritual iniciático, que simbolizaría su acceso a la legitimidad de su dominación. Ello permitirá establecer un puente de significado común entre los discursos de empoderamiento que esas mujeres verbalizaban con sus cuerpos y las características del ritual iniciático descritas por la filósofa valenciana. Si se atiende a la consideración de estos rituales como “aquellos que marcan el ingreso de los muchachos y las muchachas en la condición adulta” (1997, 20), cabría plantearse la relevancia de una situación de tránsito que permite que este acto tenga significación en sí mismo, concediendo tras su representación un rasgo del que previamente el individuo sometido al ritual carecía. Según Amorós, dada la importancia y la repercusión que este tipo de

rituales tienen para los varones, en tanto que les sitúa en un estadio de poder y reconocimiento del que las mujeres no disponen, es necesario distinguir en función del sexo biológico la incidencia de estos actos simbólicos y las consecuencias que suponen para los asuntos públicos de las sociedades modernas. Así, cuando expone que los “rituales iniciáticos de los varones [...] señalan justo el acceso genérico masculino al ámbito del poder político y del espacio público” (1997, 20), lo que verdaderamente denuncia es la apropiación por parte de un sector específico de la sociedad de una atribución de privilegios que se han vetado para aquellos individuos que no cumplen con unos requisitos necesarios; en este caso, haber nacido con un sexo determinado. No obstante, y focalizando en el interés del presente estudio, se podría extrapolar la descripción de Amorós al contexto de Nueva York de principios del siglo XX y utilizar su teoría para profundizar en cómo los discursos dominantes de la época establecían rituales iniciáticos que acentuaban la discriminación de las mujeres *guetizadas* ante la validez de las ya *americanizadas*. En este sentido, el ritual iniciático al que las protagonistas de Yeziarska se deben someter está relacionado con la efectividad con la que reproduzcan el modelo de americanización diseñados para su inclusión en la sociedad americana. Mientras que satisfagan los requerimientos en torno a su transformación y consiguiente asimilación al prototipo femenino estándar, estas mujeres pueden acceder al terreno público y disfrutar del reconocimiento de su individualidad, dejando atrás la condición de “idénticas” (término utilizado por la filósofa valenciana y del que se hará un estudio más exhaustivo más adelante) que les supone su localización en un espacio invisibilizado.

Al hablar de transformación, además, se plantea la posibilidad de hacer referencia a un re-nacimiento simbólico por parte del individuo “iniciado”, aspecto que Amorós relaciona con el abandono del reino materno y la entrada al espacio del

reconocimiento varonil: “Este re-nacimiento va íntimamente vinculado a la idea de que el desmarque y la ruptura con la esfera de lo femenino lleva consigo una re-generación, un nacer a la verdadera vida” (1997, 21). En este sentido, cabe considerar la autobiografía de la autora Mary Antin, quien, al igual que le ocurrió a Yeziarska, vio cómo su infancia se dividía entre la localidad de Polotzk, localizada en el antiguo Imperio Ruso, y el viaje hacia América que emprendió con su familia. A pesar de que las dos escritoras tratan la temática de la adaptación desde su perspectiva de inmigrantes pertenecientes a la segunda ola de inmigración desde Europa del Este, ambas plantean las consecuencias de la americanización desde posturas irreconciliables, ya que Antin no propone como alternativa el retorno al gueto o la exaltación de una diferencia cultural frente a la oportunidad de la asimilación al modelo americano, sino que parece mostrar este proceso como sinónimo de su emancipación como mujer judía y escritora. Esta última posición viene remarcada por su interés en demostrar el manejo del idioma inglés como muestra que corrobore su completa adaptación, aspecto que Hana Wirth-Nesher resalta en su estudio sobre la importancia del lenguaje a la hora de adquirir el reconocimiento de la identidad americana por parte de las mujeres judías inmigrantes en Norteamérica:

“Just as the Jewish rite of passage for males has always been oral Hebrew literacy, the recitation of sacred texts in an assembly to mark official entry into the Jewish people, Antin’s rite of passage would be a written performance, the publication of her secular life story for a congregation, a nation, of invisible readers to mark her transformation out of the Jewish people. Her rite of passage would be linguistic passing, where erasure of Hebrew and Yiddish would be her submission to the nativist pressures and linguistic policies and practices of her day” (Wirth-Nesher, 2006, 57)

Además, cuando la autora advierte el uso de la tercera persona para referirse al estadio previo a su llegada a América, lo que pretende es establecer un distanciamiento con respecto a una experiencia que ella entiende como desaparecida, señalando la función simbólica del re-nacimiento para confirmar la resolución del tránsito hacia su identidad nueva: “Now I am the spiritual offspring of the marriage within my conscious experience of the Past and the Present. My second birth was no less a birth because there was no distinct incarnation” (1912, 1). De este modo, la apreciación de Amorós con respecto al ritual iniciático de los varones y la ruptura simbólica con el entorno asociado a la madre se relaciona con un segundo nacimiento que no necesita de su cometido carnal para poder llevarse a cabo. El hecho de que Antin atribuya a su cambio de identidad el carácter simbólico del hecho de volver a nacer denota la apropiación de unos valores identitarios que le permiten re-definir su experiencia a partir de unas cláusulas discursivas nuevas: “In these discriminations *I* emerged, a new being, something that had not been before” (1912, 1).

A pesar de la consideración de Antin como mujer judía inmigrante expuesta a continuos re-nacimientos a medida que su experiencia va desarrollándose en diferentes entornos, “Our souls are scarred with the struggles of successive births, and the process is recorded also by the wrinkles in our brains, by the lines in our faces. Look at me, and you will see I have been born many times” (1912, 72), lo que parece relevante para el estudio de los discursos de empoderamiento en este contexto es la iniciación específica que experimenta una vez tiene contacto con el credo de la americanización tras su llegada al nuevo territorio: “Our initiation into American ways began with the first step on the new soil” (1912, 146). Entendiendo el ámbito materno planteado por Amorós como todo aquello que se encuadra dentro de un espacio privado y excluido como el aquí estudiado, Antin estaría aceptando la ruptura con los aspectos de su experiencia

asociados a un cobijo materno cuya presencia imposibilita que pueda ejercer su individualidad fuera de su dominio. En esta línea, la obra de Yeziarska plantearía ese espacio como contingente de aspectos tales como la precariedad, el reparto de responsabilidades en torno a una profesión ferviente del judaísmo o la vigilancia de las entidades caritativas. La transgresión de la que Antin habla está relacionada con la adopción de la identidad americana a través de un ritual iniciático que le ha ofrecido un re-nacimiento simbólico lejos de cualquier influencia maternal, adjetivo que se ha utilizado para englobar todo aquello que pertenece a la tradición y a los hábitos que acarreaban estas inmigrantes y sus familias desde Europa del Este. El empoderamiento de estas mujeres en el contexto de las grandes ciudades norteamericanas a principios del siglo XX pasaría, entonces, por la asimilación a través de los discursos generados en torno al arquetipo femenino vigente de la época, ya que permitía alcanzar el reconocimiento en el espacio público a partir de lo que Amorós denomina, como se verá a continuación, como “esquema de adopción”.

La adquisición de una identidad tras la apropiación de un discurso de índole paternalista, siendo éste utilizado por los distintos organismos institucionales y privados con el ánimo de asimilar a cuanto mayor número de mujeres mejor, concedía el acceso al territorio dominado por la élite que lo había configurado, lo que en palabras de Amorós se considera como “vida legitimada”: “Se accede así a la vida legitimada, la cual le es simbólicamente conferida a cada varón por la relación con otro varón – el maestro iniciático – o con el conjunto de los varones de su misma promoción iniciática, ya que los varones acceden en la forma de grupo juramentado a su nuevo estatus de titulares legítimos de poder” (1997, 21). La consideración del “maestro iniciático”, así planteada, presupone la validez de un determinado individuo que cumple con el requisito biológico que, según esta cita, es imprescindible para disfrutar de las

consecuencias de este ritual. Sin embargo, atendiendo a la situación de exclusión planteada por Yeziarska y ampliando la envergadura de este ritual de reconocimiento a partir del expuesto por la filósofa valenciana, la necesidad de recurrir a un “maestro iniciático” como parte esencial en el proceso de volver a nacer no atiende a una condición biológica. En contraste, su poder se asocia con la apropiación de un discurso específico por parte de un sector concreto de la sociedad americana que permite la toma de privilegios y la experimentación de la denominada “vida legítima”. Para obtener el acceso a esta vida legítima, Amorós plantea dos posibilidades por las que se da lugar este fenómeno. Por una parte, habla del “el esquema del reconocimiento, por el cual poderes ya existentes y genealógicamente legitimados se ven el uno al otro como equipotentes y se respetan en tanto que tales” (1997, 203). La función de este reconocimiento mutuo sirve para fortalecer la relación de proximidad que se establece entre ambos individuos al entenderse a sí mismos como iguales en privilegios. A este respecto, las mujeres de las clases acomodadas, representadas por los personajes de Mrs. Preston, Miss Whiteside o Miss Holcomb, necesitan reconocerse unas a otras en un intento por diferenciarse de lo que consideran el hábito de la precariedad encarnado por las protagonistas que habitan en el Lower East Side. El mantenimiento de las diferencias de clase gracias a la puesta en práctica de un discurso “americanizador” en base a un ideal femenino vigente es la finalidad que tiene ese reconocimiento mutuo. Mientras que las benefactoras y las directoras de los centros de caridad y de formación establecen unas pautas de conducta con la intención de americanizar y, por tanto, de incluir a las mujeres del gueto en la dinámica laboral americana, aunque desde una posición de servidumbre, se vuelven cómplices de un sistema de redes de poder que necesita del reconocimiento entre sus miembros para hacer perdurar el dominio de un sector de la sociedad sobre otro. Por otra parte, Amorós se refiere al “el esquema de la

adopción”, explicando que “tiene lugar cuando un poder emergente, carente de legitimación genealógica, es aceptado de hecho por el poder previamente instituido, que trata de homologarlo a posteriori y de dotarlo por lo mismo de antecedentes legitimadores” (1997, 203). En este punto es en el que tendría relevancia la temática planteada por Yeziarska, ya que es en el proceso de tránsito de una posición de exclusión a una posición de poder y reconocimiento donde se presenta el conflicto identitario que daría lugar a la problemática de la representación de la diferencia en el espacio público.

Si se retoma la diferenciación citada en la sección dedicada al discurso de limpieza e higiene entre el concepto de mujer americana y mujer *americanizada*, cabría considerar la apreciación de ambas figuras discursivas a partir del proceso del renacimiento simbólico. Partiendo de la base de que los personajes como Mrs. Preston, Mrs. Holcomb o Mrs. Whiteside han sido configurados desde su posicionamiento como mujeres americanas e integradas dentro del modelo identitario vigente, la relación de la mismas con dicho proceso no tendría sentido, ya que no hay evidencias de que hayan rechazado el modelo de sus madres. En esta línea, estos personajes parecen haber procedido a una imitación intuitiva de los rasgos americanos que en sus hogares han visto representados desde su nacimiento real. Si esta imitación se comprende dentro de un marco cultural en el que se adquieren una serie de características con la pretensión de transformar una identidad excluida en una visibilizada, las jóvenes judías que se distancian del modelo tradicional personificado por la madre son quienes se someten a esta transformación, es decir, quienes se americanizan. De este modo, mujer americana y mujer *americanizada* respondían a dos prototipos que, aunque relacionados por la presencia de unos hábitos identitarios similares ya sean aprendidos desde el nacimiento o sean adquiridos intencionadamente, se distinguían por los medios utilizados para

alcanzar la finalidad de la integración social por la vía de la performatividad de los rasgos propiamente americanos.

Atendiendo a las protagonistas recreadas por la autora polaco-americana, cabe destacar el conflicto que surge a la hora de entender la americanización como única vía de empoderamiento y de reconocimiento de la individualidad. Según la crítica Irene Billeter, “Those of Anzia Yezierska’s heroines who have come to accept that the journey from immigrant to “Amerikanerin” must not inherently mean the rejection of all the old world baggage, but rather to both embrace and transform it, are those heroines who will have most successfully achieved their dreams” (2011, 136). La utilización de la palabra “Amerikanerin” para referirse al estado de tránsito que las mujeres judías sufren al intentar trascender las barreras de un terreno excluido muestra la ambivalencia de sus identidades al hacer uso de los idiomas con los que deben definir sus experiencias: “Ameri/kanerin”, esto es, *American English* y *Yiddish* respectivamente. Este término aparece con recurrencia en la obra literaria de Yezierska como característica que las mujeres *guetizadas* adoptan en su intento por emanciparse del contexto de exclusión en el que se ven inmersas tras su llegada a América. Así, en la novela *Bread Givers*, publicada en 1925, es la protagonista, Sara Smolinsky, quien aparece denominada como *Amerikanerin*. Este apelativo se dirige a ella una vez intenta convencer a su hermana Bessie de que abandone a Zalmon, un inmigrante judío que le confinó al espacio doméstico a pesar de haberse presentado ante el padre como un candidato prometedor. La reacción de Zalmon al llamarla *Amerikanerin* denota el abismo de entendimiento entre la tradición, representada en las calles del gueto, y la modernidad de la que habla Glenn, personificada en la actitud de Sara. El hecho de que la joven rechace el modelo de feminidad que reduce la experiencia de su hermana al espacio doméstico y al cuidado de los hijos de Zalmon le coloca en un nuevo estadio

desde el que su discurso aparece legitimado por las consignas de conducta que la americanización promulgaba. Sin poder representar los valores asociados a la “American New Woman”, debido a la influencia de su pasado judío, Sara se encuentra en esa transición desde la que genera una nueva identidad americana y judía al mismo tiempo. De igual manera que este personaje, también la protagonista del relato “How I Found America”, incluido en la compilación *Hungry Hearts*, se ve afectada por esta consideración, ya que pone en práctica una conducta que no se corresponde con el código prefijado para las mujeres de su clase social. En este caso, es el jefe de la fábrica en la que trabaja quien le denomina *Americanerin* debido a que se presenta en su despacho y denuncia ante él la bajada de salario que les anunciaron: “I want no big mouthed Americanerins in my shop” (1920, 117). Al provocar el despido de la joven, este acto simboliza la difícil conciliación entre la actitud adoptada por la protagonista y la dinámica de las fábricas de explotación laboral, conocidas con el nombre de “sweatshops”. Ubicadas dentro de un concepto que declara tanto la emancipación económica, como en el caso de *Bread Givers*, como la aplicación de una normativa salarial que se adecúe a la fuerza de trabajo producida, como ocurre en “How I Found America”, estas mujeres encuadran sus experiencias en una identidad que se les impone tras haber dado lugar a un conflicto fruto de la desobediencia de los códigos de conducta asociados a su estatus social.

En este sentido, la consideración de la expresión “New American Jewish Woman” sirve para comprender la complejidad del proceso de adaptación de estas mujeres inmigrantes y cómo su forma de empoderarse, es decir, de obtener el reconocimiento de su individualidad más allá de unas fronteras socialmente impuestas, no se detiene únicamente en la adopción de un discurso prefijado sino que depende de unas circunstancias características de sus propias experiencias fuera de la normatividad

institucional. Elizabeth Ewen también hace referencia a este tránsito definiéndolo como un proceso de metamorfosis que permite pasar de una situación de exclusión social a un estadio de reconocimiento: “Through observation and contact, through friends and relatives, immigrant daughters learned the vital importance of shedding their pasts. To be a greenhorn was to inhabit a region on the margins of modern life; to overcome being green was a metamorphosis” (1985, 67). La metamorfosis, así planteada, evidencia la validación de un nuevo estatus identitario desde el que el individuo consigue empoderarse dejando atrás un estado previo desde el que le es imposible hacerlo.

No obstante, el hecho de que tenga que reconocerse un individuo en otro para poder llevar a cabo esa validación que, de otro modo, quedaría obsoleta, suponía para las mujeres del gueto un desafío notable, ya que los dos únicos modelos de los que tenían referencia eran el de la benefactora y el de la madre. Mientras que la influencia de la primera, como se ha visto anteriormente en este capítulo, acentúa su exclusión al inculcarles valores que no pueden sostener dada su precariedad, el contacto con la segunda se veía afectado por un distanciamiento debido al rechazo de las jóvenes, tanto inmigrantes como nacidas en América y descendientes de familias judías recién llegadas, hacia el hecho de reducir sus experiencias al espacio privado del hogar. Aparentemente obligadas a configurar sus identidades en función de estos dos prototipos de mujer, las jóvenes retratadas por Yeziarska también buscan el reconocimiento que les empodere a través de la figura del padre o del mentor, cuyo posicionamiento social les sirve de modelo a seguir. Janet H. Burnstein hace referencia a la necesidad por parte de estas jóvenes de recurrir a la validación del individuo varón para poder superar las barreras culturales impuestas a su sexo. Partiendo de la novela *Bread Givers*, publicada en 1925, y de su protagonista Sara Smolinsky, Burnstein

explica las causas por las que se produce el rechazo a la madre y se pretende buscar el reconocimiento, en este caso, en la figura del padre: “Yeziarska’s protagonist – like Yeziarska herself – seek validation by male surrogates who are not handicapped in America by Orthodoxy or immigrant poverty” (1996, 31). De esta manera, el reconocimiento por parte del progenitor significaría la ruptura con las tareas y conductas asignadas a las mujeres como tales y supondría una re-interpretación de sus cuerpos en los espacios públicos asignados culturalmente a los varones. En palabras de Amorós, entonces, Sara estaría poniendo en entredicho el sistema de valores que le han inculcado, un estadio necesario para alcanzar la emancipación final: “Emanciparse con respecto a su situación de subordinación pasa necesariamente para las mujeres por un proceso en el que pongan en cuestión la diferencia genérica que les ha sido asignada [...] y de la cual [...] se desidentifican” (1997, 19). Por el contrario, la adopción de los valores propagados por la madre prolongaría la situación de exclusión de Sara en tanto que aprendería de ella a desear aquello que no es capaz de obtener debido a su precariedad, es decir, aprendería a no poder poner en práctica el discurso emancipador de la “New American Jewish Woman”: “From her mother, therefore, Sara Smolinsky learns the habit of idealizing the ‘other who is what she cannot be’ and whose recognition enables her to realize herself” (1996, 31). A este respecto, el reconocimiento en la figura del padre permite la posibilidad de satisfacer este modelo de mujer emancipada al que se le atribuyen una serie de rasgos que se distancian del modelo personificado por las madres que hacen perdurar los valores de la tradición judía que respalda sus experiencias previas a la llegada a América. Al igual que ocurre con el personaje de Sara Smolinsky, la autora Mary Antin también quiere ver su identidad reflejada desde el prisma no sólo de la figura del padre sino de un prototipo de personalidad masculina universal asociada a la emancipación que anhela alcanzar:

“In this alliance with the transgressive behavior of her father, Mary begins to carve out what will become her (masculine) immigrant self. Indeed, from the very beginning of her immigrant voyage, Antin’s autobiographical narrator imagines herself emulating men not women, and not just any man, but the prototype of the self-sufficient, middle-class, modern man – Robinson Crusoe. [...] Later on in the narrative, when Mary is firmly ensconced in American life, she supplements the Crusoe model of solitary male individualism and enterprise with the quintessential American model of male heroism, George Washington” (1999, 5)

El hecho de que se rechace el modelo de la madre y se sustituya por una figura masculina que implica poder y reconocimiento supone para Antin, al igual que para Sara Smolinsky, entre otros personajes, el comienzo de su emancipación y el acceso a todo aquello que por naturaleza le había sido vetado desde su nacimiento. A pesar de que tenga lugar la búsqueda de un reconocimiento en esta figura masculina, unas veces personificada en la imagen del padre y otras en la del amante, como ocurre con Fanya Ivanowna y Henry Scott en *All I Could Never Be*, en el caso de Antin, y a diferencia del personaje de Sara Smolinsky, pueden apreciarse rasgos discriminatorios que han permitido que su toma de privilegios se llevase a cabo. Mientras que Antin accedió a la educación y asistió a la escuela gracias a que su hermana sustentase económicamente el hogar de su familia, “for it was Fetchke’s sacrifice that made Mashke’s success posible” (1912, xxvii), Sara lo hace a través de un sacrificio personal y sin ningún apoyo económico. La actitud de Sara resalta la necesidad de las mujeres del gueto por crear sus experiencias de forma independiente y no en función de la puesta en práctica de situaciones de exclusión y jerarquía de poder.

Partiendo de la apreciación de Burnstein sobre la dependencia que tanto las mujeres judías retratadas por Yeziarska como la propia autora establecen ante el reconocimiento hacia ellas de la figura masculina de poder: “dependent on male recognition and similarly validated by her usefulness to others” (1996, 42), es relevante considerar que dicho reconocimiento no termina por presentarse de forma completa. Al igual que ocurre con la figura de la madre o la benefactora, el padre o el mentor no ofrecen a las protagonistas las herramientas con las que pueden forjar el mecanismo de su emancipación, resultando en un intento fallido por obtener ese reconocimiento. El hecho de que Sara Smolinsky, siguiendo el ejemplo utilizado por Burnstein, acabe relacionándose con Hugo Seelig, un profesor de origen polaco que enseña fonética inglesa, significa el triunfo de una unión que dista del modelo masculino de poder personificado por el padre, Reb Smolinsky, o por Max Goldstein, el magnate con el que una de sus hermanas quiere prometerla. Tanto la representación de la tradición judía por parte de Reb, profesada en un contexto excluido, como la exaltación del individualismo y el gusto por participar en el mercado de consumo emergente que Max exhibe, localizado en el espacio público de la gran ciudad, provocan la necesidad de Sara por establecer un punto intermedio desde el que definir su identidad. De este modo, Hugo Seelig funciona como bisagra identitaria que le permite estar en contacto con ambos contextos redefiniéndolos y creando una experiencia válida con la que poder hacer frente a su integración en la sociedad americana. Asimismo, el personaje de Sonya Vrunsky configura su adaptación en el espacio público a partir de la relación que establece con Jacques Hollins, quien, tras haberse desprendido del nombre Jaky Solomon, ya que delataba su procedencia, se presenta con una identidad híbrida que le sirve a Sonya para encontrar ese punto intermedio anteriormente mencionado. Como se comprobará más adelante, la imposibilidad de mantenerse en contacto con John

Manning, empresario americano y dueño de la entidad privada de índole altruista “Manning Settlement House”, denota la inviabilidad de las figuras masculinas de poder a la hora de presentarse como espejos en los que estas protagonistas consigan reconocerse. Además, cabría mencionar también el papel de esta figura híbrida en la novela *Arrogant Beggar*, ya que, en este caso, no es tanto el personaje del padre o el mentor sino la necesidad por parte de la joven Adele de verse reconocida en la directora del centro de formación caritativo al que asiste. Entendiendo a las benefactoras como figuras de poder, Adele busca el reconocimiento en Mrs. Hellman, para quien la joven tan sólo es una huésped más dentro de su cometido social en nombre de la benevolencia. Sin embargo, a medida que entra en contacto con la sociedad elitista que la integra, Adele reemplaza a la directora por la figura de su hijo, Arthur Hellman, propuesto en la novela como aquel personaje varón del que Adele busca reconocimiento. La decisión final de la joven de retomar su experiencia previa y la sustitución de esas figuras de poder por la de Jean Rachmansky, un músico judío que adquiere la fama tras ser promocionado por Arthur, indica la propuesta de la autora en lo que al triunfo de la identidad híbrida se refiere. El hecho de que estas mujeres judías no consigan encontrar el reconocimiento de su individualidad a través de las figuras de poder personificadas, por una parte, por el padre o el mentor, y por otra parte, por las dirigentes de las empresas de caridad, está relacionado con la denuncia que Amorós declara en torno a la exclusión de las mujeres y cómo no se les permite adquirir el estatus individual desde el que poder ser reconocidas como iguales:

“El reconocimiento o conocimiento de otro como equipotente potencial se instituye de este modo en regla, [...]. El reconocimiento regula la relación de los individuos en los espacios de poder porque el poder consiste aquí en

<<poder diferenciarse produciéndose como sustantivo en la semejanza>>, o sea, en ser individuo. Por eso, justamente, las mujeres no lo somos” (1997, 429).

El planteamiento de Yeziarska, no obstante, no esclarece una postura firme con respecto a la influencia de los discursos paternalistas en torno a la adaptación identitaria de las mujeres judías y a cuáles pueden ser las vías de escape posibles para alcanzar la emancipación que tanto anhelan sin someterse a los mismos. Sus personajes, aunque comienzan buscando el reconocimiento en los individuos empoderados, ya sea en las benefactoras como en las figuras masculinas, terminan por generar sus prototipos identitariamente híbridos propios. Se podría estipular, por esta razón, que la americanización como discurso de índole asimilativa genera empoderamiento, ya que permite la inclusión de las mujeres del gueto en el espacio público que de otro modo les es vetado. Ante este argumento, cabría plantearse, entonces, la utilidad de los espacios privados a la hora de que el individuo oprimido pueda reconocerse en otros que también comparten una misma opresión, como ocurre con el personaje de Adele Lindner, en *Arrogant Beggar*, o de la madre anónima en “The Free Vacation House”. Para éstas, el espacio del Lower East Side se convierte en una guarida en el que pueden ejercer su individualidad a través de un modelo solidario de relación social o a través de la personificación de lo que la “New American Jewish Woman” representaba. El reconocimiento de la diferencia en el espacio público se convierte, así, en un interrogante sobre el que cabe plantearse la legitimidad del empoderamiento si se adopta a través de un discurso configurado a partir de la exclusión y de carácter clasista, como es el caso de la americanización y de la dinámica de las empresas de caridad.

3. El Fracaso de la americanización y su repercusión en el “American Dream”

3.1. Adaptación a través de la americanización

En este capítulo se abordará la cuestión de la identidad de los inmigrantes retratados por la autora Anzia Yeziarska desde una perspectiva que revelará las dificultades con las que se encuentran en su intento por representarlas. Dichas dificultades surgen en base a un deseo concreto por americanizarse y atendiendo a la crisis identitaria que resulta tras someterse a un proceso de asimilación inefectivo. Partiendo de un estado de ensoñación en el contexto de Europa del Este, sus personajes generan una capacidad exageradamente productiva de recrear situaciones de prosperidad que, una vez han desembarcado en América, son finalmente deconstruídas y relativizadas debido a las duras condiciones de vida que han de sufrir como inmigrantes. A pesar de que la utilización del término América para señalar el espacio geográfico comprendido más allá del océano Atlántico, y en el que la mayoría de la acción tiene lugar, no es preciso, este estudio lo valora por su repetida inclusión en la producción literaria de la autora y porque los personajes parecen estar realmente familiarizados con ese término a la hora de poner nombre al suelo en el que sueñan erigir sus destinos. Se hace uso, de esta forma, de una expresión metonímica que toma el todo para definir a la parte y entiende la totalidad de continente físico como una aleación simplista que trasciende su complejidad y diferencia étnica y cultural. El motor que les impulsa en su cruzada hacia la felicidad anhelada se nutre a base de recibir epístolas provenientes de América, escritas por sus compatriotas y cuyo contenido manifiesta una vida armonizada en clave

de prosperidad. La recepción de dichas misivas supone una aproximación a una aspiración que todos los habitantes de las localidades, antiguamente consideradas dentro del territorio imperial de Rusia, quieren alcanzar y que a día de hoy aún tiene repercusión a la hora de diseñar lingüísticamente el anhelo de una sociedad de individuos con las mismas posibilidades de acceso a la felicidad: el “American Dream”.

En un intento por dar voz a la multiplicidad de formas de entender este estado vital al que se le llama “felicidad”, Jim Cullen hace referencia a la diversidad de ideales que coexisten en nuestra sociedad: “there are many American Dreams” (2003, 7), denotando el complejo entramado de aspiraciones en el que cada individuo forma parte, se entiende, involuntariamente. Con todo, si se quiere atender al estudio del proceso de adaptación y consiguiente estado de crisis identitaria en el que este capítulo se centrará, habría que destacar dentro de ese entramado el anhelo por poder participar no sólo de la bonanza económica de la que gozan aquellos personajes que decidieron embarcarse hacia el Nuevo Mundo sino también del reconocimiento de una individualidad que ha sido invisibilizada tras el manto de la exclusión social. Así, la definición de la ilusión que mueve a los inmigrantes a emprender la travesía rumbo hacia América presupone la igualdad de oportunidades de los individuos en la obtención de esa bonanza económica descrita por sus compatriotas. Este concepto de igualdad, lejos de ser real, se disipa a medida que toman conciencia de su posición en la sociedad como inmigrantes cuyo enraizamiento cultural difiere de las costumbres dominantes. Además, la desposesión identitaria de la que son testigo las mujeres retratadas se muestra a través del choque cultural que se establece una vez entran en contacto con las grandes urbes norteamericanas. El camino hacia la prosperidad propulsado por un credo que manipuló sus voluntades para desterrarles de su tierra natal en Europa del Este se colapsa, convirtiéndose en su propio antagonismo – una pesadilla cuya falta de esperanza lleva a

los personajes a sufrir una crisis continua que obstaculiza sus intentos por integrarse y asimilarse de manera completa.

Apoyando la teoría de Cullen y su interés por mostrar la existencia de tantos ideales como individuos haya, podría decirse que es inadecuado hablar de ideales antagónicos, ya que el hecho de asegurar la infinitud de los mismos anularía la capacidad de clasificarlos por binomios, puesto que, al relativizar su validez, el binarismo entraría a formar parte de una distinción moral y arbitraria. Por tanto, en el contexto de la producción literaria de la autora no resaltaría tanto su intención por representar el “anti-American Dream”, sino más bien un cambio en la percepción de las necesidades de los individuos recién llegados. Aunque se parta de un estado de ensoñación original en el que el individuo concentra sus esfuerzos en llevar a cabo una experiencia en la que sólo ha participado a través de la producción lingüística escrita en las epístolas recibidas, lo cierto es que, una vez en América, las expectativas terminan por frustrarse. La apropiación frustrada de la experiencia descrita en las cartas provoca que el anhelo deje de caracterizarse por una prosperidad económica anhelada y pase a centrarse en una búsqueda de la identidad individual y su consiguiente deseo por que se reconozca en el espacio público de Nueva York. Este cambio de expectativa se origina sin previo aviso y de manera instintiva, como si fuera vital para los personajes priorizar el establecimiento de su estatus identitario frente a cualquier otro interés. El objetivo pasaría a significar no sólo la integración eficaz del inmigrante en el ritmo rutinario de la urbe sino además el reconocimiento de su diferencia tras ser expuesta a los mecanismos de americanización, lo que conlleva el anhelo por ser reconocidos como americanos a pesar de la tara cultural que acarrearán.

En este sentido, el ideal perseguido y el proceso de asimilación al que los personajes son expuestos entran en conflicto, ya que resulta imposible alcanzar un

reconocimiento del individuo diferenciado a partir de la representación de una experiencia aprendida e impuesta, cuyo único ánimo es el de eliminar los rasgos diferenciadores. Esta amalgama de individuaciones tiene como propósito generar una situación artificial en la que los rangos sociales se mantienen inamovibles, evitándose así la posibilidad de que los inmigrantes, señalados como portadores de una diferencia potencialmente dañina para la perdurabilidad de la identidad americana, suban en la escala social y obtengan el éxito del que se hacía alarde en las epístolas. Aunque sus expectativas por ser públicamente reconocidos más allá de los límites del Lower East Side no se satisfacen, ellos siguen intentando adaptarse incluso cuando su posición parece haber sido ya alienada y prevista por unas instituciones que controlan la llegada masiva de individuos en las costas norteamericanas. La imposibilidad de alcanzar su aspiración hacia el bienestar social, gracias a la cual habían reunido fuerzas en sus países de origen para embarcarse en esta empresa, se demuestra en el momento en el que los personajes llevan a cabo ese proceso a través de la ruta diseñada para ellos desde el punto de vista del mantenimiento de las diferencias de clase. Además, las nuevas costumbres americanas no sólo se imponen a las que estas inmigrantes rinden culto, caracterizadas por una influencia propia de la religión judía que las soporta, sino que también son determinantes a la hora de numerar las dificultades de su adaptación, lo que conlleva una desmitificación clara de las preconcepciones recreadas antes del viaje.

La necesidad de establecer una identidad que les pueda definir una vez han pisado suelo americano convirtió lo que era un anhelo en una realidad bien distinta de la que esperaban encontrarse. Como bien argumenta Mihai Míndra, “Anzia Yezierska’s American biography and fiction also provide enough evidence of self-imposed, forceful, make believe assimilation” (2003, 9), refiriéndose al proceso de asimilación como una experiencia artificiosa que se dio lugar entre los inmigrantes que buscaban el

reconocimiento en el espacio público desde el escondrijo que las instituciones de americanización habían construido para albergar dicho anhelo. Este capítulo, así pues, planteará la crisis identitaria que sufrieron las inmigrantes por querer alcanzar el objetivo de reconocimiento a través de una asimilación cuyas pretensiones de alienación desmarcaban cualquier atisbo de igualdad representado en ese ideal llamado “American Dream”.

3.2. Eclosión de influencias y pérdida de arraigo:

3.2.1. En el espacio de tránsito identitario: “The Fat of the Land”

Atendiendo a lo expuesto anteriormente en el apartado introductorio del capítulo, el ideal que se persigue toma formas diversas en función del apetito de cada individuo, por lo que un cambio en la prioridad de expectativas resulta ser tan convencional como lo pudiera ser un cambio de voluntad ocasionado por el discurrir de la experiencia de cada individuo. En este caso, cabe destacar la problemática que se plantea en torno a esta prioridad y cómo se intercambian los anhelos hasta dar lugar a la crisis identitaria que compone el centro del estudio que aquí atañe.

En uno de sus relatos titulado “The Fat of the Land”, publicado en 1920 junto con otra serie de cuentos novelados, Yezierska muestra cómo esa crisis viene dada como resultado de, precisamente, conseguir satisfacer la ilusión que tanto anhelaba la familia de Hanneh Breineh, esto es, disfrutar de las comodidades que el ascenso social les podría proporcionar. Partiendo de un estadio de desmitificación, pues la primera escena la posiciona ya en Delancey Street, calle integrante del gueto neoyorquino, Hanneh deja de mantener la credibilidad en una promesa de prosperidad que un día le impulsó a ella y a su familia a tomar la decisión de viajar hacia América. Así, esta inmigrante judía da paso a una actitud crítica y ofensiva frente a unas expectativas frustradas, atribuyendo la falta de recursos a un movimiento azaroso del destino: “If you have no luck in this world, then it’s better not to live” (1920, 78)⁵. En este aspecto, Mrs. Pelz, su vecina y consejera, también acusa a unas fuerzas azarosas de manejar sus vidas

⁵ En este subcapítulo, se obviará el año de publicación en las citas extraídas del relato “The Fat of the Land” debido a que pertenecen a la misma colección *Hungry Hearts*, publicada en 1920.

a su antojo: “The world is a wheel always turning” (79). Con los apuntes que estas inmigrantes sostienen confirmando la importancia de lo accidental como catalizador de situaciones anheladas, la maquinaria del “American Dream” quedaría totalmente obsoleta, ya que otorgar preponderancia a aquello que está fuera del control del individuo rechaza las bases sobre las que se construyó el ideal, puesto que presupone el esfuerzo y la perseverancia como fase previa a su realización. Si no hay dedicación ni empeño en la intención de obtener los frutos de este ideal, entonces la relevancia de la acción del individuo queda puesta en entredicho. Sin embargo, al sentirse desposeídas de la capacidad para alcanzar sus objetivos, las inmigrantes tan sólo intentan dar una explicación que facilite la comprensión de tan inexplicable fracaso. Asimismo, como Yeziarska manifiesta posteriormente en el diálogo con Mrs. Pelz, también se puede prosperar en la escala social a través del trabajo y la constancia independientemente de la proveniencia de cada individuo, ofreciendo de nuevo validez al discurso de este ideal. De un modo u otro, fortuna o voluntad, la cuestión que se expone en esta escena problematiza sobre la imposibilidad de compatibilizar los deseos de estas mujeres inmigrantes con las herramientas que la realidad que les rodea les ofrece. Cuando Hanneh desvía el centro de su atención hacía el valor del dinero, y no de lo accidental, se abre un nuevo flanco en el que sí que pueden esclarecerse las razones por las que el éxito no puede alcanzarse de manera equitativa para todos los individuos. En tanto que el dinero se muestra como puente entre el individuo y la realización del ideal de prosperidad y reconocimiento anunciado en el “American Dream”, entonces la carencia del primero dificultará la obtención del segundo, originándose así una situación de desventaja para las clases sociales más desfavorecidas: “In America money is everything. Who cares who my father or grandfather was in Poland? Without money I’m living dead one.” (79). La concepción del dinero como impulsador de la experiencia

en las grandes urbes y, por consiguiente, como generador de identidad, conduce a Mrs. Pelz a plantear la inoperancia de la suya en el contexto de América: “Who will believe me here in America that in Poland I was a cook in a banker’s house?” (79). Al mismo tiempo, Hanneh denuncia la vacuidad de su individuación y la falta de reconocimiento que sufre en el nuevo territorio: “And do you think I was a nobody in Poland?” (79). Al equiparar la posesión de capital con el disfrute del reconocimiento social en el espacio público, estos personajes resignan su experiencia a una vida invisibilizada, ya que Hanneh, como madre de seis hijos, y Mrs. Pelz, como vendedora ambulante, no se encuentran en disposición de poder progresar en términos económicos debido a la precariedad de sus vidas. En este sentido, Charlotte Baum aclara que “While the idea of America had brought hope to the Jewish immigrants, the reality of America generated a sense of hopelessness for some” (1976, 119), un argumento que ayuda a encuadrar a estos dos personajes dentro de la realidad de la que habla esta autora. La pérdida de reconocimiento que ambas sufren les lleva a comprender su indefinición como una consecuencia por no poseer los recursos necesarios para poder alzar su voz en los espacios fuera del gueto, una consideración que, como se comprobará más adelante en el capítulo, resulta ser fraudulenta, ya que la posesión de capital no implica el desarrollo de una experiencia con la que el individuo se sienta realizado.

Una vez pasa el tiempo, el contexto se modifica y aparece Mrs. Pelz llamando a la puerta de una vivienda en Eighty-Fourth Street, en Riverside, ahora domicilio de Hanneh y lugar donde se hospedan las clases más altas de la ciudad de Nueva York. Tras darle la bienvenida, Hanneh le invita a entrar en la cocina, razonando que ése es el lugar en el que más cómodas se pueden sentir. La elección de este espacio privado como centro de reunión de ambos personajes no es fortuita, ya que es la única zona que podría representar más ajustadamente la vida en los *tenements* neoyorquinos. Al expresar

Hanneh la nostalgia que siente hacia un estado de felicidad ya perdido, lo que de verdad confiesa es la ineficacia del contexto de Riverside a la hora de ofrecerle un espacio en el que ella pueda representar las mismas costumbres que habían estado definiendo su rutina durante su experiencia en el Lower East Side: “Uptown here, where each lives in his own house, nobody cares if the person next door is dying or going crazy from loneliness. It ain’t anything like we used to have it in Delancey Street, when we could walk into one another’s room without knocking, and borrow a pinch of salt or a pot to cook in.” (86). El hecho de que Mrs. Pelz tenga que llamar a la puerta para permitir su entrada en la vivienda tiene un significado metafórico, ya que la acción de pedir permiso es un acto que delata la aceptación de normas de privacidad implícitas en el discurso de americanización y que ha sido forzosamente aprendido por Hanneh durante el proceso de su asimilación a la cultura americana. Cuando la mujer hace referencia a su pasado en Delancey Street y a cómo las paredes de las viviendas no suponían una barrera inaccesible para el resto de vecinos, se muestra una forma de vida distinta a la que parece que su vida en Eighty Fourth Street le impone. Además, Hanneh evidencia las dificultades que tiene cuando trata de relacionarse con el resto de individuos de su vecindad actual, ya que el tipo de interacción que se daba lugar en las calles del gueto, más directo y personal, dista del desapego con el que las clases más altas se relacionan.

La denuncia de una forma de vida con la que Hanneh ni se identifica ni puede formar parte de ella se acentúa ante la imposibilidad de este personaje de comunicarse con sus propios hijos: “but – but – I can’t talk myself out in their language” (88). Presentados en este nuevo espacio como “these American children” (1920, 86), los hijos ejercen presión sobre la identidad de Hanneh porque su adaptación completa depende de la eficacia con la que su madre muestre los resultados de un proceso de transformación identitaria aparentemente concluido. Tras un casamiento afortunado por parte de su hijo

mayor, Abe, la herencia obtenida tras la muerte de su marido y la constancia del resto de hijos en cuanto al trabajo se refiere, Hanneh disfruta de una vida acomodada en la que la lucha por la supervivencia parece no tener cabida. Si bien se muestran sus esfuerzos por aparentar una asimilación eficaz al modelo de vida de clase alta, lo cierto es que le resulta imposible integrarse en los círculos sociales que frecuentan sus hijos sin resaltar por su diferencia: “They want to make me over for an American lady, and I’m different” (1920, 88). La identidad de Hanneh pasa por un estadio de crisis en el que el nuevo modelo de comportamiento impuesto por una doctrina de ánimo amalgamador no resulta exitoso ni siquiera dentro de los límites privados del hogar.

Siguiendo el argumento de Elizabeth Ewen que aparece en su estudio sobre las mujeres inmigrantes en Norteamérica, “New tensions erupted within the family, as old world assumptions failed to find nourishment in American soil. Fathers were pitted against sons, mothers against daughters, and even parent against parent” (1985,186). Ewen describe la posición en la que se encuentran las diferentes generaciones porque es relevante para entender el fenómeno de choque cultural que se produce dentro de las familias de inmigrantes. Aunque los hijos fueron criados en un espacio socialmente excluido, no tienen interiorizadas una serie de costumbres que sí conforman, en este caso, la experiencia de la madre, resaltando la identidad de ésta una vez tiene que enfrentarse a la influencia de otro tipo de rango social y sus correspondientes costumbres. Asimismo, la exclusión que Hanneh siente con respecto a su participación nula en la vida de sus hijos le conduce a un estado de introversión que únicamente podría trascender con la comunicación, un acto que sólo puede satisfacer con su antigua vecina Mrs. Pelz. Ésta, por no estar familiarizada con la posición social que ocupa Hanneh, emite un discurso en el que se percibe su anhelo por disfrutar de los recursos

económicos de los que goza su amiga, sin apreciar la carga de soledad que Hanneh acarrea: “What greater friend is there on earth than the dollar? (87).

En este punto, cabe retomar el argumento gracias al cual se evidencia la mutabilidad del “American Dream” en función de una carencia, ya sea económica o existencial. A pesar de la inclinación original de estas inmigrantes por someter sus destinos a la búsqueda y realización del ideal de prosperidad que les ha llevado a emigrar a América, una vez entran en contacto con las clases altas neoyorquinas sufren una crisis de identidad que les impide mantener el afán por obtener el reconocimiento a través del ascenso en la escala social y, en cambio, anhelan recuperar la experiencia que definía su identidad entre las calles del gueto. Así pues, su deseo por ser reconocidas no supone tanto un rechazo a su pasado de tradición judía y de carácter austero sino la representación de sus identidades en los espacios públicos dominados por las clases medias y altas norteamericanas. Esta posición, sin embargo, no consiguen alcanzarla puesto que la sola evidencia de su proveniencia impide su integración y aceptación completa en dicho espacio: “Nothing can bridge the distance because, as the striking spatial metaphors of the story attest, there is no place for someone like her. She does not even have words for what such a place would be” (Wald, 2003, 63). Dicha evidencia no sólo es apreciada por los individuos que conforman los círculos elitistas en los que los hijos de Hanneh se relacionan sino que también se percibe por su propia hija Fanny, quien atribuye su escasa repercusión social a la presencia de su madre y a la ejecución de unas costumbres que delatan su pertenencia previa a un estatus social bajo: “She’s spill the beans that we come from Delancey Street the minute we introduce her anywhere” (90). Los esfuerzos de Fanny por americanizar a su madre a través de la vestimenta han visto cómo el resultado no ha sido el esperado, provocando en ésta un estado de tránsito identitario sobre el que no es capaz de crear su propia experiencia. La

dependencia de Fanny a la asimilación de Hanneh genera una situación de tensión entre madre e hija que termina por desmembrar la unidad familiar una vez se hace evidente la necesidad de la primera por huir de ese posicionamiento social desde el que ahora debe relacionarse con el mundo que le rodea. Como bien plantea Ewen, “The American way of life gave these Eastern and Southern European pilgrims little support for cultural assumptions that had formerly bound them together.... Where parental authority had once been a keystone of village life, here the money economy imposed a new authority on the family” (1985, 186). A este respecto, cabe destacar la preponderancia de una autoridad que ejerce su poder fuera de todo espacio privado, relegando así el poder parental a un segundo plano en el que su discurso deja de tener relevancia. Si las dimensiones de la autoridad dominante se concentran en los espacios públicos, entonces el deseo de estos personajes por obtener reconocimiento en estas esferas supondrá el sometimiento a las leyes que ahí estén en vigor, dejando atrás el discurso de una tradición que sólo puede experimentarse en los límites de lo privado. Claramente, Hanneh es situada en el ámbito de lo irreconocible en tanto que sus hijos le aíslan de los espacios autorizados para operar como individuos reconocidos: “the pain that she was shut out from their successes” (1920, 89). El éxito aparece descrito como una victoria que sólo puede ser registrada en el espacio público y que sólo puede ser alcanzada por aquellos inmigrantes que siguen las pautas de americanización en su totalidad. Mientras que Hanneh no tiene acceso como individuo a este espacio le está vetada la posibilidad de representar su diferencia y, al mismo tiempo, de disfrutar del reconocimiento que le permitiría no ser excluida de eventos sociales, como el estreno de la obra de teatro que su hijo Bennie escribió para Broadway y al que no ha sido invitada por su hija, la encargada de hacerlo.

El descontento de Fanny lleva a considerar la problemática de la identidad para las inmigrantes judías provenientes de Europa del Este en el contexto previo a la Crisis del 29, ya que hace uso de expresiones que delatan el abismo cultural al que tenían que hacer frente para integrarse en la sociedad americana. Cuando la joven menciona la palabra “civilizar” para explicar el proceso al que ha tenido que recurrir en cuanto a la adaptación de la madre se refiere, lo que hace es ofrecer una perspectiva muy común en la época desde la que se justificaba el discurso de la americanización en términos de progreso social: “God knows how hard I tried to civilize her so as not to have to blush with shame when I take her anywhere” (1920, 90). Asimismo, será también relevante el intento de otro de sus hijos por forzar la adaptación completa de la madre. Para este fin, Jake, dueño de una inmobiliaria de prestigio, decide enviar a Hanneh a vivir a un apartamento carente de cocina, ya que así se evitarían las constantes disputas entre la madre y el servicio doméstico, obligándole a ésta a hacer uso de un salón público en el que se sirven diariamente las comidas dentro del edificio. Pese a la imposición de normas nuevas de comportamiento para no delatar su falta de educación en la mesa, éstas no hacen sino acrecentar la indisposición de Hanneh, quien finalmente decide utilizar una cocina de gas y aislarse en su apartamento. La presión que ejercen las pautas de ese discurso recae continuamente sobre este personaje de manera que terminan por crearle una crisis identitaria que la desubica y anula su individualidad hasta el punto de no tener ni siquiera autoridad ante sus hijos.

De este modo, desprovista del único espacio en el hogar en el que podía respaldarse de la autoridad que tantas veces había disfrutado antes de su partida, Hanneh retoma el camino hacia Delancey Street en busca del arraigo que necesita para reafirmar su identidad: “Deprived of her kitchen, Hanneh Breineh felt robbed of the last reason of her existence [...] It gave her that choked sense of being cut off from air, from life, from

everything warm and human.” (91). Además, la búsqueda de su pasado le anima a regatear con los vendedores ambulantes como hacía antaño y a recorrer las calles con la incertidumbre de no saber dónde se encontraría la mejor oferta. A pesar de su intento por recuperar una experiencia que cree superada, la evidencia de rasgos *americanizados* impiden que pueda hacerse pasar por una integrante más del gueto, ya que su indumentaria delata el estatus al que ahora pertenece, resultándole más difícil regatear a como acostumbraba. La desubicación a la que se enfrenta este personaje empieza a afianzarse cuando se coloca dentro de ese contexto privado, ya que irrumpe en un estilo de vida en el que los individuos como ella tienen vetado el acceso. Irene Billeter hace referencia a este aspecto cuando afirma que “In this context, however, Hannah is the stereotypical alienated immigrant, who having been uprooted by success and money [...] cannot establish roots in her new city neighborhood; but neither can she go back to her old ghetto of the Lower East Side Streets” (2011, 70). Al encontrarse en un espacio de tránsito en el que no están bien definidos los límites identitarios, Hanneh no consigue reconocerse como habitante de Riverside Drive, pero tampoco como vecina del gueto neoyorquino. A pesar de este intento por recuperar su experiencia anteriormente arraigada en este espacio, al retornar a su apartamento en Riverside Drive, Hanneh hace uso del discurso sobre el que se sustenta uno de los aspectos teóricos de la americanización, es decir, aquel discurso que justifica la prioridad de la voluntad del individuo frente al deseo comunitario, para eludir la costumbre paternalista de ayudar a los inquilinos del edificio cuando éstos así no lo han requerido: “Ain’t this America? Ain’t this a free country? Can’t I take up in my own house what I buy with my own money?” (92). En este relato, el personaje de Hanneh evoluciona hasta alcanzar un estadio de crisis que trata de resolver retornando al Lower East Side. Este segundo retorno, por el contrario, sólo sirve para confirmar la inoperancia de la identidad

adquirida por Hanneh a lo largo de su experiencia en Riverside una vez se sitúa dentro de este espacio con la pretensión de cumplir con las costumbres rutinarias propias del mismo. El choque clasista resalta la imposibilidad de que Hanneh pueda retomar su identidad previa, aquella que la definía como madre de familia y que le permitía disfrutar de una individuación, aunque sólo fuera en ese contexto privado. La carga cultural que acarrea como inmigrante judía y su aparente transformación en una mujer *americanizada* le condiciona hasta el punto de que su experiencia no puede validarse en ninguno de los dos espacios anteriormente mencionados, siendo la falta de reconocimiento social el origen de esta desubicación. Si se entiende la identidad de un individuo a partir de su reconocimiento a través de otro que lo otorga, entonces Hanneh aparece totalmente anulada, ya que ni los miembros del círculo elitista de Riverside, sus hijos incluidos, le permiten el acceso a sus eventos sociales ni sus antiguos vecinos le tratan como si a esa comunidad perteneciera. El hecho de que Hanneh es excluida de Riverside tiene que ver con la permanencia de unos rasgos culturales de los que la protagonista no puede deshacerse. Estos rasgos aparecen directamente relacionados con la autoridad que solía ejercer dentro del hogar y la dirección de las tareas que ahí se dan lugar, una forma de vida imposible de poder trasplantar al espacio de Riverside, en el que el servicio doméstico se caracteriza por hacerse cargo de ello. Aunque la influencia del modelo estándar de mujer americana que recae en los personajes de Yeziarska se ha tratado en el anterior bloque temático, cabe destacar la importancia que la autora da al bagaje cultural de las inmigrantes y cómo es ese arraigo costumbrista el que les impide integrarse completamente en las clases americanas que dominan los espacios públicos. Cuando Fanny, tras presenciar el momento en el que su madre contradice al servicio del edificio con el discurso previamente citado provocando la marcha de Mrs. Van Suyden, la amistad que le acompañaba para visitar su apartamento, le dice a Hanneh que ella es

la causa de su infelicidad, lo que hace es apuntar una vez más al fracaso de su americanización y la consiguiente repercusión en la vida de sus hijos. Así, la hija da lugar a un momento de reflexión en el que la madre toma conciencia de la inviabilidad a la hora de que su identidad consiga definirse algún día dentro de los parámetros de este nuevo contexto: “Mother, you are the ruination of my life! You have driven away Mrs. Van Suyden, as you have driven away all my best friends. [...] When will you stop disgracing us?” –“When I’m dead...When the earth will cover me up, then you’ll be free to go your American way.” (93). No es hasta este momento cuando tiene lugar la confesión de Hanneh en lo que respecta a la crisis identitaria que lleva sufriendo desde que abandonó las calles de las que provenía: “I’m not going to make myself over for a lady on Riverside Drive. I hate you and all your swell friends. I’ll not let myself be choked up here by you or by that hall-boss policeman that is higher in your eyes than your own mother” (93). Ante esta reflexión, Hanneh rechaza continuar con el proceso de asimilación al que se ha sometido desde que sus hijos *americanizados* tomaron las riendas de su vida para moldearla y así eliminar cualquier atisbo que delatase su proveniencia, frustrando las expectativas de prosperidad con las que los personajes de Yeziarska nutren sus deseos. Siguiendo el argumento de Billeter, Hanneh es un ejemplo más que corrobora las dificultades con las que se encuentran los inmigrantes en América para equilibrar su tradición cultural y la obligación de atenerse a unas normas específicas de convivencia si se quiere disfrutar del privilegio de la individuación en el espacio público: “Yeziarska’s strong-minded immigrants want to Americanize their idiom, their clothes, their social habits, and even their particular descent and past. That this is ultimately impossible and fraught with a severe identity crisis can be seen in many of Anzia Yeziarska’s novels and stories” (2011, 246).

El retorno de Hanneh al lugar que le había acogido tras su llegada a América bien recuerda a la escena en la que la protagonista de *Arrogant Beggar*, Adele Lindner, confiesa su malestar hacia las normas de la “Home for the Working Girls”. Adele vuelve al gueto neoyorquino en un intento instintivo por recuperar la identidad que tan deteriorada se hallaba tras haberse sometido al proceso de integración que esa entidad caritativa propaga, aspecto que se estudiará en el siguiente bloque temático. Atendiendo a la crítica de Melanie Levinson en lo que respecta a las narrativas en las que los personajes ocultan su verdadero pasado con la finalidad de ser aceptados en los círculos sociales en los que pretenden integrarse, Hanneh representaría una expectativa de éxito fallida en tanto que el pasado que pretende volver a experimentar representa el fracaso por no haberse podido amoldar a las nuevas normas de conducta americanas: “Hannah becomes a lesson in why the past must be abandoned if “passing” is to be successful” (1994, 6). Si el proceso de adaptación depende del éxito con el que los inmigrantes practiquen la conducta estándar y muestren una apariencia acorde con las expectativas de las clases dominantes, lo que se denomina con el término “passing”⁶, entonces se podría afirmar que dicho proceso no les sirve a estas inmigrantes para establecer un arraigo identitario en el nuevo territorio al que se han trasladado. Ello se ocasiona no por una voluntad de mantener una tradición a su antojo sino por el hecho de que sus identidades no son reconocidas por los miembros que crean los discursos de integración. La vuelta de Hanneh a ese espacio invisibilizado simboliza un estadio más en la recuperación de su identidad, por lo que su primer destino es el hogar de Mrs. Pelz, un

⁶ La utilización del término “passing” en este contexto es relevante para denotar la voluntad de las inmigrantes retratadas por Yeziarska por no delatar aquellos rasgos que pudieran diferenciarlas de los estereotipos de mujer americana: “Passing especially has generated fresh interpretations, because although within the cultural history of the United States “passing” initially signified a racial context, in the late twentieth century “to pass” has come into common usage as a general descriptive verb indicative of masking or disguising any aspect of identity, such as class, ethnicity, religion, or sexuality, implying as well an unmasking or exposing of one viable construction of a cultural identity, particularly gay or lesbian sexuality.” (Larsen, 2003, p.xxx)

espacio privado en el que se albergan las costumbres judías en las que necesita volver a participar: “I am starved out for a piece of real eating. In that swell restaurant [...]. There are a dozen plates to every bit of food. And it looks so fancy the plate, but it’s nothing but straw in the mouth. I’m starving, but I can’t swallow down their American eating.” (94). Tras haberle confesado a Fanny su incapacidad con respecto a la asimilación de una conducta con la que no consigue identificarse, Hanneh se dispone a encontrar el arropo que le falta en la comprensión de su antigua vecina. Sin embargo, la necesidad de Hanneh por ser reconocida por Mrs. Pelz se ve frustrada, ya que ésta no alcanza a comprender la magnitud de su malestar y las razones que le han devuelto a Delancey Street, teniendo a su alcance en Riverside comodidades de las que ellos carecen. A pesar de que ruega hospedarse allí durante esa noche, Hanneh regresa al día siguiente al apartamento del que huyó para cerrar la narrativa con una risa que oculta la resignación con la que se enfrenta a su destino en lo que denomina “the marble sepulcher of the Riverside apartment” (95). En palabras de Levinson, “Hannah has lost most of her ability to withstand the physical hardships of the ghetto – she has lost her voice there. Since she is no longer necessary or heeded by her children, she also has no voice in the world of wealth and prosperity” (1994, 6), por lo que este último retorno añade autoridad a la preponderancia de unas normas de americanización frente a la voluntad de los personajes por recuperar una identidad que ahora ya resulta imposible de satisfacer.

Permanecer en un estadio de tránsito tampoco es una solución que resuelva la problemática de cómo afrontar el dilema aquí planteado. Por una parte, y como se ha mencionado anteriormente, la realización del “American Dream”, entendido como aspiración a la prosperidad, resultaría imposible para Hanneh ya que el individuo no puede progresar económicamente en la sociedad americana sin antes haberse sometido a

las pautas de asimilación diseñadas para generar modelos de conducta clasistas y de dominación, personificados, en este relato, por Fanny y el resto de hijos de la protagonista. Al no poder hacer realidad esta aspiración a partir de la identidad que le define como inmigrante judía, Hanneh se somete a un proceso de conversión gracias al cual pretende ser incluida en los círculos sociales más acomodados manteniendo a su vez el espíritu de comunidad que caracterizaba a su Polonia natal y del que, más adelante, puede disfrutar en el Lower East Side. No obstante, el individualismo tan extremo al que tiene que hacer frente una vez se muda a Eighty-Fourth Street y la correspondiente deshumanización de las relaciones entre sus vecinos le produce una crisis que, al no disponer de individuos que puedan validar y reconocer su identidad, le conduce a una desubicación existencial sin solución aparente. Esta desubicación sólo podría superarse, según el parecer del personaje, retornando al espacio en el que no sería sometida a un continuo examen de conducta. La preferencia de Hanneh por ubicarse dentro de un contexto privado, como lo es el Lower East Side, y descartar el deseo de prosperidad que le había inducido a embarcarse hacia América denota el interés de Yeziarska por mostrar la falacia en torno al ideal de bienestar social anhelado ya que su realización depende de la eficacia con que se lleve a cabo del proceso de transformación identitaria. Este proceso, como se ha comprobado, tiende a generar una tensión ante la que individuos como Hanneh se rinden y terminan por aceptar su inconclusión: “She realized that she could no longer endure the sordid ugliness of her past, and yet she could not go home to her children. She only felt that she must go on and on.” (95). Pero, desde otra perspectiva, si se entiende el trayecto hacia la obtención de este ideal como una búsqueda identitaria, y no económica, en un territorio en el que las normas sociales se han creado en relación a un sentido moral individualista, y no comunitario, entonces su realización supondría la recuperación de la individuación de Hanneh no ya en el

contexto privado que habitaba sino en los espacios públicos a los que no consigue tener acceso si representa su diferencia. Por tanto, esta última concepción del ideal es con la que Yeziarska decide terminar su relato, dejando entrever que Hanneh se halla inmiscuida en un proceso de búsqueda de identidad que no parece limitarse a Riverside ni a Delancey Street, pero que tampoco alcanza un estatus reconocido. Debido a que no se le permite caracterizarse por unos rasgos ni por otros, sino que tiene que colocarse en un estado de indefinición y generar, a partir de ahí, su propia experiencia, este personaje representa así el dilema identitario al que quedan expuestas estas inmigrantes que emprendieron el viaje hacia América.

3.2.2. Americanización del espacio privado: “The Lost Beautifulness”

Del mismo modo que en “The Fat of the Land” se muestra el conflicto que surge a la hora de someterse al proceso de americanización con la pretensión de mantener un arraigo cultural basado en unas costumbres distintas a las americanas, en otro de sus relatos, “The Lost ‘Beautifulness’”, Yeziarska plantea de nuevo la incapacidad de las inmigrantes judías de Europa del Este a la hora de alcanzar el reconocimiento público a través de modelos de conducta propagados por las clases dominantes. Tomando el “American Dream” como base sobre la que se erigen los deseos de las inmigrantes, la protagonista de este relato, Hanneh Hayyeh, centra sus esfuerzos en el cambio no ya de su comportamiento, sino de su propio hogar. La necesidad de este personaje por cumplir con el reglamento de limpieza e higienización predominante entre las clases más elevadas le conduce a arreglar las paredes de su cocina y pintarlas de blanco en un intento por trascender las diferencias de clase: “Ever since she first began to wash the

fine silks and linens for Mrs. Preston, years ago, it had been Hanneh Hayyeh's ambition to have a white-painted kitchen exactly like that in the old Stuyvesant Square mansion. Now her own kitchen was a dream come true" (1920, 31)⁷. Además, el retorno inminente de su hijo Aby al hogar, después de haberse alistado en el ejército americano en el contexto de la Primera Guerra Mundial, le anima a emprender la remodelación de su cocina ya que ello permitiría el acceso a miembros pertenecientes a otros estamentos sociales más acomodados: "I want him to be able to invite even the President from America to his home and not shame himself" (31). En este sentido, la intención de Hanneh por imitar la cocina de Mrs. Preston no es otra que la de estrechar el abismo existente entre las clases sociales con menos recursos económicos y las más adineradas, ratificando así la supuesta posibilidad que tienen todos los individuos en América de hacer realidad sus aspiraciones. Levinson hace referencia a este aspecto cuando explica cómo esa necesidad de los inmigrantes por imitar los modelos establecidos como arquetipos de lo que se considera o no "American" implica también la posibilidad de acceso de los mismos a las clases medias y altas: "Her heroines keenly feel their 'difference' and while each longs 'to become an American: to look and dress with the assurance of the native born", they equate achieving that status with breaking into the white, middle-to upper-middle class Christian sphere" (1994, 5). Esta posibilidad, no obstante, no podría tener lugar si no se aceptan las nuevas leyes por las que se rige la sociedad americana, leyes que suponen el abandono de todo lo que les había definido a estas mujeres hasta entonces.

En el caso de Hanneh, recurrir a la imitación sólo desencadena una serie de acontecimientos que terminan por desarraigarla y expulsarla de su propio hogar. A diferencia de Hanneh Breineh, quien no es capaz de asumir la nueva identidad a la que

⁷ En este subcapítulo, se obviará el año de publicación en las citas extraídas del relato "The Lost Beautifulnes" debido a que pertenecen a la misma colección *Hungry Hearts*, publicada en 1920.

sus hijos pretenden someterla, Hanneh Hayyeh sí participa activamente en esa imitación, a pesar de los avisos de su marido, Jake Safransky: “You know nothing from holding tight to a dollar and saving a penny to a penny like poor people should” (31). La distinción que aquí plantea Jake entre la posición que su mujer ocupa en la escala social y el papel que realmente desempeña ubica a Hanneh en el estado de tránsito en el que la protagonista del relato anterior también se encuentra. Si los actos del individuo no reflejan la satisfacción de unas expectativas creadas como guía de comportamiento que anima la perdurabilidad de las diferencias de clase, entonces su identidad queda suspendida en un espacio sin definición, en el que el reconocimiento a través del otro se convierte en algo nostálgico, que se echa en falta. Además, Jake sirve, en esta escena, para recordarle la carencia de recursos con la que, inmigrantes como ellos, tienen que hacer frente a su rutina: “Yah, but it ain’t your house. It’s the landlord’s” (1920, 31). El objetivo con el que Hanneh Hayyeh sueña, gracias a la apreciación de su marido, se muestra como una ilusión percedera, generada por el discurso del “American Dream”, en contra de cuya realización los mecanismos de asimilación actúan. El hecho de que la vivienda pertenezca a otro individuo parece connotar la exclusión de estos personajes con respecto al modelo de vida americano, ya que ni siquiera pueden apropiarse completamente del espacio que les alberga, siendo únicamente posible la utilización del mismo como fin económico favorable al casero. En este contexto, la precariedad parece indicar la falta de autoridad a la hora de manipular un espacio privado, hecho que Hanneh no se para a considerar puesto que su firme creencia en la igualdad de oportunidades para todos los individuos se refleja en el esfuerzo que ha hecho por ahorrar y adecentar la cocina del apartamento que tiene alquilado en Delancey Street: “So I seen that if I ever hoped to fix up my house, I’d have to spend out my own money. And I began to save a penny to a penny to have for the paint. And when I seen the

painters, I always stopped them to ask where and how to buy it so that it should come out the cheapest” (1929, 35). Así, Hanneh representa una tensión entre las costumbres de los miembros del gueto neoyorquino, como lo es el ahorro del capital obtenido para poder adquirir el mayor número de bienes con el menor uso del mismo, y la adquisición de la belleza por medios económicos tan propia de las clases elitistas dominantes. Esta combinación permite a Hanneh dar un paso adelante hacia la americanización del espacio privado en el que comprende su experiencia para, de este modo, poder mostrarlo al exterior como ejemplo de la eficacia con la que se está adaptando al nuevo territorio. No sólo pretende mostrar a sus vecinos el resultado de su esfuerzo, invitándoles como hace a presenciar la magnitud de su logro y reconocer la validez de su cocina *americanizada*, sino que también desea hacer pública la presencia de Mrs. Preston en su hogar. Con el ánimo de confirmar su conversión eficaz al modelo de conducta americano, Hanneh urde un plan para hacer que sus vecinos asistan al momento en el que Mrs. Preston va a verla, recibiendo así el reconocimiento de su nueva identidad de forma pública: “I’ll back up a shtrudel cake [...] They will all want to come to get a taste of the cake and then they’ll give a look on Mrs. Preston” (1920, 36). Al igual que el arreglo de la cocina, la presencia de Mrs. Preston resulta ser una adquisición de la que Hanneh alardea en su pretensión por que se le reconozcan los progresos hacia su transformación completa. Al hacer público el contacto que mantiene con miembros de rangos sociales más elevados, Hanneh personifica la satisfacción del ideal al haber superado las barreras clasistas que las clases dominantes imponen para la perdurabilidad de su mantenimiento. En este sentido, el empeño de Hanneh por atribuir a Mrs. Preston la legitimidad que necesita para sentirse reconocida como individuo y ante la cual puede reapropiarse de la identidad que, en el espacio público, quedaría anulada no es sino otro discurso que le sirve para seguir creyendo en el éxito de su

adaptación: “You make the lowest nobody feel he’s somebody” (1920, 35). No obstante esta apreciación, Mrs. Preston resuelve que Hanneh es una artista, aunque, según reconsidera, concretamente dentro del campo laboral de la lavandería, posicionando su identidad dentro de los límites de lo privado y elogiando una labor que se atribuye a las mujeres de clases bajas: “You are not a ‘nobody’, Hanneh Hayyeh. You are an artist – an artist laundress” (35).

Asimismo, la equiparación de la blancura del espacio con la belleza evidencia la absorción que Hanneh ha llevado a cabo de los estándares del gusto elitista y cómo ha imitado ese gusto y lo ha introducido en un contexto al que socialmente no le corresponde. Consciente de la imposibilidad de salvar las diferencias culturales y económicas, Jake denuncia la actitud de Hanneh y delata la inconsistencia identitaria de la que su mujer hace alarde: “It only dreams itself in you how to make yourself for an American and lay in every penny you got on fixing out the house like the rich” (31). Yeziarska, para explicar dicha absorción, presenta al personaje de Mrs. Preston como vía a través de la cual Hanneh se nutre de los modelos de belleza y conducta que operan en las clases dominantes: “the hungry-eyed, ghetto woman drank in thirstily the beauty and goodness that radiated from Mrs. Preston’s person” (34). Ésta, encargada del lavado y limpieza de la ropa del hogar de Mrs. Preston, ha mantenido el contacto suficiente con la élite neoyorquina como para recrear sus costumbres dentro de los límites de su apartamento, un contacto que, además, le ha hecho creer en lo que ella define, parafraseando a Mrs. Preston, como “democracy”: “It is to bring together the people on top who got everything and the people on the bottom who got nothing. She’s been telling me about a new word –democracy. It got me on fire. Democracy means that everybody in America is going to be with everybody alike” (32). Así, se da nombre a una situación ilusoria en la que el objetivo del estado es salvaguardar la igualdad de

oportunidades independientemente de aquellas diferencias con respecto a la cultura dominante que caractericen a cada individuo. La utilización del término “democracy” ofrece a Hanneh el impulso necesario para emprender la búsqueda de una identidad *americanizada* y reconocida como igual ante el público de las clases que representan esa cultura dominante. Esta búsqueda, en vez de emprenderse en términos de comprensión y de intercambio cultural, no obstante, se sostiene gracias a la disposición de recursos económicos, aspecto que será determinante a la hora de comprender las razones por las que se frustra su objetivo. Al recurrir a lo material, entendido como aquello que puede adquirirse por la vía monetaria, esto es, el arreglo de su cocina, para aproximarse al modelo de vida de las clases sociales más elevadas, Hanneh personifica la actitud que ha observado en su contacto con Mrs. Preston con el ánimo de adquirir la individuación de la que la propietaria de la mansión disfruta: “When I see myself around the house how I fixed it up with my own hands, I forget I’m only a nobody. It makes me feel I’m also a person like Mrs. Preston” (32). La obtención de la identidad a la que Hanneh se refiere como “person” pasa por el cumplimiento de las bases teóricas que sustentan el “American Dream”, ya que la perseverancia del individuo para con la empresa que se propone conlleva, en el supuesto, un éxito final merecido. El hecho de que Hanneh se incluya en este proceso pagando con sus ahorros el adecentar la cocina no supone, en principio, una cancelación de este prototipo de bienestar en tanto que el resultado ha sido el fruto de su esfuerzo. Sin embargo, el carácter individualista de la sociedad americana tan denunciado por los personajes de Yeziarska y la firmeza con la que la americanización se impone a los recién llegados actúan en paralelo provocando el deterioro de este prototipo y su reproducción fallida en la vida real. Varios días después de que Hanneh invite al casero a presenciar el logro que suponía haber remodelado la cocina por sus propios medios, éste le envía un aviso en el que se estipula que el

alquiler del apartamento se incrementará en cinco dólares, una suma notable a la que Hanneh no puede hacer frente si no es prescindiendo del alimento básico para su supervivencia. Argumentando que, tras el arreglo, el apartamento ha aumentado su valor, Mr. Rosenblatt se aferra al discurso del individualismo, basado como se ha explicado anteriormente en el “American Dream”, es decir, la exaltación del esfuerzo del individuo y su consiguiente recompensa, para justificar la decisión de subir el alquiler: “That don’t concern me. If you can’t pay, somebody else will. I got to look out for myself. In America everybody looks out for himself” (37). La comparación que Hanneh hace entre el casero y el zar de Rusia, “The dogs! The blood-sucking landlords! They are the new czars from America!” (38), indica el grado de autoridad del que ambos disfrutaban y cómo se ha ejercido de manera oportunista sobre los individuos que de sus decisiones dependen. No será hasta que Hanneh visite a Mrs. Preston en busca de la comprensión necesaria para dar de nuevo validez a su identidad, cuando se dé cuenta del entramado clasista del que ella ha estado participando al querer americanizarse. Tras explicarle Hanneh las causas de su visita, Mrs. Preston, lejos de juzgar el comportamiento de Mr. Rosenblatt, persuade a la lavandera para que acepte un cheque gracias al cual podrá cubrir sus gastos temporalmente. Debido a que la resolución del casero forma parte del entramado clasista sobre el que se erige el proceso de americanización, Mrs. Preston no es capaz de contradecirle, ya que su actitud paternalista frente a la situación que Hanneh denuncia como injusta también participa de ese entramado: “You want to give me hush money to swallow down an unrightness that burns my flesh? I want justice” (39). La justicia que Hanneh reclama se desafía diariamente por el discurso cultural gracias al cual se describe y propaga ese proceso, ya que, como parte esencial del mismo, el individualismo es el motor que lo caracteriza. El otorgar autoridad a la capacidad de decisión de cada individuo supone que Mr.

Rosenblatt tiene por derecho atribuir la suma que crea más conveniente al valor de sus propiedades, aunque ello suponga para el inquilino un aumento del alquiler al que no puede hacer frente. Cuando Hanneh revela las intenciones de Mrs. Preston hace alusión al discurso con el que ésta le convenció de la existencia de un espacio en el que las diferencias de clase pudieran trascenderse, lo que se ha dado a conocer con el término “democracy”: “And you always stood out to me in my dreams as the angel from love and beautifulness. You always made-believe to me that you’re only for democracy” (40). A pesar de darse cuenta de la incoherencia entre el discurso emitido por Mrs. Preston, entendida como representante de las clases dominantes que así lo confeccionaron, y la realidad que le rodea, Hanneh persiste en su búsqueda de la justicia, otro de los ideales que conforman el “American Dream” y que daría consistencia a la credibilidad del mismo por parte de personajes como ella, que representan a los inmigrantes judíos asentados en Nueva York a principios del siglo XX: “You was always telling me that the lowest nobody got something to give to America. And that’s what I got to give to America – the last breath in my body for justice. I’ll wake up America from its sleep” (39).

La confianza que Hanneh deposita en la satisfacción de una justicia que se halla excluida de su alcance, ya que no comparte el carácter individualista sobre el que se funda la red social urbana en América, es una consecuencia por haber legitimado el discurso inclusivo del credo que se rige en la sociedad en la que vive. Al considerarse en igualdad de condiciones que el resto de individuos para satisfacer su deseo de reconocimiento, Hanneh se autoriza a sí misma como individuo encargado de hacer cumplir la justicia. Entendida su función como recordatorio de un ideal aparentemente olvidado, la protagonista sustituye el interés por americanizarse que le caracterizaba al principio del relato por la búsqueda y obtención de lo que ella define como “justice”.

Con todo, cuando la resolución administrativa se hace pública, Hanneh comprende cómo la red de poder que conforman los aparatos institucionales se relaciona directamente con las clases dominantes: “The judge said the same as Mrs. Preston said: the landlord has the right to raise our rent or put us out” (40). El deterioro físico y moral al que Hanneh tiene que hacer frente le conduce a un estado de resignación que le obliga a confinar su experiencia dentro de los márgenes de comportamiento que el discurso dominante establece, forzándole a aceptar unas normas que terminan por expulsarles de su hogar. Además, el hecho de que el desahucio se produzca en el momento en el que Aby aparece muestra la ironía de una sociedad cuyos individuos luchan por un modelo de justicia al mismo tiempo que otros se ven afectados por su cumplimiento: “Is this already America? What for was my Aby fighting? Was it then only a dream – all these millions people from all lands and from all times, wishing and hoping and praying that America is? Did I wake myself from my dreaming to see myself back in the black times of Russia under the czar?” (41). El rango generacional que distingue a Hanneh de su hijo denota las dificultades con la que las inmigrantes provenientes de Europa del Este se encuentran a la hora de continuar su experiencia como mujer judía dentro del contexto individualista de América. La adaptación de Aby, en cambio, no parece pasar por un trauma a la hora de integrarse, siendo la influencia de sus progenitores el único motivo por el que pudiera sentir la exclusión social. Adam Sol hace referencia a este aspecto cuando concluye que “a hero appears who himself maintains the balance between modernity and tradition” (2001, 220), garantizando así la incapacidad de personajes como Hanneh de sostener una forma de vida a través de los mecanismos que configuran su experiencia como mujer judía de clase baja.

La intención de Hanneh de aunar en una misma experiencia su rutina en Delancey Street con la forma de vida de la sociedad americana da como resultado la

exclusión total de cualquiera de los espacios en cuestión. La americanización que Hanneh emprende a través de la remodelación de su cocina pertenece a un modo de vida del que no puede participar activamente, ya que ello implica el cumplimiento de una serie de normas que ella apunta como excluyentes e injustas, apelando a una aspiración cuya representación en la realidad no puede verse satisfecha. Tanto Hanneh Breineh como Hanneh Hayyeh deben resignar sus voluntades, la primera por no poder retornar a la experiencia del gueto y la segunda, en contraste, por ser expulsada del contexto normativo de las clases dominantes.

3.3. Desmitificación de América como “Golden Country”: *Bread Givers*

La consideración de América como “golden country” resulta de un uso metafórico del color dorado y su connotación como característica de la prosperidad y la bonanza económica. La relevancia de esta expresión en el estudio en el que se centra este capítulo está relacionada con la asiduidad con que aparece en los relatos y novelas de la autora Anzia Yeziarska. Para una aproximación crítica a la perspectiva desde la cual esta autora hace uso de dicha expresión y su repercusión en la experiencia de las inmigrantes que retrata es necesario ahondar en la temática de una de sus novelas de mayor reconocimiento público: *Bread Givers*, publicada en 1925 y compuesta de tres partes diferenciadas: “Hester Street”, “Between Two Worlds”, y “The New World”. La problemática de cómo representar una identidad culturalmente definida en un contexto nuevo y diferente al acostumbrado también se ve reflejada en esta novela, en la que, según Mihai Mîndra, la “Assimilation and its costs are openly approached and presented. They do not only involve a dishonest rejection of individual ethnic culture but also the giving in to the materialistic world of American business” (2003, 107). El hecho de tener que asumir los valores materialistas de una sociedad fundada en el consumo y la adquisición de bienes como vehículo para conformar la identidad del individuo en el espacio público de la gran ciudad queda representado al comienzo de la novela por el personaje de Mashah, hermana de la protagonista: Sara Smolinsky. A pesar de que la apariencia de Mashah se configura con una vestimenta adquirida en las calles del Lower East Side, la actitud que muestra en el espacio público concuerda con las expectativas de la época en cuanto a la posición que la mujer americana debía ocupar en ese espacio, caracterizada por la exposición de una actitud *americanizada* ante el público masculino: “When Masha walked in the Street in her everyday work

dress that was cut from the same goods and bought from the same pushcart like the rest of us, it looked different on her” (1925, 4)⁸. La presentación de este personaje como ejemplo de cómo las mujeres judías de Hester Street pueden superar el proceso de asimilación con éxito no será sino un elemento premonitorio del proceso al que tendrá que someterse Sara Smolinsky en la búsqueda de una identidad que le permita su inclusión en los espacios dominados por diferentes esferas sociales más allá del gueto. Como bien explica Tyrone R. Simpson, “Mashah portends the particular protocol by which Sara will later pursue her own Americanization” (2009, 102). Este protocolo de conducta implicaría la asunción del cuerpo de la mujer como producto de consumo del público masculino que, como se verá más adelante en este estudio, controla el gusto de la élite neoyorquina. Además, la comparación de Mashah con los maniqués expuestos en los escaparates de las tiendas más influyentes define el carácter maleable del personaje y establece un puente entre la pasividad como característica que la mujer *americanizada* debe irradiar y la dominación que un sector de la sociedad ejerce sobre las mismas para satisfacer unas expectativas de mercado: “like the dressed-up doll lady from the show window of the grandest department store” (4).

En contraste con Mashah, su padre, Reb Smolinsky, dedica su tiempo al estudio del Torah, una rutina que en su país de origen estaba protegida por la tradición judía que dominaba la localidad de Polonia a la que habían pertenecido hasta su llegada a América. No obstante la diferencia que se establece entre la actividad del padre y la de su hija Mashah, Sara, narradora y protagonista, equipara sus dos experiencias posicionándolas al mismo nivel a la hora de definir las como modos de vida válidos: “She lived in the pleasure she got from her beautiful face, as Father lived in his Holy Torah” (4). En este sentido, cuando se otorga la misma validez a una y otra experiencia

⁸ En este subcapítulo, se obviará el año de publicación en las citas extraídas de la novela *Bread Givers* debido a que pertenecen a la misma edición publicada en 1925.

lo que se resalta es un contexto en el que la autoridad de la tradición judía se relativiza y viene a ser tan válida como lo pueda ser la americanización que Mashah está en proceso de llevar a cabo. Ambas experiencias atienden a discursos de poder que les indican cómo satisfacer las expectativas que se espera de ellos respectivamente ya sea por medio de unas normas de conducta que tienen como finalidad la inclusión en el terreno público ya sea a través de la continuación de una tradición en el espacio de lo privado. Asimismo, la presencia de Mashah también sirve como puente entre ambos espacios, ya que difunde en el contexto de Hester Street una experiencia que ahí no podría tener lugar dada la exclusión que sus habitantes sufren. Cuando Sara se refiere a “fairy tales” (1925, 6) para denominar las historias que Mashah cuenta lo que hace es confirmar las dificultades que los Smolinsky tienen con respecto a la satisfacción en la realidad de esas experiencias. Según el argumento de Katherine B. Payant, la asunción de nuevas formas de comportamiento implica necesariamente el abandono de otras que no tienen utilidad en tanto que no proyectan una identidad válida para ser reconocida más allá de los límites de un espacio invisibilizado: “To be a success according to American values, they needed to portray themselves as becoming adapted to the mainstream lifestyle and as leaving behind the vestiges of old world, immigrant culture” (1999, 168). Siguiendo este argumento, Mashah se habría adaptado completamente a los valores americanos, ya que a pesar de que no puede participar del mercado de consumo vigente sí que actúa como si lo hiciera. Esta adaptación queda confirmada cuando su madre le recrimina que gaste su sueldo en moldear su apariencia según el código de vestimenta estipulado para las mujeres americanas de clase media: ““Empty head!, cried Mother. “You don’t own the dirt under their doorstep and you want to play the lady” (6). El distanciamiento cultural que se aprecia entre la joven y el resto de su familia es el reflejo de una situación de conflicto que se va acusando cada vez más a medida de que Sara se

propone acortar esa distancia sometién dose a las pautas de su transformación identitaria. La aceptación de dicho proceso pasa por asumir la existencia del individualismo como parte esencial a la hora de entender las relaciones sociales, aspecto que aparece representado por Mashah en su intento por desprenderse de los rasgos comunitarios que caracterizaban su pasado en Polonia: “But when the day for the wages came, Mashah quietly went to the Five- and Ten-Cent Store and bought, not only a toothbrush and a separate towel for herself, but even a separate piece of soap” (6). Tanto la independencia que Mashah busca a través de la adquisición de productos para su uso exclusivamente personal como la petición de Reb Smolinsky por mantener un habitáculo propio en el que poder estudiar el Torah parecen partir de una posición de poder que les beneficia y resalta la relevancia de su actividad por encima de los hábitos comunitarios. Sin embargo, el hecho de que Reb no disponga del capital suficiente para costearse una estancia independiente le obliga a ceder su cuarto para que un inquilino pueda hospedarse. El reclamo por mantener su independencia se frustra, pues, por las presiones de la vida *americanizada*, que basa su permanencia en el cumplimiento de acuerdos monetarios como lo es el pago semanal del alquiler, un hecho que Shenah recalca ante la resignación de su marido: “Only millionaires can be alone in America” (13). Así, el interés de Mashah por desprenderse de la estrategia ahorrativa de su familia se materializa cuando va adquiriendo bienes asequibles a su economía, exponiéndose no sólo ante la mirada masculina en el espacio público sino también ante la de su hermana Sara, quien decide abandonar el espacio privado del hogar para trabajar como vendedora ambulante y contribuir al mantenimiento de su familia: “Mashah performs rituals of fashion that offer the protagonist a tutorial in how commodities can remake a Jewish girl into a desirable American one” (2009, 102). Influida por la americanización de Mashah, Sara no acepta comenzar a vender “herring” a partir del producto que una

de sus vecinas, de nombre Muhmenkeh, le pretende regalar, argumentando que ella es capaz de encontrar el mismo producto a buen precio y duplicar las ganancias con la venta: “‘No – no! I’m no beggar!’ I cried. ‘I want to go into business like a person’” (21). La aplicación de los códigos del individualismo en el contexto de la venta ambulante permite a Sara ser testigo de cómo el éxito no necesita del apoyo comunitario sino del esfuerzo individual, un aprendizaje que le acompañará en la búsqueda de una identidad *americanizada* y le servirá para ascender en la escala social a lo largo de la novela.

El abismo generacional que se mencionaba anteriormente en el estudio de “The Fat of the Land” también se da lugar en este relato, ya que tanto Reb Smolinsky como Shenah representan a la comunidad *guetizada* neoyorquina que, lejos de americanizarse, continúa dando autoridad a una tradición ya desarraigada y que está perdiendo influencia progresivamente. Tanto es así, que cuando la hija del casero se dispone a recaudar el alquiler interrumpiendo la oración de Reb, éste, ofendido por el atrevimiento de la joven, recurre al uso de la violencia física como respuesta a la intrusión. La escena revela el conflicto de inmigrantes como Reb a la hora de comprender la posición de la mujer en la sociedad americana, ya que, como consecuencia de un sistema de relaciones de poder descompensado en el que la mujer debe relegarse ante la voluntad del hombre, éste se siente autorizado a ejercer ese comportamiento. Yeziarska muestra cómo la exclusión de las mujeres en la vida religiosa de las comunidades judías ha provocado que su presencia no pueda adquirir la relevancia necesaria como para que su identidad se valide de igual manera que la de los hombres. Además, la apelación “woman” con la que Reb nombra a Shenah ya connota una situación de desigualdad en tanto que ella no es comprendida a partir de su individualidad, sino como colectivo previsible y pre-caracterizado. De este modo, la trascendencia del acto de Reb queda relativizada por el

juicio de muchos de los vecinos del gueto a la vez que es denunciada por la hija *americanizada* de uno de ellos, como bien se explica en el texto: “‘But a man shouldn’t hit a lady,’ said Shprintzeh Gittel’s Americanized daughter who was standing around with her American-born new man”, a lo que responde su padre: “‘A collector from the landlords ain’t a lady,’ cried Shprintzeh Gittel. ‘For insulting her own religion they should tear her flesh in pieces. They should boil her in oil and freeze her in ice...’” (26).

Al igual que le ocurre a Hanneh Breineh en “The Fat of the Land” y a Hanneh Hayyeh en “The Lost Beautifulness”, el matrimonio Smolinsky representa la generación de inmigrantes a los que les fue imposible superar las dificultades de adaptación. Sólo a través de la continuidad de la identidad que les había estado definiendo hasta antes de su llegada a América son capaces de mantener una tensión cultural que, al menos, les permite seguir cumpliendo con sus costumbres aunque sea dentro de los márgenes de un terreno socialmente excluido. Por el contrario, la asimilación de sus descendientes está influida por una irradiación constante de nuevas normas de conducta provenientes de los espacios públicos en los que los cuerpos de los individuos buscan el reconocimiento de su individualidad. Irene Billeter menciona la teoría conocida como “melting pot” para demostrar su inexactitud a la hora de definir el proceso al que esta generación tiene que hacer frente: “The “melting pot” theory of cultural assimilation is just that in Yeziarska: a theory. In practice, Yeziarska’s heroines, even though they desperately try to assimilate, must feel that they can only incompletely reconcile their heritage with their chosen path” (2011, 76). Las heroínas de las que Billeter habla se hallan en un estadio de tránsito del que difícilmente pueden salir sin magulladuras identitarias, esto es, sin recibir la influencia del choque cultural que les ha provocado una crisis de identidad. De vuelta a la novela, la repercusión del acto de Smolinsky estimula a nuevos inquilinos a hospedarse en su hogar, por lo que la situación económica de la familia empieza a

mejorar. A medida que van recaudando más capital, la familia va adquiriendo bienes que les permiten representar una cotidianeidad propia de la sociedad americana: “We no sooner got used to regular towels than we began to want toothbrushes” (29). La inclusión progresiva de los Smolinsky en los hábitos de consumo de la sociedad neoyorquina como consecuencia de su prosperidad económica parece dar a entender que la sola posesión de capital conduce al individuo a apropiarse de un estilo de vida más cómodo y que tiende a desembocar en la representación del individualismo.

El proceso de conversión que se está llevando a cabo en el hogar de los Smolinsky se acentúa cuando Bessie, la hermana mayor, quiere alcanzar la posición desde la que Mashah se relaciona con los hombres en el espacio público. Contextualizándolo en la privacidad de su hogar, Bessie pretende adecentar la cocina con motivo de la visita de Berel Bernstein, a quien conoció en la fábrica en la que trabaja. La invisibilidad que Bessie sufría ante la presencia de su hermana era la consecuencia por no haber atendido al arquetipo de belleza estándar que se publicitaba para las mujeres: “all the boarders, the minute they gave a look on Mashah, fainted away for her. And they didn’t see at all Bessie, who carried the whole house on her back” (35). La entrada de este pretendiente en la rutina de los Smolinsky provoca la necesidad en Bessie de americanizar ese espacio privado como reflejo de una asimilación exitosa. Al igual que ocurrió con Hanneh Hayyeh, la joven atiende a un modelo de decoración que basa su idoneidad en el grado de blancura con el que se muestra, aparte de haber adquirido bienes que simbolizan una prosperidad de la que de otro modo no podrían hacer alarde. No obstante, cuando la madre llega y observa el cambio de la cocina no puede sino recurrir al discurso que le da autoridad dentro de ese espacio, esto es, el discurso que justifica sus actos en virtud de los escasos recursos económicos que caracterizan su situación: ““*Nu – nu – don’t fly away with yourselves*

in fairyland,' laughed Mother. 'We're poor people yet. And poor people got to save –' (39). Con este discurso, Shenah autoriza y da valor al carácter austero al que han acostumbrado su rutina como miembros de esa comunidad específica, proponiendo que tales bienes se guarden para ocasiones especiales y no sean expuestos a ningún deterioro. A pesar de las indicaciones de la madre, Bessie manifiesta su disconformidad y se distancia del modelo de vida que había sustentado a su familia hasta entonces para mostrar su intención por definir su experiencia a partir de las adquisiciones materiales y los cambios identitarios en los que consiste la americanización: 'Save – save! Cried the new Bessie. 'I'm sick of saving and slaving to choke myself in the dirt.'" (39). La entrada de Berel en la vida de Bessie supone la aceptación de un estándar de apariencia al que la joven tendrá que adaptarse si quiere que la validez de su individualidad sea reconocida: "Adorning the canvas of the self with whatever striking decorations the market provided, the urban citizen would thus commodify and package herself in hope that others would deem her worthy of their association" (2009, 95). Además, el hecho de completar la adaptación como mujer americana, un reconocimiento que sólo puede alcanzarse a través de la adquisición de productos ofertados por el mercado de consumo, contradiría las bases teóricas que promulga el "American Dream", ya que, de ser así, no todos los individuos tendrían las mismas posibilidades de acceso si ello depende únicamente de un soporte económico que lo permita.

La influencia que tanto Mashah como Bessie ejercen sobre su familia sirve para trasladar el conflicto que habitualmente sufrían las mujeres inmigrantes, o de ascendencia inmigrante, judías en el espacio público a principios del siglo XX al contexto privado del hogar. Por tanto, lo que se podría denominar como la intrusión de Berel en este contexto, dominado como se ha explicado anteriormente por la autoridad de Reb, no puede sino provocar, de nuevo, una situación de choque cultural entre el

progenitor y el joven *americanizado*. Cuando Reb, respaldado por la tradición judía que sustenta su autoridad, se interpone entre la joven pareja para imponer la asunción de unos trámites que han de llevarse a cabo antes del matrimonio, Berel se desmarca de este discurso atendiendo a otro característico y propagado por las instituciones que codifican el discurso de la americanización: “In America they got no use for Torah learning. In America everybody got to earn his living first.” (48). Así, Berel se muestra como un individuo independiente que no tiene que someter su voluntad ante ninguna autoridad más allá de lo que convenga a la supervivencia de una identidad a partir de la cual quiere ser reconocido por la sociedad americana: “This is America... where everybody got to look out for themselves” (49). A diferencia de Bessie, Berel ha interiorizado eficazmente ese discurso y, gracias a ello, se muestra con la autoridad suficiente como para desafiar al antiguo régimen moral que dominaba la vida de estos personajes antes de su llegada a América: “But I cannot help it. I haven’t the courage to live for myself. My own life is knocked out of me. No wonder Father called me the burden bearer.” (50). Lo que cabe destacar tras esta escena es la repercusión tan distinta que el discurso de Reb puede tener en función de si se dirige a Bessie o a Berel, ya que las descendientes de los inmigrantes judíos a principios del siglo XX en Norteamérica no podían entender su experiencia de forma independiente, sino que debían permanecer próximas a su familia. La posición desde la que Berel emite su desacuerdo ante Reb delata la desigualdad que sufren mujeres como Bessie con respecto a los hombres que pertenecen a su mismo rango social, siéndoles imposible resolver un conflicto de este tipo ostentando el mismo nivel de autoridad que el padre. Entendida esta consideración, y como se ha comprobado más exhaustivamente en el anterior capítulo, la resignación de Bessie por no saberse autorizada para contradecir a su padre también se extiende al ámbito de su propia identidad, anulando así la expansión de su experiencia más allá del

hogar. Además, a pesar de que Berel le anima a apropiarse de una identidad nueva que le permitiría liberarse del yugo de la tradición: “Here you got the chance to life your head and become a person” (50), Bessie justifica su negativa reproduciendo un discurso que cumple con las expectativas que su padre ha puesto en ella, esto es, la manutención necesaria de su familia y la consiguiente continuidad del progenitor como erudito en la sinagoga.

Al igual que ocurre con Berel Bernstein, el pretendiente de Mashah, un pianista reconocido de nombre Jacob Novak, también es expulsado del hogar de los Smolinsky por americanizar sus hábitos hasta el punto de haber abandonado la tradición judía en la que se había criado, no cumpliendo, por ello, con las expectativas de Reb. Esta vez, en cambio, la aparición del padre de Jacob como evaluador de la validez de la familia de Mashah, y no sólo al contrario, le coloca en el mismo nivel desde el que Reb supervisó a Berel, relativizando así la autoridad de la tradición que el viejo erudito representa. El hecho de que el padre de Jacob, por su lado, atendiese al estatus precario de los Smolinsky como justificación de su partida repentina denota el sometimiento de este tipo de personajes *americanizados* ante el discurso del poder adquisitivo como potenciador de relaciones sociales y del reconocimiento entre miembros pertenecientes a una misma comunidad, en este caso, la sociedad americana. Cuando, tras el intento de Jacob por recuperar su relación con Mashah, Reb Smolinsky le recuerda a su hija que es ella quien debe elegir con qué parte de la disputa resuelve asociarse, lo que se manifiesta en verdad es la imposibilidad de reconciliar estas dos experiencias dentro del contexto privado de Hester Street: “You must choose between that scoundrel and your father” (64). A este respecto, tanto Bessie como Mashah finalmente se inclinan por satisfacer la voluntad del padre y rechazar el abandono de su hogar frente a la vida que les espera como esposas de estos jóvenes *americanizados*. Además, el riesgo que

conlleve la desobediencia de las consignas morales predicadas por Reb implicaría la expulsión de estas mujeres de este contexto privado y la consiguiente ruptura con todo el vínculo familiar, situación a la que no parecen preparadas para hacer frente. Sin embargo, no será hasta este momento cuando Sara revele su voluntad por desprenderse de la tara cultural que le impide a ella y a sus hermanas hacer realidad el deseo por que su identidad se reconozca más allá del Lower East Side: “Sara resents her sisters’ and mother’s subjection to her father, a custom she connects with her ethnicity, while linking greater freedom to a non-ethnic state” (1999, 21). Según Payant, la libertad a la que se hace referencia pasa por abandonar cualquier rasgo étnico que resalte la procedencia del individuo en cuestión, recurriendo al estado “non-ethnic” que le sirve para configurar una experiencia independiente de las ataduras morales asociadas a su bagaje étnico. Siguiendo el argumento de Payant, si bien es cierto que la disociación cultural de Sara le puede permitir situarse en el espacio público sin que su identidad sea descalificada por razón de etnia, salirse de cualquier posicionamiento étnico significaría, como Sara explica en la novela, la adopción final de la identidad americana: “I’d want an American-born man who was his own boss. And would let me be my own boss. And no fathers, and no mothers, and no sweatshops, and no herring!” (66). Así, el desprendimiento de todos aquellos factores que pudiesen condicionar la voluntad individual de estas mujeres supondría la liberación del yugo de la tradición que vienen consumiendo a través de sus progenitores.

Considerando la influencia del discurso del individualismo, Míndra se apoya en este argumento para otorgar valor a la experiencia propia como única vía de comprender el medio que rodea a estos inmigrantes: “The immigrant will discover his own America, the country he has obtained as a result of his individual way of living the necessary series of self-defining experiments” (2003,90). En el momento en el que las hijas de

Reb y Shenah Smolinsky anteponen su gusto al dictamen del primero están haciendo uso de las clausuras de ese discurso en tanto que su criterio parte de una voluntad propia y no se ve condicionado, aparentemente, por una autoridad externa: “Such shameless unwomanliness as a girl telling her father *this* man I want to marry!” (76). Así, Fanya, otra de las hijas, también participa de este conflicto tras presentar al poeta Morris Lipkin como pretendiente escogido, provocando una vez más el rechazo del padre, quien termina recurriendo a la figura del “Matchmaker”, personificada por Zaretsky, para que la elección de marido sea supervisada por un mediador favorable a su parecer. El empeño de Reb por hacer perdurar las costumbres judías en América aparece frustrado una vez más cuando, tras haber emparejado a dos de sus hijas a través de este método, se revela la identidad fraudulenta de los dos pretendientes y el consiguiente fracaso de los matrimonios así concertados. Como también se ha comprobado en “The Fat of the Land” y en “The Lost Beautifulness”, la inclusión del código de conducta americano en contextos *guetizados* genera conflictos a la hora de definir la identidad de los personajes retratados por Yezierska. Así, cuando Reb, encargado de ejercer él mismo el oficio de *Matchmaker*, empareja a su hija Bessie con Zalmon, un vendedor ambulante que ha de cuidar de varios hijos huérfanos, y le insta a ponerse un vestido que imita a los exhibidos en los escaparates de Fifth Avenue para recibir al pretendiente, ésta, a pesar de haber soñado con lucir tal vestimenta, se muestra decepcionada: “Bessie’s eyes lighted like a young girl’s at first sight of the new dress. But her face got old again when she realized that it was only to show herself off to Zalmon” (98). La artificialidad que irradian tanto el cuerpo de Bessie como el de Zalmon es una consecuencia por atribuirse rasgos americanos, en este caso la vestimenta que los recubre, aun sabiendo que sus experiencias siguen estando confinadas a las limitaciones del contexto excluido del que provienen: “He wore a new black suit and looked just like those wax figures in the show

windows where they have clothes to hire for weddings” (1925, 99). Cuando se describe la apariencia de Zalmon a partir de su aparente deshumanización, ya que se compara su cuerpo con el de un maniquí de un escaparate, Yeziarska muestra nuevamente la influencia que estos personajes reciben del mercado de consumo americano al exhibirse como productos para ser adquiridos por compradores potenciales. En esta línea, Simpson señala la dependencia de la familia Smolinsky a la atribución del éxito en función del nivel de poder adquisitivo que se muestre en el cuerpo del individuo: “That Sara equates Zalmon with a show window mannequin suggests how dependent the family’s understanding of success is on the aura of commodity” (2009, 97). Se confirma, así, la posición privilegiada de aquéllos que poseen un estatus económico notable ya que les resultará más sencillo satisfacer las demandas de la americanización.

A raíz de la inclusión de modelos de conducta nuevos que conducen a la asimilación del modelo americano, los Smolinsky representan el conflicto que se genera durante la adopción de los mismos. El hecho de que la identidad de Zalmon se moldee en función de su apariencia externa da la posibilidad al vendedor ambulante de representar tantas identidades como su situación económica le permita, superando así la barrera social existente entre las clases dominantes de los espacios públicos y su experiencia en Hester Street: “No one could believe how this old fish-peddler could make himself such a dressed-up American man” (100). La convivencia de comportamientos *americanizados* dentro del contexto del gueto genera un conflicto continuo que impide la perdurabilidad de las costumbres arraigadas en presencia de dichos comportamientos. La aparición de Zalmon *americanizado* provoca un malestar en la familia Smolinsky como consecuencia por no haber acondicionado el hogar a la altura de unas expectativas de asimilación a la cultura dominante: “Woe is me! A millionaire is in our house, and no carpet on the floor, no wine on the table!” (99). El

interés por participar en los hábitos de la sociedad americana resulta irónico tras observar la intención de estos personajes por mantener las costumbres que llevan desempeñando desde antes de su llegada América, a lo que Billeter hace referencia cuando declara que *Bread Givers* es “not really a novel of cultural reconciliation” (2011, 75). Tras haber comprobado la hostilidad entre ambos estatutos culturales una vez entran en contacto, como ocurrió con Berel Bernstein y con Jacob Novak, no es de extrañar que la interacción con Zalmon termine de forma exitosa. A pesar de su apariencia *americanizada*, el vendedor ambulante no deja de ser un miembro más que pertenece a la comunidad judía excluida, por lo que no se produce un choque como los estudiados anteriormente en este capítulo. Así, la actuación de Bessie y de Zalmon tan sólo formaría parte de una secuencia escénica temporal en la que se hacen pasar por individuos *americanizados* para exponer su valor según los cánones del mercado de consumo dominante, llevando a cabo dicha secuencia a través de la reproducción de las costumbres de la tradición judía que profesan.

Para corroborar la ficción identitaria de la que participan estos personajes y entender así su identidad como el resultado obtenido tras haber modificado su apariencia externa por medio de la adquisición de bienes de consumo, cabe destacar la actitud de Reb frente a la necesidad de emprender un negocio familiar y la confianza que deposita, precisamente, en la validez de esa apariencia. Convencido del valor de una tienda de comestibles a partir únicamente del discurso que emite el dueño, Reb adquiere un establecimiento con la intención de sacar el suficiente beneficio económico que le permita dedicarse plenamente al estudio del Torah. Al igual que ocurre con Hanneh Breineh en “The Fat of the Land”, Shenah Smolinsky anhela alcanzar el reconocimiento de su individualidad, en este caso a través de la compra del negocio al que Reb ha accedido: “Ach! We’ll yet be people in this new world” (116). De este modo, se podría

comparar esta escena con la exaltación con la que los habitantes de las localidades de Europa del Este recibían las misivas provenientes de América, en las que sus compatriotas explicaban la facilidad con la que la prosperidad se adquiriría en el Nuevo Mundo. Ambos estados de ensoñación se ven influidos por un discurso que aún no ha podido ser experimentado y que se apoya en la promesa de una prosperidad aparentemente alcanzable. Como se ha podido comprobar en la producción literaria de Yezierska, el hecho de recrear una situación de éxito económico a partir de la experiencia transmitida por el discurso de otros no supone ninguna garantía de que se vaya a resolver así para todos los individuos. De igual manera que las expectativas de estas inmigrantes se desvanecen cuando llegan a América y presencian las dificultades de adaptación que deben superar si su interés es buscar el reconocimiento de su individualidad, también la ilusión de los Smolinsky se disipa tras ser testigo de que las promesas del dueño están enfundadas en una fachada convencible pero ilusoria: “The shelves had goods only in the front row. The whole space behind was empty. [...] I picked up the top layer of a newly opened case of eggs and found only empty paper fillers beneath. Beside the almost empty barrel of sugar stood another sugar barrel, not yet opened. [...] I knocked it open with a hatchet. A barrel full of sawdust stared up at us” (120). Así pues, cuando los Smolinsky se dan cuenta de que el establecimiento no dispone de ninguno de los productos que el comerciante les había prometido resaltan la apariencia del dueño como pieza clave en la ocultación del fraude que emitía realmente su discurso: “And such a born gentleman he looked! And so smart he talked!” (121). El fracaso de las expectativas puestas en una prosperidad rápida y accesible a todo individuo que así se lo proponga es una consecuencia más por aunar en una misma experiencia el choque cultural que sufren estos personajes. La confianza que Reb deposita en el dueño del establecimiento es un rasgo esencial que caracterizaba su

pasado en Polonia, ya que él no concibe la deshonestidad como código de conducta posible. Sin embargo, en América, dada la tendencia al individualismo, los contratos verbales son meras construcciones discursivas que no siempre tienen una puesta en práctica en la realidad. El desplazamiento continuo de Reb entre una ubicación *guetizada* y otra *americanizada* deslegitima su discurso hasta el punto de que ya no puede reconciliar su experiencia con su identidad. El conflicto identitario del que intenta salir ileso se genera atendiendo a la experiencia de los magnates americanos que, como su familia, comenzaron en América como miembros de las clases más bajas: “Woman! How do you suppose Rockefeller, or Morgan, or any of those millionaires made their start in America? They all began with empty hands. Their only capital was hope, courage to work out their ideas” (133).

Ante esta situación, Sara, única descendiente de la familia que aún no ha sido atribuida a ningún pretendiente concertado, decide desprenderse de la influencia de su padre y utiliza las armas discursivas que propaga la sociedad americana para justificar la validez del individuo frente a la autoridad idiosincrática de la comunidad judía a la que pertenece: “Thank God, I’m not living in olden times. Thank God, I’m living in America! You made the lives of the other children! I’m going to make my own life!” (138). Aquí, Sara se apropia del discurso individualista para dar autoridad a su voluntad frente a la del padre y se sitúa en el mismo nivel desde el que Berel Bernstein y el padre de Jacob Novak sentenciaron el distanciamiento con respecto a los Smolinsky: “My will is as strong as yours. I’m going to live my own life. Nobody can stop me. I’m not from the old country. I’m American” (138). La apropiación del término identitario “American” para desvincularse del yugo cultural que su familia acarrea supone el establecimiento de un punto de partida para el individuo dispuesto a resignificarse a través de nuevos códigos de conducta. Cuando Payant argumenta que “Sara’s

breakaway [...] appears almost as a solitary act” (1999, 23), en realidad está ajustando la actitud de Sara al discurso del individualismo en tanto que sólo el propio individuo puede dar sentido a su experiencia y sólo a través de su voluntad puede liberarse de cualquier carga costumbrista que le venía dada por haber nacido en las calles del gueto. No obstante esta apreciación, la ruptura de Sara con su pasado no parece verse completada hasta que es expulsada de los hogares en los que sus hermanas viven. Tras visitar a Bessie y comprobar el estado de precariedad al que su relación con Zalmon le ha conducido, Sara se somete al juicio del vendedor ambulante y al rechazo que éste siente hacia las mujeres como ella, que utilizan su voluntad como guía de su experiencia: “I don’t want another *Americanerin* in my house” (144). Una vez más, se asocia el proceso de americanización con un tránsito que permite al individuo convertirse y dar autoridad a su individualidad, otorgando a los personajes como Sara la posibilidad de justificar sus acciones a partir del estándar de conducta dominante en América. Del mismo modo que fue expulsada de la casa de Zalmon por irradiar su recién adquirida actitud *americanizada*, Sara también es rechazada por Moe Mirsky porque su presencia desafía, en este caso, el código de comportamiento *americanizado* de éste. Recordando a la actitud individualista de Mashah al principio de la novela y su negativa a la hora de contribuir a la economía familiar con su sueldo, Moe Mirsky hace uso de sus ganancias para adecentar su apariencia y americanizarse, eludiendo cualquier responsabilidad relacionada con el pago del alquiler y los alimentos para su familia. Además, el hecho de que Moe no abastezca del capital necesario para evitar que Mashah contraiga deudas con los vendedores del vecindario provoca tal situación de precariedad y deterioro en la joven que Sara, en contra del individualismo extremo que Moe personifica, decide enfrentarse al marido de su hermana: “You spoiled her beauty. Then you blame her for losing it” (151). Para comprender la importancia de esta

afirmación, es relevante resaltar las bases teóricas sobre las que el “American Dream” se ha forjado. Partiendo de la consideración de que a las familias de inmigrantes que llegaron a América, como puedan ser los Smolinsky, se les privó del derecho por el que todo individuo debía tener las mismas oportunidades para acceder a la prosperidad que tanto anhelaban alcanzar, entonces la construcción de este ideal tan sólo habría sido un artificio lingüístico persuasivo. Como tal, su pretensión no sería otra que la de animar a estos inmigrantes a conseguir lo que se les ha denegado desde un principio, dejándoles vivir en una situación de tránsito que nunca podría resolverse de forma completa. Del mismo modo, si las mismas instituciones que configuraron ese discurso idealista ponen en entredicho su deseo por ser reconocidos como iguales ante el resto de americanos en lo que se refiere al acceso al espacio público, pero diferentes en cuanto a que se reconoce la validez de su distinción cultural en el mismo, entonces estos inmigrantes llevarían a cabo la búsqueda de una identidad que nunca podría ser reconocida más allá de los límites del espacio excluido en el que se les ha ubicado estratégicamente según unos intereses clasistas. Cuando Sara acusa a Moe de haberle quitado a su hermana aquella belleza por la que él mismo le culpa de haber perdido lo que hace es reivindicar la injusticia de un discurso fraudulento que se nutre de su propia incoherencia a la hora de intentar ponerlo en práctica. En este sentido, si la misma autoridad que anima al individuo, en este caso a Mashah, a recuperar la pérdida de algo es aquella que se lo había usurpado desde un principio, la validez del discurso que emita deja de tener vigencia como guía para alcanzar la realización personal del individuo.

La expulsión de Sara del contexto privado familiar que la había albergado hasta entonces da lugar al comienzo de la segunda parte de la novela: *Between Two Worlds*. Tomando como punto de partida la historia de una joven publicada en el periódico en la que se explica que, gracias a su esfuerzo y persistencia, consigue hacer realidad su

sueño por ser profesora, Sara emprende la búsqueda de su propia aspiración respaldada por la validez de una experiencia de la que no ha participado activamente: “The story from the Sunday paper. A girl – slaving away in the shop. [...] Then suddenly she began to study in the night school, then college. [...] till she became a teacher in the schools” (155). Del mismo modo que Sara se apropia de la experiencia de esta joven para dar significación al esfuerzo que está llevando a cabo por desprenderse del estigma que acarrea, encontrándose en un estadio que no corresponde con las expectativas puestas en las mujeres de su clase social, también decide imitar la actitud de su hermana Mashah y adecentar así el apartamento que ha alquilado como paso previo a su emancipación completa. Aunque Sara toma los aspectos de su experiencia que puedan impulsar su interés por americanizarse, como lo es el hecho de imitar la pulcritud de Mashah, lo cierto es que la presión de su proveniencia se hace tan evidente que le resulta imposible llevar a cabo la limpieza del lugar sin la inversión de recursos económicos: “Fool that I am, trying to imitate Mashah, her cleanliness” (163). Su insistencia por alcanzar la consideración de “person”, relacionada con la obtención del estatus de profesora, conduce a Sara a dejar de lado la influencia de su familia, ya que visitarles supondría dedicar menos tiempo a la realización de su deseo. No obstante, Payant hace referencia a la atadura cultural que Sara aún acarrea debido a la necesidad de seguir justificando su tendencia individualista: “Although she partly strives to alter this tradition, she remains bound to it to the extent that her individualism requires constant justification” (1999, 29). Siguiendo este argumento, la justificación de su individualidad sólo podría trascenderse en el momento en el que Sara se trasladase fuera de los márgenes del espacio excluido al que pertenece, ya que, estando dentro de él, se ve obligada a representar constantemente el conflicto cultural que surge por reivindicar la individualidad en un contexto en el que las mujeres se confinan al espacio privado de

la invisibilidad. Cuando su madre aparece para saludarle e instarle a que debe plantearse la opción del matrimonio, Sara antepone el deseo por alcanzar el puesto de profesora a ese acto, recalcando la necesidad de ser reconocida al mismo nivel que su pretendiente: “But to marry myself to a man that’s a person, I must first make myself for a person” (172). La diferenciación entre los individuos en función de si son reconocidos como “person” tiene su origen en la existencia de una desigualdad a la hora de poder acceder a la satisfacción de sus deseos, ya que, como Yeziarska muestra en esta novela, los inmigrantes que se asientan en el Lower East Side ven frustradas sus aspiraciones por las dificultades que encuentran para poder ascender en la escala social y obtener así el reconocimiento merecido de su esfuerzo. Para alcanzar el estatus de “person”, Sara debe distanciarse de su arraigo familiar y cultural, adoptando el código de conducta idóneo que le permita la adquisición del conocimiento suficiente para ejercer la labor de profesora.

No será hasta que sus hermanas Bessie y Fania le visiten cuando se demuestre el fracaso de la intrusión del padre en la experiencia de sus hijas. Del mismo modo que ocurre con Hanneh Breineh, Fania se ha visto envuelta en un entramado social en el que su individualidad queda obviada y relegada a ser un producto de consumo que, en este caso, su marido expone ante el público. Mientras la hija de Hanneh es quien impide la exposición de la madre ante los espectadores de los círculos sociales elitistas con los que se asocia por temor a que ésta no cumpla con unas expectativas de aceptación como producto de consumo válido, el cuerpo de Fania es manipulado por su marido para, precisamente, obtener esa aceptación: “He wants me to be dressed in the latest style, yet he kicks I’m spending all his money. He wants everything grand but cheap. When I pay a hundred dollars for a suit, I’ve got to tell him it’s fifty. [...] I feed him with lies. [...] He buys me jewellery, only to show me off to his friends that he’s so rich” (175). A

diferencia de Hanneh, a quien sus raíces europeas le delatan impidiendo su asimilación completa, Fania sí ha nacido en América y goza de más facilidad para hacerse pasar por una mujer americana, siendo su apariencia el único vestigio moldeable al que tiene que hacer frente. En cambio, al igual que la protagonista de "The Fat of the Land", Fania debe afrontar la soledad de la incompreensión, estado al que a Hanneh le resulta imposible acostumbrarse: "Where I live, I haven't a friend to talk to. All they do out there is play cards. [...] I can't stand it to be alone" (175). En este punto, cabe destacar la distinción que la autora ofrece entre la soledad de la que disfruta Sara y la soledad que denuncia Fania como motivo principal de su desgracia. La consideración de este estado como fase que el individuo debe superar dentro del proceso de americanización y la consiguiente obtención del reconocimiento que anhela lleva a estos personajes a comprender sus experiencias a partir del desarraigo familiar y la adopción de una actitud individualista, lejos del sacrificio comunitario al que habían rendido culto en un primer momento. Por una parte, el hecho de que Sara entienda su soledad como tal, es decir, como un estadio previo a la realización final de su sueño, parece mostrar la conformidad de la joven con respecto al aislamiento al que tiene que someterse. Además, el hecho de estar sin compañía le proporciona al principio una sensación de liberación con respecto al yugo familiar que le había estado oprimiendo hasta entonces, una liberación que se pone entredicho más adelante tras sufrir la precariedad de un trabajo mal remunerado y la carencia de alimento. Por otra parte, la falta de aspiraciones individuales por parte de Fania y la resignación con la que ha hecho frente a su matrimonio ha convertido su soledad en un castigo derivado de su pasividad ante la autoridad del padre. En ambas situaciones, la influencia del individualismo ha provocado que las dos mujeres acaben mostrando nostalgia hacia un pasado que, aunque austero, les permite compartir sus experiencias. Como bien explica Payant: "Not until

the protagonist experiences the “outside world” does her resentment vanish and her view of the ethnic world start appearing in a different light” (1999, 21). Así, la desmitificación de un posicionamiento social recreado a través de experiencias ajenas parece tener como consecuencia el anhelo por retomar aquello de lo que tanto quieren desprenderse: la influencia de su familia.

Según va avanzando la novela, Sara no sólo persiste en su interés por asistir a la escuela nocturna para conseguir la educación necesaria que le permita ser reconocida como profesora sino que también se propone americanizar su apariencia externa. Para ello, recurre a la adquisición de bienes de consumo y a la imitación de las mujeres que observa en el espacio público que comprenden las grandes avenidas de Nueva York: “I looked in the glass at the new self I had made. Now I was exactly like the others!” (182). No obstante, el intento por atribuir a su nueva identidad los rasgos estándar del prototipo de mujer americana se frustra porque no es capaz de conciliar su apariencia con un estado de ánimo acorde que lo respalde. Así, se quedaría únicamente en el margen que ha sido interpuesto entre su estatus social, caracterizado por la exclusión, y aquel que anhela disfrutar, caracterizado por la individuación y el reconocimiento de su identidad: “On the outside I looked like the other girls. [...] They were a bunch of light-hearted savages who looked gay because they felt gay. I was like a dolled-up dummy fixed for a part on the stage” (183). En este sentido, Míndra denomina la lucha de Sara como “The fight for the survival of the self’s individuality and its humanity establishes a way of resisting the pressure of the mainstream pushing difference to the periphery of society and human existence” (2003,90). Así, esta supervivencia de la individualidad viene asociada a la adopción de códigos de conducta aprendidos en el trascurso del tránsito por la vía pública, como ocurre con Mashah al comienzo de la novela y como sucede con Sara una vez huye del gueto. La expectación que levanta, además, entre las

trabajadoras de la fábrica tras americanizar su apariencia le devuelve a un estado de desarraigo desde el que observa el mundo que le rodea como mera espectadora: “I turned to my work, raw with the shame that I had tried to be like the rest and couldn’t” (183). A pesar de los intentos fallidos de Sara por superar la exclusión de la que es víctima por no conseguir la adaptación completa al molde de mujer americana, no es hasta la aparición de Max Goldstein, el pretendiente del que su hermana Fania le había hablado, cuando se muestra el dilema identitario entre su condición original de mujer judía y *guetizada* y su anhelo por incluirse como individuo *americanizado*. La presencia de este personaje, ya integrado en la sociedad tras haber sido rescatado de la austeridad de Hester Street por un magnate que creyó en su habilidad escénica, supone para Sara una ruptura debido a que le introduce en el modo de vida propio de las clases más acomodadas, una experiencia de la que acaba por nutrirse de forma activa. Es relevante mencionar la equiparación que Max hace entre la inocencia y el hecho de no haberse *americanizado* aún, como dando a entender que la conclusión de este proceso pasa por la adquisición de una astucia de la que Sara aún no es propietaria: “No painted cheeks. No painted lips. You look just like those home girls with all their innocence from Europe yet” (188). Además, la expresión “home girl” que utiliza Max para resaltar la actitud inocente de Sara está relacionada con la posición de las mujeres en aquellos hogares en los que la tradición judía representaba la autoridad vigente, ya que comprendían sus experiencias solamente en un espacio privado y confinaban su identidad a la ejecución de las tareas del hogar y el mantenimiento de la economía doméstica. Por tanto, si Sara quiere desprenderse del rasgo de inocencia que, según Max, le caracteriza entonces debe colocarse en el espacio público y exhibir su americanización en el propio contexto dominado por la sociedad americana. La inclusión de Sara en las costumbres de las élites neoyorquinas le lleva a rechazar de

forma temporal su interés por obtener el reconocimiento de su identidad a través de la educación y del esfuerzo, imitando el estilo de vida de las mujeres de clases altas y participando de la ociosidad con que rellenan sus experiencias: “When I glanced at myself in the mirror, I was amazed at my shining face. [...] Overnight I had become a changed person” (194).

Al igual que le ocurre a su hermana Fania, Sara no es capaz de cargar con el peso del individualismo del que Max alardea y decide retomar su interés por la educación y el estudio: “You’re only books, books, books. I sometimes wonder, are you at all a woman?” (197). La exaltación del dinero por parte de Max y la adopción de una actitud egocéntrica que le permite justificar su afán por obtener cada vez más capital a base de reducir el esfuerzo de su trabajo, esto es, invirtiendo y especulando en el mundo de los negocios, provoca en Sara una animadversión hacia la actividad del magnate que le revela la imposibilidad de una convivencia mutua en armonía. En este sentido, cabe mencionar la apropiación que Sara lleva a cabo del lenguaje despectivo con el que Max se refiere a ella cuando ésta pone en entredicho la utilidad de su discurso, resaltando su diferencia con respecto a la del joven: “I’m only happy alone. You were right once. I *am* an old maid” (200). Como se comprobará en el siguiente capítulo de este estudio, el empoderamiento de las protagonistas retratadas por Yeziarska parte normalmente de una reapropiación del lenguaje que compone el discurso dominante, aquél que las mantiene excluidas y alienadas por un interés clasista y paternalista. La reafirmación de Sara como “old maid” le sirve para dar identidad lingüística a su deseo por diferenciarse de Max, nivelando así la validez de su discurso a la del pretendiente ya que, en tanto que el individualismo es el conductor de las relaciones sociales de la sociedad americana, Sara dispone del mismo derecho que Max a elegir su propia experiencia y a darle el valor que crea conveniente. Asimismo, el hecho de que la joven se vea reflejada

como producto de consumo, “To him, a wife would only be another piece of property” (199), una vez más, le conduce a una crisis identitaria que resuelve abandonando el espacio en el que había sido reubicada y retornando al punto de partida previo a esta exposición pública como consecuencia de la influencia recibida por la aparición del magnate.

Tras la vuelta de Sara a la rutina del estudio y la negativa a participar de la experiencia de las clases elitistas que dominan los espacios a los que los miembros de esta comunidad judía no tienen acceso, la joven busca el reconocimiento de su padre, quien también protagonizó una escena similar cuando expulsó a los pretendientes *americanizados* de sus hijas. Aunque la intención de Sara pudiera suponer la reconstitución del vínculo familiar del que se había desprendido, Reb Smolinsky, conocedor de la decisión de su hija por abandonar a Max, no hace sino recriminarle por su incapacidad de sacrificar su voluntad en favor del beneficio de su familia, ya que el matrimonio con Max concedería a Reb la posibilidad de dedicarse plenamente al estudio del Torah. De nuevo, Sara es expulsada del contexto privado del hogar que controla su padre ya que su actitud no se relega ante el mandato del anciano: “He could never understand. He was the Old World. I was the New” (207). El carácter de la sociedad americana en la que tanto los pretendientes escogidos por Reb como sus propias hijas desean participar e identificarse desafía continuamente la posición desde la que éste ejerce su autoridad. Asimismo, la americanización a la que Sara se somete para facilitar su inclusión en una sociedad asentada sobre los cimientos de la visibilización social es puesta en entredicho, en este caso, no sólo por el padre, y la comunidad que representa, sino también por la misma sociedad que ha emitido esos valores y los ha estandarizado. La dedicación al estudio de Sara provoca una ruptura tanto con la tradición judía como con la tendencia al ocio que las mujeres de clases más acomodadas muestran,

ubicándose de este modo en un espacio en el que sólo tendría cabida la creación de una nueva experiencia: la suya propia. Billeter, en este sentido, explica la razón por la que Sara se enfrenta a esta situación de crisis identitaria: “Sara Smolinsky’s efforts at breaking away from Jewish traditions and life in the immigrant ghetto of the Lower East Side is only a temporary accomplishment that serves a particular purpose: to get an education and to thereby become ‘a person’” (2011, 73). Sin embargo, y como se verá a continuación, la adquisición de conocimiento que Sara tanto anhela a través del estudio en la universidad tampoco le sirve para configurar la experiencia con la que lleva buscando identificarse desde el comienzo de la novela.

La escena que describe el momento en el que Sara entra en la universidad tiene una relevancia particular porque la joven compara su experiencia con la de los Padres Fundadores de América e incluso con la de aquél que descubrió el territorio. El establecimiento de un puente anacrónico le permite conectar sus emociones con las de estos personajes históricos y dar autoridad a su experiencia en tanto que ambas partes abandonaron su arraigo en busca de un espacio nuevo que les albergase: “That burning day when I got ready to leave New York and start out on my journey to college! I felt like Columbus starting out for the other end of the earth. I felt like the pilgrim fathers who had left their homeland and all their kin behind them and trailed out in search of the New World” (1925, 209). La elección de este momento histórico no sólo implica la puesta en práctica de una dedicación exitosa al estudio por parte de Sara sino también la consideración de que tanto la llegada al Nuevo Mundo como la entrada a la universidad suponen puntos de inflexión que cambian el curso de los acontecimientos desde una perspectiva social e individual respectivamente. No obstante su determinación por forjar su identidad en base a la educación recibida por las instituciones americanas a las que asiste, Sara termina dándose cuenta de que las diferencias culturales se han ido

acentuando con el paso del tiempo: “I felt if I could only look a little bit like other girls on the outside, maybe I could get in with them. And that meant money! And money meant work, work, work!” (214). El hecho de que ella tenga que recurrir a largas jornadas laborales para costearse las clases y ello le impida la asistencia a parte de las mismas le supone una participación incompleta y dificulta su adaptación en este nuevo contexto. Además, cuando acude a uno de los bailes organizados como punto de encuentro para el alumnado y comprueba que nadie percibe su presencia, Sara comienza a ser consciente de la soledad de la que hablaba su hermana Fania, caracterizada por la falta de reconocimiento de los individuos que le rodean: “I was nothing and nobody. It was worse than being ignored. Worse than being an outcast. I simply didn’t belong. I had no existence in their young eyes” (219). Esta ausencia de reconocimiento se acusa cada vez más a medida que las asignaturas se muestran ante Sara como espacios lingüísticos vacíos de contenido existencial. Así, Sara reconsidera lo que le diferencia del resto de alumnos, es decir, su experiencia como inmigrante judía de clase baja, como fuente verdadera de conocimiento: “I realized that the time when I sold herring in Hester Street, I was learning life more than if I had gone to school” (223). Del mismo modo que ocurre en otras novelas, como se verá en el siguiente capítulo con *Arrogant Beggar*, las mujeres retratadas por Yeziarska comprenden finalmente el valor de su experiencia previa y lo resignifican para darle utilidad una vez se han incluido en el contexto dominado por los códigos de conducta americanos. De esta manera, Sara Smolinsky decide dejar de buscar el reconocimiento en los estudiantes y empieza a mantener una relación de amistad con el decano, quien le suministra un discurso desde el que puede erigirse como individuo diferenciado dentro del espacio público de la universidad. Cuando Sara le pregunta por las dificultades que tienen las mujeres del gueto neoyorquino a la hora de apropiarse de la individualidad que les corresponde

como parte integrante de la sociedad americana, aunque *guetizada*: “Why is it that when a nobody wants to get to be somebody she’s got to make herself terribly hard, when people like you who are born high up can keep all their kind feelings and get along so naturally well with everybody?” (231), el decano le responde atendiendo a la similitud del objetivo de éstas con el de cualquier individuo que tenga la intención de emprender la búsqueda de un ideal, en este caso, identitario: “All pioneers have to get hard to survive” (232). Siguiendo el consejo del decano, Sara participa en un concurso literario denominado ‘What College Has Done For Me’ en el que los estudiantes deben presentar un ensayo sobre la influencia de la universidad en sus vidas. Partiendo de la exclusividad de su experiencia en un espacio socialmente invisibilizado, Sara recibe el premio principal y se gradúa como profesora, un puesto que le permite disfrutar de un sueldo fijo y enseñar a aquéllos que, como ella, buscan en la educación el cobijo de su realización personal.

Una vez ha abandonado la universidad, la joven decide retornar a ese espacio para compartir con su familia el logro identitario que ha alcanzado: “Sara Smolinsky, from Hester Street, changed into a person!” (237). La fría bienvenida que recibe por parte de su padre y de sus hermanas se contrapone a la calidez con que su madre, ya delicada de salud, le felicita por su éxito. La americanización de Sara, no obstante, no entra en conflicto con la tradición de su familia hasta el momento del funeral de la anciana. Durante la ceremonia, se le requiere que rasgue su vestimenta como símbolo de respeto a la tradición judía, mientras que ella, excusándose por la falta de indumentaria para ir a trabajar al día siguiente, se niega a hacerlo. El rechazo reiterado del padre hacia la actitud de Sara hace referencia al grado de adaptación que la joven ha asumido, definiendo Reb su identidad a partir del cumplimiento de los códigos morales americanos: “Look at her, the *Americanerin!*” (1925, 255). A pesar de no poder haber

encontrado la comprensión que esperaba en la privacidad de Hester Street, Yezierska introduce al personaje de Hugo Seelig como apoyo en el que la joven localiza el entendimiento que anhelaba compartir. Como director del centro en el que Sara imparte clases, Hugo es presentado por ella como un individuo *americanizado* cuyos rasgos delatores de su procedencia europea y judía han sido potenciados por su asimilación, en vez de haber sido sustituidos y eliminados: “A Jewish face, and yet none of the greedy eagerness of Hester Street any more. It was the face of a dreamer, set free in the new air of America. Not like Father with his eyes on the past, but a dreamer who had found his work among us of the East Side” (273). La implicación que supone para Sara el experimentar una forma alternativa de comprender su identidad como mujer judía dentro de los parámetros institucionales americanos parte de la influencia de Hugo y la predisposición de éste por dar expresión a ese pasado que la joven tanto se empeña en ocultar: “We got to talking about ourselves, our families, the Old World from which we came. To our surprise we found that our beginning were the same. [...] Our families had uprooted themselves from the same land and adventured to the New World” (277). El intercambio de experiencias que llevan a cabo a la vez que mantienen la jerarquía de poder dentro del instituto en el que ejercen su profesión ofrece a Sara la comprensión necesaria para retomar la identidad que había abandonado y resignificarla a partir de la influencia de Hugo como modelo válido de supervivencia en el espacio público de Nueva York. Así, Seelig representa un prototipo de individuo *americanizado* que ha conseguido aunar en una misma experiencia una asimilación exitosa en el nuevo territorio y la perdurabilidad del arraigo cultural judío que definía su pasado en Polonia. Payant denomina este prototipo como un “model for a new world ethnicity” (1999, 25), una etnicidad que, según esta autora, se construye como “a hybrid between “America” and “Jewishness” embodied by characters such as Sara and Seelig” (1999, 25). Al darse

cuenta de la facilidad con que Hugo reconcilia ambas experiencias, Sara percibe el mundo que le rodea desde una perspectiva nueva. Sin la necesidad de ocultar lo que le diferencia del resto de la sociedad americana, entiende que su identidad como mujer judía nacida en Hester Street es necesaria para el reconocimiento social que tanto anhela alcanzar. Cuando la joven afirma: “We talked one language” (1925, 278), lo que expresa es la puesta en práctica de un acto mutuo de comprensión que, tanto en el espacio privado de su hogar, personificado en el padre, como en el espacio público, personificado en Max Goldstein, no es capaz de encontrar.

Como ocurre en “The Fat of the Land”, la escena final también se resuelve con el retorno al gueto judío. Esta vuelta le permite a Sara reconciliarse con las viejas costumbres de un modo de vida que, desde su encuentro con Hugo, ha comenzado a formar parte de su experiencia nueva como mujer *americanizada*: “Poor woman! Poor people of Hester Street! With new pity I looked at them” (282). En este sentido, el uso del pronombre “them” para referirse a los habitantes de esta comunidad judía revela el posicionamiento desde el que Sara les observa, una distancia que parece aún impedir la aceptación completa de su pasado. Cuando presencia el estado deteriorado en el que se encuentra su padre tras haber convivido con Mrs. Feinstein, la mujer con la que contrajo matrimonio por motivos puramente pragmáticos, Sara comprende la magnitud de su compromiso para con su familia y cómo la voluntad que había mostrado por erradicar cualquier rasgo que delatase su proveniencia no era sino aquello que dificultaba su integración en la sociedad americana: “now I realized that the shadow of the burden was always following me” (295). Además, el interés de Hugo por que Reb le enseñe hebreo supone un punto de inflexión en la relación del padre y la hija. Al revalorizar la labor del anciano desde su condición de individuo *americanizado*, Hugo está enseñándoles que la convivencia entre ambos es posible sin que tengan que trascenderse las

diferencias identitarias que componen sus experiencias. De este modo, la apreciación del director de que su hogar se enriquecerá con la presencia de Reb una vez Sara decide llevarle con ellos confirma la viabilidad de esa convivencia incluso dentro de un mismo espacio privado: “Our home will be richer if your father comes with us” (296). Como Billeter explica, estos personajes “are forever cast between two worlds neither of which will offer them a satisfying and happy life. The immigrants must all learn to negotiate between their ancestral roots and their American future in order to have both coexist within themselves peacefully” (2011, 104). Siguiendo este argumento, la única posibilidad que se plantea como válida es la de partir de una identidad arraigada en un contexto *guetizado* y resignificarla en los términos culturales necesarios como para permitir la perdurabilidad de la primera y su consecutiva regeneración con los rasgos del contexto nuevo en el que se ubique la experiencia de cada individuo. La imposibilidad de adaptación a la que Sara hace frente es la consecuencia por abandonar, por una parte, el arraigo cultural que definía su identidad y, por otra parte, por intentar partir de cero tomando los códigos de conducta propagados por la sociedad de consumo americana de principios del siglo XX. Al interiorizar estos códigos de conducta como único modelo a imitar y única vía a través de la cual alcanzar la inclusión completa en el espacio público, con el consiguiente reconocimiento de su individualidad, se frustra el intento del personaje por adaptarse en dicho espacio. El retorno a su hogar, además, ayuda a Sara a volver a dar valor no sólo a la presencia del padre sino también a su pertenencia a un colectivo de individuos cuya falta de representación en los espacios dominados por las clases medias y altas americanas dificulta su asimilación: “But I felt the shadow still there, over me. It wasn’t just my father, but the generations who made my father whose weight was still upon me” (297).

Así pues, si se toma como válido el modelo propuesto por Yezierska y personificado en Hugo Seelig como solución a la hora de establecer la base teórica para una adaptación exitosa, entonces se hablaría de una amalgama identitaria y no de una superposición de valores culturales que favorecería la preponderancia de unos en detrimento de otros. En esta línea, la consideración de Kevin Piper es relevante porque propone la reconstrucción de América como consecuencia de que personajes como Hugo o Sara validen su identidad a partir del reclamo de su diferencia con respecto a la cultura dominante americana al mismo tiempo que representan los valores que, precisamente, caracterizan a esta cultura: “she shows how her youthful desire to become an American had the indirect effect of remaking America” (2010, 116). En otras palabras, la inclusión de estos personajes en la sociedad americana no necesita pasar por la ocultación de la diferencia sino por una aceptación de la misma y una coexistencia cuyo único ánimo es el de enriquecer la experiencia americana.

3.4. El “American Dream” como realce de la diferencia: *All I Could Never*

Be

Como aspecto esencial para entender las razones por las que este capítulo se centra en la presentación de personajes que se ven estimulados por los códigos de conducta americanos y los adoptan como vía de obtención del reconocimiento de su individualidad, cabe mencionar el fracaso del proceso de americanización y su consiguiente repercusión en la identidad ficticia que las mujeres judías del Lower East Side retratadas son incitadas a experimentar. Considerando las obras de Yeziarska hasta aquí estudiadas, la tendencia de estas mujeres a americanizar tanto su apariencia como el espacio privado de la cocina, en el que comprenden la mayor parte de sus vidas, son la consecuencia por no poder reivindicar su diferencia en el espacio dominado por la maquinaria social que, precisamente, genera el discurso de asimilación al que deciden someterse. Las exigencias de este discurso, además, aparecen acentuadas cuando se dirigen al sector de las mujeres, en tanto que su actividad como gestoras de la economía del hogar se sustituye por los nuevos modelos de comportamiento estereotipados de la mujer americana. Para ahondar en la temática que concierne a este estudio y esclarecer los motivos por los que ese proceso se muestra fraudulento a la hora de representar el “American Dream” en la realidad que rodea a estas mujeres, se hace necesaria la profundización crítica de otra de sus novelas, *All I Could Never Be*. Comprendida en cuatro partes, este texto literario se ha escogido como puente entre la problemática aquí expuesta y la que se planteará en el próximo capítulo, más relacionada con la viabilidad de la diferencia en el espacio público y cómo Yeziarska resuelve este dilema.

La primera escena, perteneciente a la sección del Prólogo, se presenta en Polonia y está protagonizada por Fanya y su madre. Ésta le manda visitar a su familia en Varsovia para así poder recibir algo de dinero que les permita cubrir los gastos que se les acumulan. Caracterizada por una vida austera, la madre teme que su presencia sólo sirva para que se critique su incapacidad como gestora de la economía del hogar, por lo que utiliza la inocencia de Fanya para ese propósito. La visita, a pesar de reducirse a un trato distante que no sobrepasa el límite de la puerta, supone su primera toma de contacto con una experiencia de la que, desde ese momento, anhela formar parte. Sin previo aviso narrativo, *Yeziarska* ubica la siguiente acción en América, donde Fanya se dedica a la venta ambulante tras el fallecimiento de su madre. Debido a la proximidad de la fiesta de Acción de Gracias⁹, de gran valor para la sociedad americana por representar los ideales sobre los que se erigen sus principios morales, una compradora habitual, Miss Farnsworth, invita a Fanya a pasar la festividad con su madre y ella en su casa de Sutton Place. Esta invitación simboliza así la entrada final de la joven en un espacio privado al que parecía no tener acceso durante su estancia en Europa. Aunque esta consideración lleve a pensar que en América la relación entre individuos de diferentes clases sociales está no sólo permitida sino extendida entre sus miembros, lo cierto es que es únicamente un episodio que demuestra la incompreensión de un colectivo elitista con respecto a la falta de reconocimiento de personajes como Fanya. Una vez la joven retorna a su contexto inicial después de la invitación y decide expresar a Miss Farnsworth su agradecimiento en una carta, la ausencia de una respuesta a sus emociones le coloca de nuevo en un estado de invisibilidad social: “In her loneliness – her social famine – she had mistaken a little friendliness, a gesture of politeness, for

⁹ “They began now to gather in the small harvest they had, and to fit up their houses and dwellings against winter, being all well recovered in health and strength and had all the things in good plenty.” (1963, 90)

personal response” (1932, 24)¹⁰. Es relevante la asiduidad con que se muestra el contacto entre las mujeres de clases bajas, ubicadas en las calles del Lower East Side, y las que pertenecen a un estatus social más acomodado y cómo las primeras dependen del reconocimiento de las segundas para lograr una reconciliación completa con ese territorio denominado América en el que tantas dificultades han padecido desde su llegada. La corta duración de estos contactos se contrasta, en cambio, con el trato que personajes como Fanya, o como se verá en el próximo capítulo como Sonya Vrunsky, mantienen con individuos americanos que se interesan por ellas en tanto que pueden aportar aquello que no consiguen extraer por sí mismos de la experiencia del gueto. Así, en esta novela, el personaje de Henry Scott, sociólogo de profesión, actúa como catalizador del ansia de Fanya por dar expresión a una identidad silenciada ante el desinterés de la sociedad que le rodea, siendo percibido por la joven como un profeta que propaga el “American Dream” como doctrina discursiva ante la que rendir culto: “People in their ignorance worshipping the God of knowledge” (27). Dando paso a la segunda sección de la novela, el discurso de Henry anima a crear en sus oyentes *guetizados* la concepción de América como espacio en el que las desigualdades por cuestiones como la raza, la clase, o la religión no tienen cabida. Este acto recuerda al discurso emitido por los familiares de los habitantes de las localidades de Europa del Este que enviaban su prosperidad en forma de misiva: “America, the meeting ground of all the nations of the world, must blaze a trail of internationalism for other countries to follow” (31). Atendiendo a la posición que ocupa dentro de la sociedad americana, Henry no tendría autoridad para la emisión de ese discurso porque cumple con todos los requisitos identitarios que caracterizan a la cultura dominante. De este modo, Henry se está apropiando de una experiencia que no le pertenece debido a su condición de

¹⁰ En este subcapítulo, se obviará el año de publicación en las citas extraídas de la novela *All I Could Never Be* debido a que pertenecen a la misma edición publicada en 1932.

individuo de clase acomodada, ejerciendo de conector entre los individuos socialmente excluidos y el ideal de bienestar social que tanto anhelan representar.

En relación con el tipo de credo que Henry trasmite, en vez de atender a la obtención de una prosperidad merecida como consecuencia del esfuerzo individual y la perseverancia, cabe resaltar la difusión de la consideración de América como un espacio de reconciliación, en el que las diferencias de cada individuo se revalorizan y entran a formar parte de la identidad americana. Reconociendo así la individualidad de cada uno de los habitantes que conforman la sociedad en el territorio de América, se superaría la exclusión que los colectivos minoritarios sufren dentro de los límites que cercan la invisibilidad social “When you have learned to look at your relations with other races in a broad, impersonal way, you have laid another stone on the road to the future where human beings will no longer be taken as members of a group for which they are not responsible but as individuals on their own merits” (32). Al escuchar a Henry emitir estas palabras, Fanya comienza a dejarse influir por la validez de un discurso idealista como vía para erradicar la invisibilidad social de la que es víctima. Además, encuentra en la figura de Henry el prototipo de hombre americano en el que su padre se hubiera acabado convirtiendo de haber podido trasladarse a este nuevo territorio: “Her father had lived and died in the ghetto of Poland. This man a Gentile – an American. And yet, for all their difference, there was that unworldly look about Henry Scott’s eyes that made her feel her father. Her father as he might have been in a new world” (35). Esta comparación denota cómo la influencia del discurso de este profeta urbano es absorbida eficazmente por la joven hasta el punto de aproximar la experiencia de su familia a la de Henry en un intento por dar representación real a las bases teóricas del ideal emitidas en las calles del gueto. Fanya recrea la experiencia que su padre habría llevado a cabo a través de la posición de “gentile” de Henry, dando por supuesta la americanización de la

identidad del primero y relativizando las dificultades a las que se habría enfrentado de no haberse sometido a ese proceso.

La influencia que Fanya recibe crea en ella la necesidad de ir a visitarle a su oficina y hacerle entrega de un documento que escribió sobre su experiencia como mujer inmigrante judía en América, ofreciéndole al sociólogo la posibilidad de acceder a ésta a través de una vivencia real. Agradecido por el gesto de la joven, Henry revela su interés por completar un estudio sociológico sobre la vida de la comunidad judía inmigrante y recurre, una vez más, a un discurso que le permite establecer un puente cultural entre los inmigrantes que llegan a América y su identidad arraigada en una tradición anglosajona: “Our whole history is one of assimilation. We began as Anglo-saxons. And look at our country now! Jews, Italians, Poles – all the nations of the world are weaving themselves into this interracial symphony” (38). A pesar de este nuevo intento por demostrar los esfuerzos que ha hecho la sociedad americana para salvaguardar el “American Dream”, Fanya desafía la veracidad del discurso de Henry tomando su propia experiencia como autoridad para contradecir la del investigador: “There rose before her the thwarted, inarticulate, starved lives she knew in the factory. Crowded blocks of Poles, Jews, Italians who had lost their own national heritage and had not gained a true American one” (38). De este modo, la joven se reapropia de la usurpación que ha tenido lugar por parte de Henry de una realidad que no concuerda con lo descrito por su discurso. Al igual que ocurre con John Manning en *Salome of the Tenements*, novela de la misma autora, Henry personifica la maquinaria paternalista que ha diseñado las pautas a seguir para completar el proceso de adaptación a través de la creencia en ese ideal. Dado que son individuos posicionados en suelo americano, estos inmigrantes ya disponen de la autoridad suficiente para erigir su individualidad en el espacio público y reconocerse como iguales en oportunidades y derechos ante el resto

de habitantes. Como bien explica Henry, éstos también fueron inmigrantes y como tales participan en el proceso de construcción de la identidad americana. Además, es relevante mencionar la respuesta con la que Fanya concluye el diálogo entre ambos, ya que su apreciación a la hora de definirse metafóricamente como “huérfana” implica la desaparición de un arraigo concreto para dar paso a la cimentación de un espacio identitario aún por resolver: “We foreigners are the orphans, the stepchildren of America. The old world is dead behind us, and the new world – about which we dreamed and about which you lectured to us – is not yet born” (39). Cuando la joven se refiere a “new world” caracterizándolo precisamente por lo experimentado a través de la imaginación y del discurso de Henry lo que implica es la vulnerabilidad de la realidad recreada al no tener una consistencia real ni poder afianzarse como experiencia autenticada. Según señala Billeter, “From the outside, Anzia Yezierska’s city is [...] a mental space or an idea that has been formed not by personal experience but by the conveyed experiences of many immigrants before them” (2011, 60), por lo que la viabilidad de este espacio recreado como vehículo de la experiencia individual tan sólo podría validarse en función de una situación azarosa y no predeterminada. Al no disponer de la autoridad de la experiencia, esta realidad propagada por Henry y absorbida por el carácter idealista de los individuos invisibilizados se pone en entredicho cuando se intenta validar y poner en práctica en el espacio público que comparten, esto es, en la ciudad de Nueva York.

La relación entre ambos personajes permite a Henry acceder a un espacio de exclusión social y demostrar cómo la actividad rutinaria de sus habitantes puede resultar tan válida como la que domina las zonas más acomodadas de la ciudad. Aunque al principio Fanya teme la reacción del investigador al entrar en contacto con esta experiencia, es ella quien termina revalorizando el espacio invisibilizado del que

proviene gracias a la influencia del sociólogo: “She had taken him to see the East Side with a sneaking sense of apology for her people, and he had made her feel proud to be one of them” (55). Sin embargo, resulta irónica esta consideración en tanto que Fanya sólo parece ser capaz de validarse a través de la aceptación de Henry y el reconocimiento de éste hacia el valor de su identidad como mujer judía de clase social baja. El hecho de que un individuo integrado en la sociedad americana por el cumplimiento de un código de apariencia y conducta aceptados socialmente como válidos sea quien dé vigencia a la identidad de Fanya parece demostrar una vez más la jerarquía de poder existente entre los miembros de diferentes clases sociales. Cuando Fanya declara que sólo bajo la influencia de Henry ha sido capaz de dar valor a ese espacio en el que comprende su experiencia, “You wanted to see the ghetto through my eyes and ended by making me see it through your eyes” (55), lo que ratifica es la continuidad de la vigencia del discurso clasista que previamente había denunciado en la oficina del investigador. El poder de otorgar o de invisibilizar la identidad de los individuos pertenecientes a colectivos minoritarios, como es el caso de Fanya, yace en la voluntad de personajes como Henry, quienes disfrutaban de un estatus económico desde el que configuran un discurso que se muestra falaz y de índole clasista, tal y como se comprobará más adelante en este estudio. Tras este encuentro, Henry insiste en describir la identidad de la joven a partir de la firmeza con la que su experiencia está arraigada a un espacio privado precario, una consistencia identitaria de la que el investigador dice ser carente: “You *are*, but you don’t yet fully know that you are. You feel as if you wanted to be. You suffer from striving, but it is unnecessary. *You are already*” (61). De nuevo, la autoridad con la que Henry se muestra para perfilar la identidad de Fanya se nutre de la aceptación por parte de ésta de la validez del discurso respaldado por el “American Dream” del que hace alarde para justificar el propósito de su estudio

sociológico. Al declarar que Fanya no necesita buscar un posicionamiento en la sociedad americana que reconozca su individualidad debido a que ella ya la posee por pertenecer a una comunidad con un fuerte arraigo identitario, Henry parece señalar que las duras condiciones de vida a las que tienen que hacer frente los habitantes judíos se pueden contrarrestar con la existencia de ese arraigo del que individuos como él carecen. Por ello, a la vuelta de su viaje a Chicago, Henry decide darle a Fanya toda la correspondencia que se han estado enviando, excusando ese acto a partir de una postura paternalista desde la que se justifica: “I was only trying to save you from finding me out” (64). La imposibilidad de reconciliación entre ambas experiencias se evidencia tras la decisión de Henry por establecer una barrera entre ellos, dificultando así la integración cultural en el territorio de América que su discurso manifiesta.

La dosis de realismo que Fanya puede proporcionar al estudio que Henry va a llevar a cabo en Chicago sobre la comunidad polaca que allí se asienta fuerza nuevamente el contacto entre ambos. Para ello, Henry acicala sus palabras una vez más revelando la necesidad de una comprensión a nivel general que permita el reconocimiento de la diferencia individual. Su argumento lo resume utilizando el término “Democracy”, también usado por Mrs. Preston en el relato “The Lost Beautifulness” como muestra del interés de las clases dominantes por facilitar la convivencia multicultural: “The essence of my book on Democracy simply means that we all need each other, [...]. As we grow to know ourselves, we grow into a deeper appreciation of others who are different” (71). No obstante este interés, Fanya vuelve a desafiar el discurso de Henry cuando observa que el lenguaje que ha utilizado para uno de los textos que ha escrito en relación a esta investigación es demasiado elitista como para poder ser comprendido por la comunidad del Lower East Side: “You talk about breaking barriers between people and you begin by talking in a language that needs a

dictionary and arid intellectuals for interpreters” (71). La desconexión entre la forma del discurso de Henry, que se respalda en la base teórica y ya confeccionada del ideal anhelado por los inmigrantes aquí retratados, y la de los textos que produce como investigador se hace evidente porque los últimos no gozan de la legitimidad de una experiencia real, sino que han sido el resultado de haber interpretado una posición social que no le corresponde. Al emitir el bloque teórico de ese ideal para legitimar su actividad y justificar así la intrusión que lleva a cabo en el espacio privado del gueto, Henry dispone del bagaje lingüístico suficiente para hacer llegar su mensaje a toda esa comunidad, ya que, precisamente, la forma de este discurso debe ser coherente con el contenido del mismo. Pero al no tener un referente legítimo a partir del cual dar forma textual a su investigación, Henry tiende a utilizar el único lenguaje que conoce, esto es, el lenguaje refinado con el que se comunican los miembros de las clases dominantes neoyorquinas tras haberlo aprendido en las instituciones educativas que ellos mismos sustentan.

La llegada a Chicago supone un punto de inflexión para Fanya, ya que entra en contacto con individuos pertenecientes al círculo social de Henry a través de su participación en el proyecto investigador sobre la comunidad polaca que allí reside. Así, la joven entabla relación con Miss Foster, una estudiante de sociología que, junto con otros investigadores bajo la supervisión de Henry, tiene la pretensión de dar a conocer la vida de los polacos en Chicago a través de un acercamiento a sus costumbres. La falta de empatía con el colectivo minoritario y el hecho de que perciban esta tarea como parte de su labor investigadora muestran cómo ese acercamiento tan sólo supone un punto de encuentro oportunista, del que Fanya no consigue participar completamente debido a los desacuerdos culturales que surgen como resultado de la actitud clasista de los investigadores: “I can’t laugh. I won’t laugh. I’m the product of abused generations that

had laughter squeezed out of them” (76). Además, la respuesta que Miss Foster da cuando Fanya le pregunta por los motivos que le llevaron a elegir esa labor denota el interés puramente académico de la estudiante, que más tarde en la novela denunciará la protagonista: ““Oh, it was one of the first jobs to open up. A chance to get some experience”” (80). La intrusión de este grupo de neoyorquinos en la experiencia de la comunidad polaca de Chicago supone un cambio de localización para Fanya desde el que tiene que observar la puesta en práctica de una rutina de la que ya no forma parte. Por el contrario, la joven hace uso de la experiencia ajena para generar un discurso con el que darle valor desde fuera. La creación de este discurso, esto es el estudio sociológico en cuestión llevado a cabo, parte de una apropiación de esa experiencia ajena que se convierte en producto en el momento en el que se valora como adquisición por el individuo potencialmente comprador, representado en la figura de Henry Scott y de sus investigadores. Siguiendo este argumento, la legitimidad de esta empresa queda puesta en entredicho en tanto que no deja de ser una imitación de la realidad, es decir, un acercamiento artificial cuya única utilidad es reconocida por el mismo círculo social que ha emprendido esta tarea investigadora, es decir, las mismas clases sociales que mantienen la distancia con la comunidad proveniente de Europa del Este. No será hasta que Fanya entable un contacto directo con un miembro de la comunidad polaca de Chicago, y editor de un periódico judío local, cuando se enfrente a una situación de conflicto desde su posicionamiento nuevo: “But what right have they to come here and study us?” (90). Al hacerle esta pregunta, este personaje manifiesta el descontento de una comunidad de la que Fanya fue representante previamente cuando desafiaba el discurso idealista de Henry, una situación que recuerda al mismo enfrentamiento verbal que ambos personajes protagonizan al principio de la novela. Así pues, Fanya, ya posicionada en el estadio desde el que anteriormente era observada, reclama el derecho

de estos investigadores a completar su labor científica haciendo uso del discurso impartido por Henry: “America is different from the old, finished countries from which we come. America is a country still in the making. It is still in the process of growing. [...] And it needs you and me, the last no less than the first, to make of it the country of promise it was meant to be” (91). La interpretación del territorio de América como espacio en el que todas las diferencias identitarias pueden convivir en armonía y disfrutar del mismo reconocimiento no sólo supone la base teórica del “American Dream” sino que además sirve a un interés propiamente clasista. Lejos de ser integrador, este interés se propone mantener las diferencias de clase intactas a través de la publicidad de un credo que no puede hacerse realidad a través de los mecanismos que ellos proponen. Cuando Fanya afirma que el estudio sociológico del que participa es un acercamiento a la realización de dicho ideal, lo que está aceptando realmente es la intromisión de la cultura dominante en el espacio minoritario que comprenden las comunidades judías de las grandes ciudades norteamericanas, justificando su labor investigadora en términos de convivencia cultural: “This research study is the first groping gesture toward the dream which you and I have dreamed. The dream that for hundreds of years, in thousands of starved villages in Poland, Russia and Roumania, men have dreamed was America---” (92).

Según avanza la novela, el afecto de los investigadores hacia Fanya se debilita debido a la antipatía que ésta muestra ante el método de aproximación hacia los miembros de la comunidad polaca y a la denuncia que hace en torno a la ineficacia con que dan expresión a su experiencia. Desubicada por su falta de arraigo, la joven busca el reconocimiento de su valor en la presencia de Henry, quien, tras haber insistido a sus colaboradores en la necesidad de continuar trabajando con ella, materializa su pasión por Fanya provocando la posterior desmitificación de ésta hacia el cometido del

investigador: “Instead of a god, here was a man – too close, too earthly. She wanted from him vision – revelation – not this – not this” (101). Una vez se produce esta interacción puramente física entre ambos personajes, Fanya toma conciencia de la incapacidad de Henry por ofrecer la reciprocidad afectiva que la joven anhela y que no ha conseguido encontrar desde su partida del Lower East Side, es decir, desde su entrada al espacio de la élite neoyorquina. No obstante, la influencia del anhelo por una integración cultural, que le animó a la hora de participar en el proyecto de Henry, sigue teniendo vigencia para Fanya porque continua dando crédito a la desaparición de la diferencia en favor de una amalgama identitaria que sirva para definir a todos los individuos que componen la sociedad americana: “She didn’t want to be different. She wanted to break through the thing that separated her from his kind” (1932, 105). A este respecto, es relevante mencionar lo que Billeter afirma en relación a la credibilidad de este ideal: “Once they have achieved their dream they realize that it is not as immaculate as it seemed to be and that it no longer holds out the same promise as it did from afar. And yet, they hold on to it” (2011, 221). El deseo de Fanya por incluirse en la comunidad que domina el espacio público pasaría, entonces, por abandonar los rasgos identitarios que le diferencian del código normativo americano y adoptar un identidad que no revele un arraigo concreto. Así, demostraría la posibilidad de superar el abismo cultural entre americanos e inmigrantes judíos y provenientes de los países de Europa del Este. No obstante esta consideración, Yezierska muestra cómo la joven se expone a una crisis a través de la fluctuación con que conforma su criterio, percibiendo finalmente la realidad que le rodea de forma objetiva y reconociendo la existencia de una diferencia histórica que impide el acercamiento del que hace alarde el discurso propagado por Henry: “She saw the pilgrim fathers, the steady, disciplined energy of five generations of Massachusetts farmers back of him. [...] Back of her was a scattered

race overcome by forces that they could not get hold of and make their own. Uncertainty, insecurity drove them” (107). Al atender a una explicación de carácter cultural para justificar este conflicto aparentemente insalvable, Fanya da a entender la imposibilidad a la hora de validar una experiencia a través de un discurso que tan sólo la ha observado e interpretado en la distancia. Incapaz de experimentar las costumbres que caracterizan la rutina del gueto de Chicago, este discurso, lejos de suponer un puente entre ambos estamentos culturales, acentúa aún más la inoperancia del ideal de bienestar social mientras se continúen ejerciendo actitudes clasistas desde las clases dominantes que lo crearon. Así, Fanya denuncia el resultado fraudulento de los investigadores en un intento por recuperar la posición social desde la que representa al colectivo minoritario judío: “The whole study is as unreal as social work and helping the poor. [...] You know less about the Poles than when you started out to study them three months ago. Reports only cover the chasm.” (108). Esta recuperación, por tanto, señala la voluntad de la joven por reivindicar su diferencia como aspecto exclusivo de los individuos que la albergan y rechazar el modelo de integración cultural y social que el estudio sociológico del que formó parte promulga.

La tercera sección de la novela comienza con la aparición de Fanya en el contexto universitario momentos antes de emitir un discurso basado en su experiencia como mujer inmigrante judía que ha alcanzado el éxito a partir de la publicación de su novela “Alien Souls”. El hecho de presentar las razones de este éxito ante la sociedad americana valida en gran medida la veracidad del “American Dream”, ya que confirma la posibilidad de que el arraigo cultural no se presente como un obstáculo a la hora de obtener el reconocimiento social o la prosperidad económica, entendida, según esta teoría, como resultado de un esfuerzo individual. A pesar de cumplir con las expectativas del interés de las clases dominantes, Fanya define su posicionamiento a

partir de una construcción identitaria artificial, utilizando el término “marioneta” para describir la manipulación de la que está participando: “she felt like a puppet in a play” (115). En este punto, cabe destacar la desconexión que se produce entre el reconocimiento que Fanya obtiene en el espacio público, en este caso por haber sido invitada a presenciar el rodaje de su novela en Hollywood, y el fracaso interior que siente por no haber recibido el afecto del que ella anhela nutrir su experiencia: “her success was born of bitterest failure – the failure to hold a great friendship, a great love” (117). Del mismo modo que la joven delata la frialdad con que Henry le muestra su estima también percibe la carencia de comprensión que caracteriza a los círculos sociales en los que la prosperidad y el éxito económico dominan. Fanya se vuelve a describir en función de una deshumanización que la distancia de la identidad que representaba previamente, convirtiéndose en un producto que, como tal, es vulnerable a la manipulación: “There was no glamour, no illusion for her in the turn of fortune that made her society’s puppy for the moment” (122). Una vez planteada la crisis de identidad que este personaje sufre, Yeziarska tiende a resaltar la necesidad de éstos por retomar su experiencia previa y dar una solución al conflicto existencial que padecen al no encontrar un reconocimiento social desde el que sentirse realizados: “the losses in identity and community participation ultimately outweigh the gains in Americanization”. [...] Frequently, this realization results in a return to a member of their own ethnic group” (2001, 219).

Así, Fanya decide ejecutar nuevamente las duras condiciones de vida a la que se vio sometida en tanto que habitante de un espacio invisibilizado, una experiencia de la quiso deshacerse a través del discurso inclusivo del “American Dream” emitido por Henry y a la que ahora retorna tras haber sido testigo del carácter fraudulento del mismo: “Already she felt the refreshing contact of her own people. Already she had

strength enough to tear herself free from the need of him” (126). A partir de este momento, la nostalgia que Fanya siente no es tanto hacia la cercanía física de Henry sino a lo que su influencia representaba. En este sentido, su presencia le proporcionaba la viabilidad en el espacio exterior a los márgenes del gueto de una convivencia e interacción culturales respaldada por el reconocimiento de la individualidad y, por consiguiente, de la diferencia de cada individuo como requisito para ser considerados en igualdad de derechos. Al no disponer de ello, la joven retoma la posición social desde la que aprehendía su experiencia previo contacto con Henry y sus investigadores y comienza a buscar trabajo en las fábricas en la que se necesita personal. Aunque la reincorporación a esta rutina permita a Fanya contextualizar su experiencia de nuevo en el espacio privado del que proviene, lo cierto es que no consigue afianzar una identidad acorde con esta reubicación desde la que ser percibida. Esta crisis identitaria se debe a que en ninguna oficina se le valora a partir de su identidad como mujer judía e inmigrante cuya necesidad de trabajar se torna esencial para su supervivencia, sino como escritora de renombre que se ha equivocado de oficio. Roland Végsö hace referencia a este tipo de situaciones en las que el individuo se ve afectado por los resquicios identitarios que su exposición ante el público dominante ha dejado marcados en su carácter: “when Yeziarska tries to actually repeat her original act of immigration, she finds that she is already too Americanized for such an adventure. The Americanized cannot simply repeat the original act of immigration” (2010, 42).

La exclusión a la que Fanya tiene que enfrentarse en el propio contexto que albergó su experiencia durante tantos años es la consecuencia por haber participado de un estatus social acomodado y de haber personificado los valores de una sociedad excluyente en cuanto a los miembros de la comunidad judía del gueto neoyorquino se refiere: “Can you who have once escaped from all this go back? Can you be an

immigrant twice in a lifetime?" (127). Así, al plantearse la posibilidad de no ser reconocida como inmigrante una vez ha adoptado el código de conducta americano, Fanya vuelve a sufrir una crisis identitaria. Debido a que ha dejado de ser percibida como igual entre los miembros de su comunidad se resalta lo que le diferencia de éstos en vez de integrarse por la supuesta afinidad cultural que compartían. El hecho de que la posición social de "inmigrante" no pueda ser representada tras haber recibido la influencia de los códigos de conducta dominantes y haberlos adoptado como parte de la experiencia propia explica la imposibilidad de Fanya a la hora de retomar esa posición desde la que fue validada por sus compatriotas en un primer momento. Esta exclusión le obliga a ubicarse en un estadio de transición en el que no encuentra una definición firme desde la que identificarse y ser reconocida ante el resto de individuos. Tanto los investigadores, representantes de las clases dominantes, como los captadores de empleados en las fábricas, interesados en reclutar mujeres de clase social baja, no le permiten integrarse en ninguno de los ámbitos que controlan y que, de un modo u otro, conforman la totalidad de la experiencia de la joven. Además, la entrevista con Miss Stillman, reclutadora de auxiliares para la compañía Craft, ofrece una descripción exhaustiva de cómo Fanya es realmente percibida tras su posicionamiento social como escritora y la verdadera razón por la que ha decidido retomar esa experiencia: "Because your chief interest is writing, not the making of candy. You don't want to work. You want atmosphere" (133). La afirmación de Miss Stillman plantea uno de los aspectos clave a la hora de entender la situación de Fanya y la motivación de Yezierska por dar voz al conflicto identitario de este personaje.

Al igual que resulta imposible poner en práctica el credo amalgamador de bienestar social que los personajes anhelan a partir de la posición privilegiada desde la que Henry emite el discurso, también la recuperación de los valores culturales

respaldados por una situación económica austera, una vez se ha ascendido en la escala social, resulta ser inviable. Tanto en el primer caso como en el segundo, se podría hablar de fraude discursivo ya que ambos personajes se empeñan en mantener vivo a través del discurso lo que en la realidad no pueden acreditar, ya sea un ideal, ya sea una identidad. Del mismo modo que sucede con Adele Lindner en la novela *Arrogant Beggar* y cuyo estudio conforma una sección en el siguiente capítulo, Fanya intenta resolver su indefinición buscando un arraigo identitario que pueda ser validado y reconocido. Para ello, la joven visita “Miss Hoffman’s library”, un espacio privado representativo de su antigua experiencia en Polonia y carente de toda influencia de la cultura americana dominante “It lived without laws” (140). El hecho de que esta biblioteca sirva como ejemplo de integración social debido a la multiculturalidad de sus usuarios y la diversidad de actividades que en ella tienen lugar recuerda al modelo de sociedad anhelado por Fanya y promulgado por el discurso del “American Dream” que tan falaz pareció resultar en el contexto ubicado más allá de los márgenes del gueto. Como se observa más adelante en la novela, la influencia de este espacio provoca en la joven la necesidad por reapropiarse de los valores que caracterizan a la tradición judía y una vuelta a los principios de solidaridad y comprensión sobre los que sus costumbres se afianzan.

En un último intento por reconciliar su experiencia como escritora de renombre en Hollywood y como vendedora ambulante en el Lower East Side, Fanya decide adecentar su apariencia y así poder buscar trabajo, esta vez, a partir de la adquisición de una identidad próxima al modelo de mujer americana de la época: “This new vision of herself – in the process of being born” (148). Como se ha ido comprobando a lo largo de este capítulo, la realización del deseo por asimilarse en la sociedad americana a través del proceso de americanización tiene como consecuencia el abandono de la

diferencia que individualiza a personajes como Fanya. En su condición de mujer judía e inmigrante, esta realización da lugar a una nueva identidad que contradice la base teórica de ese ideal en tanto que pierde su diferenciación en favor de la aceptación social. Payant se refiere a este tipo de adquisición de bienes resaltando su utilidad a la hora de obtener el reconocimiento del que este tipo de personajes carecen: “The struggle against poverty and discrimination brings on an emphasis on material acquisition as a safeguard against both” (1999, 28). Además, como fase dentro de este proceso, Fanya emprende la búsqueda del reconocimiento de esa identidad nueva anulando la validez de su nombre, completando así la transformación identitaria que ella entiende como esencial para no ser rechazada: “Fanya stood before the mirror, marveling at the new person created by a few wisps of chiffon and a few yards of satin. Gazing at this sophisticated transformation of herself, she decided suddenly to change her name” (150). Sin embargo, la complejidad de este conflicto no parece resolverse con esta última adquisición, ya que el hecho de que haya elegido el apelativo de “Fannie Frank” denota la imposibilidad del personaje por desarraigarse por completo de sus raíces culturales, recordando con ello a Cesar Franck, el músico judío al que pertenecía la pieza musical que Fanya escucha al entrar en la casa de Miss Farnsworth al comienzo de la novela. Asimismo, tras haber sido aceptada para un trabajo de mecanógrafa gracias a que el producto identitario en el que se había convertido fue consumido por un reclutador de empleadas, la joven es delatada por una trabajadora de la compañía, quien le reconoce como Fanya Ivanowna, provocando su despido inmediato.

La americanización se vuelve a mostrar como un proceso traumático para las mujeres inmigrantes judías que a él se someten, acentuando la crisis de identidad que resulta de haber sido revelada como un fraude. La necesidad de Fanya por realizarse a través de la reapropiación de una experiencia caracterizada por largas jornadas laborales

se satisface una vez es contratada como camarera en un restaurante: “This garb of servitude, made her feel like a bird out of a cage” (156). Es relevante mencionar la apreciación de la servidumbre a la que se expone en ese trabajo como catalizador de un sentimiento de libertad del que no había podido disfrutar hasta entonces. El desarrollo de esta experiencia permite a Fanya volver a identificarse con todo aquello que le recuerda su pertenencia a una comunidad concreta, una satisfacción que se superpone a la precariedad a la que tiene que hacer frente por su límite de ingresos. A pesar de la conformidad que muestra al principio, Fanya comienza a darse cuenta del abuso de autoridad con el que su jefe se relaciona con los empleados. Al igual que hizo como representante de la minoría excluida judía en su enfrentamiento ante los investigadores, la joven se erige como portavoz de una injusticia ante la que cree que no hay que someterse: “she felt in her self-abasement the glory of all the selfless toilers of the world” (176). En esta escena, la influencia de la huelga histórica que tuvo lugar en la fábrica de blusas en Nueva York en 1909, también conocida como “la sublevación de las 20.000”, se hace evidente en la actitud de Fanya, quien resignifica su posición con respecto al jefe en un intento por convencer a las trabajadoras de cómo se puede colectivizar la individualidad en favor de la adquisición de derechos: “No class of workers needed help so much as these defenseless, unorganized girls. She had come here to gather them together – rouse them out of their slavery – inspire them to demand their rights!” (178). Pero, lejos de provocar una huelga, Fanya es despedida, frustrándose, de nuevo, su propósito por hacer viable la integración social en el espacio público sin abandonar el mantenimiento de su diferencia.

Al regresar al contexto de invisibilización social para visitar otra vez a Helena Hoffman, Fanya se da cuenta de que la mujer no se halla en la biblioteca, sino que, como la tradición judía indica, está en su hogar celebrando el *Sabbath*. La

escenificación de Helena de esta costumbre religiosa produce en Fanya la reconciliación con su pasado al tomar conciencia de la importancia que tiene verse reconocida a partir de una experiencia propia y no a través de una identidad ilusoria y experimentada únicamente por medio de un discurso irreal: “All these years I have gone about a little bit ashamed of my manners, my background. I was so eager to acquire from the Gentiles their low voices, their calm, their poise, that I lost what I had – what I was” (194). Consciente de la pérdida de arraigo que sufrió al entrar en contacto con la sociedad en la que Henry participa, Fanya decide finalmente desprenderse de aquello que le sigue vinculando al investigador, esto es, las cartas que se enviaron y que conforman la evidencia de su afecto recíproco. A este efecto, Fanya se presenta en la oficina del sociólogo con el propósito de cerrar una etapa de su experiencia, confirmando así el abismo insalvable que impide la convivencia de individuos pertenecientes a distintas clases sociales y que rigen su conducta a través de códigos morales diferentes: “That was his chief advantage over her. He knew himself. He knew he was a Yankee puritan. And therein lay his strength. She sought escape from what she was. Therein lay her weakness. Deserting the people back of her. Abandoning the God of her fathers. Setting him up as her new god” (203). Además, el hecho de que Henry descarte la lectura de la novela que Fanya le manda atendiendo a la ingente cantidad de ejemplares que recibe a diario denota la negativa de éste a seguir reconociendo el valor de su individualidad, relegándola a una posición invisible desde la que no le es posible dar reconocimiento a su labor como escritora.

Una vez Fanya comprende que Henry ya no es capaz de reconocer su mérito y darle valor hasta el punto de ofrecerle una identidad diferenciada con la que sentirse integrada fuera del gueto, es Miss Foster, colaboradora en el estudio llevado a cabo en Chicago, quien le invita a asistir a una conferencia en la que Henry hace público el

compromiso de su investigación. A pesar de aceptar la invitación y entrar al hotel en el que tendría lugar el evento, Fanya termina huyendo tras haber sido advertida por el investigador. Con todo, cabe mencionar la intrusión del discurso propagado por el sociólogo en la memoria de la joven: “You desire to be. You are: but you do not yet fully know that you are. And perhaps I can have the happiness of helping you realize that you are and what you are” (209). Al recordar estas palabras, la protagonista vuelve a mostrar la vulnerabilidad con la que hace frente no sólo al personaje de Henry sino al ideal que representaba la interacción que ambos compartieron. Cuando se le atribuye a Henry la autoridad suficiente como para poder definir la realidad y la identidad de los individuos que comprenden sus experiencias en un espacio privado de reconocimiento social, se acepta la permanencia de una jerarquía clasista que permite la adjudicación de identidades por parte de los miembros de las clases dominantes. Por su carente representación en el espacio público, los individuos *guetizados* no tienen poder para crear sus propias definiciones, ya que no son dueños del discurso, sino receptores. En este sentido, legitimar el estudio sociológico de Henry supondría la asunción de la validez de un discurso creado a partir de una experiencia ajena, cuya única repercusión tendría lugar en el ámbito universitario, sin ninguna incidencia para el colectivo minoritario de la comunidad judía de Nueva York. Así pues, Yezierska plantea cómo el retorno al arraigo cultural que definía a Fanya, previo al primer contacto con Henry, parece ser la única salida viable para desprenderse de la definición impuesta por un discurso que no tiene legitimidad más allá del contexto elitista que lo ha configurado: “it seemed to her there was only one way to go on – to go back to her roots – back to the ghetto” (217).

La parte final de la novela, comprendida en el Epílogo, en cambio, cancela la validez de la continuidad de Fanya en el gueto equiparando el intento fallido por salvar

las distancias culturales bajo la influencia de Henry con el fracaso resultante tras haber intentado recuperar esa experiencia previa: “The old life of the ghetto was as much behind her as Henry Scott” (218). Gracias a la intervención de Helena Hoffman, Fanya es reubicada en el contexto de Oakdale, en Nueva Inglaterra, desde el que pretende crear un nuevo orden identitario que aúne todo lo que ha aprendido y le permita no tener que decantarse por una de las dos situaciones anteriormente mencionadas. Partiendo del argumento de Levinson, por el que explica que “there is never a sense of final reconciliation between the Old World and the New” (1994, 5), Yeziarska parece proponer una alternativa lejos de toda influencia urbana y fuera del binomio constitutivo entre espacio público y privado que comprende la ciudad de Nueva York. Aunque el cambio de contexto parezca demostrar el inicio de una experiencia nueva para Fanya, la explicación que una de las vecinas le da sobre las razones por las que la localidad de Oakdale está socialmente dividida corrobora la omnipresencia del componente clasista que opera en las comunidades americanas descritas: “Well [...], people in East Oakdale aren’t real natives. They’re not in the same class as Oakdale proper” (223). Al darse cuenta de que las clases obreras que trabajan en las fábricas habitan la zona este de la ciudad, diferenciada según la descripción de Mrs. Chase por no cumplir con el requisito de arraigo histórico conocido con el apelativo “native”, Fanya toma conciencia de su error al haber creído que con el traslado a Oakdale puede trascender la desigualdad de la que había sido testigo en la ciudad de Nueva York. Para corroborar esta apreciación, además, la exclusión de Jane, una mujer harapienta dedicada a la venta de leche que ha sido expulsada por la comunidad de Oakdale debido a su falta de higiene, provoca en Fanya la necesidad de acercarse a ella en un intento por representar la solidaridad con la que ella había identificado su experiencia tanto en Polonia como en las calles neoyorquinas. Este personaje, quien a pesar de la precariedad de su apariencia mantiene

impoluto el lugar en el que ordeña a los animales, simboliza la permanencia de una jerarquía de poder basada en un criterio puramente clasista, y así aparece en la novela: “The ancient shadow that arrayed people against each other – the shadow of the old world – was right here among the Americans themselves. Clean people. Dirty people. The well-born and those not well-born. The few families who lived on inherited money politely aloof to those who had to earn the money they lived on” (229). En este sentido, cabe resaltar la empatía que Fanya siente hacia Jane y cómo el hecho de haber sido desplazada al margen de la comunidad de Oakdale le recuerda a la joven a los momentos en los que ella tuvo que enfrentarse al rechazo de los que justificaban su actitud recurriendo al término “democracy”: “In Jane’s ostracism, Fanya saw her aunt thrusting her out of the house because her head was dirty, the disgust which the gentle Farnsworths must have felt at her letter, the fear that made Henry Scott flee from her uncivilized emotions” (231).

Identificada con la minoría excluida de la localidad de Nueva Inglaterra, Fanya encuentra en este acercamiento una postura con la que hacer frente a la indefinición que caracterizaba su crisis identitaria en Nueva York como resultado, en palabras de Simpson, del anti-semitismo que dominaba el carácter americano: “The pressure of white supremacy, nativism, and in this case anti-Semitism produces a subject that sees herself as neither black nor white, but close to both” (2009, 111). Del mismo modo que participa de la experiencia de Jane revalorizando su actividad a través de la compra de la leche que sus animales producen, Fanya también se ve en la necesidad de recurrir a los valores comunitarios en los que se basa la tradición judía de la que proviene para resolver la aparición repentina de Vladimir Pavlowich, un inmigrante no judío, denominado como “gentile”, proveniente de la antigua Polonia rusa. Tras haber comprobado cómo todos los vecinos de Oakdale niegan la posibilidad de darle cobijo

durante la noche, Fanya se apropia del discurso solidario de Helena Hoffman y resuelve ser ella quien tenga la iniciativa de ofrecerle su hogar. Con la representación de estos valores, la protagonista satisface la ilusión que lleva persiguiendo durante toda la novela, esto es, el intercambio solidario en un mismo espacio de dos individuos que pertenecen a culturas diferentes: “It seemed to her that she had never realized the comfort and the beauty of her house till she was seeing it through his eyes and sharing it with him” (250). Al igual que Sara Smolinsky y Hugo Seelig deciden compartir su espacio con Reb en un intento por reconocer sus diferencias y convertirlas en estímulos de interacción, Fanya y Vladimir personifican el “American Dream” sin haber recurrido al proceso de americanización y sin haber deslegitimado su discurso usurpando experiencias ajenas: “All she had searched for so fiercely all her life had come unsought to her own door – within her own heart” (256). Así, la novela resuelve el conflicto identitario de Fanya mostrándola como sujeto agente de los valores característicos de la tradición judía al mismo tiempo que da legitimidad al discurso de ese ideal en tanto no dependa del proceso de asimilación confeccionado por las clases dominantes para hacer perdurar sus intereses clasistas.

4. La búsqueda del reconocimiento: La “Diferencia”

4.1. Problemática del sujeto “No Reconocido”

El análisis al que hace frente este capítulo se cierne sobre los cimientos de un coloso al que se le hacía propaganda de amalgamador, al que cada individuo en América podía tener acceso para ir aportando el material que creyese oportuno para erigirlo. Sin embargo, como demostrarán los textos escogidos para este estudio, resultó ser una gloria exclusivista que se construía a base de explotación e invisibilidad. Dicho coloso ejerce de eufemismo clásico para hacer referencia al anhelado reconocimiento en el espacio público por parte de los inmigrantes provenientes de Europa del Este a principios del siglo XX.

Tomando como base sociológica la estratificación que delimitaba las clases medias neoyorquinas de las clases con pocos recursos económicos o *guetizadas* se entiende la existencia de una desigualdad de oportunidades a la hora de acceder al espacio público. Tanto las primeras, ya adaptadas a un *modus vivendi* idóneo para mantener su estatus acomodado, como las segundas, siendo el Lower East Side su contexto tópico en el que se detalla esta investigación, no podrían albergar a individuos cuyas experiencias discurrían sobre un trato social equitativo como legado del ya mencionado “American Dream”. Partir de una situación en la que se manifiesta el reparto desigual de las posibilidades de un individuo para “ser” lo que él quiera en un determinado espacio conllevaba que el canal mediador para satisfacer la americanización fuese arduo y lleno de condicionantes. Entendido como causa primera del beneficio de la inclusión social, este proceso dificultaría la ejecución del derecho que pertenece a todo individuo por naturaleza según aquel ideal promulgaba: el “poder llegar a ser”. Establecidas así las coordenadas de desequilibrio social, cabe mencionar

las distintas relaciones de poder que se dieron lugar entre los inmigrantes recién llegados a América y los ciudadanos, ya estuviesen enraizados en la comunidad de manera centenaria o perteneciesen a la primera ola de inmigración desde Europa que tuvo lugar entre la década de 1880 y principios del siglo XX. Para profundizar en la temática del poder y cómo se entretajeron dichas relaciones dando lugar a una red de dominación que impedía cualquier manifestación más allá de su control, es necesaria la incorporación de estudios críticos que, precisamente, desenmascaren la maquinaria social que opera en torno las jerarquías de clase en el contexto de Norteamérica.

El análisis de las jerarquías de poder que funcionan respaldadas por discursos de dominación adquiere gran relevancia dentro del amplio campo de los estudios feministas. El conflicto de identidad que plantea Yeziarska debe ser considerado desde esta perspectiva porque tanto el sujeto genérico “mujer” como las inmigrantes de Europa del Este aquí retratadas aprenden su posición en la sociedad desde la exclusión, lejos de la esfera pública y de acuerdo con mecanismos de control que han convertido sus voluntades en estereotipos. Este estudio empezará con la corriente conocida como Feminismo de la Igualdad, cuya máxima se basa en el reconocimiento de los mismos derechos para mujeres y varones, ya que el comportamiento de las protagonistas de los textos propuestos para el estudio sigue este mismo patrón en su primera toma de contacto con la tierra prometida. Tanto para las pensadoras de la Igualdad como para las inmigrantes aquí retratadas, la intención de alcanzar un reconocimiento público por igual parece ser esencial, más allá de cualquier característica diferenciadora, ya sea de clase o sexual. Cuando Simone de Beauvoir hace referencia a que “la mujer se conoce y se elige, no en tanto que existe por sí, sino tal y como el hombre la define” por lo que “tenemos que describirla en principio tal y como los hombres la sueñan, ya que su ser-para-los-hombres es uno de los factores esenciales de su condición concreta” (1949, 56),

lo que expone es una problemática perfectamente extrapolable a todo sujeto que, aunque sabedor de su desposesión de voluntad, no puede sino someterse a un designio que ha sido conformado para él en tanto que considerado inferior por los escribas del discurso dominante. De este mismo modo, las inmigrantes que aparecen en las novelas de Yezierska no sólo sufren una adaptación violentada por su falta de agencia en la resolución de la misma, sino que también deben cumplir unas expectativas marcadas previamente para ellas como mujeres y como sujetos extranjeros-en-fase-de-adaptación si quieren obtener un lugar en el espacio público de la comunidad a la que anhelan pertenecer.

Atendiendo a la buena disposición inicial de los personajes a inmiscuirse en cualquier alternativa de adaptación originada por esos escribas del poder para su destino prefijado en América, es necesario recalcar la inoperancia de este sistema de inclusión social una vez el individuo toma conciencia de la alienación clasista que conlleva. Para ello, éste recurre a su capacidad creadora de espacios ya que le permite rediseñarlos en función de un albedrío propio. Al igual que tiene lugar este punto de inflexión en las obras de Yezierska, en la mayoría de ellas para ser más concretos, también en la crítica feminista, desde sus primeras modelaciones textuales en el período de la Ilustración hasta hoy en día, han brotado disyuntivas distintas frente al gran bloque teórico y vindicativo que atañe al denominado Feminismo de la Igualdad. Tanto del lado norteamericano en la década de 1960, como de la mano de las teóricas francesas a mediados de 1980, acuñando el término Feminismo de la Diferencia en contrapartida, se han ido manifestando a lo largo de estos años problemáticas diferentes que aclamaban la atención a lo concreto y minoritario. Estas alternativas surgieron con la finalidad de exaltar no tanto los valores que equiparan a las mujeres como sujetos universales en igualdad de derechos con los varones sino justamente lo que les diferencia y les condena

a mostrarse en la sociedad como sujeto invisible que no goza del reconocimiento de las mayorías establecidas. Así, se origina un dilema identitario dentro del individuo excluido por tener que redefinirse a partir de unos parámetros menos genéricos para poder reivindicar su autenticidad verdadera. Como punto de partida, la visión de críticas feministas de la Igualdad, como la renombrada filósofa valenciana Celia Amorós o su no menos importante discípula teórica María Luisa Femenías, se utilizará para establecer un puente entre la problemática que plantea Yeziarska en sus novelas y su cometido teórico. Dicha visión ayuda a definir el proceso de adaptación al que las inmigrantes se sometían para tener un lugar en el espacio público de las grandes ciudades norteamericanas de principios del siglo XX. En contraposición a este proceso, que bien podríamos llamarlo de “toma de identidad”, las feministas de la Diferencia, entre las que figuran teóricas como la filósofa francesa, de origen belga, Luce Irigaray, renegarán de la inclusión de la mujer en el espacio público por medio de los mismos mecanismos que han introducido a los varones en él. Proponen, de este modo, otro modelo de reconocimiento social en el que la significación del espacio vendría elaborada por vía únicamente del sujeto oprimido: en su caso, la mujer como sujeto biológico diferente al varón y, en el caso que plantea este estudio, el sujeto excluido, especificado dentro de los rangos mujer, judía, inmigrante y de clase baja, frente a una comunidad concreta dominante. En referencia a este conflicto, Lisa Botshon lo denomina como una "rebellion" en forma de "battle between an immigrant woman and mainstream American culture itself, played out over class and ethnic culture" (2010, 254). Botshon confirma la dificultad del proceso de adaptación de estos personajes al no poder ser presentados finalmente como un sujeto fijo y finito, sino que sufren una continua actualización de su identidad en función del espacio en el que se encuentren. Es más, la autora crítica especifica que "it is her characters' immigrant and ethnic status

that helps them to liberate themselves from traditional women's roles" (2010, 234), trasladando así la mira a partir de la cual se definía la posición de estas inmigrantes hacia un terreno más privado y, en consideración de las feministas de la Diferencia, autónomo y alejado de ese reconocimiento necesario en el espacio público. Botshon opina que, al producirse un distanciamiento del sujeto excluido en relación a la institución que lo avala y por la que se le permite hacer uso de una definición de sí mismo pre-asignada, lo que de verdad se está llevando a cabo es "not only a sense of American citizenship, but also self-determination, independence, and creative and sexual fulfillment, ideals found throughout many strains of the varied New Womanhood" (2010, 234). Intercambiar el proceso de adaptación por el de liberación sólo puede hacerse a través de ese distanciamiento que, si bien puede parecer que refuerza la invisibilidad, en realidad estaría re-significando al sujeto y creando una nueva forma de identidad igual de válida que la de los individuos portadores de la identidad americana.

Se torna conflictivo, pues, afirmar, por una parte, que la validez de una identidad forjada con las herramientas escogidas por aquéllos que generan el discurso dominante les sirve a las inmigrantes para reconocerse y diferenciarse del resto en tanto que tales. Por otra parte, el hecho de que dicha identidad no pueda entenderse como válida en términos de autenticidad le haría quedarse relegada a una imitación domesticada y encerrada en una finitud prefijada. Tanto una como otra perspectiva se verán puestas en entredicho a lo largo de la producción literaria escogida en este capítulo.

4.2. Domesticación del sujeto excluido: *Salome Of The Tenements*

Para centrar la atención en el proceso de adaptación de las inmigrantes, es necesario primero hacer mención a la base estructural que soporta el credo americano de la prosperidad. La promulgación de este credo fue tan exitosa entre las clases más desfavorecidas durante las primeras décadas del siglo XX que las oportunidades para alcanzar una posición social relevante parecían estar al alcance de cualquiera que así lo desease. A pesar de los esfuerzos mediáticos por irradiarlo, existen hoy día evidencias textuales que desmitifican los parámetros entre los que se confeccionaba una ilusión de forma de vida totalmente falaz. Continuando con la obra literaria de Anzia Yezierska como matriz comparativa, se procurará ofrecer una versión paralela a la realidad que los mecanismos de control social norteamericanos publicitaban. Natalie Friedman describe a la autora polaca matizando que “Yezierska [...] was especially vocal in her criticism of the efforts to Americanize immigrants and believed such campaigns thwarted the ideal of American success” (2005,181), lo que reafirma su relevancia para la tarea que propone este estudio.

En su novela *Salome of the Tenements*, publicada en 1923, Yezierska retrata un fragmento de la vida de Sonya Vrunsky que sirve tanto para dar luz al conflicto generado entre el “ser” y el “poder llegar a ser” que se mencionaba anteriormente como para plantear el dilema que surge a la hora de definir una identidad asimilada en términos de autenticidad. En la primera escena, Sonia Vrunsky, periodista del “Ghetto News”, entabla conversación con John Manning, un nativo norteamericano al que ha entrevistado con motivo del interés que tiene su periódico por la labor educativa que lleva a cabo en el Lower East Side. En consonancia con la jerarquía de poder que existe entre un investigador adinerado y la admiración inocente que Sonya muestra durante su

encuentro, Manning se refiere a ella como “my child” (1923,2)¹¹, indicando la posición de desigualdad de poder en la que cada uno de ellos se encuentra con respecto al otro. Además, el interés de Manning por convencer a Sonya de la capacidad que ésta tiene para convertirse en “the voice of your [her] people” (2) se sostiene nuevamente sobre un cimiento paternalista cuando minimiza la capacidad de voluntad propia de Sonya diciendo: “perhaps I can find a way to help you. I’m willing to try if you’ll let me” (2). El intento de Manning por ejercer de enlace entre la identidad que define a Sonya y la realización del potencial identitario que ella alberga empieza en el mismo instante en que se conocen y se manifestará a lo largo de toda la novela. Como bien expone su compañera de trabajo, Gittel Stein, el abismo social que separa a Manning de Sonya es tal que, en vez de describirlo en términos espaciales, lo simboliza apuntado a la falta de reconocimiento público de la joven: “He, a rich, cultured American – a born blueblood – and you, a crazy from Hester Street, a nobody from nowhere” (7). La consideración de Gittel, haciendo referencia a la invisibilidad social que Sonya sufre por ser quien es y por provenir de donde proviene, parece anular cualquier atisbo de liberación por parte de los individuos excluidos pertenecientes a las clases bajas. Además se refiere a Sonya como “you faker – you bluff! Sometimes I wonder if there is anything real in you”(7), deslegitimando el interés de la joven por querer desprenderse de una experiencia confinada a la exclusión del gueto. El hecho de que Gittel defina a Sonya utilizando la palabra “fake” le permite establecer un binarismo jerárquico gracias al cual ella se coloca en el escalón superior de la realidad desde el que puede observar la experiencia fraudulenta de Sonya y juzgarla como tal. En este pasaje, se propone el conflicto entre la percepción real, personificada por Gittel, desde cuya posición tiene autoridad para evaluar objetivamente, y la ficticia, o ilusoria, personificada por Sonya, que se rige en

¹¹ En este subcapítulo, se obviará el año de publicación en las citas extraídas de la novela *Salome of the Tenements* debido a que pertenecen a la misma edición publicada en 1923.

función de unas consignas identitarias que no le corresponden pero que adopta en su búsqueda del reconocimiento a alcanzar. A pesar de las increpaciones que le confiere, Gittel termina por confesarse a sí misma: “Be it glamour and illusion, but while she lives, she is alive. I am dead. I never yet lived [...]. Never in my whole childhood or youth did I ever know the rainbow light of illusion” (11). Por esta razón, el rechazo que mostraba anteriormente resulta ser una estratagema de Gittel para dar una explicación válida a la falta de vitalidad de su situación, algo que no cancela sino que reafirma la necesidad de estas inmigrantes de aferrarse a una experiencia irreal con tal de poder llegar a ser lo que anhelan. Ya desde el principio de la novela, ambas aparecen influidas por el arquetipo de mujer americana de clase media y se rinden ante la presencia de oportunidades como la que Manning ofrece, ya que son catapultas metafóricas que acelerarían la obtención de sus deseos.

Además, no sólo se refleja la influencia de una publicidad efectiva con respecto al sueño americano, sino que Sonya se representa a sí misma como una salvadora de las clases bajas cuando imagina lo que sus vecinos le dirían al pasar: “There she goes, Mrs. John Manning, who gives away millions to the poor!” (13). Adoptando el discurso que John configura a la hora de relacionarse en sociedad y de dar a conocer su cometido para con la comunidad judía que estudia, Sonya lo personifica y lo manipula incluyéndolo como parte de su anhelo: “How she would help them – once she had the power!” (10). Al decir que América debería tener más John Mannings para cubrir las carencias de los más pobres, lo que hace es representar el discurso de las clases dominantes atribuyéndose una genialidad de la que ella no goza por sí misma, sino que sería a través de su relación con Manning y la inversión de dinero por parte del magnate como ella podría desarrollarla. Por tanto, queda manifiesta la intención de Sonya de apoderarse de un discurso que, debido a su calidad paternalista, no le corresponde

culturalmente, sino que, como bien señala su compañera Gittel, lo representa de manera artificial para ejecutar un poder del que no disponía antes de conocer a Manning.

Influida por el arquetipo de conducta paternalista que Manning propagaba, Sonya necesita manipular su apariencia externa para erradicar cualquier atisbo de pertenencia a un espacio invisibilizado. Katherine Stubbs, en su estudio sobre el papel de la vestimenta en esta novela, argumenta que el primer paso que la joven da para deshacerse del estigma que acarrea por provenir de Essex Street lo encamina hacia el cambio de indumentaria: “Sonya’s effort to escape poverty is first and foremost expressed as an effort to escape ready-made clothing” (1998,166). Tras rechazar la ropa confeccionada que suele comprar en tiendas en las que le era económicamente asequible, Sonya se dirige a Fifth Avenue, el epicentro de la alta costura. Allí le aconsejan que se dirija a Jacques Hollins, un diseñador archiconocido que podría atender su interés especial en conseguir un diseño simple y que encajase con su personalidad: “I always knew there must be clothes artists that could make me look like myself” (16). El peregrinaje de la protagonista en su voluntad por encontrar la pieza de ropa exclusiva con la que pueda sentirse realmente valorada por su propia identidad, o, mejor dicho, por la identidad que anhela configurar, la conduce a un proceso de anulación de su identidad previa, aquella que se define dentro de los límites del gueto y de una situación económica techada. Su toma de contacto con Jacques Hollins, cuyo nombre original es Jaky Solomon haciendo justicia a su origen ruso y a su pasado judío, le lleva a exigirle una solución debido a su proveniencia común. Cuando Sonya le explica el porqué de su “hunger for beautiful clothes” (23), ésta reduce su argumento a que no es capaz de encontrar una expresión de su identidad dentro del contexto excluido del que proviene: “something that is me – myself, is not to be found in the whole East Side” (23). El hecho de hacer referencia a esta comunidad judía como antónimo de la

individualidad que a través de la ropa Sonya está exigiendo, la joven reivindica su derecho a poder salirse de la invisibilidad a la que las “ready-made garments” le condenan. En este sentido, cabe mencionar la distinción que Celia Amorós traza entre lo que ella denomina el “espacio de las idénticas” y el “espacio de los iguales”, ya que la apreciación de Sonya revela una falta de visibilidad de individuos discernibles dentro del gueto, en contraposición a la diferenciación clara entre los sujetos que gozan de mayor reconocimiento social. Amorós explica que “en el espacio de las idénticas, como espacio simbólico donde no están en cuestión poderes de peso, se hace irrelevante la determinación de la individualidad: no hay razón suficiente para que la atención se tome la molestia de realzarla, sino que queda subsumida en la indiscernibilidad” (1997,211). En contraposición, en el “espacio de los iguales” se establece “una relación de homologación, es decir, de ubicación en un mismo rango de cualidades o de sujetos que son diferentes y perfectamente discernibles” (2005,89). Tras preguntarle Sonya a una de las dependientas de Fifth Avenue dónde puede encontrar a Jacques Hollins, ésta, lejos de dirigirse a ella en concreto en su respuesta, le dice: “Nobodies from Essex Street would faint away from the shine of his brass buttons on his footman. [...] Only the Four Hundred are rich enough to pass through his door” (15), de nuevo invisibilizando la individuación de los miembros de la comunidad *guetizada*. La inclusión de las inmigrantes en el lenguaje totalizador abstracto del tipo “nobodies” que provienen de “nowhere” relega a un segundo plano su voluntad por querer ubicarse en el espacio público a título individual. Sonya debe recurrir a los modelos paternalistas norteamericanos de asimilación para desasirse del agarradero en el que pendía su indefinición hasta el momento en que conoció a John Manning y así poder re-significar su identidad a través de su inclusión en las esferas públicas de poder. De este modo, Sonya ruega a Jacques Hollins que le ayude a situarse más allá de ese espacio en el que

los individuos no quedan identificados *per se* sino en su condición de nulidad individual y de fusión identitaria con el resto. Partiendo de que, como bien especifica Amorós, “los ámbitos de poder” se relacionan “con aquéllos en que se dirige la atención a la individualidad: la de los varones en el espacio público” (2005,52), las inmigrantes del Lower East Side, una vez acceden al reconocimiento en dicho espacio público, tendrían la posibilidad de retomar el poder de la individuación, usurpado por la jerarquía clasista de los organismos de control paternalistas. Al igual que la mujer frente al varón fue históricamente desposeída de su relevancia como individuo, las inmigrantes retratadas por Yeziorksa sufren una indefinición que viene impuesta por el carácter oportunista y “homologador” de un sector de la sociedad que les aliena en masa para desidentificarlas como individuos y así impedir que tengan un reconocimiento social que les permita equipararse a las clases altas. La crítica feminista de la Igualdad reivindica así esa relevancia como acto imprescindible para el empoderamiento y posicionamiento de las mujeres como iguales al resto de los varones en el ámbito de lo público.

Siguiendo la idea de la atribución del espacio de las idénticas a los sujetos sin voz más allá de los confines de un espacio privado de reconocimiento social y cómo su transgresión es posible, la historia de Jaky Solomon, convertido en Jacques Hollins, confirma la existencia de vías de escape ante el estigma de pertenencia de clase que los personajes sufren. Personificado en él el “American Dream”, Jacques ha conseguido sobrepasar la frontera de la invisibilidad para apropiarse de una identidad que le permite diferenciarse del resto de judíos. Sin embargo, el hecho de que haya sido gracias a la intervención de Mrs. Isenbaltt, y su interés por ser exclusivamente vestida por los diseños de Hollins, por lo que el joven ruso adquiere su individuación, resulta irónico ya que, una vez más, se constata la presencia de mediadores en el proceso de obtención de la individualidad. Del mismo modo que John Manning ejerce de bisagra entre la vida

invisible de Sonya en Essex Street y su posterior toma de poder, también Hollins ha participado en el entramado paternalista por el que sólo a través del contacto con las clases medias y altas es posible adquirir dicha individualidad que la experiencia en el gueto le negaba. No obstante, si se centra la atención en la labor de Hollins como diseñador, el texto muestra cómo la problemática que se plantea aquí no es tanto un conflicto de clase sino más bien de sexo. Hollins, a diferencia de cualquiera de las protagonistas de Yeziarska, no sólo consigue visibilidad en la esfera pública del núcleo urbano neoyorquino sino que también se le concede la posibilidad de crear modelos de belleza femenina basados en un cuerpo ilusorio al que hay que dar forma. Cuando Mrs. Isenblatt asegura que “only Solomon knows how to push away my fat” (18), lo que hace es recalcar la capacidad del sujeto varón para manipular el cuerpo de la mujer en función de un capricho a merced del gusto de las clases dominantes. De igual modo, cuando Sonya visita a Jacques y éste decide vestirla con sus diseños, se establece una relación de poder entre ambos a partir de la cual Hollins usurpa el papel de la madre dadora de vida relegando a Sonya a una posición de vulnerabilidad completa y dependencia total hacia el diseñador: “He put his hand on her shoulder and smoothed the fabric with the thrill of the creator who has taken formless clay and breathed into it the flame of life” (26). A partir de este momento, “the transformed Sonya” (27) pasa de ser apelada como “nobody” a ser definida como “a new Esther, dazzling the King of the Persians” (26). Hollins se refiere a Sonya como “my first real work of art” (27), equiparando su actuación con la de un artista y apropiándose del cuerpo de Sonya reduciéndolo hasta el punto de reconocerlo únicamente como su obra de arte. Esta desposesión del cuerpo de la mujer ante la maniobra del hombre parece acentuar la difícil tarea de las inmigrantes para desvincularse de cualquier control paternalista a la hora de buscar ese reconocimiento público.

Retomando el conflicto de identidad que concierne a este bloque temático, no es sorprendente que Sonya, una vez ataviada con la ropa diseñada por Hollins, muestre su desconcierto con respecto a la experiencia que está viviendo: “It must be all real – you – me dressed up in my dreams” (27). La razón por la que parece balancearse entre un estado real y otro ilusorio se debe a la influencia del sistema clasista americano que le lleva conduciendo durante tantos años a soñar realidades fraudulentas por su carácter inalcanzable. Con todo, no es hasta que se garantiza la idoneidad de la indumentaria diseñada por Hollins cuando se revela la práctica de poder en relación al control que ejercen las clases dominantes sobre individuos como Sonya: “never before had her clothes been an expression of herself – she and expression of her clothes. It was like being free from the flesh of her body, released from the fetters of earth” (33). Liberarse de las ataduras del cuerpo supone también la emancipación del individuo con respecto a su pertenencia a un estatus social no reconocido, lo que produciría su inmediata inclusión en el ámbito de lo público. Christopher N. Okonkwo, en su estudio sobre la importancia de la ropa en esta novela, afirma que los “immigrants, especially Jewish immigrant women, further exploited American clothing for their own socioeconomic purposes as gateways from domesticity to the public arena” (2000,131). Si se entiende el cuerpo del individuo como carta de presentación de cara a una sociedad cimentada sobre el podio de la apariencia y el gusto por el consumo, la habilidad de reconfigurar dicho cuerpo también se sometería a los designios de dicha sociedad. Lo que parece en un primer momento una toma de poder al moldear esa apariencia más allá de los “ready-made garments” de los que Sonya quiere deshacerse, resulta ser un episodio más en el que se manipula el cuerpo de la mujer para cumplir unas expectativas de mercado completamente diferenciadas en función del sexo del individuo. Así pues, cuerpo y espacio configuran la identidad de Sonya hasta que Hollins se encarga de

desnaturalizarlos y convertirlos tanto en un atuendo como en un escenario respectivamente.

En un segundo encuentro con Manning, Sonya se presenta con el nuevo atuendo diseñado por Hollins. Tras apreciar éste el cambio considerable en su apariencia, Sonya le recalca: “You and I, coming from the opposite ends of society. You, a somebody, and I, a nobody. But here, in America we come together and eat by the same table like born equals” (36). En este instante, la pretensión de la joven por recrear una situación de igualdad plena, lo que en términos de Celia Amorós se denominaría “espacio de los iguales”, manteniendo la diferenciación entre ambos como sujetos individualizados, denota su interés por empezar a disfrutar de las estrategias discursivas que el ideal promulgaba. La consideración de que ambos tienen la posibilidad de compartir un espacio sin perder su individualidad lleva a Sonya a participar del ámbito público gracias a su inmersión en los códigos de conducta de la élite, esto es, gracias a su cesión ante la actitud paternalista de la que Manning hace alarde. A la vista de un tercer encuentro, en este caso en la habitación donde Sonya se hospeda en el Lower East Side, la joven procura convencer a Mr. Rosenblatt, su casero, de la necesidad de arreglar la estancia. Éste no sólo rechaza la petición sino que además vuelve a obviar su individualidad llamándola: “You Bolshevik! [...] Go – go to your socialists and anarchists and divide up the world with them. You beggarin!” (43). En un intento posterior por convencerle, Sonya, vestida esta vez con la ropa que Hollins le diseñó, termina consiguiendo que Mr. Rosenblatt ceda y acondicione su hogar antes de la llegada de Manning: “The day before he would have brushed her aside – a mere complaining tenant. But a spit-fire who could wear such Fifth Avenue clothes was a different proposition” (54). Como se comprueba a lo largo de la novela, son cuantiosos los ejemplos de violencia a los que Sonya tiene que hacer frente en su búsqueda y

conquista de una identidad que le sirva para desarrollar su experiencia más allá de las fronteras del gueto. De igual manera que la habitación de Sonya se ha podido actualizar en términos de limpieza e higiene, también los cuerpos de las inmigrantes sufren constantes ajustes en lo que a su apariencia se refiere con la finalidad de encajar en los moldes que cada clase social tiene estipulado. Cuando Sonya invita a sus vecinos a contemplar su “Golden roomer!” (56), el comentario de Gittel evidencia la existencia de estereotipos en lo que se refiere a los espacios de la ciudad de Nueva York: “so much Fifth Avenue paint on an Essex Street tenement!” (57). El hecho de que Sonya intente transgredir esa barrera clasista provoca una inestabilidad en la jerarquía de poder que domina la sociedad norteamericana hasta el punto de que ni siquiera el Lower East Side neoyorquino está preparado para asumir la presencia de un microespacio en el que tenga cabida el refinamiento de la élite urbana.

Partiendo de la idea de la “estereotipación” de espacios como consecuencia de la firme jerarquía de clases que las instituciones a cargo de la adaptación de los inmigrantes se encargan de mantener, es conveniente resaltar el momento en el que Manning entra en la habitación, ya acondicionada, de Sonya y elogia la belleza del lugar diciendo: “The thing that appeals to me so much about the East Side [...] is their directness, their unscheming naturalness. [...] Little is needed to create beauty. All that is needed is a selective taste” (73). A primera vista podría considerarse un argumento inocente cuya única pretensión es la de agradar a la joven aludiendo a la relación no necesariamente proporcional de los recursos económicos con la belleza de un espacio. Recapitulando la actitud de Manning desde el principio de la novela, la insistencia de éste por dar valor a aquello que tanto esfuerzo le está costando a Sonya en erradicar parece albergar una intención deliberadamente paternalista. Es más, al validar un espacio caracterizado por las arduas condiciones laborales y la escasez de medios de

subsistencia y connotarlo como bello y valioso, Manning se sitúa en un estadio superior desde el que los análisis que lleva a cabo no pueden dejar de estar tiznados de un carácter jerarquizador. De nuevo, se percibe la pretensión por mantener las diferencias de clase, que tan divididas en función del sexo del individuo parecen estar, intactas. En este punto, es relevante mencionar el debate abierto que mantiene la crítica feminista de la Igualdad en contraposición a la defensa del Feminismo de la Diferencia en lo relacionado a la emancipación frente al discurso dominante y la recuperación o la reelaboración del mismo por parte de las mujeres, entendidas como sujetos menos privilegiados por su carente visibilidad en el ámbito de lo público. En palabras de Amorós, el discurso de las pensadoras de la Diferencia conllevaría el siguiente requisito: “hagamos que lo privado sea reconocido del mismo modo que se reconoce lo público, reivindicemos el valor de lo privado y tratemos de imponer su reconocimiento” (2005, 79), algo que más adelante en su texto denota como “típica hipocresía paternalista” (2005, 79). En este sentido, el reconocimiento de lo privado hace referencia al terreno de lo invisible, al espacio despojado de envergadura social, es decir, aquel lugar en el que Sonya se crió y vive. Valorizar lo que, de acuerdo con la filósofa valenciana, anula al individuo y deshace su identidad en trazos difuminados significa estar a merced de los mecanismos de poder de todo entramado paternalista, que juzga y condena al inmigrante por un choque de pertenencia racial. El bloque teórico de la Diferencia, lejos de avalar el comportamiento de Manning, puesto que al ser hombre ya se cancelan las alternativas que pudiera plantear su discurso en cuanto a liberación del sujeto oprimido mujer se refiere, establecería un orden de actuación por el que debería ser Sonya y no Manning quien validase su espacio privado. La joven, al exaltar dicho espacio, lo utilizaría como estrategia de empoderamiento frente al ataque de las clases medias blancas y su afán por invisibilizar aquello que consideran diferente

relegándolo a espacios de poca implicación social. A este respecto, la filósofa francesa de la Diferencia, Luce Irigaray, defiende este postulado denunciando que: “en la medida en que no hay un afuera puro accesible, hay que recurrir a la estrategia de la mimesis, a un proceso de desasimilación, a un decir la experiencia y el deseo femeninos a partir de la cultura producida por el otro; hay que interrogar un mundo únicamente nombrado en masculino y desde lo masculino.” (1984, 17). Esta argumentación vendría a desestabilizar el sistema social americano de principios de siglo XX, en el que la posición de la mujer en los espacios públicos estaba vetada, ya que propone la alternativa de fijar una senda por la que transitasen exclusivamente los sujetos oprimidos. Así, se construiría una visión nueva del mundo que les rodea y se llevaría a cabo una reconfiguración del espacio público, pues el creado por ellas tendría tanta, cuando no más, autenticidad como el que se originó sin su influencia. El hecho de que sea Manning quien dé valor al espacio privado en el que Sonya ha nutrido su experiencia y del que, desde que le entrevista, tiene la intención de escapar muestra una utilización incorrecta de los discursos de poder. Si fuese Sonya quien se apropiase de esa legitimación y elogiase la austera decoración de su habitación, entonces se pasaría de una crítica de la actitud paternalista de Manning a una consideración de empoderamiento de lo privado por parte de Sonya, lo que desde la perspectiva feminista de la Diferencia resultaría ser una toma de poder por parte del individuo excluido al reivindicar el cerco característico que le pertenece. María Luisa Femenías, en la línea de Celia Amorós y en consonancia con lo expuesto anteriormente, afirma que “defender [...] el lugar del silencio, de la interioridad, de los márgenes u de la invisibilización es reivindicar el lugar que siempre han tenido las mujeres, pero connotándolo como valioso” (2000, 90). Así expuesto el dilema, se podría sacar en claro que sólo la experiencia propia de cada individuo, en este caso la de Sonya, legitima los discursos de

poder que se ciernen sobre su espacio y que todo intento, que no sea el suyo propio, de delimitar lingüísticamente la definición de su experiencia se traduciría en una actitud de puro paternalismo encubierto, como el que se muestra implícito en el siguiente diálogo entre Manning y Sonya: “‘You like the working-girl in her working dress,’ Sonya wheedled. ‘You like her with the natural sweat and toil on her face – no make-up – no artifice to veil the grim lines of poverty?’ ‘Exactly!’ he beamed enthusiastically, unconscious of any shadow of hypocrisy. ‘Poverty and toil are beautiful crowns of the spirit and need no setting off’” (74). La higienización final del espacio doméstico de Sonya, sin embargo, debe su financiación al crédito que la joven pide al prestamista Honest Abe, cuya deuda debe ser saldada una vez contraiga matrimonio con el magnate. Manning, desconocedor del esfuerzo que Sonya ha tenido que hacer tanto para adecentar su hogar como para desvestirse de sus harapos, le propone trabajar como su secretaria para así conseguir llevar a cabo el deseo del investigador: “‘I come to propose that we join forces in the work to which I’ve given my life. Will you consider being my secretary? [...] Why, you have achieved this beauty I speak of without expense in your own room – in the clothes you wear’” (74-75). La estratagema con la que Manning elabora su discurso vuelve a crear en Sonya la ilusión de que ambos conviven en armonía e igualdad de reconocimiento, que la conquista del “espacio de los iguales” no es tal sino que es una batalla ya ganada desde el momento en el que Manning permite a Sonya incluirse en él. Siguiendo este argumento, cuando el investigador explica que el objetivo de su labor en el Lower East Side pasa por enseñar a las mujeres a sacar el mayor partido posible con el mínimo de ingresos: “‘I believe the working-girl could be vastly helped by instructing her to avoid the gaudy, vulgar styles and showing her how beautiful it is to be simple’” (75), en realidad está propagando un discurso en el que las jerarquías de clase permanecen inalteradas. La “Manning Settlement House” se

convierte así en un espacio en el que la integración de las inmigrantes, sobre todo provenientes de Europa del Este, en la sociedad norteamericana tiene lugar sin la posibilidad de progresar en la escala social, pues no afecta al estatismo de los rangos de clase.

Una vez Sonya se implica en la rutina de la institución comienza en ella a surgir la necesidad de identificarse con lo que le rodea hasta el punto en el que dice pertenecer más a ese espacio que al propio gueto en el que se crió: “I feel as if I were born there. It’s more part of me than the block in which I was raised” (82). Más adelante, la partida de Manning a Washington durante un período largo de tiempo provoca nuevamente la dependencia de Sonya a la hora de reafirmarse como individuo sin su presencia, lo que la mantendrá en un estado de indefinición constante al no ser capaz de interpretar su individualidad por sí misma: ““My life is in his hands. He can make of me what he wants – a black witch or a white angel. God will hold him responsible for my soul. For I have no soul without him”” (90). Desprovista del reconocimiento de Manning, Sonya busca la manera de no recaer en su identidad antigua, aquélla que le recordaba su pertenencia al reino de la invisibilidad por el que Hollins la denomina “Ghetto Princess” (24). El dilema que surge en esta ocasión plantea si la autenticidad de un individuo puede experimentarse en los espacios en los que ha sido colocado por un discurso dominante sin la necesidad de que el emisor de dicho discurso le reconozca, o si esa autenticidad deja de serlo una vez la conexión de reconocimiento se cancela. Celia Amorós soluciona esta controversia asegurando que “no se trata de la mera cuestión individualista de que yo me sienta individua [...]; si los demás me ven como una más de una serie o una multitud indiferenciada, yo no soy individuo/a, ya que no genero los efectos sociales y políticos, precisos y contrastables, de tal condición” (2005,102). Por tanto, en ausencia de Manning, Sonya retoma su condición de “nobody” incluso estando

situada dentro de la institución, un lugar que ella no ha creado y al que falazmente dice pertenecer. Si la creación de un espacio, o al menos la participación en la generación del mismo, se entiende como paso previo crucial para la identificación legítima del individuo con dicho espacio, entonces Sonya estaría experimentando un desarraigo continuo pues ni ha contribuido en la construcción de la MSH¹² ni tampoco ha formado parte de la experiencia de las clases altas que lo edificaron. Yezierska, alejando a Manning de la escena principal, muestra la inviabilidad de la nueva identidad de Sonya para sobrevivir sin ser reconocida por aquél que la dio forma, pues no hay que olvidar las referencias recurrentes en el texto a la participación de Manning en la creación de esta identidad nueva. A partir de esta apreciación, y en clave de metáfora, se podría comparar la dependencia que Sonya muestra hacia Manning con la de una recién “re-nacida”. Ésta, aún vinculada al útero simbólico del creador por el cordón umbilical, llámese reconocimiento de la “madre artificial”, necesitaría de su presencia para inyectarle la vitalidad suficiente y así poder terminar separándose de ella para comenzar a crear una identidad por sí misma en contacto con el exterior. Por el contrario, esta recién “re-nacida” en cuestión no es capaz de sobrevivir a la separación ni de sostener su identidad nueva una vez se ha independizado de su creador, lo que conduce a una crisis identitaria por haberse dejado colocar en un espacio en el que no se reconoce por sí sola. Ljiljana Cocklin se refiere al estadio fallido de asimilación por parte de Sonya argumentando que: “The implication that successful assimilation is measured by the ability of newcomers to reproduce and internalize the values of modern America may not entirely explain and validate Yezierska’s character” (2006,145), recalcando la actividad infructuosa de la joven entre las paredes de la MSH por no haberse llevado a cabo el proceso de asimilación por completo.

¹² A lo largo de este capítulo la referencia a la “Manning Settlement House” aparecerá en el texto a través de su abreviatura: MSH.

Tras recibir una carta de Manning en la que explica la demora de su retorno con extrema frialdad, Sonya comienza a despojarse de la autoridad del investigador y empieza a comprender la manera de cómo hacer frente a esa crisis identitaria que sufre: “I shall yet be master of myself. I shall yet be colder in the heart and clearer in the head than the American-born, *all-rightniks* of the educated world” (92). Como se puede comprobar, la joven ha acentuado su deseo por integrarse hasta el punto de que tiene la intención de representar una exageración del comportamiento nativo americano, creyendo así que podría alcanzar la independencia completa con respecto a Manning al sobrepasar el rango de su influencia. Recurrir al exceso a la hora de representar una identidad en un espacio público, en el que se busca el reconocimiento por parte del otro, apenas tendría validez para Sonya, y así lo muestra Yeziarska tras la visita que Gittel le hace en el “Settlement”. A pesar de que ella se presenta como nativa americana ante su compañera: “I’d not let it crush me into such a pulp of resignation as you. I’m American – not a crazy Russian. I want the vulgar sordidness of success” (94), lo cierto es que su discurso no va en paralelo a su posicionamiento en la sociedad ni al comportamiento calculador con el que caracteriza los americanos y del que dice haberse apropiado. Al final de este episodio, Yeziarska silencia a la joven para retornarla al espacio de indefinición que la partida de Manning le impuso: “She was not Sonya Vrunsky. She was a driven thing, lost in space, tossing and whirling in a void of pain” (95).

Tras plantearse el dilema sobre si la identidad que Sonya había configurado dentro de los límites de gueto puede autenticarse en el espacio público que alberga a las clases medias y altas norteamericanas, la autora parece dar a entender que dicha identidad no puede sobrevivir como tal sin la presencia de otros individuos que la reconozcan y la integren en ese espacio nuevo. Aludiendo a este dilema, el argumento que expone Amorós sobre cómo la individualidad se define a partir de un

reconocimiento exterior que la dé validez de existencia, es decir, que legitime su posición en el espacio público en consonancia con la identidad que el individuo en cuestión pretende poner en práctica, es relevante para explicar por qué Sonya sufre esta crisis identitaria: “la individualidad no se autoadjudica voluntarísticamente. Ha de pasar por el reconocimiento de otros individuos/as que te re-conozcan como tal, es decir, que te ubiquen en el rango, constituido en red de mediaciones recíprocas, del grupo de los individuos/as” (2005,393). El intento fallido de Sonya por validar su identidad recién adquirida sin otro individuo que así la reconozca le lleva a desear el retorno de Manning como si de una necesidad vital se tratase, anulando así cualquier implicación que ella pudiera tener en la forja de su experiencia: “I can’t help it. I’m in him. My body is in his body. My soul is in his soul. He – he alone can free me from myself” (91). Esa necesidad que muestra la joven por querer desprenderse de su antigua identidad podría ser el resultado de una actuación exitosa de la publicidad de los valores americanos, que en la época de principios del siglo XX se vendían como único modo de acceso al ámbito de lo público. No obstante, y sin darse cuenta, el deseo por inmiscuir su cuerpo en el de Manning, por retener su mirada para poder sostener en ese reflejo mutuo que le da reconocimiento y validez de existencia, resulta ser el deseo mismo por atrapar su propia identidad. La obtención de una definición estable que le permitiera deshacerse de los barrotes de una celda *guetizada* autorizaría su validez como una mujer americana. El hecho de que sea a Manning al que desee y no a otro personaje, como pudiera ser Lipkin, el redactor jefe del periódico “Ghetto News” para el que trabajaba, simboliza la ruptura que Sonya está dispuesta a llevar a cabo con su pasado, dirigiendo toda su voluntad hacia la adquisición de esa identidad anhelada: “Lipkin, and dozens of others – I could have them all – any man of my own kind. But it’s Manning – Manning only I want” (99). A pesar de ello, una vez Manning ha vuelto a la MSH, Sonya interpreta la

frialidad de su relación como una reconciliación imposible de la que los americanos y los judíos europeos son víctimas. Cuando dice que no es Manning quien le impide su “self-realization”, sino “echoes, longings, suppressed desires of past generations” (100), lo que la joven experimenta es el resurgimiento de su identidad previa que, vencida por la fuerza de sus aspiraciones, brota en Sonya como un estallido de glorias ignoradas. Si se tiene en cuenta que uno de los motivos principales por los que Sonya se apropia del discurso paternalista de Manning es porque en él está implícita la ayuda, pretendidamente desinteresada, de un colectivo social con recursos económicos suficientes para crear espacios de cooperación caritativa, entonces la erupción de este sentimiento en Sonya no resultaría fuera de lugar, pues su cometido en esta búsqueda de identidad está ligado a la premisa de servir a la comunidad. El dilema se extiende en el sentido de que ya no sólo la joven intenta encontrar un reconocimiento en el espacio público con una identidad que le sea válida para su integración absoluta como americana, sino que, además, si quiere llevar a cabo la asimilación a su finitud, debe emanciparse por completo de la influencia previa, algo que le resulta imposible por un conflicto de arraigo cultural. Al decir que siente dentro de ella los ecos de generaciones pasadas, aunque incapaz de darles voz, Sonya muestra la desposesión de ese arraigo porque está ubicada en un contexto que ya no le da autoridad para poder expresar la experiencia de las descendientes de las inmigrantes judías europeas. De este modo, esta desacreditación como intermediaria para canalizar el mensaje de auxilio del Lower East Side también se debe extrapolar tanto a Manning como a todas las instituciones norteamericanas encargadas de proceder a la integración social de las inmigrantes. Condenándose a sí misma, Sonya resta vigencia a la maquinaria de inclusión de individuos en la experiencia americana personificada por Manning y experimentada en la MSH.

Apenas acaba de regresar Manning de su estancia en Washington, cuando éste decide llevar a Sonya a una casa que tiene en Greenwold, a las afueras de la ciudad. A pesar de que la tensión entre ambos se perfila constantemente, la autora parece ofrecerles un respiro existencial, explicando cómo “they surrendered themselves, to the maddening, keen pleasure of their togetherness” (107). La unión que se produce alcanza su punto más álgido de fusión en el momento en el que Sonya expresa la amalgama cultural que se ha llevado a cabo entre sus dos cuerpos: “Races and classes and creeds, the religion of your people and my people melt like mist on our togetherness” (108). Además, no es casual que Yeziarska haya escogido un escenario tan idílico para dar lugar a esta secuencia, en palabras de Sonya: “God’s own Eden” (106), ya que justifica en mayor medida el trámite ilusorio que supone dicha fusión y cómo deja de tener legitimidad una vez se pone de manifiesto en el espacio público. La trascendencia que ocasiona esta escena, así pues, queda reducida únicamente al ámbito de lo privado, ya que ese “togetherness” que Sonya dice haber alcanzado no tiene ninguna relevancia social ni tampoco representa un arranque metonímico que pudiera justificar la parte fusionada como el todo amalgamador que se pretende en términos de asimilación entre culturas. Asimismo, tras contraer matrimonio con el investigador, Sonya comienza a darse cuenta del abismo de comprensión que les separa, un espacio que pretendieron sellar con la unión corporal y espiritual en Greenwold pero cuyo puente necesita de materiales distintos para soportar la envergadura cultural que se proponían construir. Cocklin habla del intento frustrado de la pareja por acometer una empresa en la que ninguno de los dos resulta tener la autoridad suficiente para hacerla llegar a su objetivo, esto es, la comprensión total de dos culturas, protestante americana y judía europea, y la homogeneización ulterior de sus individuos: “instead of the expected bliss and Manning’s conversion into a warmer and happier man and Sonya’s transformation into

a privileged lady, Sonya feels increasingly stifled by the world to which she so desperately wanted to belong” (2006,153). Y ciertamente ocurre así. En el momento en el que vuelven a la ciudad tras su luna de miel, que tuvo lugar en Greenwold nuevamente, Manning resuelve que vivirán en la mansión de Madison Avenue, un edificio que lleva perteneciendo a su familia durante cinco generaciones. Al igual que ocurrió en la MSH, Sonya vuelve a apropiarse del espacio trasplantando su identidad al terreno en el que se acaba de reubicar: “I am one of them now” (111). Sin embargo, y recordando la actitud escéptica que demostró en ausencia de Manning durante su partida a Washington, esta vez no se limita a dar por supuesta una asimilación sin resquebrajaduras. A través de este personaje se retoma el dilema identitario sobre si realmente se puede incluir como mujer americana y convertirse en un individuo más dentro del “espacio de los iguales”, expresión reminiscente de la filósofa feminista valenciana, o si ni siquiera a través de un acuerdo legal como lo es el matrimonio puede adquirir esa posición social reconocida: ““Am I one of them? Has our love made us alike? Just because I am his wife, have I become his kind?”” (111). Aunque a primera vista aparenta ser “a palace of shimmering beauty” (111), a medida que va habituándose al espacio Sonya se da cuenta de que las expectativas que generó se desvanecen, pues todas se habían cimentado sobre el ideal de la comprensión y la exteriorización de las emociones: “But when the great mahogany doors were thrown open to her by the erect, expressionless Butler, it was not he house of dreams she had pictured. [...] ‘Solid, cold, impersonal – that’s what these things are! [...] Here I feel no person’” (112) y concluye confesándole a Manning que el lugar es “like a museum, not a home!” (112). En el transcurso de su estancia en la mansión, Sonya experimenta la jerarquía de poder que existe entre el servicio y ella, una desigualdad de trato a la que tiene que hacer frente desde una posición con la que le lleva resultando imposible identificarse desde que

abandonó las calles del gueto. Cuando los mayordomos se refieren a ella como “madam” la joven evidencia tal desubicación que incluso tiene que forzarse a sí misma por aparentar una normalidad artificial. Sonya “accustomed to live among nobodies” (114) quiere expresarle a Manning su descontento con la divergencia de rango que funciona en Madison Avenue, pero en el instante en que se encuentra bajo el halo de su presencia, se rinde ante su encanto. Una vez se aleja de la influencia del magnate, el dilema se le plantea incesantemente: ““Between trying to act I’m a lady for the servants and holding myself up to the ancestors. God from the world! where am I?”” (116).

Poco tiempo después, se celebra una reunión de amigos de Manning para que tengan la oportunidad de conocer a Sonya en persona, lo que para ella significa: “to look me over” (119). En este aspecto, la actual Mrs. Manning se define como un objeto al que la sociedad americana tiene que calificar si es apto o no para su integración, lo que vendría a suponer la invisibilidad de cualquier tizne que evocase su procedencia originaria. A pesar de que Manning procura incluirla lingüísticamente en todos sus discursos, refiriéndose por ejemplo a la expresión inclusiva “our friends” (119) cuando nombra a los invitados que vendrán a la reunión, todo queda reducido precisamente a un intento verbal, sin ninguna incidencia en la realidad. Además, Manning le reprocha a Sonya que no pare de enumerar las diferencias de clase y de costumbres que hay entre los invitados y la comunidad del Lower East Side de la que ella proviene, cuando la intención de John es, justamente, hacerlas desaparecer: “The elimination of all artificial class barriers is my religion. And you harp constantly on class differences, as if you wanted me to lose faith in my work” (120). No obstante, el hecho de que esas diferencias se obvian, según Sonya, difumina la existencia de las limitaciones económicas de las clases bajas, fomentando así la exclusión que, indirectamente, instituciones como la MSH propagan: “If you came from where I come, you would see

plain as day the solid difference between those on top and those on the bottom... it's easy to stoop down when you're on top. Just like on a ship the first class passengers on top are free to walk into steerage. But will they let steerage passengers walk free upstairs?" (119). Planteada así la relación problemática entre ambos personajes, el encuentro no hace sino acrecentar la brecha cultural que desde el principio de la novela han intentado trascender.

La denuncia por recurrir a los discursos dominantes para configurar una identidad válida y que genere ese reconocimiento como "igual" por parte de los otros individuos que la rodean ha tenido un firme compromiso teórico dentro del denominado Feminismo de la Diferencia. De acuerdo con la filósofa francesa Luce Irigaray, "la mujer no puede ponerse a sí misma para sí misma como objeto. [...] desconcertada por esa falta de <<posición>> posible, se deja poner por el otro: hombre o madre." (1984, 100). Irigaray ofrece una alternativa teórica gracias a la cual la mujer tendría que redefinirse única y exclusivamente a partir de una reconciliación con sus características propias, aquéllas que la diferencian de los hombres, y creando como consecuencia un universo de significaciones paralelo al ya existente. La producción de Manning de un discurso paternalista, que tiene la pretensión de eliminar cualquier jerarquía de poder entre las individuos del Lower East Side y las de Fifth Avenue, pasando por alto las dificultades de las primeras por representar el comportamiento normativo de las segundas, no permite establecer un código existencial claro que sirva a las clases bajas para integrarse más allá de su contexto de exclusión. Como anteriormente explicaba Sonya, su desubicación parte del hecho de que tiene que actuar una identidad. Al no poder nutrirla con una experiencia propia, esta identidad sólo podrá ser representada en los escenarios en los que la joven se vea reconocida como tal, ya sea por Manning o por el servicio que le atiende en Madison Avenue. Pero una vez el telón se baja, Sonya

retomará sin quererlo la experiencia propia, la que arrastra el yugo de la invisibilidad social, frustrando así la prolongación de la identidad nueva fuera de escena. Por tanto, el conflicto identitario se conjuga en un ir y venir de condiciones que terminan por eclosionar cuando ella toma conciencia de que no puede reconciliar las dos experiencias.

Ya en la recepción de invitados, Yeziarska ofrece un escenario simbólico en el que tendrán cabida las dos culturas dentro de un mismo espacio privado. Si las dificultades de asimilación se terminan haciendo evidentes e insalvables en el ámbito de lo público, el intento por resolverlas en un espacio privado perteneciente a la élite neoyorquina como lo es la mansión de Madison Avenue resalta aún más si cabe la directriz errada de Manning. Siguiendo la conclusión de Okonkwo, quien afirma que “instead of blurring class and culture distinctions as the Manning ideology presupposes, the reception both reaffirms and clarifies economic and societal positionings” (2000, 135), Yeziarska va desentramando la ineficacia del cometido paternalista cuando la relación entre los individuos se extiende más allá de los límites marcados por las diferencias de clase. En el momento en el que llegan a la reunión Gittel y Mrs. Peltz, la antigua casera de Sonya, se genera un choque de comprensión tal que las invitadas por parte de Manning aluden continuamente a sus gestos y a su apariencia como si de hipérboles teatrales se tratase. Expresiones como: ““The East Side in full regalia... in the Manning drawing-room... what a picture!”” o ““John’s melodramatic vaudeville of social equality...”” (127) alimentan ese abismo que tanto énfasis Sonya pone a la hora de convencerse de que puede ser transitable. Gittel, desde su perspectiva escéptica, le pregunta a Sonya cómo puede soportar tantas “fake manners” (123), refiriéndose al comportamiento refinado pretendidamente naturalizado de las mujeres que les observan. Los extremos culturales que Manning entendía por maleables resultan ser no sólo

resistentes a la erosión de influencias externas, sino también evasivos, sin el menor ápice de interés en el intercambio de sus experiencias. La presencia de Mrs. Peltz, además, incrementa esa diferencia puesto que su indumentaria se compone de préstamos de diversos vecinos del Lower East Side, que quisieron contribuir a la buena apariencia de la casera. Imbuida en un festival de ajuares ajenos, Mrs. Peltz simboliza la experiencia del gueto en tanto que porta el credo comunitario de solidaridad (*tsdokeh*) del que la protagonista proviene. Cuando Manning se acerca a las dos invitadas de Sonya con la intención, según comenta, de librarlas de su aislamiento, Gittel le pregunta: ““Did you believe that the East Side would come as far uptown?””, a lo que el investigador contesta: ““It’s no harder for you to come up than it has been for me to come down. The pleasant part is that we meet”” (126). Gittel, al no estar de acuerdo con la expresión que utiliza Manning, le pide que se explique mejor, y éste retoma el discurso falaz de igualdad con el que lleva justificando su actividad laboral desde que conoció a Sonya: ““I mean there’s no coming up or going down. We all belong to the people. I see no differences’ (126). De nuevo, se recurre a la homogeneización de los contextos de los individuos para legitimar una actitud paternalista, que Manning muestra cada vez que está en contacto con miembros de clases con menos recursos económicos. Retomando la problemática planteada por la crítica feminista, el hecho de que sea él quien diluya la diferencia disfrutando de una posición privilegiada con respecto al colectivo al que se refiere denota un fallo de entendimiento por parte del investigador que termina por provocar una erupción de orgullo en las inmigrantes aquí retratadas. En cambio, y como a continuación se da lugar en la novela, si esa diferencia se alza como reclamo de un individuo o colectivo en posición de inferioridad, entendida ésta como carencia de representación en el espacio público, entonces la situación pasaría de ser considerada una toma o *emisión* de poder y no una entrega o *recepción*

del poder del otro. Ante esta situación, es Mrs. Peltz quien decide pronunciarse y reivindicar no sólo su diferencia con respecto a Manning sino también las categorías diferenciadoras que existen entre los mismos miembros del Lower East Side: ‘*Nu,*’ she said. ‘Even downtown we got differences. Let me and the landlord’s wife go to the butcher store for meat. For who will the butcher pick out the fattest piece of meat? For me, who bargains herself for every penny, or the landlord’s wife what pays him over any price he asks?’” (126). Esta apreciación de Mrs. Peltz desmontaría por completo la comparación del “espacio de las idénticas” con ese espacio excluido, que se explicó anteriormente en este estudio, ya que si dentro de éste existen diferencias que impiden generalizar unos rasgos globales entre sus miembros, hablar de un “espacio de las idénticas” no tendría validez para justificar su realidad. Sólo podría servir, entonces, como categoría totalizadora que utilizaría el discurso dominante de Manning y el círculo social de la élite neoyorquina que lleva a cabo su experiencia fuera de los límites del Lower East Side para definir a un sector de la sociedad y tenerlo así controlado. Así todo dispuesto, el planteamiento de Celia Amorós sobre la existencia de un “espacio de los iguales” y un “espacio de las idénticas” es útil para este dilema porque proporciona la perspectiva necesaria para, a partir de ahí, resolver el conflicto que surge a la hora de explicar por qué no es transitable la vía del entendimiento entre ambas facciones sociales en la novela *Salome of the Tenements*. Por una parte, para la élite invitada a la reunión, el gueto constituye un espacio en el que las individuos se caracterizan por su indiscernibilidad, lo que vendría a instituirse como el “espacio de las idénticas”; por otra parte, para sus habitantes, esa élite representaría de igual manera un espacio en el que no se permite la diferenciación, pues han tenido que someterse a un extenso protocolo de medidas de comportamiento que las ha transformado en productos miméticos, de ahí que Gittel las caracterice por sus “fake manners”. Y en medio de ambos extremos se

encuentran Sonya y Manning, aferrándose al ideal que quedaría representado por el “espacio de los iguales”, por el cual todos los individuos se reconocerían unos a otros como sujetos en igualdad de oportunidades en un mismo espacio sin perder por ello la identidad que les diferencia, a su vez, del resto.

Según se va aconteciendo el encuentro, Sonya percibe una apatía en Manning que no consigue reconocer o, mejor dicho, que no consigue encajar en el imaginario que ella ha recreado en torno a él, por lo que la admiración que le tenía parece ir mellándose poco a poco: “She was spent – exhausted – extinguished!... she recognized for the first time a silent admission of her incapacity to meet him fully in his own world” (129). La celebración de este evento ha permitido que Sonya experimentase la imposibilidad de reconciliación entre ambas esferas sociales desde una perspectiva omnisciente. Ello provoca una vuelta a sus valores culturales originarios y una exaltación del elemento que tanto empeño tiene Manning en hacer desaparecer: su deseo por que las mujeres *guetizadas* no se conformen con lo mínimo y puedan optar a ideales vetados, como la belleza o la dignidad, sin pasar por el trauma que la integración por vías paternalistas conlleva. En cuanto los invitados desalojan la estancia, Sonya proclama su diferencia ante Manning, dando voz al eco de auxilio de tantas generaciones de judíos que palpitan en su interior: “Can Mrs. Peltz make herself over for a Mrs. Vandewater, or Gittel Stein for a Ellen Moore? No more can I make myself over on another person’s pattern. I’m different. I got to be what’s inside of me” (131). Del mismo modo que Sonya no puede asimilar su identidad con la experiencia de otras individuos que se sitúan en un espacio público en el que los recursos económicos son una máxima para adquirir individualidad, las críticas feministas de la Diferencia proponen nuevas alternativas de referencia a la hora de erigir una individualidad infravalorada por los discursos dominantes de poder. Irigaray, en este respecto, afirma que “la liberación de las mujeres no pasa por

<<convertirse en hombres>> o en envidiar objetos o partes del hombre, sino por que los sujetos mujeres den un nuevo valor a la expresión de su sexo y de su género”, especificando que “ser mujer equivale a no ser hombre” (1992, 69). Tanto el sujeto “mujer” utilizado lingüísticamente por la crítica feminista para dar cabida en el discurso a la reivindicación de la igualdad como las inmigrantes judías retratadas por Yeziarska comparten una situación de exclusión a la hora de ser reconocidas en el ámbito de lo público. Estas últimas, incluso, sufren una marginación más específica debido a que acarrear el estigma cultural de profesar unas costumbres que no encajan con la forma de vida dominante.

No obstante el abismo cultural, la apertura de la MSH para el período de invierno y la organización del programa renueva la ilusión de Sonya por integrar a las mujeres sin reconocimiento social en la rutina de la vida americana. Retomando las directrices de integración del discurso dominante, la joven vuelve a creer que es posible la existencia de un espacio en el que las diferencias quedasen desdibujadas: “I am they, and all these people are me” (133). A pesar de que ambos comparten un mismo objetivo amalgamador, el hecho de que Sonya lo quiera llevar a cabo desde su propia experiencia como habitante del Lower East Side y Manning lo pretenda alcanzar desde una actitud deductiva y una posición estratégica que no pone en peligro su estatus económico provocará un desencuentro inevitable a la hora de fijar los medios para conseguir ese fin. Además, no hay que olvidar que la disposición de Sonya para participar en esta misión se halla dentro del espacio de la MSH, creado con el objetivo de cariz paternalista que tanto han denunciado Gittel y Mrs. Peltz como representantes del gueto en el espacio público de dominación elitista. Entre la diversidad de cursos que se ofrecen dentro del edificio, hay uno que llama especialmente la atención de Sonya: “Milkless, butterless, eggless cake”. En el interior del aula, las mujeres aprenden cómo

preparar un postre sin la necesidad de utilizar condimentos cuyo importe sobrepase los límites de sus recursos económicos. El hecho de que se les enseñe a vivir con lo justo en vez de darles la oportunidad de mejorar su posición social forma parte del mecanismo de alienación clasista que promulgaban este tipo de instituciones de caridad en las grandes ciudades norteamericanas a principios del siglo XX. La denuncia de Yeziarska ante esta situación se hace evidente según va avanzando la novela, ya que lo que comienza por considerarse una puerta abierta a la antesala del paraíso resulta ser finalmente un pasadizo al escondrijo de la invisibilidad. El curso impartido en la institución es un ejemplo simbólico de cómo los objetivos marcados por este tipo de propuestas pasan por alto el derecho a la movilidad de clase que tiene todo individuo americano, con la teoría en la mano, reduciendo esta posibilidad al casamiento entre miembros de diferente rango social, como se ha podido comprobar en el caso de Sonya. La alienación transmitida con el disfraz de la regeneración del gueto provoca en la joven un deseo por desbancar el discurso dominante personificado en Manning y utilizarlo desde la comprensión de quien se sabe infravalorado: “Yes,... better no dessert than to train them to be thankful for cheapness and doing without. I’ll change this. No more milkless, butterless, eggless cakes for the poor when I take hold of this work” (135). En este sentido, se plantea una alternativa en la que es el sujeto excluido y no el que goza de una posición privilegiada quien toma las riendas de la maquinaria de integración social. Su experiencia validaría, así, en mayor medida ese programa de actividades por su carácter inductivo, es decir, por tomar como referencia la realidad experimentada y no las directrices intuitivas de individuos pertenecientes a clases sociales diferentes, cuyo único propósito es el de mantener los abismos de clase intactos.

Tras la toma de contacto con el tipo de actividades que se llevan a cabo en la MSH, Sonya presencia una situación que corrobora su escepticismo en cuanto a la

efectividad de la función integradora del lugar se refiere. Un grupo de asistentes sociales, lo que Yeziarska denomina como “friendly visitors”, están reunidas escuchando una conferencia que imparte su directora, quien explica las condiciones esenciales que deben cumplir las mujeres de clase baja a la hora de que se les proporcione la cantidad de alimento proporcional a sus necesidades. Para ello, distingue entre las que son merecedoras de esa concesión caritativa y las que aparentan tener menos recursos de los que en realidad tienen: “For the sake of the worthy poor, we must guard against impostors –... We want to be kind ...but for the good of the truly deserving, we must guard against fraud” (135). La máxima de erradicar cualquier manifestación fraudulenta en el momento de evaluar si el individuo, ¿o se debería seguir llamando la “indiscernible” (2005,53)?, está lo suficientemente excluido como para permitirle el disfrute de una necesidad tan básica como lo es el alimento reafirma la voluntad de la institución por ofrecer el mínimo suficiente para equipararse al resto de las “idénticas”, es decir, al resto de las integrantes del gueto. Sin embargo, si el individuo expuesto a evaluación sí cumple con las expectativas que el discurso paternalista ha confeccionado para los de su clase social, entonces éste no siente la obligación moral de proporcionarle un crédito con el que poder abandonar su posición de excluida social.

Botshon explica la desmitificación que Sonya advierte haciendo referencia al estadio primitivo del que parte en un primero momento y cómo retorna al punto de inicio: “Sonya’s initial hope to be able to achieve ‘civilization’ through union with John is dashed as she finds that not only does she remain primitive, but also that it would be odious to become civilized” (2010, 251). De este modo, la “togetherness” de la que Sonya hace alarde durante su escapada a Greenwold queda cancelada una vez descubre la verdadera actividad de la empresa de caridad regentada por Manning: “She knew now

that there had never been any real togetherness between them... that just as fire and water cannot fuse, neither could her Russian Jewish soul fuse with the stolid, the unimaginative, the invulnerable thickness of this New England puritan” (146). Al recurrir a elementos primarios provenientes de la naturaleza para dar una justificación consistente a su desencuentro cultural, Sonya parece sentar las bases de una diferencia biológica como causa primera de dicho desencuentro. Reducir la incapacidad del sistema propuesto por Manning como consecuencia de la colisión de rasgos innatos en los individuos sería otorgar legitimidad a los discursos “eugenéticos” de principios del siglo XX. En contraste, la intención de Yeziorksa no es otra que desviar la inviabilidad de la reconciliación cultural hacia un terreno más asociado al comportamiento, en el que las diferencias no pueden ser manipulables sino que, simplemente, existen y definen una diversidad irrefrenable.

Debido al vencimiento del plazo de la deuda con Honest Abe, Sonya se ve obligada a empeñar su anillo de casada para hacer frente a su desembolso. Más adelante, la joven decide recuperarlo firmando con el apellido de Manning un compromiso de deuda que alcanzaría esta vez los 15,000 dólares. La presión que ejerce el pago inminente de la deuda que contrae con el prestamista se hace insostenible para Sonya y decide confesárselo al investigador. Además, aprovecha la emisión de este discurso para revelar su descontento con su labor “regeneradora”: “Settlement business ain’t work. It’s only a make-believe, a fake. Your settlement is a lie, like all settlements are lies... It’s fit for jokes in comic papers, the whole show-off of uplift work. And you make printed reports from it and read your own lies for the gospel truth” (147). La revelación de lo que realmente siente, de la verdad que su experiencia ha dado forma fuera de la influencia de Manning, simboliza la reapropiación de su identidad como Mrs. Vrunsky y el abandono de los hábitos de auto-indulgencia de la comunidad americana. Si se

entiende la confesión como un acto redentor que le permitiría a Sonya liberarse de la culpa por no haber podido cumplir con su cometido, se estarían poniendo en duda de nuevo los medios por los cuales pretende adquirir esa redención, puesto que se mantendría la conexión con el proceder cristiano tan ligado al colectivo de la élite americana. Además, se observa que su declaración no provoca ninguna incidencia en la actitud de Manning, relegando el carácter confesional de su discurso a un trastorno pasajero producido por el estrés. En cuanto al contenido de esa revelación, Sonya denuncia haber sido colocada de forma estratégica en el contexto de la MSH como parte del experimento social que se está llevando a cabo: “But what did you get me for? To make me over? To make me part of your social experiment – part of your Christian reform?... you don’t want my people. You never loved me for me, myself” (149). Sonya reivindica su identidad como sujeto agente en el momento en el que delata el interés fraudulento del investigador, cuyo objetivo consiste en dar autenticidad a su estudio sociológico. Con todo, no es hasta que Manning advierte la escritura de su apellido en el documento de la deuda cuando reacciona ante la situación: “It must be paid instantly. My name in the hands of that *Jew!*” (151). Este pasaje evidencia la diferencia cultural de la que Manning tampoco puede deshacerse, pues referirse a Honest Abe por su calidad de judío y temer el contacto de su reputación con la del prestamista denota el pánico de las clases acomodadas americanas por establecer vínculos de dependencia con los estamentos más bajos. Si las relaciones de poder se establecen en base a una jerarquía de reconocimiento social, en la que los individuos con más recursos económicos son los que pueden decidir los modelos de comportamiento del resto de individuos en el espacio público, el hecho de que Manning se someta al mandato de un prestamista judío y precario invierte la ecuación y desestabiliza el sistema de clases que las instituciones americanas se afanan en

mantener. La confesión de Sonya, por tanto, queda relegada a un segundo plano y no se interpreta como el clímax de la novela, sino que cedería su relevancia a la aversión que muestra Manning, como representante de la élite americana, por claudicar su poder ante la autoridad del prestamista. Tras notificarle que se marcha a saldar la deuda, Manning decide romper la relación con Sonya bajo la premisa de seguir aparentando que son un matrimonio decente viviendo en la mansión de Madison Avenue.

Ante la imposibilidad de seguir actuando como Mrs. Manning, Sonya abandona ese escenario de privilegios y se lanza al espacio público de Nueva York sin la carta de presentación que el reconocimiento de Manning le proporciona: “Ach! I wanted to run away from the worry for bread and here I’m back again to where I started” (155). A pesar de que retornar al espacio de la invisibilidad le supondría volver a definirse como “nobody”, Sonya reconoce que la experiencia que ha vivido durante su estancia en la mansión como Mrs. Manning no le ha aportado nada: “the only thing real in her unreal experience was the gnawing sense of nothingness” (155). Aquí vuelve a surgir el dilema identitario que concierne a este capítulo: si el hecho de no ser reconocida en el espacio público, es decir, ser considerada una *nobody*, le permite autenticar su experiencia como individuo, entonces se puede establecer que la identidad real de Sonya sólo puede tener vigencia dentro de los márgenes de un espacio socialmente invisibilizado. Friedman, en esta misma línea, considera que: “Sonya can thrive only when she remains within the close quarters of her people (Jewish immigrants) and her enclave (the Lower East Side). As soon as she ventures out to the other New York, [...] she becomes fragile and subject to mistreatment” (2005, 178), confirmando la imposibilidad de la joven por incidir en la experiencia que se lleva a cabo fuera de ese espacio privado. Desde la perspectiva del feminismo de la Igualdad, Sonya habría fracasado en su intento por reivindicar el reconocimiento como individuo en igualdad de derechos al resto de

miembros de la sociedad americana. Su retorno a ese espacio se entendería como una rendición, una vuelta al “espacio de las idénticas” en el que no podría sentir su individualidad puesto que no habría individuo privilegiado que así la reconociera como tal. Siguiendo el argumento de Amorós, “en el espacio de las idénticas, de las indiscernibles, el ámbito de lo privado, de lo que no se contrasta a la luz pública, donde nada se reconoce ni se discierne y cualquier emergencia no puede ser sino adjetiva sólo se puede ejercer poder como influencia indirecta y puntual en oblicuo... La eventual suma de las influencias en serie, dispersas, no tiene en ninguna parte efectos totalizadores ni sintéticos” (2005, 108). En cambio, desde una postura crítica de la Diferencia, Sonya estaría en el camino correcto hacia la reinterpretación de su experiencia como sujeto excluido. Sin la necesidad de apoyarse en promesas paternalistas de integración, su identidad debería arraigarse en lo distintivo y revalorizarlo desde la posición que le pertenece, aunque ello traiga como consecuencia la creación de un discurso aún no pronunciado y la andanza de una aventura cuyo final aún está por escribir. Ante este dilema, Femenías concluye que dicha revalorización lo único que constituiría es una “microresistencia” sin ninguna relevancia en el espacio público: “cuando muchas feministas de la diferencia deconstruyen la trama hegemónica dominante para rechazar toda institución tachándola de normativa...limitan los esfuerzos de las mujeres a la microresistencia de sus cuerpos individuales y a su inscripción en la historia”(2000, 87). A este respecto, la caracterización del espacio público como vía de reconocimiento del individuo invisibilizado queda bien explicada por Amorós cuando aclara que “no se trata, pues, tanto del contenido del espacio en sí como de la *formalidad* de que sea accesible a todos” (2005, 79). La envergadura de su reivindicación, según su argumento, debe pasar sí o sí por legitimar el acceso del individuo a la esfera de lo público, que es donde las relaciones de poder tienen una

presencia mayor y donde las diferencias de clase, culturales y de sexo se aprecian con mayor objetividad.

Cuando Sonya regresa al periódico en el que antes trabajaba, el “Ghetto News”, y expresa ante sus compañeros: “I’ve come back to my own people” (158), Gittel le recuerda que ya no es posible esa afiliación debido a su casamiento con un cristiano. El hecho de que Gittel le vete a la joven el derecho a identificarse con la comunidad en la que estaba integrada hasta el momento en el que conoció a Manning, y que acabó rechazando, le posiciona en un estadio de superioridad frente a la desubicación de Sonya, pues parece que su acusación legitima su arraigo frente a la falta de posición de su amiga. Del mismo modo, el intento frustrado de Sonya por costearse un curso de diseñadora y el rechazo que sufre por parte de los empleados de un hotel porque no le está permitido el paso sin acompañante y sin equipaje le vuelve a colocar en un estado de exclusión social tal que recurre al único arraigo del que puede disponer: ella misma: “I have me, myself. In me is my strength” (162). Cabría destacar la apreciación de Irigaray en relación a la carencia de posición de las identidades excluidas, puesto que Sonya está experimentando las consecuencias de no tener un lugar propio de individuación no porque se lo hayan usurpado, sino porque, según las pensadoras de la Diferencia, nunca ha podido construirse. Citando a la filósofa francesa: “En lugar de constituir un género diferente, el femenino en nuestras lenguas se ha convertido en un no-masculino, es decir, en una realidad abstracta sin existencia” (1992, 18). Lo mismo ocurre con Sonya, ya que su inexistencia de cara al resto de la sociedad le lleva a plantearse tomar las riendas de su voluntad y empezar a crear un universo propio a partir del cual erigir su individualidad con las herramientas de su auto-reconocimiento. Como última alternativa se hospeda en el “woman’s hotel”, un espacio dedicado a dar cobijo a las mujeres que no pueden sufragarse un alquiler. “Woman’s hotel” es la

representación del conflicto identitario expuesto en esta novela, ya que la utilización del *todo* para hacer referencia a la *parte* deja en el camino la ilusión del reconocimiento individual. Sus habitaciones, “devoid of any touch of individuality” (162), alienan a las mujeres hasta el punto de que Sonya lo describe como “a desert of nonentities” (163). Si se parte de la idea de que el individuo puede crear un espacio propio sin la premisa de tener que hacer uso de protocolos ya dispuestos por el discurso dominante para la generación del mismo, entonces se estaría de acuerdo en que la combinación espacio-individuo supone la dependencia vital mutua: el uno no podría existir sin el otro. La descripción de Sonya del “woman’s hotel” apoya este planteamiento ya que tanto el espacio, las habitaciones, como el individuo, las mujeres que allí se hospedan, carecen de individualidad. Dicha inexistencia, además, provoca una falta de posición en el lenguaje que obliga a los personajes a utilizar categorías totalizadoras como “females” o “nonentities” para poder representarles en la abstracción del discurso. Cuando Gittel va a visitarla para hacerle entrega de una carta dirigida a ella de parte de Manning le pregunta por su domicilio actual, a lo que Sonya contesta “nowhere” (166). La desubicación que muestra, de nuevo, corrobora la situación de indefinición que sufre, no siendo capaz de arraigarse en un espacio concreto, ya que fue desahuciada tanto del contexto de Madison Avenue como del del gueto.

Tras pasar por alto la misiva del investigador, quien le pedía que recapacitase la decisión de abandonarle, Sonya empieza a trabajar en un restaurante para así ahorrar lo suficiente e inscribirse en la escuela de diseño. Una noche, la joven reconoce un acento característico del Lower East Side y se acerca para escuchar la conversación entre dos comensales, quienes resultaron ser diseñadores y a los que Sonya muestra su empeño en trabajar para ellos. Mr. Ziskind, al ver la predisposición tan positiva de la joven, le da la oportunidad de diseñar su propio vestido y la contrata. Sonya pretende conjuntar la

simplicidad de los tejidos con el buen gusto al combinarlos. Durante el proceso de la delineación, la joven atribuye sus avances a la influencia de Hollins, el diseñador judío con el que entabló relación al principio de la novela: “It’s Hollins’s hands working in me” (170). El vestido que diseña, conocido como “Sonya’s model”, hace que el negocio de Mr. Ziskind prospere gracias a su difusión en los comercios. “Sonya’s model” representa no sólo el gusto de su creadora, sino la reivindicación que da voz a toda la comunidad *guetizada* que, excluida ante las dificultades de acceso a los bienes de las clases medias y altas, aprendió a conformarse con una forma de vida limitada a sus escasos recursos económicos. En este caso, la voluntad de Sonya por diseñar este vestido se legitima porque se erige como personificación de un colectivo oprimido. Su experiencia como mujer, judía e inmigrante le da autenticidad a una identidad sepultada por la marea paternalista que se toma la libertad de decidir qué es y qué no es admisible para las mujeres del Lower East Side: “The dress I wanted to wear for myself, I designed for all women” (171). Yeziarska valida el cometido de Sonya dando a entender que son esas mujeres las que pueden llenar el vacío existencial que acarrear por culpa de no aparecer representadas en el discurso dominante de las instituciones de integración como la MSH. Siguiendo el argumento de Okonkwo, el proceso de americanización anula la individualidad de estas mujeres en los espacios compartidos con los sujetos ya adaptados porque se establece una jerarquía de poder basada en el reconocimiento del otro como inferior, traumatizando más si cabe al individuo durante el desprendimiento de la identidad de la que quiere desasimilarse: “Unlike the spirit of Americanization, which suppresses the ethnic self and presupposes hegemony, the Sonya Model empowers that self with voice” (2000, 142).

El diseño triunfante del “Sonya’s model” es la causa por la que el diseñador judío Hollins, intuyendo que el éxito de la prenda podría deberse a la presencia de

Sonya, va en busca de la joven para proponerle que trabaje junto a él en su negocio. Desde ese momento, comienzan a cooperar por la difusión de modelos de belleza originales, un trato de igualdad plena que termina en la declaración de amor del uno por el otro: “Which part did you do, and which did I? Where did I begin, and where did you end? It’s as if one mind did the whole thing” (174). El hecho de que Hollins provenga del mismo contexto cultural que Sonya facilita el entendimiento entre ambos, no teniendo que ser la joven quien se adapte a un comportamiento protocolario que le resulta extraño, sino que es Hollins quien recupera la experiencia de haber vivido en las duras condiciones del gueto y la resignifica para darle sentido en el espacio público de la Fifth Avenue: “Sonya had made him again the impulsive East Side Jew he once was before he became a successful artist” (177). Se explica así el porqué de la falta de conexión entre Manning y Sonya, reafirmando que la fusión cultural de dos individuos entre los que hay una desigualdad de poder, en lo que la posibilidad de acceder al espacio público se refiere, es insostenible como medio a partir del cual construir un sistema de cooperación mutua. La posición privilegiada de Manning en la sociedad le deslegitima a la hora de enunciar el discurso del Lower East Side y de crear documentos en los que traduce una experiencia excluida usando el idioma paternalista de la élite. Sin embargo, la unión de Hollins y Sonya aparece reflejada como el punto de partida necesario para construir una resignificación del mundo que se experimenta más allá de las fronteras de lo invisibilizado y al que les ha estado vetada la entrada a las mujeres que Yeziarska retrata. Su asociación les permite avanzar al mismo ritmo a la hora de proceder al cumplimiento de su objetivo: la democratización de la belleza: “I’ll never be content to work with you only for the rich. Beautiful things should be for those who long for beauty” (177). Para evitar que no sean sólo las clases medias y altas las que puedan costársela, la pareja trabaja en conjunto creando universales de belleza a partir

de su diferencia como judíos, es decir, a partir de su experiencia en América como no-nativos.

Una lectura relevante al respecto de la creación de este nuevo modelo representativo del colectivo de mujeres invisibilizadas viene de la mano de Katherine Stubbs. La autora crítica pone en duda si la intención de Sonya es desestabilizar la rigidez de la jerarquía de clases en América o si, por el contrario, su único interés es dar acceso a las mujeres a un mercado de consumo que, ya sea a través del “Sonya’s model” o de otro modelo confeccionado para ese fin, terminaría por alienarlas igualmente: “Couture, according to Sonya’s terms, should be so totally divorced from the marketplace... In this new world order, aesthetic sensitivity replaces social class and wealth as the legitimate grounds on which to gain access to couture” (1998, 168). Partiendo de la premisa de que los “ready-made garments” operan en función de un gusto totalizador que engloba a las mujeres que los consumen y las des-individualiza debido a la difusión en masa de un mismo modelo, según Stubbs “other women will be wearing a ready-made gown when they wear the Sonya model” (1998,169). En este sentido, Sonya estaría imitando un patrón de comportamiento que, aunque se genere a partir de su experiencia como mujer excluida del Lower East Side, finalmente ofrece los mismos servicios que la moda de ropa confeccionada a gran escala. La individualidad de la que alardea el “Sonya’s model” en un primer momento quedaría frustrada una vez el vestido se universalizase, pues el elemento *diferenciador*, en opinión de Stubbs, se transformaría en elemento *mimetizador*. Desde esta perspectiva, no se podría concluir que Yeziarska ofrece una alternativa anti-asimilacionista, como Bothson confirma, (2010, 253) a la problemática de la representación del sujeto no-reconocido en el espacio público. Más bien, se muestra una ramificación dentro del tronco oficial paternalista que ayudaría a relativizar la preponderancia de éste y permitiría a las

mujeres de clases bajas la posibilidad, al menos, de acceder a espacios que les sería imposible si ello dependiera únicamente de la regeneración fraudulenta que, en este caso, Manning representa. Esta relativización del discurso dominante se alcanza gracias a la exaltación de la diferencia reivindicada por el colectivo excluido, ya que les proporciona el poder suficiente para encontrarse al mismo nivel que el resto de discursos. En el momento en el que el “Sonya’s model” participa del espacio público y se convierte en un producto de consumo, debe inevitablemente compartir las mismas reglas de mercado que los “ready-made garments” si quiere incrementar su rango de influencia. La afirmación de Stubbs plantea un dilema de difícil resolución, ya que supone la existencia de un sistema de producción que aúna tantos modelos como sean requeridos y los unifica en un conglomerado de posibilidades de igual acceso, provocando así la reducción de ese elemento *diferenciador* pero, a su vez, dando la oportunidad de tener un lugar en el espacio público a otras alternativas de consumo, en este caso de acercamiento a la belleza. Mientras que la ropa confeccionada está relacionada con la des-individuación del sujeto, la alta costura aparece conectada con la individualidad, ya que cada pieza de ropa se ha diseñado exclusivamente para un determinado sujeto. Si el “Sonya’s model” permaneciese dentro de su ejemplaridad y no se universalizase representaría unos valores contrarios a los de Sonya, pues su implicación para las mujeres *guetizadas* quedaría cancelada y sólo podrían acceder a él unas pocas mujeres, excluyendo al resto. Así pues, para alcanzar la democratización de la belleza es necesario deshacerse de la individualidad de la alta costura y empezar a trabajar en términos comunitarios. Además, el hecho de que haya sido confeccionado gracias a la ayuda de Hollins, en su calidad de diseñador con alta estima social, lleva a considerar que la trascendencia del vestido, de haberse diseñado dentro de un espacio privado de reconocimiento, no habría tenido la misma repercusión. A esto se refiere

Femenías cuando habla de “microresistencia”, ya que explica las consecuencias de llevar a cabo una re-estructuración de espacios partiendo de la revalorización del ámbito de lo privado, entendiéndose éste como espacio en el que las mujeres como sujetos excluidos han configurado su experiencia. En la misma línea, Amorós advierte que si “las mujeres,...no combinamos y articulamos nuestras resignificaciones con otras estrategias corremos el riesgo de elaborar idiolectos destinados al gueto” (2005, 36). El temor a que la reivindicación de la igualdad quede recluida entre las paredes de la invisibilidad lleva a las feministas de la Igualdad a repeler cualquier método de acción que suponga la carencia de reconocimiento en el espacio público. Si el “Sonya’s model” no se hubiera confeccionado en la Fifth Avenue no hubiera tenido mayor relevancia que la que pudiera tener la habitación pintada de Sonya sin la presencia de un personaje como Manning que le otorgase crédito para reconocerla fuera del gueto.

La inclusión de la diferencia en el espacio público debe entenderse, por tanto, y siguiendo el planteamiento de Yeziorksa en esta novela, como una mimetización en potencia, lo que significaría, por una parte, la pérdida de la exclusividad de ese elemento *diferenciador* que se alzó como reivindicación de las clases bajas invisibilizadas y, por otra parte, la posibilidad de gozar de una posición de reconocimiento a las alternativas que surgiesen con respecto al discurso dominante.

4.3. La “Diferencia” como alternativa a la exclusión: *Arrogant Beggar*

La recurrencia de elementos subversivos en la producción literaria de Yeziarska invita a seguir tomando como base teórica otra de sus novelas, en este caso *Arrogant Beggar*, publicada en 1927, ya que sirve para apuntalar la cimentación del bloque crítico que se ha llevado a cabo en este estudio. Como se ha podido comprobar en el capítulo anterior, la relación de los individuos de clase baja con los círculos elitistas ligados a las instituciones de integración social y, más concretamente, al ejercicio de la alta costura parte de una jerarquía de poder en la que unos se ven sometidos al capricho de los otros. Cuando las mujeres del Lower East Side deciden salir de este espacio privado y buscar el reconocimiento social necesario para resaltar su individuación por medio de tal, se encuentran con que solamente exaltando lo que les diferencia de la sociedad americana es como se les permite el acceso al ámbito de lo público. Fundamentando el análisis de esta novela en el artículo que la autora de este estudio escribió para la Revista de Investigaciones Feministas en el año 2012, se tratará de matizar con un énfasis mayor y con un bagaje crítico más extenso las causas del conflicto identitario aquí expuesto.

Al igual que *Salome of the Tenements*, la novela *Arrogant Beggar* centra la atención en una mujer de ascendencia inmigrante y judía que sueña con integrarse en el ritmo de vida de las clases medias americanas y dejar atrás la invisibilidad social que acarrea. Perteneciente a la segunda ola de inmigración proveniente de Europa del Este, Adele Lindner construye su experiencia en función de un protocolo de comportamiento que debe imitar si quiere culminar la búsqueda de la identidad con la que pretende definirse. El rasgo verdaderamente relevante de esta novela es el choque de poder que se genera no sólo al entrar en contacto la cultura judía con la protestante americana, sino la relación desigual que surge entre las benefactoras, avaladas por un estatus social

superior, y las mujeres de clases bajas en los ámbitos público y privado. Esta jerarquía, según mostrará este estudio, provoca que haya una descompensación en la toma de privilegios, llevando a las personajes a una crisis de identidad, pues, aunque quieren verse reflejadas y reconocidas más allá del lugar invisibilizado del que provienen, no disponen de un discurso propio que les dé voz y se ven avocadas a utilizar el que las instituciones caritativas han predispuesto para ellas.

Al hilo de esta problemática de resignificación de los espacios en los que el individuo se acaba refugiando como alternativa a su exclusión vuelve a ser relevante plantear la controversia entre la crítica feminista de la Igualdad y la de la Diferencia en lo que a la creación de espacios discursivos válidos se refiere. Del mismo modo, Adele personificará una ruptura con el discurso paternalista, redefiniendo su posición y, por consiguiente, su identidad, para dar paso a una resignificación del individuo excluido frente al interés comunitario por mantener su potencial de acción en la marginalidad.

Adele Lindner, de ascendencia polaca, aunque nacida en Nueva York, comienza siendo presentada por primera vez en la novela a través del reflejo del cristal de una puerta, lo que connota la falta de nitidez con la que la protagonista percibe su identidad, justificando la búsqueda que llevará a cabo de esa “opacidad posicional” necesaria para definirse con claridad (1927, 7)¹³. Además, el hecho de que ella se defina a sí misma como un objeto una vez se ve reflejada en el cristal anticipa el reconocimiento que tendrá en los espacios en los que los discursos dominantes de americanización prevalecen. Tras leer en el periódico que se ha construido la “Home for the Working Girls”, un espacio creado gracias a la financiación de Mrs. Hellman para que las mujeres con pocos medios económicos satisfagan las necesidades básicas de

¹³ En este subcapítulo, se obviará el año de publicación en las citas extraídas de la novela *Arrogant Beggar* debido a que pertenecen a la misma edición publicada en 1927.

supervivencia, Adele se encamina hacia allí con la esperanza de mejorar las condiciones de vida limitadas que sufre hospedada en la habitación de Mrs. Greenberg: “Here was *real home*. A place where a girl had a right to breathe and move around like a free human being. Everything I longed for and dreamed of at Mrs. Greenbergs’ was here” (8). La preferencia a la hora de acoger o no a una huésped parte de un criterio de jerarquización que mantiene las diferencias de clase intactas. Las benefactoras que sostienen esa institución no permiten la adquisición de productos fuera de esas necesidades básicas, algo que conllevaría la expulsión inmediata del centro, por lo que se obliga a las huéspedes a que comprendan su identidad dentro de los límites de un devenir miserable y dependiente. Al llegar al lugar, Adele se identifica con la mujer que le abre la puerta, una empatía instantánea que le posiciona en el lugar de la otra mimetizando el suyo propio, es decir, en el lugar de la servidumbre: “a girl like myself opened the door” (10). La entrada a la HWG¹⁴ produce en Adele la necesidad de erradicar cualquier rasgo que delatase que proviene de Essex Street, el corazón urbano del gueto judío.

Durante la entrevista que le hace Miss Simons para comprobar si cumple con las expectativas de ingreso, la benefactora le pregunta por la nacionalidad de su padre, a lo que Adele responde: “Polish. But I’m American. Born in New York” (11), disimulando así el posible impacto que pudiera producir en Miss Simons su calidad de inmigrante. Las benefactoras, ubicadas socialmente en un escalón superior desde el que observar y manipular el destino de estas mujeres, propagan una estabilidad de clases que otorga supremacía a unas relaciones de poder con respecto a otras más maleables. Del mismo modo que estas trabajadoras se insertan en programas de integración social a cambio de perpetuar el poder de las clases más acomodadas, la mujer en la sociedad, tal y como los

¹⁴ A lo largo de este capítulo, la referencia a la “Home for the Working Girls” aparecerá en el texto a partir de su abreviatura: HWG.

estudios feministas de la Diferencia defienden, también parece haber asumido el discurso dominante masculino para obtener una posición social desde la que ser reconocida. Femenías hace referencia a esta denuncia, cuando expone que, según el pensamiento de la Diferencia, “si los términos de la ciudadanía o de la subjetivación han sido definidos por los varones, acceder a *lo Otro* desde lo mismo es tan sólo un modo de mimetización, con la consiguiente pérdida de la propia especificidad” (2000, 152). Según la crítica feminista, se aceptaría la existencia de un individuo excluido, Adele, que lo es en tanto que así ha sido descartada por el discurso dominante, por lo que reconocerla como tal supone “la homologación al modelo normativo del *varón*” (2000, 152), y, en el contexto que atañe a este estudio, del entramado paternalista, que también incluye a las mujeres de las clases medias y altas.

Una vez terminada la entrevista, Adele se ubica en el contexto de la HWG para, desde ahí, configurar el camino que recorre en la búsqueda de ese reconocimiento social que tanto anhela: “This home. A better job. This woman for my friend! Through her – Mrs. Hellman!” (11). Al respecto de esta conexión que Adele establece, Lori Merish afirma que el espacio financiado por Mrs. Hellman se entiende como paso previo a la emancipación de estas mujeres de clases bajas del estigma que la sociedad les impone: ““Hellman Home” seems the passport to national belonging, the site of a class transformation that will transport Adele to the utterly-desirable location of the ‘other world’” (2012, 214). Expuesta así la travesía desde el principio de la novela, Adele debe integrar su lenguaje dentro de las clausuras del discurso nativo, que muestra síntomas de altruismo con la máxima de ayudar a las trabajadoras más desfavorecidas y termina por propagar una epidemia de rango auténticamente paternalista. Según la joven, ese reconocimiento sólo podría adquirirse perteneciendo a una clase social de mayor relevancia en el espacio público, esto es, convirtiéndose ella misma en una benefactora:

“Gee! It felt great to be a benefactor! How I’d love to give if I had things” (17). De hecho, el adiestramiento de Adele ha sido tan efectivo que no entiende cómo sus compañeras pueden denunciar la desigualdad entre las benefactoras y las huéspedas, ya que si las primeras gozan de privilegios, en su opinión, es porque su labor caritativa les coloca en un nivel más meritorio de ello: “As for Miss Simons, why shouldn’t she have the best? She was so kind, so good. How could anyone help wanting her to have anything but the best?” (23). Es relevante plantear la problemática de la identidad de Adele partiendo de una situación de domesticación en la que la actitud de la joven judía muestra una permeabilidad instantánea en lo que a la asimilación del discurso paternalista dominante se refiere. No se trata sólo de reproducir los códigos de conducta que este discurso impone a cada clase social como única vía de adquirir una posición desde la que ser reconocida por los demás individuos, sino también de asumir la posición privilegiada del otro y aceptar la desigualdad en términos de beneficio individual. Según Adele plantea, gracias a que las benefactoras disfruten de un trato más favorable en comparación con las mujeres recién llegadas, a éstas se les puede conceder la oportunidad de beneficiarse del espacio de la HWG. Si se rompiera esta cadena estamental, se podría conjeturar, estas mujeres retornarían a su situación originaria de marginalidad y la brecha social entre las clases sería un objetivo insalvable. Cara-Lynn Ungar hace referencia a esta idea cuando afirma que lo que en realidad les enseñan las benefactoras no son las herramientas necesarias para que puedan forjar una identidad fuera de la experiencia del gueto, sino que les adiestran para que saquen el mayor provecho a su situación precaria y se contenten con la ayuda que se les ofrece: “The charity women are working to ‘teach’ the ‘girls’ the moral precepts detailed by middle-class ideology, but it is a limited pedagogical enterprise because it is structured by the material constraints of class...(They) construct their identities through a process of

differentiation which distinguishes them from east European women” (1999, 5). Propagar la diferencia desde una posición de poder, como ya se ha comprobado anteriormente en *Salome of the Tenements*, da resultados alienantes para los individuos de clases bajas, ya que son discursos que parten de una jerarquización de relaciones y desestiman la inmersión de éstos en un estatus social que no les corresponde, según estos discursos, por naturaleza. Del mismo modo que la “Manning Settlement House”, la HWG presenta un programa de integración para las mujeres *guetizadas*, pues son receptoras de esa posición que se les ha impuesto, que únicamente pretende inculcar un adoctrinamiento para nutrir su docilidad e impedir la desestabilización de clases.

Cuando Adele se dirige después del trabajo a comprar unas medias y, tras el intento de adquirirlas en varios comercios, encuentra las únicas que puede costearse en Essex Street, la joven manifiesta un rechazo considerable hacia todos aquellos espacios que habían definido su posición antes de hospedarse en la HWG: “I was so scared I’d be sucked in this terrible dirt again, I ran... How glad I was to make my escape from those horrible streets!” (27). Adele ha asimilado las reglas de las instituciones de caridad neoyorquinas hasta el punto de personificar la identidad de las benefactoras sin la oportunidad de gozar de sus privilegios, irradiando un protocolo de comportamiento totalmente diseñado para su alienación. Apropiándose de una identidad que no es coherente con su representación verdadera en el espacio público, la joven se enfrenta a una desubicación identitaria una vez llega a este centro ya que, lejos de ser tratada como una igual ante las benefactoras, le obligan a poner su nombre en el registro de las mujeres ahí hospedadas que incumplen las normas por haber sobrepasado la hora estipulada para entrar en el lugar. El incumplimiento de estas normas se utiliza como pretexto para legitimar un castigo sobre la trabajadora, en este caso la humillación por aparecer en ese registro. Este hecho refuerza el grado de control ejercido por las

benefactoras y establece una dinámica de conducta a la que las mujeres del Lower East Side deben someterse durante la búsqueda de ese ideal que se pretende alcanzar por medio de la institución privada de Mrs. Hellman. Tras inscribir su nombre en la lista, una de las matronas le recalca la obligación de obedecer sus normas para el buen funcionamiento de la HWG: “You should have bought your things during your lunch time, as the other girls do. Rules are rules. Bear in mind, my dear, that you’re not the only girl in this Home” (28). La imposición de una normativa a cumplir se superpone ante la necesidad de Adele por expresar su realidad e intentar que se comprenda desde la perspectiva dominante: “I wanted to answer, but the words stuck inside” (28), confirmando una vez más la preponderancia del argumento de las benefactoras en relación al discurso de Adele.

El deseo de Adele por ser reconocida como una igual al resto de individuos tiene un eco teórico en el denominado feminismo de la Igualdad. Si la igualdad de oportunidades para poder acceder al ámbito de lo público es una máxima necesaria para que la identidad silenciada retome su voz y pueda definirse, en *Arrogant Beggar* se muestra cómo las mujeres de clases bajas carecen de esta posibilidad. Además, se denuncia la asimilación del discurso paternalista que va en detrimento, precisamente, del modelo social de igualdad que anhelan. El uso por parte del sujeto de estrategias discursivas dominantes se evidencia cuando Adele busca el reconocimiento social a partir de la satisfacción de unas expectativas que encubren alegatos de alienación social bajo supuestas leyes universales de integración. Según Femenías, y utilizando el criterio de Celia Amorós, si bien el discurso dominante es excluyente, también ha permitido, al mismo tiempo, generar “elementos” que denuncien “tales imposturas desde sus propios presupuestos” (2000, 110). De esta manera, sería dentro del propio sistema de redes de poder paternalista en el que Adele podría retomar su posición usurpada, esto es, la

recuperación de su derecho al acceso del espacio público sin el estigma de ser reconocida como inferior. A este respecto, las feministas de la Diferencia se opondrían a tal estrategia denunciando, en palabras de Irigaray, que “allí donde el cuerpo femenino engendra en el respeto a la diferencia, el cuerpo social patriarcal se edifica jerárquicamente excluyendo la diferencia” (1992, 43). De este modo, el hecho de que las mujeres judías de clases bajas, como Adele, configuren su experiencia dentro de los códigos de conducta marcados para ellas por las benefactoras supone una renuncia clara a la reivindicación de su diferencia y a la consiguiente victoria del discurso dominante que las aliena en un todo amalgamador, lo que se conoce como el “espacio de las idénticas” (2005, 108).

Al poco tiempo de hospedarse en la HWG, Adele se entera de que va a tener lugar una celebración, denominada como “social”, en la que las inmigrantes pueden compartir un mismo espacio de ocio con las benefactoras sin que ello implique una continuación del adoctrinamiento, pudiendo las primeras ir acompañadas de un invitado. Al igual que ocurrió tras la demora de su llegada unos días antes, Adele vuelve a vanagloriarse de un posicionamiento social ficticio. Esta vez, recrea la posibilidad de ser acompañada por Arthur Hellman, el descendiente de Mrs. Hellman, en vez de aparecer del lado de Shlomoh Bernstein, un judío erudito que vive en Essex Street y que pertenece al espacio con el que la joven ya no se quiere que se le identifique: “The Hellmans must see at first sight that I was different from all the others (las huéspedes)” (1927, 29). Es relevante este pasaje porque subvierte en cierta manera la utilización de la diferencia como reivindicación de la identidad propia, como ocurrió en el desenlace de *Salome of the Tenements*. En este caso, Adele se empodera a través de una apropiación artificial, que es el resultado de una auto-evaluación ilusoria, ya que no se lleva a cabo ningún reconocimiento a través de aquel individuo que legitimase la

identidad por la que sería tratada como igual por parte de las benefactoras. El intento por reivindicar una característica diferenciadora irreal queda frustrado y evidenciado por la presencia de Shlomoh en la celebración. Al mismo tiempo, tras ser presentada ante Arthur por haber recitado una pieza poética durante el evento, la joven reflexiona sobre el magnate, definiéndole como “unapproachable. A god, standing in a museum, with the sign, ‘Don’t Touch.’” (33). A pesar de haber tomado contacto el uno con la otra, el distanciamiento lo establece Adele cuando asegura la imposibilidad de representar una validez identitaria como la de Arthur. Del mismo modo que Sonya Vrunksy adopta las inferencias del discurso dominante para validar una posición ficticia desde la que no puede encontrar el reconocimiento en el espacio público por su incompatibilidad cultural, Adele asimila las mismas pautas de comportamiento y se enfrenta a una desubicación constante en el exterior de los límites del gueto.

Su voluntad por integrarse en el espacio público a partir de poner en práctica el discurso dominante recuerda a las críticas que ha recibido la teoría feminista de la Igualdad, ya que se presenta un denominador común entre la situación de Adele y el planteamiento de estas pensadoras, según la contrapartida del feminismo de la Diferencia: la mimetización y su ineficacia a la hora de definir al individuo que la ejerce. En palabras de Femenías y explicando la visión que respalda la Diferencia, “si los términos de la ciudadanía o de la subjetivación han sido definidos por los varones, acceder a lo Otro desde lo mismo es tan sólo un modo de mimetización” (2000, 152). Así pues, Adele estaría recurriendo a la imitación de los códigos de conducta impuestos por las clases dominantes en tanto que reproduce un modelo de comportamiento que le viene dado y que tiene pretensiones de alienación y de supremacía por parte de quien lo propaga. Merish hace referencia a este estado de sumisión cuando afirma que Adele “As a poor woman, Adele profoundly recognizes how domestication afford her social

legibility” (2012, 216), considerando a la HWG como bisagra mediadora entre la invisibilidad del espacio privado y el reconocimiento social que tiene lugar en el espacio público.

Al perder su trabajo como vendedora en una tienda de saldo, Adele es persuadida por Miss Simons a inscribirse en la “Training School for Domestic Science” para así poder costearse la estancia en la HWG. Aunque este espacio, en el que se enseña a las mujeres de clases bajas a ser eficientes en el terreno doméstico, representa para Adele el epicentro de la servidumbre, la joven acepta la propuesta bajo la premisa de que la benefactora se encuentra en una posición más legítima para determinar cuál es el procedimiento a seguir en su caso: “I think I do know what’s best for you.” (38). El consentimiento de Adele por acceder a la propuesta de Miss Simons otorga al discurso dominante la legitimidad suficiente para decidir qué es mejor para el colectivo de estas mujeres y qué medidas conviene tomar para que el adoctrinamiento siga su curso. No es hasta que le proponen educarse para el confinamiento en el hogar cuando Adele toma conciencia de lo que supondría dedicar su vida laboral a servir dentro de un espacio doméstico. A pesar de haber recreado anteriormente la posibilidad de ejercer como benefactora y poder, según su parecer, servir a los que, como ella, más lo necesitan, el curso de esta institución le conduce precisamente a satisfacer al colectivo elitista, para quien ofrecería su condición de sirvienta. En su artículo sobre la incidencia política de las trabajadoras en las novelas de Yeziarska, Susan Edmunds explica que “‘the Hellman Home’ [...] is repackaging domestic drudgery as a new civic ideal” (2011, 415), atribuyendo a esta institución la labor de tomar el esfuerzo físico mal remunerado y resignificarlo para darle una validez dentro del espacio público que, en realidad, tan sólo valida la permanencia de la diferencia de clases. Se establece así una jerarquía de poder no sólo entre benefactoras y huéspedas sino también entre los oficios domésticos

diseñados para ellas, quedando estructurados de este modo en función de la clase social a la que se pertenece. La servidumbre a la que Adele se expondría dista en gran medida de la que se les atribuye a las benefactoras, aunque en los dos casos se pretenda aplicar el mismo grado de sacrificio individual en favor de la comunidad a la que se sirve, y así lo muestra Yeziarska a través del descontento de la joven: “I buttoned my apron, the badge of the servant. I knew Minnie and Sadie and all the other girls who worked in shops and factories would stop associating with me. I had dropped out of their class” (38). A pesar de la resignación con la que aceptó la asistencia al curso, Adele decide resignificar el trabajo de sirvienta, despojándole de la carencia de visibilidad con la que lo describía y acreditando la validez del mismo para la consolidación de su identidad: “Suddenly, I raised my chin, high over their heads. ‘I’m not begging. I’m not asking for charity. Honest work. Work that has to be done. If housework can’t lift me, I’ll lift housework. I’ll fight for the right of servant girls to receive their boy friends in the parlour” (39). La actitud de Adele manifiesta un cambio de estrategia por el que se propone partir de la diferencia infravalorada por el discurso dominante, en su pretensión de educarse para servir a las clases más altas, y reivindicar el derecho del acceso al espacio público en calidad de igual al resto de individuos. Interpretando el argumento de Amorós, Adele estaría revalorizando el oficio dispuesto para mujeres como ella por el mecanismo paternalista, haciendo más difícil su inclusión en el espacio público, pues tan sólo le permitiría quedarse en la posición que le ha sido asignada. Según el criterio de la filósofa valenciana, las pensadoras de la Diferencia respaldarían, entonces, la resolución de Adele, pues para ellas “lo que deben hacer las mujeres es...dedicarse a resignificar y a remodelar en clave positiva las figuras de lo femenino que...al no poder encajar ni ser representadas en este orden [orden simbólico dual al que Irigaray hace referencia], tienen amplias virtualidades para subvertirlo” (2005, 30). Entendiendo “lo

femenino” como lo excluido o invisibilizado, al proponer el oficio de sirvienta como vía de acceso al reconocimiento de su individualidad, Adele personifica el supuesto que Amorós denuncia. El ejercicio de este oficio en ningún momento desestabilizaría las relaciones de poder que sostienen las desigualdades entre las clases ni tampoco se estaría ofreciendo una alternativa válida al modelo paternalista de HWG en términos de reconocimiento en el espacio público.

La inclusión de Adele en el curso de entrenamiento para el servicio doméstico le lleva a enfrentarse al duro juicio de Miss Perkins, quien le reprocha su falta de atención en las tareas de limpieza. Adele, no satisfecha con el veredicto en su primera jornada, utiliza el tiempo que las benefactoras permiten para el descanso en higienizar a conciencia la cocina en la que se imparte la clase: “I knew now that I could put such heart and soul into cooking and cleaning, even if I had to be a servant, I would not be a low-down servant” (1927, 41). De nuevo, se parte de una jerarquía de oficio entre el tipo de sirvienta minusvalorado por el discurso paternalista y aquél del que Adele se apropia para dar voz a su individualidad. En el primer caso, se estaría haciendo referencia al oficio hacia el que el curso de la HWG se enfoca, por el que la mujer confinaría su vida laboral al espacio doméstico a cambio de un sueldo limitado, que no le posibilitaría deshacerse del estigma de pobreza. En el segundo caso, quedaría matizado ese mismo oficio con la diferencia de que, gracias a un esfuerzo físico mayor, incluso desmesurado, el individuo tendría acceso al espacio público en igualdad de condiciones que las benefactoras y, por qué no, que la familia Hellman. La revalorización por parte de Adele del oficio de sirvienta le serviría, según nos muestra Yeziarska, para empoderarse y alcanzar el objetivo de reconocimiento social que se propone desde el principio de la novela. Sin embargo, desde una perspectiva crítica feminista de la Igualdad, esta segunda percepción estaría apuntando al mismo oficio que

el anteriormente expuesto, con la salvedad que Adele dirige en sentido erróneo la reivindicación de su individualidad. Una vez las benefactoras han comprobado el resultado de la labor de Adele, Miss Perkins, lejos de reconocer el sacrificio de la joven, se atribuye los méritos de su tarea: “After all, my training does bear fruit. When I take a girl in hand, no matter how hopeless she is at the beginning, in the end she goes my way” (41). Esta escena demuestra que, a pesar del interés de Adele por redefinir el oficio de sirvienta configurado por la HWG y querer equipararlo al nivel de reconocimiento del que gozan las benefactoras, no se pueden originar vías de liberación a partir de los códigos creados por el discurso dominante paternalista. La resignificación de un oficio en el que viene implícita la alienación del individuo tan sólo podría dar como resultado una auto-realización ilusoria y pasajera sin mayor incidencia que la que pueda originar un discurso expuesto ante un público carente de capacidad auditiva.

No obstante lo expuesto en el párrafo previo, las benefactoras terminan por considerar que la acción de Adele debe obtener un reconocimiento mayor, por lo que conducen a la joven al despacho de Mrs. Hellman y allí la presentan en calidad de alumna ejemplar. En señal de gratitud, Adele canaliza la admiración que siente por la labor que llevan a cabo las benefactoras en la HWG y les hace entrega de un escrito de agradecimiento en el que enfatiza la eficiencia de su cometido altruista: “Benefactors of Humanity! Saviours of my Soul!” (43). Tras este acontecimiento, Adele recibe una misiva de parte de Mrs. Hellman en la que le propone su inclusión directa en la “Training School”, un espacio diseñado exclusivamente a la formación de servicio doméstico y a su pronta incorporación al mundo laboral como tales. Como se puede comprobar, el entramado paternalista disfruta de un sistema amplio de redes de poder entre las que circulan individuos como Adele, que son colocados en función de un interés estratégico en diferentes espacios, sin que ello suponga su intrusión en la élite

social. Aunque para la joven el trasvase de su posición pueda simbolizar un acercamiento cada vez más evidente a ese reconocimiento como igual ante mujeres como Mrs. Hellman, en realidad no parece que haya un espacio “prometido” al final de la trayectoria. Ya en casa de la benefactora, ésta le indica su interés por convertir a Adele en una formadora de sirvientas. De esta manera, las mujeres de su misma clase social aprenderían a servir a los demás y cumplirían con ello las expectativas de un discurso clasista que tiene la pretensión de seguir propagándose a costa de una integración ficticia: “It is my hope that this training in domestic science will enable you to become a leader among your people. You can teach them that the joy of living consists in serving others” (1927, 46). Se trata, pues, de manipular la felicidad canónica difundida por el “American Dream” convenciendo a individuos como Adele de que hay un destino prefijado ante el que los colectivos sociales deben rendirse. Al entender la realización personal de los individuos de clases bajas a partir de la satisfacción de esas expectativas, las benefactoras no sólo consagran la validez del discurso dominante sino que además pretenden normalizar una situación de desequilibrio de privilegios describiéndola, precisamente, en términos de igualdad: “If only women could bring into their homes this self-sacrificing attitude toward life! Isn’t it just as satisfying to the soul to feel you have scrubbed a floor faithfully as to be mistress of the house? In doing your cheerful, conscientious best, in your humble sphere, you are doing your part toward the harmony and perfection of the whole universe” (46). Por tanto, Mrs. Hellman atiende a un modelo de sociedad en el que el determinismo social es la máxima a partir de la cual las relaciones de poder operan entre sus miembros manteniendo el sistema de clases estable. Merish, a este respecto, se refiere a la utilización de la labor del servicio doméstico como base sobre la cual la estabilidad de clases se sostiene: “domestic service could uphold a fantasy of the security of class privilege and identity, negating

the threat of mobility (upward and downward) with the permanence of status” (2012, 220). Como bien explica Mrs. Hellman, la existencia de esta servidumbre permite a su vez que aquéllos que son servidos se mantengan como tal, señalando el funcionamiento exitoso de una producción en cadena de relaciones de poder como motor necesario para la buena articulación de las sociedades. Además, el hecho de que la benefactora equipare el oficio de sirvienta al de patrona del hogar muestra la capacidad seductora de su discurso y la necesidad de éste de ser reconocido como válido por Adele para consumir su efectividad. Desprovista de alternativas cuando se halla en el espacio exterior al gueto, y siguiendo el argumento de Merish, Adele sólo puede ver reflejada su identidad a través del reconocimiento de la benefactora, quedando así relegada a la visión que ésta tenga de ella: “Traumatically, she [Adele] is forced to see herself as Mrs. Hellman sees her” (2012,228). Si bien la mayoría de las mujeres retratadas por Yeziarska mitifican el abanico de posibilidades que se les abriría al entrar en contacto con clases de mayor estatus social, también sufren el efecto contrario una vez han experimentado la decepción frente a una situación idolatrada.

Para ejercer el trabajo de sirvienta, Mrs. Hellman permite a Adele disponer de la indumentaria que precise y le conduce a su nueva habitación. A pesar de que la joven elige un número escaso de atavíos, finalmente es la benefactora quien resuelve la elección a su antojo y le comunica, además, que tan sólo son un préstamo: “If I think you need all the things you put down, I’ll advance you the money” (48). Una vez más, la omnipresencia de Mrs. Hellman en el espacio ocupado por Adele y la imposición de su autoridad frente a la descalificación del albedrío de la joven denotan la imposibilidad de estas mujeres de clases bajas a la hora de forjar su individualidad por medio de las instituciones caritativas neoyorquinas. En el momento en el que Adele, como expresión de agradecimiento, se acerca a Mrs. Hellman con la intención de besarle en la mejilla y

ésta se aparta y se limpia con un pañuelo el lugar del roce, la joven comienza a cuestionar la validez del discurso propagado por la HWG: “The flowers, the rugs – the room itself had lost its magic, its beauty. Through everything I saw the cold way Mrs. Hellman had drawn back when I rushed to kiss her” (49). Yezierska muestra cómo Adele toma conciencia de su situación de inferioridad cuando experimenta el rechazo de la benefactora hacia su entusiasmo: “God! What’s happening to me? I hate myself. I hate her for helping me! And I hate myself for taking her help!” (51). Durante la novela, mientras se mantienen las relaciones de poder entre benefactoras y huéspedas por la vía lingüística del discurso, la asimilación de los códigos de conducta por parte de las primeras no creaba ningún conflicto real puesto que se someten a sus pautas para alcanzar una posición relevante en el espacio público, es decir, participan de una promesa que no pueden experimentar con su cuerpo. Pero cuando Adele presencia ese rechazo y lo asimila como prueba que contradice la doctrina impartida por el discurso de las benefactoras, parece advertir la relación desproporcional entre el adoctrinamiento lingüístico de la HWG y el contenido implícito de su discurso.

Aunque aparezcan brotes de denuncia hacia este tipo de discurso utilizado por las benefactoras, Adele sigue situándose dentro del espacio que ha sido configurado para ella, y así lo demuestra cuando acepta sustituir a la sirvienta de los Hellman en su día libre. El deseo por apropiarse de la atención de Arthur le lleva a rechazar la alternativa que el personaje de Shlomoh propone, pues su casamiento le permitiría a Adele liberarse del curso de servicio doméstico y su consiguiente alienación social. Para la joven, elegir al judío erudito supondría la asunción de un espacio invisibilizado como única vía de supervivencia, mientras que permanecer en contacto con los Hellman le daría autoridad, según ella, para poder seguir desarrollándose en el espacio de la élite: “Shlomoh Hershbein... He’s the way out from all my troubles. But Arthur Hellman!

Giving up dreaming of him? Like... Giving up ‘a sky for a ceiling’” (55). La igualdad que Adele reclama parece no estar relacionada con ninguna de las dos alternativas que se plantean en la novela. Tanto la vuelta al gueto con Shlomoh como la estancia en la “Training School” con los Hellman le suponen la aceptación de una identidad en tránsito, que no está generándose a partir de una experiencia propia ni de un posicionamiento estable. La falta de claridad a la hora de definir la identidad de Adele viene condicionada por el grado de invisibilidad a efectos públicos que las dos posibilidades plantean, ya que tanto su re-inclusión en ese espacio marginado como su incorporación como sirvienta en el espacio privado de los Hellman le impiden salirse del estigma del que quiere desprenderse.

En otro pasaje de la novela, Adele presencia de nuevo un acto de humillación directa por parte de las benefactoras que empezará a dar forma a la expresión subversiva de su individualidad. Durante una reunión de las directoras del centro de caridad que tiene lugar en la mansión de los Hellman, la joven escucha cómo intentan decidir qué cuantía de alimento puede distribuirse para no caer en bancarrota como sucedió con la “Laura Sinclair Home”, una institución caritativa dirigida por Mrs. Clark, quien “give the girls food beyond the budget” y “tried to run the place withou rules” (64). Entre las matronas, Mrs. Stone declara que no pueden ofrecer a las mujeres del Lower East Side aquello que por sí mismas no podrían obtener una vez dejen de hospedarse allí. Esta declaración confirma que espacios como la HWG están destinados a prolongar la alienación social, puesto que, a diferencia de lo que Adele pensaba, no contemplan la integración de esas mujeres en contextos distintos a los que por nacimiento pertenecen: ““We must bear in mind our girls come from the working class and will marry among their own kind. The corner stone of their character and happiness should be a love of honest toil and a devotion to thrift and economy. It is our first duty to teach them that a

penny saved is a penny earned” (62). De esta manera, la labor de las benefactoras no consiste, como Adele manifiesta, en mejorar las condiciones de vida de un sector de la sociedad, sino en mejorar la gestión de su economía para adiestrar así su comportamiento y evitar posibles fugas que escapen al control paternalista ejercido a través de las instituciones de caridad. Lori Jirousek así lo establece, cuando afirma que la americanización lleva implícita la existencia de relaciones de poder entre clases: “uplift here is limited, not by the immigrant’s racial potential, but rather by the Americanizer’s desire to maintain elite status, to remain perpetual observer and patron” (2002, 30). La idea de apropiarse de los espacios de poder desde los que los individuos observan y evalúan a los que son dispuestos en estamentos más bajos es relevante para este estudio en tanto que Adele se refiere a los Hellman como aquellos individuos inalcanzables a los que ella puede observar pero a los que no puede igualarse, ni siquiera en los espacios privados, como la HWG o la mansión de Mrs. Hellman. Excluida del espacio público de la ciudad por no poder representar su individualidad a través de los códigos de las clases medias y altas, Adele queda relegada a los espacios domésticos, en los que la autoridad de las benefactoras se antepone a su voluntad para insertarla en el molde con el que dan forma a su invisibilidad. Aunque esta situación esclaviza su potencialidad como individuo, también le otorga la posibilidad de descubrir las estrategias del discurso dominante en lo que a la configuración de sus doctrinas se refiere. Trabajar para los Hellman permite a Adele destapar la verdadera razón por la que Mrs. Hellman ha requerido sus servicios. Lejos de haberla seleccionado por su capacidad y eficiencia para ejercer el cargo de sirvienta, la directora revela que el motivo por el que la ha elegido es porque le supone un gasto inferior al hecho de tener que contratar a una trabajadora por medio de una agencia: “Gives her a chance to earn a little money while in Training School – and I don’t have to pay her as much as the girls

from the agency” (69). Al igual que ocurre cuando Adele observa el rechazo de Mrs. Hellman hacia su agradecimiento, la joven termina por desmitificar el altruismo que le atribuye, proclamando una injusticia que socava las bases sobre las que estaba construyendo el modelo de igualdad que creía alcanzar a través de la HWG.

Al poco tiempo, Arthur requiere sus servicios para la celebración que tendrá lugar en el Washington Mews Studio, en el que el magnate dará a conocer públicamente a Jean Rachmansky, un compositor de origen judío a quien Arthur ha sacado del anonimato del gueto: “Arthur Hellman had turned a penniless, unknown musician into a star” (71). Nada más entrar al recinto, el mayordomo le dice que se dé prisa, haciendo referencia al espacio en el que se le necesita: “You’re needed back here”. La apreciación de que ella es requerida en la parte de atrás, es decir, fuera de escena o incluso, siguiendo su descripción, como parte del decorado: “They...saw me no more than if I were part of my tray” (75) le remite una vez más al espacio de la invisibilidad. Al centrar la atención en Rachmansky, se da cuenta de que el músico está interpretando la pieza “Chasin’s Procession”, una melodía apenas popular entre los invitados pero que permite a Adele reconciliarse con el ideal que lleva persiguiendo desde el principio de la novela y recrear la igualdad de todos los individuos que comparten el espacio público. No obstante, cuando el joven judío es requerido para tocar una pieza de Frederic Chopin, compositor por el que los invitados sienten gran admiración, Adele queda desposeída de la legitimidad suficiente para recrear ese espacio en el que la igualdad emocional primase ante la desigualdad de privilegios, tomando así conciencia de la realidad que le rodea: “Rachmansky had stopped playing. I was Adele, the servant again. And the rich were the rich and the poor were the poor” (73). El hecho por parte de Rachmansky de cumplir con las expectativas del discurso dominante y dar voz a su voluntad, esto es, interpretar la pieza musical del gusto elitista, reubica a Adele en la

posición que se le ha impuesto y a partir de la cual es reconocida en el contexto de estas instituciones. La identificación de la joven con la melodía que toca el compositor judío denota la vulnerabilidad de individuos como Adele que, en su afán por adquirir reconocimiento social a través del adiestramiento paternalista de la HWG, se ven inmersas en un espacio que exalta su diferencia para justificar su alienación. Como se ha especificado anteriormente, y siguiendo la visión crítica que Yeziarska expone, el hecho de que la exaltación de la diferencia parte del discurso dominante conduce a una situación de exclusión de las clases menos favorecidas dado que a los individuos ubicados en puestos de mayor privilegio no les conviene minar su estatus haciendo de esa diferencia el motivo para igualar ambos estadios sociales. En cambio, si esa exaltación surge desde la posición de invisibilidad con la intención de empoderar al sujeto, entonces su actuación se entiende como parte esencial de la conquista de su individualidad, desprestigiando así la labor paternalista de estas instituciones. En un nuevo intento por expresar su agrado ante la élite de los Hellman, Adele elogia la habilidad de Arthur frente al piano, algo que el magnate considera desproporcionado y lo resuelve respondiéndole: “Don’t you yhink you had better finish clearing the room and run along? Thanks awfully” (80), posicionando a Adele en su papel de sirvienta e impidiendo cualquier intrusión en la intimidad de los espacios privados que personajes como él dominan.

A pesar de los intentos por desvincularse de la influencia de las benefactoras, no es hasta la celebración de la fiesta anual de los centros de caridad, conocida en la novela como “Anual Board of Director’s meeting”, cuando se produce la ruptura del embrión identitario de Adele de la placenta paternalista de la HWG. A esta celebración anual acuden personalidades como el alcalde y magistrados de renombre, todo ello respaldado por la cobertura mediática correspondiente a la magnitud del evento. Además, Adele ha

sido propuesta para conducir uno de los mítines más esperados por las benefactoras, aquel cuyo hilo temático está relacionado con el contenido de la carta que la joven entregó a Miss Simons como señal de agradecimiento por la labor altruista que las benefactoras llevan a cabo. Momentos antes de su intervención, Adele observa la noticia publicada en el periódico y presta atención a la fotografía que el día anterior le hicieron junto a Mrs. Hellman. A primera vista, la instantánea parece demostrar que las instituciones de caridad norteamericanas cumplen el objetivo integrador que se proponen, ya que directoras y huéspedas encuentran un espacio de reconciliación en el que las diferencias culturales y de clase se obvian en su intento por superarlas. Pero Yezierska matiza la exclusiva haciendo a Adele partícipe del oportunismo estratégico de la HWG: “There was the morning’s newspaper with the article about the Home. I glanced at the picture of Mrs. Hellman and myself. Underneath it, ‘The Founder of the Home with One of the Girls She Has Befriended’” (82). La descripción de la fotografía corrobora la relevancia de Adele dentro de lo que Amorós denomina “espacio de las idénticas”, en “donde la atención no se orienta a los quiénes sino a lo común indiferente, a lo indiscernible”, espacios privados que “corresponden a las mujeres” (2005, 53). El hecho de que Mrs. Hellman aparezca nombrada tal y como es reconocida en el espacio público, esto es, como “The Founder”, denota la individualidad de la benefactora a efectos sociales frente a la indefinición de Adele. El uso del artículo determinado “The”, que caracteriza de inédito y reconocible a aquello a lo que hace referencia, y la elección por presentarla como “Founder” justifican la autoridad de la directora reconociéndola como progenitora simbólica de la HWG. Por el contrario, Adele es presentada como “One of”, es decir, una más de todas las trabajadoras a las que Mrs. Hellman ha ayudado a gestionar su pobreza para sacar el mayor partido de su situación. Así pues, la posición desde la que Adele es reconocida por el discurso

dominante que prevalece en el terreno público es totalmente intercambiable por la de cualquiera de las mujeres hospedadas en este tipo de instituciones. Privadas de una identidad individual, las mujeres del Lower East Side aprenden a definirse a través de la servidumbre a las clases más altas, unas mujeres que, en palabras del alcalde, quedan descritas como “the backbone of America” (83). Cabe destacar la apreciación que hace “His Honour” durante su discurso de inauguración, ya que cuando declara: “I’ll continue to be the servant of you all” (83), refiriéndose a las mujeres trabajadoras que sostienen la HWG económicamente, se establece un giro irónico por el que el alcalde se coloca de forma estratégica en un estadio de inferioridad con respecto a estas mujeres. Por una parte, esto le permite ganarse su aprecio y generar la consiguiente gratitud hacia su labor. Por otra parte, consigue asegurar la continuidad del entramado paternalista predicando la igualdad a partir de unas escrituras alienantes. Al hilo de la apropiación por parte del discurso dominante de estrategias para seducir a la audiencia a la que se dirige, no sólo es el alcalde, como representante del poder, quien las utiliza, sino también Mrs. Hellman. Desde un punto de vista crítico, el rechazo que la directora mostró ante el acercamiento de Adele rinde homenaje a un oportunismo pragmático, ya que, al no poder sacar nada provechoso de ese contacto, lo relega a una actitud inservible y, por tanto, innecesaria. Cuando las benefactoras se reúnen en la mansión de los Hellman, uno de los puntos que tratan es la inviabilidad de la organización de la institución como si de un hogar se tratase, entendiéndola como un negocio en base a unos beneficios establecidos: “We ought to conduct the business of the Home the way an efficiency expert runs a factory” (64). De este modo, para publicitar la celebración del “Annual Board of Director’s meeting” proponen la inclusión del discurso de Adele en el evento como fuente de atracción de los medios de comunicación para así cumplir con las expectativas económicas que otros años no fueron capaces de satisfacer. El hecho de

escoger aquello que beneficie a la permanencia de las relaciones de poder, como lo es la carta de Adele, y rechazar lo que, precisamente, las disolvería, como lo es la muestra de afecto en privado de la joven hacia la benefactora, forma parte del interés de las directivas y los altos cargos ejecutivos de la política por no desestabilizar el sistema de clases establecido.

Una vez Adele toma la palabra, comienza su discurso siguiendo las expectativas del sistema paternalista, tal y como lleva haciendo desde su entrada en la HWG. Sin embargo, en el momento en el que se nombra como representante de todas las mujeres hospedadas en las instituciones de caridad, Adele cambia de parecer, revelando la labor fraudulenta que se lleva a cabo bajo el supuesto altruista de las benefactoras: “It’s a lie. I’m not grateful. I hate this Home. I hate myself for living here. I hate the hand-me-down rags I wear on my back. I hate every damned bit of kindness you’ve ever done to me. I’m poisoned – poisoned with the hurts, the insults I suffered in this beastly place” (86). Al no obedecer las pautas marcadas para su discurso, Adele está creando una alternativa de comportamiento que transforma su “indiscernibilidad” previa en un alegato arrojadizo visible. Para ello, utiliza un lenguaje paralelo al de las benefactoras, puesto que se distancia de las reglas normativas de expresión lingüística a las que las huéspedas son sometidas como parte del reconocimiento del poder de las clases a las que deben servir: “Thank God I’m not a lady, so I can tell you to your faces in my own language what I think of you! Hypocrites! ...Feeding your vanity on my helplessness – my misfortune” (86). En este caso, Adele representa su identidad en un espacio que no le corresponde por naturaleza según las autoridades paternalistas. Esta representación produce una desestabilización del panel clasista por la intromisión de un discurso alternativo al dominante dentro de las redes públicas en las que, en otro contexto, no tendría ninguna legitimidad para propagar su manifiesto.

Utilizar los espacios dominados por las élites de poder para, precisamente, subvertir los protocolos de dominio es la reivindicación de las feministas de la Igualdad, ya que sólo mediante el uso de los mismos mecanismos que han permitido a los varones y, en el estudio aquí presente, a las mujeres de clases medias y altas situarse en estos espacios podrían las individuos excluidas adquirir el reconocimiento como iguales ante la sociedad americana. No obstante, la intención de Adele no parece ya suscitar su inclusión al espacio público más allá de los límites del gueto, como en un primer momento se estudió en este capítulo. En su lugar, se reapropia de su identidad como mujer judía y de clase baja que prefiere la realización personal en el ámbito reducido del que proviene antes que la supervivencia en el anonimato y la humillación en los espacios dominados por la élite neoyorquina. Cuando la joven advierte: “don’t dabble in the suffering of lives you know nothing about!” (87) establece una barrera de comprensión entre las dos culturas que resulta insalvable por la vía de instituciones como la HWG. En este sentido, es conveniente mencionar la pertinencia de la corriente feminista de la Diferencia, que teoriza sobre cómo la mujer debe redefinirse, no a partir de un discurso que se ha originado dentro de una influencia dominante, la del varón frente a la mujer, sino a través de la creación de espacios discursivos propios. Ambientes domésticos, como la HWG o el “Training School”, han resultado ser lugares en los que se domestica a las mujeres a través de instrucciones de mimetización, siempre con la máxima del reconocimiento social. Según Femenías describe al detallar el pensamiento de la Diferencia, “como el sujeto-mujer no está en la representación, no puede transformar los códigos: sólo puede transgredirlos...convertir la representación en una trampa. Sólo se puede prescindir de la construcción sujeto, rechazar la igualdad y apelar a la diferencia” (2000, 67). Adele ha conseguido transgredir ese código en tanto que ha expuesto un discurso propio que se enfrenta al dominante, utilizando su

diferencia para erigirse por encima de la autoridad paternalista de las benefactoras. El hecho de que sea ella quien abandone la escuela y no la directora quien la expulse corrobora en mayor medida la autonomía de su voluntad. Pero el dilema que plantea Yeziarska surge a la hora de definir el comportamiento de Adele a partir de la crítica feminista hasta aquí expuesta. Si se parte de una postura de la Igualdad, Adele debería haber dirigido su discurso hacia la reapropiación del reconocimiento de su individualidad y de su derecho a ser tratada como una igual en el espacio público, en vez de retomar el espacio del gueto como alternativa factible para la conquista de ese reconocimiento. Tomando como base el proyecto de la Diferencia, la actitud de Adele se justificaría por desprenderse de cualquier influencia proveniente del discurso dominante para, desde ese espacio limitado, revalorizar aquello que su experiencia mejor conoce: “Yeziarska firmly dispels the myth of immigrant uplift, instead revealing the constricting effects of spectacle ethnography... Adele runs away from the home and its patrons to search for an alternative entry to society on her own terms” (2002, 32).

Adele termina deambulando por las calles de Nueva York en busca de trabajo. A diferencia de la posición desde la que se definía al principio de la novela, pues al menos podía permitirse pagar el alquiler de una habitación en Essex Street, la joven experimenta las consecuencias de un desarraigo completo al no disponer de un espacio en el que poder hospedarse. Tras ser aceptada como friegaplatos en un restaurante, Adele vuelve a entrar en contacto con las largas jornadas laborales de las que pretendía desprenderse antes de entrar a formar parte de la HWG. Abatida por las circunstancias, la joven responde: “No place” cuando una de sus compañeras le pregunta por el lugar en el que vive, lo que confirma la vulnerabilidad a la que se enfrenta por no tener lo que se denominó al comienzo del capítulo como “opacidad posicional”, es decir, la capacidad de afirmarse como individuo a partir de un emplazamiento reconocible en el espacio

público. La compañera, al presenciar su decaimiento, le conduce a su casa y una vez allí, agotada, Adele se queda dormida. Al despertar, la joven percibe el entorno que le rodea con reminiscencia, ya que cada detalle le recuerda a los momentos que solía vivir con su familia. El espacio en el que se encuentra se convierte en una evocación de su identidad olvidada, aquella que se forjó a partir de su experiencia dentro de los márgenes del Lower East Side: “I saw the old woman peacefully bent over the washtub [...] A long-forgotten picture of my own mother flashed up in me. My own mother in our old kitchen” (1927, 94). Adele, acostumbrada a relacionarse partiendo de una jerarquía de poder en la que ella se encuentra por debajo de los demás individuos, se refiere a su compañera con el título de “Mrs.”, a lo que la anciana le responde que es conocida simplemente como Muhmenkeh. Establecida así la igualdad de trato, Muhmenkeh le expresa su voluntad por ahorrar el dinero suficiente para poderle comprar a su nieta, Shena Gittel, el billete para venir a América. Al igual que le ocurre a Adele cuando instintivamente identifica la casa de la anciana con el hogar que compartía con su familia, Muhmenkeh también reconoce en la joven una familiaridad involuntaria que le lleva a tratarla como si de su nieta se tratase: “I got a granddaughter in your years... That’s why it cut me by the heart to see you so worried and alone” (95). Tras enterarse que Muhmenkeh se había gastado todos sus ahorros en que ella se recuperase de una enfermedad que contrajo, Adele toma conciencia de que el modelo de caridad propuesto por las instituciones de integración norteamericanas no resuelve el conflicto de supervivencia generado por la escasez de recursos económicos, mientras que acciones solidarias como la de Muhmenkeh sí consiguen llenar el vacío de entendimiento que da lugar a las desigualdades sociales. Cuando Katherine Stubbs hace referencia a la tradición judía resalta la importancia del *tsdokeh*, original del hebreo, que define lo que en occidente se entiende como “caridad”, pero en términos de justicia

social. Igual importancia tienen los que piden que los que ofrecen, siendo éstos últimos dependientes de aquéllos porque sin ellos no se ganarían el favor divino. El hecho de que Adele se apropie de esta interpretación a la hora de entender la actitud de Muhmenkeh hacia ella es relevante en tanto que muestra su voluntad por retomar el estado previo a la influencia de la HWG. Adele está revalorizando las costumbres judías identificándose de nuevo con la comunidad de la que proviene. Además, siguiendo el argumento de Merish, la necesidad del reconocimiento individual propio de las instituciones de caridad, puesto que se ensalza la figura de quien las financia, entra en conflicto con el *tsdokeh* ya que esta práctica surge de un altruismo sin ninguna trascendencia terrenal: “it is they who name the home ‘Hellman Home’ after its founder, a clear contrast to the shtetl tradition of *tsdokeh*, a communitarian model of anonymous and reciprocal giving” (2012, 222).

A pesar de haber abandonado la HWG, Adele debe enfrentarse a la aparición de Arthur Hellman en un intento por satisfacer su ánimo caritativo. El magnate, atendiendo a la pérdida de racionalidad pasajera que debió afectar a Adele tras su discurso, le ofrece la posibilidad de que sea asistida en un sanatorio privado. Con todo, Adele nombra a Muhmenkeh como motivo principal por el que no va a requerir la ayuda de Arthur, aunque no es capaz de explicarle quién es: “Muhmenkeh? Oh, I can’t tell you in words. [...] You can’t tag her or pigeonhole her into this or that. She just *is*” (105). Al igual que las mujeres, según las feministas de la Diferencia, no son “dueñas del discurso”, y por ello, “el lugar del sujeto femenino en el discurso es un imposible” (2000, 67), Muhmenkeh sufre la indefinición resultante por no tener un “lugar” en el lenguaje, excluida de todo reconocimiento público y, por consiguiente, escapando del discurso universal con el que los Hellman y las instituciones de caridad se comunican. La insistencia de Arthur por recuperar la alta estima que Adele le reconocía y así poder

seguir dominando sus intereses se ve desafiada por el discurso de Muhmenkeh, que no dispone de mayor valor persuasivo que el de defender la voluntad de la joven como única solución para su bienestar: “Where the best she likes it, the best she gets well” (106). De este modo, los intentos de Arthur por recuperarla, como enviar un médico que la tratase, atenderla con medicamentos o ayudar a la anciana en las tareas del hogar, parecen colocarle al mismo nivel estructural en el que Adele se encuentra, con la salvedad de que él sigue desarrollando su identidad como miembro de la élite social una vez termina sus tareas. Además, el enfrentamiento cultural y clasista entre Muhmenkeh y Arthur no permite la reconciliación que Adele tanto anhela, puesto que las “buenas intenciones” de las instituciones de caridad impiden la comprensión mutua y establecen una jerarquía de poder desde la que las clases más favorecidas operan. Por una parte, la incapacidad de Arthur por llevar a cabo las tareas del hogar de un modo eficiente, teniendo que ser amonestado constantemente, denota el distanciamiento insalvable que imposibilita la fusión de costumbres si se parte de experiencias culturales diferentes. Por otra parte, el hecho de que Arthur quisiera pagar a Muhmenkeh, dedicada a la venta ambulante, una suma de dinero superior a lo que la anciana le pide a cambio de sus productos y ésta deniegue la oferta resalta la alternativa planteada por Yeziarska, y personificada por Muhmenkeh, por la que se anima a las mujeres judías del gueto neoyorquino a independizarse de las propuestas paternalistas propagadas por las élites norteamericanas: “No, Mister. Your heart is good. But *Gott sei dank*, I got yet my hands and feet to earn me my every cent” (110). El espacio doméstico de la anciana se define como un espacio en que los individuos como Arthur permanecen en conflicto por su desubicación “posicional”. En este aspecto, toda desposesión de arraigo contextual conlleva una pérdida de autoridad que no puede paliarse con la convivencia en esos mismos espacios sino es a través de la comprensión y la voluntad del individuo

dominante a integrar al *dominado* de tal manera que la desigualdad termine por desaparecer. A diferencia de la HWG, Muhmenkeh sí permite a Arthur introducirse en la experiencia de su rutina, pero es éste quien no se habitúa a la emancipación de Adele y al hecho de que la joven ya no admita sus favores de apariencia desinteresada: “Sentimental nonsense! I have lots of money. More than I need. Why shouldn’t you have some of it? Call it a loan. Don’t let the bitter things that happened to you make you hard. Don’t refuse the right kind of help!” (111). Arthur, a pesar de comprobar la falta de efectividad de su discurso, insiste en que la única posibilidad para que Adele pueda salir de la invisibilidad social es a través de su influencia: “All I want is that you should have a chance to make something of yourself” (112). Adele, en cambio, sin haber necesitado un adiestramiento tan exhaustivo como el que recibió durante su estancia en la HWG, decide actuar siguiendo las pautas de un discurso alternativo: aquel que personifica Muhmenkeh. En este sentido, cuando la joven afirma: “I know now that I can never fly with borrowed feathers” (112) parece estar imitando el comportamiento de la anciana del mismo modo que recurrió a la imitación del discurso de las benefactoras para defenderlas ante sus compañeras de habitación. Si bien el contenido del discurso de la institución comienza cuando la individualidad de Adele termina, el de Muhmenkeh no puede equipararse al de las benefactoras porque reivindica la reapropiación de esa individualidad como punto de partida de sus acciones.

De igual manera que los dos discursos propuestos en esta novela, el de las instituciones caritativas y el de la protagonista, como alternativas sobre las que las mujeres judías de clases bajas deben cimentar su experiencia no pueden reconciliarse en los espacios que comparten con otras mujeres de rango social diferente, tampoco las experiencias pueden expresarse con el mismo lenguaje. Barbara Myerhoff hace referencia a la necesidad de la mujeres judías por definirse con unos recursos

lingüísticos elegidos desde su propia intimidad social y lejos de la influencia de élites discursivas que las encasillan: “socially disdained groups have to find their own standards [for] generating internal codes for taking each other’s measure. Only by doing so can they avoid the devastating consequences of judging themselves in the terms used by people who disdain them, in whose system they will always amount for nothing” (1994, 175). Al hilo de esta problemática, cuando Arthur nivela con el mismo baremo la situación precaria de Adele y las dificultades por las que él, como cualquier otro individuo, ha tenido que afrontar se produce una descoordinación de empatía, pues el magnate no es capaz de evaluar el sufrimiento de Adele desde su perspectiva clasista: “There are all kinds of struggle in the world. Poverty is one, and that you know. What difficulties I may have had in my life, you know nothing about. You limit yourself, my dear girl, when you say only the poor experience, only the poor feel and suffer” (113). Después de invitarla a cenar en Fifth Avenue, Arthur le confiesa el verdadero cariz de su interés por ella, expresando una vez más su necesidad por cobijar la vulnerabilidad de Adele bajo el techo de su poder: “I want to protect you, look out for you. You know, you’ve roused something in me – you’re a challenge” (115). Aunque la joven termine rechazando la propuesta de Arthur de contraer matrimonio con ella, hay un punto de veracidad en su confesión que está relacionado con el desarraigo y la inestabilidad de Adele cuando ésta se ubica en los espacios más allá del gueto, y así ella lo explica para justificar la imposibilidad de su relación: “When I sit and eat with Muhmenkeh I’m among my own. My feet on the ground of the real world I know. With you I’m walking on stilts” (1927, 117). Siguiendo el argumento de Amorós y su crítica a la alternativa propuesta por Irigaray en cuanto a la resignificación de los espacios ofrecidos a las mujeres por los varones se refiere, surgiría un escepticismo a la hora de configurar la identidad de la mujer a partir de unos supuestos esencialistas o, en el caso de la re-

definición del universo ya existente, en proceso de gestación: “En relación con la identidad femenina colonizada por el falogocentrismo y descolonizada por obra de la <<mímesis>>, que deconstruye este discurso por una repetición-interpretación del mismo desde el lugar de <<lo Otro>>, se puede poner el acento en el rescate por evocación de algo que de alguna forma estaría ya dado *o bien* en la reinención de ese algo” (2005, 318). En esta línea, la vuelta de Adele a los valores de la comunidad judía, y su consiguiente reinscripción en el espacio doméstico como mujer, supone el “rescate” de una tradición olvidada a la que la joven le atribuye un nuevo valor gracias al cual consigue reconocerse sin necesidad de buscar el consentimiento de miembros de las clases más favorecidas. A pesar de que ese reconocimiento sólo le permite definirse en función de una actividad limitada a un espacio privado concreto, Adele encuentra en ello la alternativa que le permite no ser juzgada por la mirada panóptica de las instituciones de caridad. Al exaltar las costumbres que definen a las mujeres judías dentro del contexto doméstico, Adele reafirma su identidad y la arraiga sobre la continuidad de una experiencia que le ayuda a definirse con la misma legitimidad que Mrs. Hellman dado que ambas han conseguido mantener su individualidad en diferentes contextos sociales. En palabras de Irigaray: “para obtener un estatuto subjetivo equivalente al de los hombres, las mujeres deben hacer que se reconozca su diferencia” (1992, 44). Del mismo modo, Adele parte de su diferencia para reapropiarse de una posición social que había rechazado por la influencia del discurso paternalista propagado por los Hellman.

Una vez la anciana muere, Adele se enfrenta al mismo desarraigo que sufrió al abandonar la HWG, con la salvedad de que ahora dispone de la experiencia aprendida a través de Muhmenkeh y de un espacio doméstico en el que representar su alternativa solidaria. La “Muhmenkeh’s Coffee Shop” coge forma gracias al esfuerzo de Adele y a

la generosidad de los vecinos, quienes amueblan la estancia ofreciendo cada uno el material del que disponen. Durante la noche de apertura, Adele reconoce el cambio que se ha producido en su comprensión del mundo que le rodea: “I am a different person. I’ve lived with Muhmenkeh. I’ve died with her, and I’m born again” (127), trasladándose al lugar que la anciana dejó libre para, a partir de ahí, resignificar la experiencia del gueto y la suya propia. La alternativa propuesta a través de esta cafetería, además, ofrece una nueva vía de transacción de capital por la que los clientes no pagan en función de un precio estipulado previamente por el mercado de consumo, sino que depositan lo que creen conveniente en un recipiente de latón a la entrada del recinto. Así, el hogar de Muhmenkeh se convierte en el “hogar de todos”, el espacio de la comunidad judía en el que ya no es una figura única la que resalta, como en el caso de la HWG, sino que es el resultado de la aportación de todos los vecinos, es decir, les pertenece a ellos tanto como le pertenece a Adele. Por tanto, el reconocimiento público que Adele buscaba a través de las instituciones de la caridad se torna obsoleto una vez experimenta el éxito en el espacio privado que ha construido. Sin embargo, siguiendo la postura crítica de Femenías, “Muhmenkeh’s Coffee Shop” tan sólo sería una “microresistencia” y, como tal, únicamente irradiaría su influencia en el marco concéntrico del Lower East Side (2000, 88). Además, cuando la joven expresa: “Now bargaining became a game with a new meaning for me” (129) parece dar un nuevo significado a una actividad que, según la tradición judía, corresponde esencialmente a las mujeres. Revalorizar las tareas domésticas asignadas a las mujeres con la máxima de la emancipación sólo podría entenderse de forma positiva desde una perspectiva de la Diferencia muy extrema, ya que la actitud de Adele sólo encontraría sostenibilidad en el ámbito de lo privado, que es donde la tradición judía aquí presentada implanta eficazmente sus costumbres. Por el contrario, aunque Yeziarska centre su problemática

en la resurrección de Adele y la exaltación de su autonomía como contrapartida a la alienación paternalista que domina los espacios públicos, también tiene lugar una subversión de la tradición judía en el momento en el que la joven imita el comportamiento de la anciana, ya que Muhmenkeh “had not religiousness of the old Jewish women of the ghetto. No wig. No Sabbath candles. No praying in synagogues” (121). Así pues, la inclusión voluntaria de Adele en el espacio doméstico de la “Muhmenkeh’s Coffee Shop” parece alterar las expectativas del discurso paternalista de los Hellman a través de una alternativa solidaria, lo que hace que la joven se halle en un estadio intermedio que conjuga su supervivencia atendiendo exclusivamente a la realización de su albedrío.

Profundizando más si cabe en el conflicto identitario aquí expuesto, cuando Adele atribuye el mérito por la transformación del hogar de Muhmenkeh al aprendizaje que llevó a cabo durante su estancia en la HWG se refleja la intención de Yeziarska por intentar aunar ambas experiencias como resolución final a esta problemática: “In spite of myself, it was the course of cooking and cleaning in the Training School that was the making of me” (126). Siguiendo esta idea, el hecho de que la cafetería sirva para dar a conocer el trabajo de artistas que, por sus escasos recursos económicos, no pueden difundir su habilidad en el terreno público de la urbe neoyorquina recuerda a la actitud de las benefactoras con respecto a las huéspedes y a la de Arthur con respecto al compositor judío Rachmansky. Además, Adele parece estar reproduciendo el mismo discurso paternalista del que ella fue víctima antes de abandonar la HWG, siendo ella la que personifica el trámite por el que el individuo invisibilizado pasa a ser reconocido públicamente en función de unas características por las que él ha elegido diferenciarse. Del mismo modo que Adele hace referencia a la necesidad de los individuos excluidos por que se les dé una oportunidad de reconocimiento: “A chance to show his work! His

eagerness, I understood that” (1927, 131), también Arthur así lo especifica durante la celebración en la que da a conocer a Rachmansky: “The only thing that boy needed was a chance. And he has it” (77). No obstante, y volviendo a plantear la legitimidad de los discursos dependiendo de quién los emita, Adele no estaría imitando el comportamiento de los Hellman en tanto que ella, como excluida, sí está legitimada para ejercer de “catalizadora” del reconocimiento de las clases bajas. El hecho de que Arthur rescatase del anonimato a Rachmansky y lo introdujese en su círculo social como proyecto exitoso en su trayectoria laboral pretendidamente altruista dista en gran medida de la función solidaria de Adele. El espacio de la “Mumhenkeh’s Coffee Shop”, como se ha expuesto anteriormente, pertenece a toda la comunidad del gueto, por lo que no hay intrusión de individuos desubicados ni autoridad de Adele para condicionar el trabajo de estos artistas. Al no existir jerarquía clasista entre los miembros de esta comunidad, la envergadura del discurso paternalista no podría tener cabida en ese espacio.

La aparición posterior del joven músico en la cafetería y la unión matrimonial que acaba contrayendo con Adele no hace sino corroborar este argumento, pues queda evidenciada la imposibilidad de convivencia entre individuos que parten de experiencias de clase distintas. La decisión de costearle a la nieta de Muhmenkeh el billete hacia América y de acogerla en su hogar queda justificada como parte del discurso alternativo al dominante propuesto por la autora, ya que limita la propagación de las relaciones de poder al tener como máxima el acceso al reconocimiento individual: “Of course we can’t live up to all Shena Gittel will expect. We can only give her the chance to get it for herself” (153). De este modo, cabe mencionar la apreciación de Catherine Rottenberg, quien asegura que el discurso dominante, a pesar de su intrusismo en cualquier tipo de reivindicación de los espacios que controla, de ninguna manera determina completamente la identidad del individuo: “although dominant discourse helps shape

racial identities, it can never totally determine these identities” (2007,95). Así, concluye confirmando la existencia de puntos en común entre el discurso paternalista y el discurso alternativo de Muhmenkeh, quedando este último legitimado por Adele y Rachmansky, ya que se emite desde una comprensión real a partir de su experiencia como sujetos excluidos: “There is a methodological and theoretical distinction that needs to be made between the way norms operate in the hegemonic level, as mechanisms that (re)produce *dominant* US society, and the way these norms are ‘taken up’ on the level of social praxis and within communities” (2007, 95).

Como se ha podido comprobar a lo largo de este capítulo, Yeziarska propone, a diferencia de los mecanismos de control paternalistas, la renuncia al reconocimiento de las mujeres *guetizadas* en los espacios públicos dominados por las clases medias y altas siempre y cuando ello conlleve una implicación estratégica para el mantenimiento del clasismo social. De esta forma, aunque la problemática de la americanización por vías institucionales queda resuelta en favor de la individualidad de Adele y el abandono del adiestramiento paternalista, al mismo tiempo se genera un halo de escepticismo ya que es a través de la resignificación del espacio doméstico como las mujeres judías de clases bajas parecen reafirmar su posición identitaria.

4.4. El conflicto de la “Endo–Diferencia”

4.4.1. Matrimonio endogámico e interclasista: “Dreams And Dollars”

Muchos han sido los estudios en los que se plantea el tema del matrimonio intercultural como una alternativa que, o bien amplía el rango experiencial de los individuos que lo contraen, o bien, como es en el caso de la producción literaria de Yeziarska, evidencia el

distanciamiento existente entre individuos de diferentes clases sociales como consecuencia de haber rendido sus voluntades ante los procesos de integración relacionados con la americanización. Lila Corwin Berman se refiere al fenómeno social acuñado por Julius Drachsler y conocido como “gradual amalgamation” para definir el modo en el que el matrimonio entre personas que pertenecen a un mismo bagaje cultural sirve para fomentar la asimilación al modelo americano. Entendiendo la identidad americana como una amalgama social en la que todos los individuos que la componen se adaptan a un mismo ritual de comportamiento a pesar de llevar a cabo una rutina condicionada por diferentes profesiones religiosas, Berman expone la teoría de Drachsler para explicar la incidencia de los judíos inmigrantes en Norteamérica a partir de este fenómeno:

“By designating certain forms of diversity as embodying the essence of American identity, leaders attempted to mold American diversity to fit national goals. Identifying religion as the quality that most differentiated American from one another, but that also gave them a set of shared values, sociologists, politicians, and clergy pronounced religion to be central to American life.” (Berman, 2009, 66)

De este modo, el matrimonio entre los propios judíos no supondría una amenaza para el modelo de vida norteamericano, ya que contribuiría a esa diversidad cultural de la que se compone la identidad americana. Desde otra perspectiva, Adam Sol explica cómo el matrimonio entre miembros de diferentes culturas y razas suponía una de las vías más rápidas y eficaces para que las mujeres de clases bajas obtuviesen el reconocimiento social que anhelaban sin apenas participar del esfuerzo meritorio característico de ideales como el “American Dream”: “Intermarriage represented all of the potential joys and dangers of complete entrance into American culture” (2001, 215). Al hilo de esta problemática, este capítulo comienza centrando su análisis en una de sus obras cortas de

menor alcance popular y sobre la que se dispone de escaso respaldo crítico, aunque ofrece una perspectiva nueva y relevante en la consideración de este estudio: “Dreams and Dollars”, relato incluido en el recopilatorio literario *How I Found America*, publicado en 1923. La obra muestra cómo la dinámica de relaciones de poder tiene lugar también entre miembros de una misma comunidad que, perteneciendo a clases sociales distintas, conjugan los mecanismos de integración en el terreno público desde una posición de mayor comprensión cultural, habiendo recurrido al matrimonio no ya intercultural, sino específicamente interclasista.

Rebecca Yudelson, residente del Lower East Side, aparece presentada en el contexto de California tras la decisión de visitar a su hermana Minnie, lo que le supone desprenderse temporalmente de la sombra de invisibilidad y pobreza que caracteriza al gueto. En contraste, Rebecca, seducida por el cambio de ambiente, describe su llegada a Los Angeles como si se hubiera introducido en “fairylnd”, un espacio tan diferente al de la realidad de la que proviene que le resulta complicado establecer una analogía en términos de veracidad: “a magic world of romance too perfect to be real” (1923, 219)¹⁵. Minnie abandonó diez años atrás *Delancey Street* para casarse con Abe Shmukler, un judío que había conseguido el ascenso social a través de un negocio próspero. Nada más llamar a la puerta, la sirvienta que le abre revela la jerarquía de poder entre los dos individuos: “The door was opened by a trim maid in black whose superior scrutiny left Rebecca speechless” (220). En su obra, Yeziarska muestra la exclusión de las mujeres judías de clase baja permitiendo que aparezcan de forma recurrente detalles que motivan la desigualdad en las relaciones que estas mujeres entablan con individuos posicionados en el terreno público. La desconexión que surge entre Rebecca y Minnie se hace evidente cuando la primera compara la apariencia que solía mostrar su hermana con la

¹⁵ En este subcapítulo, se obviará el año de publicación en las citas extraídas del relato “Dreams and Dollars” debido a que pertenecen a la misma colección *How I Found America*, publicada en 1923.

que ahora define su exterioridad, contraponiendo así una experiencia forjada a base de esfuerzos por sobrevivir a otra configurada a partir de la dependencia al gusto de las élites sociales: “And to think that you who used to shine up the Street like a princess in your homemades are such a fashion-plate now?” (220). Para Rebecca, Minnie estaría creando lo que Irigaray denomina como “envolturas artificiales” (1984,40), es decir, se ha cubierto de una exterioridad artificial que le permite ejecutar la identidad con la que quiere darse a conocer en el círculo elitista al que Shmukler le ha introducido, pero que en realidad es una identidad impuesta por unas convicciones de integración fraudulentas. Irigaray se refiere metafóricamente a la desnudez de la mujer cuando a ésta se le impone un posicionamiento en los espacios públicos dominados por los varones, una vulnerabilidad que Minnie resuelve adquiriendo con el dinero de su marido los atavíos exigidos para una adaptación eficiente.

Ya desde el principio queda expuesto que el motivo por el que Minnie indujo a su hermana a que la visitase se debe al interés de la primera por propagar el ideal de ascenso social a través del concierto de casamientos entre miembros de diferentes clases. El hecho de que Minnie le anuncie que ya tiene un pretendiente disponible para ella: “I have a man who’ll be a great catch for you” (221) bien recuerda al discurso dominante de las benefactoras de la HWG cuando éstas justificaban su control con el pretexto de saber qué era lo que convenía a cada huésped. Minnie ha interiorizado el discurso paternalista que le ha dado la oportunidad de mostrarse en el espacio público como Mrs. Shmukler hasta el punto de difundirlo con la misma legitimidad con que lo promueven las clases dominantes que así se lo implantaron. El proceso de americanización demuestra así un contrato de permanencia que será vigente siempre y cuando haya individuos que participen en su herencia discursiva como predicadores en cadena. La apariencia precaria de Rebecca obliga a Minnie a mencionar su

desubicación, resaltando que los códigos de conducta del gueto no tienen autoridad en el contexto de Los Angeles: “I can’t have that man see you looking like a greenhorn just off the ship” (222). Una vez tiene lugar el encuentro, el pretendiente, Moe Mirsky, le intenta explicar a Rebecca cómo transformó su identidad “in the gutters of the Ghetto” (224) hasta llegar a ser conocido como “King of Clothing”. Sin embargo, al lector no se le permite conocer los datos biográficos de este proceso, ya que la joven “ceased to listen” para recrear escenas domésticas en las que compartía el espacio con Felix Weinberg, un poeta judío que fue el primer candidato de Minnie para su casamiento antes de relacionarse con Shmukler. Gracias a la memoria, Rebecca mantiene un escepticismo que le permite seguir distanciándose de la élite que le rodea y así recurrir al arraigo que define su identidad, ya que teme que la ofensiva americanizadora de la que está siendo objetivo se apropie por completo de su experiencia y haga desaparecer la admiración que siente por el poeta.

Así expuesto, el proceso de transformación identitaria que Minnie pretende imponer a su hermana parte de la base de que la integración en los círculos elitistas no puede considerarse completa hasta que sus miembros no hayan reconocido la validez de esa identidad, es decir, que la inclusión de un individuo en los espacios compartidos por las clases más elevadas no depende tanto del contacto individual con el que ejerce de mediador sino del asentimiento colectivo resultante. De este modo, no sólo se evalúa la autenticidad de la nueva miembro como tal sino que también se juzgará si los mediadores han cumplido las expectativas en la tarea del adoctrinamiento: “they [Minnie y Shmukler] were satisfied by Friday night that at least she could be introduced without her Delancey Street background too evident” (226). Además, como requisito para la adaptación, Rebecca es persuadida para aprender a jugar al póker, un entretenimiento al que ella no consigue acostumbrarse, ya que le resulta imposible

representar la identidad de la élite californiana desde los supuestos de las clases altas. A pesar de que todos los miembros de esa comunidad provienen de familias que residían en los diferentes guetos de las grandes ciudades norteamericanas, su prosperidad en los negocios les ha permitido asimilarse hasta el punto de que no se aprecian diferencias culturales entre magnates como Arthur Hellman y Abe Shmukler. Cuando la joven presencia una de esos encuentros de ocio e intenta describir a los participantes, lo único que resalta es la imposibilidad de matizar sus identidades individualmente: “she was unable to distinguish between them” (227). La falta de nitidez a la hora de percibir a los individuos del círculo social de Shmukler demuestra la incapacidad de Rebecca por entenderles en función de la individualidad que han configurado a partir de su entrada en los círculos de visibilización social. Para la joven, esta identidad nueva no resalta por su diferenciación sino, al contrario, por su des-individuación. Por tanto, se comprueba la existencia de jerarquías de poder relacionadas no tanto por una cuestión cultural, sino por un asunto de clase.

El planteamiento de Yeziarska en esta obra permite disponer de una perspectiva nueva para analizar la integración de Rebecca en el espacio público dominado por la élite que rodea a su hermana, ya que el hecho de que todos los individuos retratados compartan un mismo bagaje cultural le otorga legitimidad cuando ésta opta por diferenciarse de ellos recurriendo a la autoridad de la tradición judía que les une: “The vulgar boastfulness of the man who had forced his way up in the world only to look down with smug superiority upon his own people” (227). De este modo, el mismo interés altruista que induce a Minnie a querer rescatar a su hermana de las condiciones arduas de supervivencia que se dan en el gueto también anima a Rebecca a persuadir a la joven esposa de Shmukler que vuelva con ella al lugar del que proviene. A este respecto, cabría plantearse cuál de los dos discursos estaría más legitimado para incurrir

en la experiencia del otro individuo. Si se parte del derecho de las mujeres por poder disfrutar del mismo nivel económico y de relevancia social que los varones, en líneas generales, Minnie tan sólo estaría gestionando la situación de su hermana desde una perspectiva integradora que le permitiría disfrutar de unos privilegios que su confinamiento a un espacio marginado en la urbe le impide. No obstante, la inclusión de Rebecca en los espacios dominados por las clases altas por medio del matrimonio concertado, al igual que ocurre con su hermana, supondría el triunfo de la red de poder elitista que conecta con el discurso paternalista de americanización y la derrota de la diferencia frente a una producción en serie de “allrightniks” (229). Además, si se tiene en cuenta la posición social desde la que emite su discurso, Minnie estaría personificando los valores de una doctrina paternalista que, como se ha podido comprobar en capítulos anteriores con otros personajes, reduce la voluntad de Rebecca hasta el punto de mantenerla alienada dentro de un marco de costumbres que fomenta la desigualdad de clases. Es relevante para esta consideración la confesión de Minnie a su hermana, cuando le explica las razones de su malestar en Los Angeles: “If not for cards I’d be dead from loneliness. Are there any people to talk to here? ...Cards and clothes help me run away from myself – help me forget my terrible emptiness” (229). Durante esta revelación, Minnie deja de ser lo que en palabras de su hermana se describe como “the curse of their people, the shame of their race, Jews dehumanized, destroyed by their riches” (229) para retomar su identidad originaria en un intento por distanciarse de su contexto y dar voz a las emociones que emanan de su individualidad. El vacío al que hace referencia la joven está relacionado con el desarraigo al que se enfrentan las mujeres perfiladas por Yeziarska una vez se sitúan en los espacios controlados por la élite burguesa y mantenidos por los códigos de conducta propagados por las instituciones encargadas de promover la identidad americana.

Como bien recalca Sol, los personajes terminan por retomar su experiencia dentro de los límites del gueto, donde la necesidad de compartir y expresar sus emociones se antepone a los deseos que en un primer momento muestran de ser reconocidos en el espacio público: “their lasting comfort and happiness depends on another member of their ethnic group who shares their memories, experiences, and challenges” (2001, 215). Así, se justifica el retorno de Rebecca a *Delancey Street* y su compromiso ulterior con el poeta Felix Weinberg, a quien tanto tiempo lleva admirando: “she had come back home again...back to the relentless, penny-pinched poverty – but a poverty rich in romance, in dreams, - rich in its very hunger of unuttered, unsung beauty” (232). La recurrencia con la que la abstracción “belleza” aparece nombrada por las mujeres en estas novelas y relatos cortos se debe a la reivindicación de la autora por desasimilarla del ámbito de los mercados de consumo, ya que en las primeras décadas del siglo XX sólo parecían tener acceso a ella las clases con más recursos económicos. En este sentido, Rebecca manifestaría la existencia de una belleza intrínseca en cada individuo, que brota en el momento en el que se expresan las emociones inéditas creadas a partir de una experiencia propia.

4.4.2 Matrimonio endogámico e intraclasista: “Where Lovers Dream”

Otro de los relatos que son relevantes para dar más perspectiva a este estudio es “Where Lovers Dream”, en el que las consecuencias de la diferencia de clase se hacen evidentes e impiden que el matrimonio entre los protagonistas tenga lugar, a pesar de estar respaldados por una misma tradición cultural. En el relato, Yezierska describe la situación de Sara, una joven judía que rememora la relación que mantuvo con un

antiguo compañero, David, tras haber sido invitada a una boda y haberle encontrado allí con su esposa actual. Antes del evento, Sara se propone expresarle a David todo lo que siente con respecto a su ruptura y así explicarle que la diferencia que un día les separó no era ya tan evidente: “that his grand life and my pinched-in life, his having learning and my not having learning – that the difference didn’t count so much like it seemed; that on the bottom I was the same like him” (1920, 142)¹⁶. Una vez delante de él, no obstante, no consigue reunir la autoridad necesaria para adueñarse y controlar el discurso que tanto tiempo lleva preparando. Según Sara, David ejerce de vínculo entre los códigos de conducta americanos y su identidad como residente del Lower East Side: “David was always trying to learn me how to make myself over for an American” (145). La omnipresencia del discurso de americanización se apropia de la rutina de Sara hasta el punto de que David aprovecha cada momento de ocio para inculcarle a la joven la doctrina que revela cómo convertirse en una mujer americana: “All the way as we walked along he was learning me how to throw off my greenhorn talk, and sayo ut the words in the American” (146). Como se comprobará más adelante en el relato, los esfuerzos de David por americanizarla forman parte de su interés por que cumpla con las expectativas que su familia ha creado en torno al mantenimiento de las diferencias de clase intactas.

Una vez David termina sus estudios para ejercer de Doctor profesionalmente, su tío Rosenberg decide visitarle tanto para financiarle la oficina en la que trabajará como para evaluar a su prometida. La reacción en cadena por la que David adoctrina a Sara y ésta a su vez reemite ese discurso a su familia en un intento por encubrir su precariedad se hace efectiva con el aviso de la llegada del familiar de David, quien dispone de un estatus económico superior. Así pues, la inmanencia del discurso dominante se debe en

¹⁶ En este subcapítulo, se obviará el año de publicación en las citas extraídas del relato “Where Lovers Dream” debido a que pertenecen a la misma colección *Hungry Hearts*, publicada en 1920.

gran parte al uso que hacen los individuos a los que va dirigido y cómo lo difunden para legitimar sus actos en favor de la asimilación. Tanto es así que Sara se apropia de la autoridad suficiente como para transformar su hogar y a su familia cumpliendo la apariencia normativa que la visita de Uncle Rosenberg exige. Sin embargo, la llegada del magnate delata la inviabilidad del compromiso de la joven pareja en tanto que ni uno ni la otra están autorizados para desestabilizar el orden clasista que sustenta a la sociedad americana. Cuando Rosenberg entra al hogar de Sara y, tras comprobar la precariedad de su familia y de la estancia, decide salir del espacio sin mediar palabra lo que hace es cumplir con un código de conducta prefijado por el que ningún individuo de la élite social debe entrar en contacto con miembros de rango inferior, pues ello supondría respaldar el destronamiento de su propio estatus. La desobediencia de David justifica el malestar de su tío y le da autoridad para advertirle de la exclusión que sufrirá si determina seguir adelante con el casamiento: “I got too much sense to waste my love on beggars. And all the time I was planning for you an American family, people which are somebodies in this world... For what did I waste my good dollars on you?” (153). De nuevo, el discurso dominante personificado por Rosenberg se refiere a la capacidad entitaria de los individuos en función de su reconocimiento en el espacio público. Para el magnate, el posicionamiento de Sara parte de un estado de invisibilidad tal que no puede ser definida ni por un estatus que le avale ni por una identidad que la diferencie, por lo que el temor que muestra ante su sobrino se fundamenta en el grado de lo que se ha denominado “opacidad posicional”, es decir, en si Sara dispone de la suficiente estabilidad económica como para poder individualizarse fuera de los márgenes del gueto. El hecho de que Rosenberg les nombre partiendo de su falta de relevancia identitaria denota la jerarquía de poder gracias a la cual los emisores del discurso dominante señalan lingüísticamente la calidad entitaria de quienes observan,

clasificando así la validez de cada individuo en función de un criterio clasista: “The impudence from such penniless nobodies wanting to pull in a young man with a future for a doctor! Nobody but such a yok like you would be such an easy mark” (153).

Establecida la dicotomía “somebodies-nobodies”, cabe considerar la relevancia de la crítica feminista para resolver la problemática aquí planteada. En su estudio crítico y antropológico de la mujer, Simone de Beauvoir se plantea el origen de la consideración de la mujer como inferior dentro del conjunto social, llegando a la siguiente conclusión: “Ningún sujeto se plantea, súbita y espontáneamente, como lo inesencial; no es lo Otro lo que, al definirse como Otro, define lo Uno, sino que es planteado como Otro por lo Uno, al plantearse este como Uno (1949, 4). Este planteamiento explica las razones por las que Rosenberg utiliza el término “somebodies” para distinguirse de la falta de posición entitaria que ocupan las clases bajas en el entramado social. En este sentido, la relación entre exclusión e invisibilidad se hace evidente si se parte del argumento de Femenías, quien atribuye una apreciación como la de “nobodies” a la estrategia del discurso normativo por definir de forma oportunista la significación social de los colectivos silenciados: “ser descalificado, ser un ‘abyecto’, significa no existir, ser ignorado, minimizado, no porque se es en sí mismo ininteligible sino, precisamente, porque se lo define como ininteligible, impensable, temible, un ser cuya ininteligibilidad y estatus de sujeto no se puede aceptar sin que ponga en tela de juicio el estatus de sujeto seguro y hegemónico” (2000, 227). En este sentido, la apreciación “nobodies” proferida por Rosenberg tan sólo describe una situación de desigualdad a la hora de poder acceder al estatus de “sujeto discernible” del que gozan las clases altas en el espacio público. Se hablaría, pues, de lo que Amorós argumenta como una “usurpación” por parte de la élite dominante de la abstracción “somebodies”, impidiendo así la apropiación de este término a las clases

más bajas representadas, en este caso, por Sara y su familia. No obstante estas consideraciones, partiendo de una postura crítica de la Diferencia, no sería tanto el acceso a la abstracción “somebodies” lo que convendría plantearse sino la resignificación de ese término desde la perspectiva de las identidades excluidas. De este modo, el término “somebodies”, entendido como vía de acceso al reconocimiento en los espacios públicos en igualdad de condiciones independientemente del estatus social del que el individuo disfrutase, no serviría para establecerlo como objetivo de actuación. Por el contrario, habría que configurarlo desde la inclusión de las diferencias culturales, por lo que su utilización supondría silenciar esas diferencias en favor de un interés dominante por obviar la desigualdad existente.

Tras la partida de David, Sara sufre el abandono y la exclusión desde dentro, es decir, desde un arraigo cultural que les une pero que resulta inviable dadas las diferencias de clase entre ambos y la insatisfacción por parte de la joven de sus correspondientes códigos de conducta. A pesar del retorno de David cuando recibe la carta de Sara expresándole su sufrimiento, ésta, al igual que ocurre con Adele hacia Arthur y con Sonya hacia Manning, finalmente rechaza la tentativa de volver con él y decide contraer matrimonio con Sam, miembro de la comunidad judía invisibilizada. Esta negativa se explica atendiendo al hecho de que estas jóvenes les identifican con un ideal que a través de su influencia desean alcanzar. Este ideal se cimienta en la construcción de un espacio en el que la experiencia de las mujeres *guetizadas* se complementa con la de los colectivos elitistas, ya sean representados por varones o por mujeres de estatus económico superior, y así poder disolver la jerarquía de poder que les impide ser reconocidas de forma individualizada. Con todo, al verse frustrado, Sara no puede percibir a David más que en función de una identidad fallida, que ya no tiene

ninguna trascendencia dado que ya no tiene vigencia por haber resultado fraudulenta: “I was dead, and the David I loved was dead” (161).

4.4.3. Transacción de la identidad: “The Song Triumphant”

Para profundizar en la problemática que se plantea en torno a las razones por las que las mujeres judías del Lower East Side y, en casos menos numerosos, los varones judíos dedicados al arte de la expresión, ya sea por medio de la pintura, la música o la escritura, deciden retomar su diferencia y posicionarla en el contexto del gueto para a partir de ahí reconocerse dentro de la comunidad judía es conveniente el estudio de otro de sus relatos cortos, como es el caso de “The Song Triumphant”, también incluido en el compendio literario titulado *How I Found America*.

En esta obra Yeziarska muestra la situación de Berel Pinsky, un poeta judío que vive con su hermano Moisheh y que depende del sueldo de éste último para costearse tanto el alquiler como el material que necesita en su deseo por ser reconocido como escritor. En su afán por dedicarse a escribir, Berel rechaza cualquier trabajo que le pudiese aportar algún beneficio económico, por lo que es el hermano quien debe sustentarle, no pudiendo cumplir con las expectativas materiales que el poeta le exige. Sin embargo, la aparición casual de Jake Saphiro, compañero de Berel durante el trayecto hacia a América y en el momento compositor musical, acaba terminando con la situación precaria de éste en un intento por aunar la creatividad de ambos y emprender un proyecto junto con Maizie, cantante profesional de jazz que daría voz a los versos de Berel. No obstante, el plan se propone con la condición de que Berel admita algunos cambios en su composición, lo que indica la voluntad de Saphiro y Maizie por adaptarse

al gusto de la élite, que es quien les proporcionaría el éxito y el correspondiente reconocimiento que buscan en la escena musical del jazz: “Your lines have the swing I’ve been looking for. Only a Little more zip, a change here and there, and –” (1923, 248)¹⁷. A pesar de la insistencia de Berel por mantener el formato original de sus versos, el poeta cede dada la suma de capital que Saphiro le ofrece tras la firma del contrato. Este consentimiento supone una renuncia a los valores que llevaba defendiendo desde el comienzo del relato, lo que denota la inmersión del joven poeta en el entramado consumista que convierte la creatividad de los individuos en productos maleables en función del gusto predominante. Además, la renuncia a que su obra permanezca original se extrapola a la identidad de Berel en tanto que la firma de ese contrato también supone la modificación de sus valores como individuo judío que dedica su vida a la expresión del arte. Esta tarea resignificaría la de aquellos semitas (*melamid*) que son sustentados económicamente por la familia para dedicarse plenamente al estudio de la religión.

La apropiación por parte de Saphiro y Maizie no sólo de su creatividad sino también de todo lo que le define, es decir, de su identidad, se hace evidente cuando éste le dice a su compañera: “He’s ours body and soul – bought and paid for!” (250). La transacción de códigos de conducta a cambio de la toma de privilegios y capital conduce a Berel a colocarse en un espacio en el que no tiene experiencia sobre la que arraigarse, por lo que su desubicación se hace evidente una vez entra en el gueto y alardea de los bienes materiales que ha adquirido gracias al contrato que había firmado: “Gone was the injured of the insulted and the injured. Success had blotted out the ethereal, longing gaze of the hungry Ghetto youth” (250). Aunque Berel pasa de un estado de invisibilidad a ser reconocido en el espacio público de la élite neoyorquina como un gran compositor, en su contexto originario apenas pueden identificarle tal y como le

¹⁷ En este subcapítulo, se obviará el año de publicación en las citas extraídas del relato “The Song Triumphant” debido a que pertenecen a la misma colección *How I Found America*, publicada en 1923.

conocían, por lo que los vecinos recurren a apelaciones estereotípicas para referirse al joven poeta: “Rockefeller – Vanderbilt!” (251). De este modo, la necesidad de los personajes de Yeziarska por obtener la individualidad en los espacios públicos mayormente dominados por las clases altas compuestas por directivos y empresarios que dirigen las instituciones de integración y americanización implica indirectamente la pérdida de la identidad originaria que habían forjado a partir de su experiencia dentro del gueto. Cuando los vecinos se refieren al poeta como “a Berel from another world” (250) confirman el proceso por el que todo individuo debe sacrificar una identidad en favor de otra. Como se ha explicado en capítulos anteriores, la convivencia coherente entre culturas diferentes dentro de un mismo individuo da como resultado un desarraigo inevitable, es decir, una crisis de identidad que se termina resolviendo finalmente una vez retornan al lugar socialmente invisibilizado del que provienen.

El encuentro con su hermano Moisheh, en cambio, le hace recapacitar sobre los principios que había perdido tras haber consentido la intrusión en su creatividad del gusto de la élite, dominada por la influencia musical del jazz e inclinada a identificarse con canciones que representasen su realidad y no las emociones de la minoría judía. No es hasta este contacto con Moisheh cuando Berel decide abandonar el proyecto conjunto que comparte con Saphiro y Maizie con la certeza de que se había sometido a aquello que siempre había denunciado durante su estancia en el gueto neoyorquino: “He had prostituted the divine in him for the swinish applause of the mob!” (252). De esta manera, cuando el joven apela a la necesidad de su conciencia por renunciar a la firma de más contratos que Saphiro le propone, éste le recuerda que su cometido en el proyecto es perfectamente prescindible, aludiendo al carácter intercambiable de su puesto y a la indiscernibilidad de su identidad como compositor: “Conscience, hell! If we can’t get the dope from you, I tell you, we got to get it from somebody else till you

get back on the job!” (253). Una vez los individuos como Berel participan del condicionamiento que el discurso dominante les impone, ya sea éste para beneficiarse económicamente de la atracción que el exotismo por pertenecer a una cultura distinta de la normativa provoca, ya sea por apropiarse de una creatividad ajena que le supone ingresos rápidos, deben asimilar una serie de pautas de comportamiento partiendo siempre de una jerarquía de poder que debilita su voluntad. Cuando Saphiro denuncia la falta de expresividad de su escritura, Berel se da cuenta de que su inclusión en la vida pública de las clases altas le ha conducido a un estado de estancamiento creativo por el que no puede producir ni siquiera la expresión de su experiencia como habitante *guetizado*: “It’s you who worked me dry – made of my name nothing but a trademark!” (253). Al convertir su identidad en una construcción manipulada por el gusto de las clases dominantes, Berel ha cercado los límites de su imaginación, lo que viene a significar que no es tanto el confinamiento a un espacio reducido lo que provoca una escritura frustrada sino cómo el individuo entiende ese espacio y cómo le influyen los discursos que emiten las consignas de adaptación al mismo. Además, el hecho de querer desprenderse de toda influencia proveniente de este tipo de discursos desentraña una situación de conflicto en la que el sujeto que quiere reivindicar su individualidad es reprendido por aquél de quien dependía para su inclusión efectiva en el espacio público. Se establece así una relación “creador-creación” que parece legitimar la autoridad de esta última en el reclamo de la obediencia ante el primero. Cuando Saphiro le dice: “So that’s what I get for all I done for you!” (1923, 253) lo que en realidad hace es corroborar la existencia de una situación de desigualdad entre ambos, por la que el músico cree haberse apropiado de cualquier expresión que el poeta emite desde el momento en el que éste consintió mediante un contrato la entrega de todos sus escritos y, por tanto, de su creatividad.

La insubordinación de Berel le conduce de nuevo a las calles de las que proviene, en las que el poeta revaloriza la precariedad del lugar, tornándola en algo que desprende la emotividad que él llevaba tanto tiempo buscando para dar forma a su expresión creativa: “Back – back to Hanneh Breineh – to Moisheh – back to my own people! Free – free!” (255). Para el joven escritor, la liberación que resulta tras haber optado por seguir la línea temática de un discurso alternativo al propuesto por el mercado de consumo que domina en los espacios públicos de Nueva York parece ser la única salida ante el laberinto de redes de poder que se conjuga en el terreno público. Del mismo modo que ocurre con el regreso de Rebecca al gueto en “Dreams and Dollars”, el retorno de Berel se justifica por la necesidad innata en todo individuo de emprender la búsqueda de la belleza y de seguir transitando la senda que desemboca en la construcción de una experiencia sublime que sólo puede tener lugar desde el arraigo identitario: “Here was the life that has never yet been fully lived. Here were the songs that have not yet been adequately sung” (255). Sin embargo, la llegada de Berel no provoca las consecuencias que él esperaba. Por una parte, no se sabe el paradero de su hermano Moisheh, quien deja a deber parte de la renta del alquiler a Hanneh Breineh antes de marcharse. Por otra parte, la recepción por parte de los vecinos refleja el malestar creado en torno no sólo a la actitud distante de Berel cuando éste decidió trasladarse sino también al hecho de que entregue su fortuna a Maizie en vez de repartirla entre los vecinos que en condiciones tan arduas sobreviven. La actitud proteccionista con la que el poeta razona esta decisión parte del temor por que la tradición costumbrista judía se vea alterada y cambie el curso de su experiencia al entrar en contacto con los privilegios de las clases más pudientes. A diferencia del pánico expresado por las clases altas en relación a la intrusión de las mujeres de clases bajas en sus círculos de poder, el de Berel no es tanto en función de una permanencia oportunista

de estabilidad sino de una reivindicación por que cada individuo encuentre su senda sin la necesidad de mediadores con buenas voluntades propios de las clases dominantes.

Obligado por las circunstancias a trabajar en una fábrica, Berel toma conciencia de la alienación que el trabajo físico supone a la hora de definirse fuera de lo que se consideraría el espacio de lo indiscernible. Como poeta, él era reconocido como tal por su labor inédita, pero como trabajador en cadena no puede manifestar su individualidad, ya que no tendría ninguna incidencia para la realización final del producto: “He had ceased to struggle. He had ceased to be an individual, a soul apart. He was a piece of mass... Individually he was nothing – they were nothing. Together, they made up the shop” (257). La percepción de los individuos que pertenecen a un sector de la sociedad ajeno al propio desde el que se juzga, como es el caso de la comunidad judía aquí retratada en contraposición a los miembros de las clases altas que conforman la élite financiera de Nueva York, parece estar condicionada por la diferencia de clase en tanto que se construye desde un juicio generalizador y, por ello, desconocedor de concreciones individuales. Al igual que esta comunidad judía socialmente marginada percibe a las clases altas desde una perspectiva totalizadora, como cuando se refieren a Berel con la cualidad de “Rockefeller” o “Vanderbilt”, también las élites conciben a esta comunidad a partir de unos atributos que realzan estereotipos culturales. Por este motivo, entender a su propia comunidad como masa indiscernible genera en Berel una contradicción porque implica entender la producción en cadena como parte del proceso de adaptación a la dependencia del capital de la que siempre había rehuido. Este relato, además de demostrar una vez más la incapacidad de los individuos arraigados en espacios culturalmente diferentes a la hora de compartir una misma experiencia también plantea el conflicto identitario que surge para aquéllos excluidos por el discurso dominante y personificados en los residentes del Lower East Side.

Del mismo modo que Rebecca Yudelson legitima su retorno al gueto después de la excursión identitaria que emprende en California: “How different these – her own people – from the dollar-chasers she had just left! The dirt, the very squalor of the place was life to her, as the arrogant cleanliness, the strutting shirt-fronts of Cloaks and Suits had deadened her” (1923, 231) y Sara decide entregarse a la rutina de ese espacio invisibilizado a través de su casamiento con Sam, también Berel retoma su experiencia original como parte de su búsqueda de la belleza: “Beauty is everywhere, but I can sing it only of my own people. Some one will find it even in Tin Pan Alley – among Maizie’s life-loving crowd; but, in this life, must be the poet of the factories – of my own East Side!” (259).

5. Conclusiones: “Diferencia” o “Mimetización”

La enseñanza de la servidumbre ha resultado ser un modelo de formación poco efectivo para las inmigrantes judías cuyas expectativas de integración comprenden a la vez la igualdad de oportunidades en el terreno laboral. De este aspecto carece el discurso paternalista de las empresas de caridad, como la “Home for the Working Girls” o la “Social Betterment Society”, encargadas de vigilar y controlar que se cumpla un código de conducta específico y que alimenta las diferencias de clase en vez de difuminarlas. Como alternativa a los servicios ofrecidos por estas empresas, Yeziarska propone una red de solidaridad entre los miembros de una misma comunidad excluida, esto es, entre los habitantes del Lower East Side, ya que se sirve del altruismo propio de la tradición judía y no de un cometido social interesado en saciar un ánimo paternalista. Así, se genera lo que se ha denominado como una “extra-norma” que, aunque permanece en los márgenes del discurso hegemónico dada su invisibilidad, ejerce de resistencia dentro del entramado panóptico del que participan este tipo de instituciones caritativas. Al entender el acto solidario como acto de resistencia dentro de un sistema en el que toda relación entre individuos está condicionada por un interés ya sea individual ya sea de índole clasista, se está aceptando la existencia de puntos vulnerables a través de los cuales el individuo puede crear un espacio de excepción, es decir, un espacio de creación identitaria. Además, el hecho de que la mayoría de las protagonistas de los relatos y novelas retratadas por Yeziarska tiendan a revalorizar la experiencia en el gueto tras un estado de distanciamiento voluntario hacia el mismo simboliza la necesidad por crear un modelo identitario nuevo a partir de la influencia tanto de sus rasgos culturales como de la dinámica de funcionamiento de la sociedad del territorio al que han emigrado. La profesión de la precariedad se muestra como un hábito con el que

estos personajes deben cumplir para recibir los servicios de las empresas de caridad, quienes se rigen por una normativa explícita que va en detrimento de la inclusión de estas mujeres en el espacio público dominado por las clases sociales con estándares identitarios aceptados. A pesar de que la solidaridad se muestre como una vía de escape ante la red de poder propagada por este tipo de instituciones, lo cierto es que sólo puede representarse dentro de este contexto invisibilizado, reduciendo así la capacidad representativa del acto solidario y el rango de influencia que pudiese expandir. De esta manera, Yeziarska presenta a unos personajes que, debido a su interés por situarse fuera de los márgenes del gueto, deben buscar una alternativa que les sirva para generar una resistencia desde la que enfrentarse a la sociedad dominante sin abandonar sus diferencias culturales. De este modo, encuentran en las instituciones educativas el medio por el cual consiguen dar expresión verbal a su experiencia, un acto que les permite establecer un puente de comprensión con los individuos *americanizados* para compensar el estado de exclusión al que se ven abocadas al incluirse en el espacio público.

En cuanto a las mujeres *guetizadas* que comprenden sus experiencias dentro de la dinámica laboral de la ciudad de Nueva York, cabría destacar el papel de la “New American Jewish Woman” y cómo aparece personificado por aquellas mujeres que aunaban en una misma experiencia el carácter emancipador de la “New Woman” americana y los rasgos ideológicos del socialismo europeo. Esta expresión aparece como propuesta que la autora ofrece para trascender las barreras culturales y de clase que existían entre, por una parte, las mujeres americanas de clases medias y, por otra parte, las inmigrantes de clases bajas que debían participar del empleo asalariado de las fábricas de explotación laboral. Al entrar en conflicto la tradición judía que caracterizaba sus rutinas en el gueto y el arquetipo femenino vigente de la época,

distinguido por la irrelevancia de las funciones de la mujer en torno al espacio público, las mujeres retratadas por Yeziarska generan una nueva identidad híbrida con la que son capaces de formar parte del mercado de consumo. Al mismo tiempo, estas mujeres dirigirían la lucha por la igualdad de condiciones y la mejora de su situación en el terreno profesional.

Como contrapartida a estas tres alternativas expuestas en la obra literaria de Yeziarska, la americanización se muestra como un proceso gracias al cual se logra el reconocimiento de la individualidad de las mujeres, independientemente de su procedencia o de sus distinciones culturales. A pesar de ser caracterizado como tal, como se ha podido comprobar, este proceso está condicionado por una serie de supuestos que, de no darse lugar, impiden u obstaculizan la realización del mismo, obligando a los personajes a recluirse en un espacio privado de reconocimiento social y a sufrir una crisis de identidad cuando entran en contacto con la sociedad americana. En este aspecto, el discurso de la “American Lady” funcionaría como estrategia identitaria para que estas mujeres pudiesen ser reconocidas a partir de la clase social a la que, por apariencia, pertenecerían en caso de ponerlo en práctica. El hecho de que se considere a este tipo de discursos como procesos implica la consideración de los mismos como aquellos vínculos que facilitan el tránsito de una identidad a otra, es decir, que posibilitan la adquisición de características y hábitos que configuran la individualidad de un sujeto. La toma de poder que resulta de la ejecución efectiva de ese proceso da lugar a la representación de un ritual iniciático, es decir, un re-nacimiento simbólico que permite el acceso a la legitimidad de la individualidad en el espacio público. Al determinar este proceso identitario como ritual de iniciación se pretende exponer los rasgos de un empoderamiento por parte de las mujeres en situación de marginalización. Ello conllevaría el reconocimiento desde la perspectiva de las clases dominantes de esa

individualidad que en las calles del gueto neoyorquino permanece invisibilizada. La necesidad de verse reconocidas en el otro pasa por un estadio de tránsito identitario al que se someten para adaptarse a la experiencia de las grandes ciudades norteamericanas.

Uno de los conflictos más recurrentes que Yeziarska muestra en la mayoría de sus novelas es el de la intrusión en una comunidad minoritaria concreta de los códigos de conducta americanos que se representan de manera extendida tanto en el espacio doméstico de las clases medias y altas como en el espacio público de las grandes ciudades. La entrada en vigor de esta influencia en esta comunidad, en la que las relaciones sociales se entienden a partir de uniones solidarias y de redes empáticas de comportamiento entre sus habitantes, supone un choque cultural inmediato que provoca una desestabilización en el funcionamiento eficiente de esta comunidad. Como se ha comprobado a lo largo de este bloque temático, la normativa de la transformación identitaria, de carácter aparentemente inclusivo para aquéllos que deciden cumplir sus coordenadas, no consigue mantenerse vigente dentro de los límites del gueto porque su permanencia depende de una disposición económica que la sustente. Así pues, personajes como Hanneh Hayyeh en “The Lost Beautifulness”, quien a través de la recomposición de su cocina pretende acceder al estatus identitario americano, se ven abocadas a fracasar en su intento por ejecutar las pautas de esa transformación sin tener el respaldo monetario suficiente para sostenerlas. Del mismo modo, la decisión de Bessie Smolinsky, en *Bread Givers*, por adecentar su hogar ante la llegada inminente de su pretendiente Berel Bernstein termina frustrándose, pues la presencia de la autoridad del padre impide que la estancia pueda ser manipulada y transformada en un espacio *americanizado*. La sostenibilidad de la identidad americana parece implicar un compromiso al que estas mujeres les es imposible atenerse mientras ubiquen sus experiencias dentro de un espacio caracterizado por la exclusión social. En este sentido,

también se muestra inviable la perdurabilidad de unas costumbres arraigadas en la tradición judía una vez el individuo se ubica en el espacio público, ya que, como ocurre con Hanneh Breineh en “The Fat of the Land”, la individualidad del personaje finalmente no es reconocida por ningún círculo social. Así, se acentúa la crisis identitaria que surge tras haber forzado la inclusión de estas mujeres en un espacio en el que el desarrollo de sus experiencias es irreconocible.

Según Yeziarska, para poder realizar el “American Dream” en el espacio de las grandes urbes americanas los individuos deben entender la asimilación al modelo social americano desde su diferencia cultural, sin perder el arraigo identitario que les caracteriza. El intento por aunar en una misma experiencia la continuidad de ese arraigo y el reconocimiento de su individualidad crea la necesidad en estos personajes de partir desde la base de una nueva práctica que no dispone de arquetipos de comportamiento a imitar, sino que les obliga a generar un espacio alternativo que les permita satisfacer ese ideal. El hecho de que tanto Sara Smolinsky, en *Bread Givers*, como Fanya Ivanowna, en *All I Could Never Be*, terminen por alcanzar ese reconocimiento gracias a la presencia de individuos como Hugo o Vladimir, quienes también pertenecen al colectivo minoritario excluido, denota la imposibilidad de las clases dominantes para emitir definiciones que sirvan a estas mujeres en su búsqueda identitaria. Además, en ambas novelas, la consideración del contexto privado del hogar como única vía de escape ante la presión de la americanización, que constituye la vida en el terreno público, ayuda a entender las razones por las que estos personajes aparecen ubicados en espacios privados en los que involuntariamente personifican el “American Dream” que tanto anhelan representar.

Estos espacios privados, como la casa de Hanneh Hayyeh en el relato “The Lost Beautifulnes”, o la biblioteca de Helena Hoffman en *All I Could Never Be*, se muestran

como lugares en los que sí se valida la diferencia en detrimento del valor del discurso fraudulento emitido por los representantes de las clases dominantes, como Mrs. Preston o Henry Scott. La usurpación de la experiencia de los individuos excluidos socialmente por parte de estos personajes y la posterior manipulación que de ella hacen en favor de un interés clasista, aunque aparentemente integrador, se evidencia cuando reproducen la base teórica de ese ideal de bienestar social a la vez que perpetúan una actitud separatista con respecto, en este caso, a la comunidad judía *guetizada* de las grandes ciudades. Desde una posición acomodada, estos personajes no disponen de la legitimidad necesaria para hacer alarde de un discurso inclusivo que, como se comprueba en estas novelas, resulta ineficaz al intentar ponerlo en práctica. Dado que los miembros del gueto sólo han experimentado el reconocimiento social desde una perspectiva ilusoria, este ideal, también reflejado por el término “democracy”, no tiene un carácter realizable mientras ello dependa del sometimiento al proceso de americanización o la posesión de capital. Sin embargo, sí puede ser realizable una vez que personajes como Sara Smolinsky o Fanya Ivanowna deciden reapropiarse del ideal y representarlo a partir de su diferencia identitaria, lejos de cualquier imposición cultural.

A este respecto, cabe destacar el abismo generacional que Yeziarska presenta, ya que no es fortuito que Sara Smolinsky y Fanya Ivanowna sean capaces de satisfacer el ideal del “American Dream” en contraposición a la situación de Hanneh Breineh y Hanneh Hayyeh, quienes entienden su experiencia únicamente en términos de inadaptación. La problemática que surge en torno a la crisis de identidad que ambas madres sufren por no ser capaces de americanizarse está relacionada con el hecho de que conformaron su identidad en un contexto diferente y, por ello, el arraigo cultural que acarrear les impide una integración completa en el *modus vivendi* americano. A

pesar de sus intentos por reconciliar ambas experiencias, Yeziarska muestra cómo estos dos personajes ejercen de bisagra entre un pasado ubicado en las localidades de Europa del Este y la adopción por parte de sus descendientes de la identidad americana. El espacio de tránsito en el que se encuentran, por tanto, contrasta con la firmeza identitaria que demuestran Sara Smolinsky y Fanya Ivanownva al final de la novela como resultado por haberse apropiado de ese discurso idealista y haber revalorizado su identidad con la autoridad que éste les confiere en suelo americano. No obstante, del mismo modo que Shenah y Reb Smolinsky personifican la perdurabilidad de unas costumbres ancestrales exclusivamente dentro del contexto privado del hogar, también Sara y Fanya deben recurrir a este espacio excluido en tanto que el espacio público dominado por las clases elitistas no permite la realización de sus aspiraciones a partir de un supuesto de diferencia, sino a través del proceso de americanización y el abandono de esa diferencia que trae implícito.

La expulsión de las protagonistas aquí retratadas, ya sea la de Hanneh Breineh de los espacios en los que sus hijos se relacionan con la élite neoyorquina; la de Hanneh Hayyeh tras haber sido desahuciada por el impago del alquiler; la de Sara Smolinsky de su hogar por no haber respaldado la autoridad del padre; o la de Fanya Ivanowna al no haber secundado la validez del estudio sociológico llevado a cabo por Henry; todas ellas, son la consecuencia por haber intentado cumplir con los requisitos de ese proceso para la obtención del reconocimiento de su individualidad, un reconocimiento que ese ideal proporciona y que dicho proceso pone en entredicho.

En este estudio se ha pretendido mostrar la presencia recurrente de elementos que evidencian la desigualdad de oportunidades entre los individuos de la sociedad americana a través de la observación crítica de parte de la producción literaria de Anzia Yeziarska. La adopción del discurso paternalista por parte de personajes como Sonya

Vrunsky, Adele Lindner o, con distinta resolución final, Minnie Yuddelson sirve como justificación de la exaltación posterior de su individualidad por medio de la emancipación que llevan a cabo en últimos términos. Del mismo modo que Sonya se apropia del discurso propagado por Manning para sentir que su inclusión como igual en los espacios que comparten se ha hecho efectiva, Adele manifiesta una asimilación total de la doctrina paternalista, llegando a personificar la actitud de las benefactoras sin que ello le supusiese el reconocimiento social que espera. Tras un período transitorio en el que estas dos protagonistas delatan la intención real de las instituciones que las albergan y desmitifican las promesas de igualdad de trato entre miembros de diferente estatus económico, Sonya y Adele retornan a su situación originaria para, desde ahí, reivindicar su individualidad. De distinta manera ocurre con Minnie, quien, una vez ha adoptado el código de conducta impartido por el discurso de la élite para su inclusión en los espacios del poder, prefiere disfrutar de una posición privilegiada y alejada de las duras condiciones de vida que la vuelta al gueto implica. Mientras en *Salome of the Tenements* y en *Arrogant Beggar* hay un cambio de parecer en las personajes que revierte su interés por seguir las pautas marcadas por la jerarquía de poder en términos de clase, en “Dreams and Dollars” tanto la actitud de Rebecca como la de Minnie muestran la firmeza de dos extremos inamovibles que no alteran su comportamiento. Las dificultades con las que Rebecca se enfrenta al decidir si retornar o no a la precariedad de una rutina carente de recursos económicos, pues la atracción que la joven siente hacia la forma de vida de su hermana se hace evidente por la comodidad y la falta de preocupaciones de las que hace alarde, justifican actitudes como la de Minnie, para quien, aunque expresa su voluntad por volver al Lower East Side, los vínculos que ha establecido con las redes sociales de la élite le impiden retomar su identidad previa. Si bien es verdad que estas mujeres, en su contacto con los espacios dominados por el

discurso de la élite, reciben una influencia de la que ninguna es capaz de desprenderse, ya que tanto Sonya, refiriéndose a Hollins, como Adele, reconociendo la labor instruida por las benefactoras, atribuyen parte del mérito de sus acciones finales a esa autoridad ajena, también es cierto que la aceptación de la pasividad de Minnie no parece ser avalada como alternativa satisfactoria para Yeziarska. La decisión de Rebecca por retornar al gueto nivela la incapacidad de su hermana por llenar el vacío existencial que su inclusión en la élite social le supone. Así, se muestran dos alternativas identitarias entre las que las mujeres del Lower East Side deben definirse en su intento por reclamar su individualidad, estableciendo la actitud de Sonya, de Adele y de Rebecca como las más efectivas a la hora de vivir una experiencia coherente y arraigada.

El conflicto en el momento de definir a estos personajes excluidos se ve provocado por la utilización del discurso dominante de términos que obvian la capacidad entitaria de los mismos. De igual manera que Sonya es percibida por la dependiente de la tienda de Hollins en Fifth Avenue como “nobodies” también la distinción que Uncle Rosenberg utiliza para referirse a Sara y su familia se fundamenta en una dicotomía entitaria que refleja la jerarquía de poder entre las diferentes clases sociales. Partiendo de la invisibilidad de las clases bajas en el terreno público y su incidencia nula en la toma de decisiones que afectan al colectivo de la sociedad americana, como son las relacionadas con el mercado de consumo y los estereotipos de comportamiento propagados por su discurso, Uncle Rosenberg establece la división “Somebodies – Nobodies” para asociar la falta de reconocimiento social de Sara a su situación precaria. Así se justificaría la imposibilidad de que la pareja pueda contraer matrimonio equiparando estatus económico con la “opacidad posicional” que le otorgaría la individualidad. Al no cumplir con las expectativas de una sociedad consumista en la que unos individuos se reconocen a otros en función de sus bienes

materiales, Sara y Sonya son apeladas estratégicamente dentro del discurso con la apelación “nobodies” para relegar su relevancia social a una situación de desamparo y exclusión que obvia su existencia. La reivindicación de estas mujeres por recuperar el reconocimiento de “somebodies” que las clases elitistas les han usurpado pasa por un estadio inicial de adopción de valores alienantes para finalmente apropiarse de la cualidad de “somebodies” dentro de los márgenes del gueto, una alternativa que desestabiliza el orden paternalista de integración. Esta alternativa les permite re-significar la consideración “nobodies”, ya que, aunque sigan siendo evaluadas como tales desde una percepción externa reconocible entre sus miembros, ellas modifican el trasfondo de su contenido semántico y demuestran la obtención de una individualidad experimentada desde su condición de “nobodies” pero alcanzando el estatus de “somebodies” dentro de su comunidad, ensalzando su diferencia como vía de acceso a dicho reconocimiento de su individualidad. Así pues, se demuestra que la “opacidad posicional” a través de la cual el individuo es reconocido como igual en su diferencia debe partir de un reconocimiento de pertenencia al gueto para, desde ahí, configurar una identidad válida que puede tener relevancia en el ámbito de lo público. “Sonya’s Model” se convierte en un ejemplo de cómo estas mujeres inmigrantes judías pueden compartir el mismo espacio que los colectivos elitistas, aunque ello implique la inclusión de sus valores en las reglas de un mercado que aún las diferencias y torna las vindicaciones en estereotipos. El paso del “nobodies” al “somebodies” se resume no tanto en función de cómo son percibidas estos individuos en los espacios dominados por las convenciones de una élite paternalista, como Uncle Rosenberg o la dependiente de la Fifth Avenue reflejan, sino de cómo se reconocen a sí mismos como “somebodies”, o individualidades, en potencia.

En cuanto a los espacios escogidos para escenificar la jerarquía de poder entre los personajes retratados, tanto la “Manning Settlement House” como la “Home for the Working Girls”, o en un aspecto más reducido la Mansión de Abe Shmukler donde vive Minnie, han demostrado ser altares eficientes desde los cuales emitir consignas de altruismo encubriendo unos supuestos totalmente clasistas.

Referencias bibliográficas

I. Fuentes primarias

Amorós, Celia. (1997) *Tiempo de Feminismo: Sobre el Feminismo, Proyecto Ilustrado y Postmodernidad*. 3rd Ed. (2008) Madrid: Cátedra.

_____. (2005) *La Gran Diferencia y sus Pequeñas Consecuencias para las Luchas de las Mujeres*. 3rd Ed. (2008) Madrid: Cátedra.

Baum, Charlotte. (1976) *The Jewish woman in America*; Paula Hyman; Sonya Michel. New York: Dial Press

Beauvoir, S. de. (1969) *El segundo sexo* (Trad. P. Palant). Buenos Aires, Argentina: Siglo Veinte.

Billeter Sauter, Irene. (2011) *New York City, "Gilt Cage" or "Promised Land"? : Representations of Urban Space in Edith Wharton and Anzia Yezierska*. Bern: Lang.

Botshon, Lisa. "The New Woman of the Tenements: Anzia Yezierska's *Salome*". *MFS Modern Fiction Studies*, Volume 56, number 2; Summer 2010, pp. 233-261. John Hopkins University Press.

Bradford, William. (1963) *Of Plymouth Plantation 1620-1647* (ed. Samuel E. Morison). New York: Alfred A. Knopf.

Burstein, Janet H. (1996) *Writing Mothers, Writing Daughters: Tracing the maternal in Stories by American Jewish Women*. Urbana and Chicago: University of Illinois Press.

- Coklin, Ljiljana. "Between the Orient and the Ghetto: A Modern Immigrant Woman in Anzia Yeziarska's *Salome of the Tenements*". *Frontiers: A Journal of Women Studies*, Volume 57, Number 2; Summer 2006, pp. 136-161. University of Nebraska Press.
- Cullen, Jim. (2003) *The American Dream: A Short History of an Idea That Shaped a Nation*. New York: Oxford University Press.
- Edmunds, Susan. "Between Revolution and Reform: Anzia Yeziarska's Labor Politics". *MODERNISM/modernity*, Volume 18, Number 2; 2011, pp. 405-423. The John Hopkins University Press.
- Ewen, Elizabeth. (1985) *Immigrant Women in the Land of Dollars: Life and Culture on the Lower East Side 1890-1925*. New York University Press.
- Femenías, M. L. (2000) *Sobre sujeto y género: Lecturas feministas desde Beauvoir a Butler*. Buenos Aires, Argentina: Catálogos.
- Foucault, Michel. (1975) *Vigilar y Castigar*. (Trad. Aurelio G. del Camino) 16th ed. España: Siglo XXI de España Editores, S.A., 2009.
- Friedman, Natalie. "Marriage and the Immigrant Narrative: Anzia Yeziarska's *Salome of the Tenements*". *Legacy*, Volume 22, Number 2; 2005 pp. 176-186. University of Nebraska Press.
- Glenn, Susan A. (1990) *Daughters of the Shtetl: Life and Labor in the Immigrant Generation*. Ithaca and London: Cornell University Press.
- Irigaray, L. (1992) *Yo, tú, nosotras* (Trad. P. Linares). Madrid: Ediciones Cátedra.

- _____. (2010) *Ética de la diferencia sexual* (Trad. A. G. Dalmau & À. L. Fuster). Castellón, Spain: EllagoEnsayo.
- Jirousek, Lori (2002) "Spectacle Ethnography and Immigrant Resistance: Sui Sin Far and Anzia Yezierska". *MELUS: Multi-Ethnic Literature of the U.S.*, Volume 27, Number 1; Spring 2002, pp. 25-52. University of Connecticut Press.
- Konzett, Delia C. (1997) "Administered Identities and Linguistic Assimilation: The Politics of Immigrant English in Anzia Yezierska's *Hungry Hearts*". *American Literature* Vol. 69, No. 3; Sep., 1997, pp. 595-619. Duke University Press.
- Larsen, Nella. (2003) *Passing* (ed. and with an introduction and notes by Thadious M. Davis). United States of America: Penguin Books.
- Levinson, Melanie. "'To Make Myself for a Person': 'Passing' Narratives and the Divided Self in the Work of Anzia Yezierska". *Studies in American Jewish Literature*; Jan 1, 1994, pp. 2-9.
- Merish, Lori. (2012) "The Matter of Identification: Yezierska's *Arrogant Beggar* and the Gendered Injuries of Class". *Studies in American Fiction*, Volume 39, Issue 2; Fall 2012, pp. 207-241. The John Hopkins University Press.
- Mîndra, Mihai. (2003) *Strategists of Assimilation: Abraham Cahan, Mary Antin, Anzia Yezierska*. Bucharest: Romanian Academy.
- Okonkwo, Christopher N. "Of Repression, Assertion, and the Speakerly Dress: Anzia Yezierska's *Salome of the Tenements*". *MELUS: Multi-Ethnic Literature of the U.S.*, Volume 25, Number 1; Spring 2000, pp. 129-145. University of Connecticut Press.

- Patterson, Martha H. (2005) *Beyond the Gibson Girl: Reimagining the American New Woman, 1895-1915*. Urbana and Chicago: University of Illinois Press.
- Payant, K., & Rose, T. (eds.) (1999) *The immigrant experience in North American literature: Carving out a niche*. Westport, CT: Greenwood Press.
- Piper, Kevin. "The Making of an American: Counternarration in Louis Adamic's laughing in the Jungle and Anzia Yeziarska's Bread Givers". *MELUS: Multi-Ethnic Literature of the U.S.*, Volume 35, Number 1; Spring 2010, pp. 99-118.
- Rottenberg, Catherine. (2007) "Begging to Differ: Nella Larsen's 'Quicksand' And Anzia Yeziarska's 'Arrogant Beggar'". *African American Review*, Vol. 41, No. 1; Spring 2007, pp. 87-98. St. Louis University Press.
- Simpson II, Tyrone R. "'The Love of Colour in Me': Anzia Yeziarska's *Bread Givers* and the Space of White Racial Manufacture". *MELUS*; Volume 34, Number 3; Fall 2009; pp. 93-114.
- Sol, Adam. "Longings and Renunciations: Attitudes towards Intermarriage in Early Twentieth Century Jewish American Novels". *American Jewish History*, Volume 89, Number 2; June 2001, pp. 215-230. The John Hopkins University Press.
- Stubbs, Katherine. "Reading Material: Contextualizing Clothing in the Work of Anzia Yeziarska". *MELUS: Multi-Ethnic Literature of the U.S.*, Volume 23, Number 2; Summer 1998, pp. 157-172.
- Tocqueville, Alexis de. (2005) *La Democracia en América* (Volumen 1 y 2). Trad. de Dolores Sánchez de Aleu. Madrid: Alianza Editorial.

Ungar, Cara-Lynn. (1999) "Discourses of Class and the New Jewish Working Woman in Anzia Yeziarska's *Arrogant Beggar*". *Legacy*, Volume 16, Number 1; 1999 pp. 82. University of Nebraska Press.

Végső, Roland. (2010) "The Mother Tongues of Modernity: Modernism, Transnationalism, Translation". *Journal of Modern Literature*. Vol. 33, No. 2; Winter 2010. Lincoln: University of Nebraska, pp. 24-46.

II. Estudios críticos generales

Amorós, Celia. (1997) *Tiempo de Feminismo: Sobre el Feminismo, Proyecto Ilustrado y Postmodernidad*. 3rd Ed. (2008) Madrid: Cátedra.

_____. (2005) *La Gran Diferencia y sus Pequeñas Consecuencias para las Luchas de las Mujeres*. 3rd Ed. (2008) Madrid: Cátedra.

Baum, Charlotte. (1976) *The Jewish woman in America*; Paula Hyman; Sonya Michel. New York: Dial Press

Cullen, Jim. (2003) *The American Dream: A Short History of an Idea That Shaped a Nation*. New York: Oxford University Press.

Ewen, Elizabeth. (1985) *Immigrant Women in the Land of Dollars: Life and Culture on the Lower East Side 1890-1925*. New York University Press.

Burstein, Janet H. (1996) *Writing Mothers, Writing Daughters: Tracing the maternal in Stories by American Jewish Women*. Urbana and Chicago: University of Illinois Press.

Glenn, Susan A. (1990) *Daughters of the Shtetl: Life and Labor in the Immigrant Generation*. Ithaca and London: Cornell University Press.

Irigaray, L. (1992) *Yo, tú, nosotras* (P. Linares, Trans.). Madrid: Ediciones Cátedra.

_____. (2010). *Ética de la diferencia sexual* (A. G. Dalmau & À. L. Fuster, Trans.). Castellón, Spain: EllagoEnsayo.

Patterson, Martha H. (2005) *Beyond the Gibson Girl: Reimagining the American New Woman, 1895-1915*. Urbana and Chicago: University of Illinois Press.

Payant, K., & Rose, T. (eds.) (1999) *The immigrant experience in North American literature: Carving out a niche*. Westport, CT: Greenwood Press.

III. Estudios críticos específicos

Beauvoir, S. de. (1969) *El segundo sexo* (P. Palant, Trans.). Buenos Aires, Argentina: Siglo Veinte.

Botshon, Lisa. (2010) "The New Woman of the Tenements: Anzia Yezierska's *Salome*". *MFS Modern Fiction Studies*, Volume 56, number 2; Summer 2010, pp. 233-261. John Hopkins University Press.

Coklin, Ljiljana. (2006) "Between the Orient and the Ghetto: A Modern Immigrant Woman in Anzia Yezierska's *Salome of the Tenements*". *Frontiers: A Journal of Women Studies*, Volume 57, Number 2; Summer 2006, pp. 136-161. University of Nebraska Press.

Cullen, Jim. (2003) *The American Dream: A Short History of an Idea That Shaped a Nation*. New York: Oxford University Press.

- Edmunds, Susan. (2011) "Between Revolution and Reform: Anzia Yeziarska's Labor Politics". *MODERNISM/modernity*, Volume 18, Number 2; 2011, pp. 405-423. The John Hopkins University Press.
- Femenías, M. L. (2000) *Sobre sujeto y género: Lecturas feministas desde Beauvoir a Butler*. Buenos Aires, Argentina: Catálogos.
- Foucault, Michel. (1975) *Vigilar y Castigar*. Trans. By Aurelio G. del Camino, 16th ed. España: Siglo XXI de España Editores, S.A., 2009.
- Friedman, Natalie. (2005) "Marriage and the Immigrant Narrative: Anzia Yeziarska's *Salome of the Tenements*". *Legacy*, Volume 22, Number 2; 2005 pp. 176-186. University of Nebraska Press.
- Jirousek, Lori (2002) "Spectacle Ethnography and Immigrant Resistance: Sui Sin Far and Anzia Yeziarska". *MELUS: Multi-Ethnic Literature of the U.S.*, Volume 27, Number 1; Spring 2002, pp. 25-52. University of Connecticut Press.
- Konzett, Delia C. (1997) "Administered Identities and Linguistic Assimilation: The Politics of Immigrant English in Anzia Yeziarska's *Hungry Hearts*". *American Literature* Vol. 69, No. 3; Sep, 1997, pp. 595-619. Duke University Press.
- Levinson, Melanie. (1994) "'To Make Myself for a Person': 'Passing' Narratives and the Divided Self in the Work of Anzia Yeziarska". *Studies in American Jewish Literature*; Jan 1, 1994, pp. 2-9.
- Merish, Lori. (2012) "The Matter of Identification: Yeziarska's *Arrogant Beggar* and the Gendered Injuries of Class". *Studies in American Fiction*, Volume 39, Issue 2; Fall 2012, pp. 207-241. The John Hopkins University Press.

- Mîndra, Mihai. (2003) *Strategists of Assimilation: Abraham Cahan, Mary Antin, Anzia Yeziarska*. Bucharest: Romanian Academy.
- Okonkwo, Christopher N. (2000) "Of Repression, Assertion, and the Speakerly Dress: Anzia Yeziarska's *Salome of the Tenements*". *MELUS: Multi-Ethnic Literature of the U.S.*, Volume 25, Number 1; Spring 2000, pp. 129-145. University of Connecticut Press.
- Piper, Kevin. (2010) "The Making of an American: Counternarration in Louis Adamic's laughing in the Jungle and Anzia Yeziarska's Bread Givers". *MELUS: Multi-Ethnic Literature of the U.S.*, Volume 35, Number 1; Spring 2010, pp. 99-118.
- Rottenberg, Catherine. (2007) "Begging to Differ: Nella Larsen's 'Quicksand' And Anzia Yeziarska's 'Arrogant Beggar'". *African American Review*, Vol. 41, No. 1; Spring 2007, pp. 87-98. St. Louis University Press.
- Simpson II, Tyrone R. (2009) "'The Love of Colour in Me': Anzia Yeziarska's *Bread Givers* and the Space of White Racial Manufacture". *MELUS*; Volume 34, Number 3; Fall 2009; pp. 93-114.
- Sol, Adam. (2001) "Longings and Renunciations: Attitudes towards Intermarriage in Early Twentieth Century Jewish American Novels". *American Jewish History*, Volume 89, Number 2; June 2001, pp. 215-230. The John Hopkins University Press.
- Stubbs, Katherine. (1998) "Reading Material: Contextualizing Clothing in the Work of Anzia Yeziarska". *MELUS: Multi-Ethnic Literature of the U.S.*, Volume 23, Number 2; Summer 1998, pp. 157-172.
- Tocqueville, Alexis de. (2005) *La Democracia en América* (Volumen 1 y 2). Trad. de Dolores Sánchez de Aleu. Madrid: Alianza Editorial.

Ungar, Cara-Lynn. (1999) "Discourses of Class and the New Jewish Working Woman in Anzia Yeziarska's *Arrogant Beggar*". *Legacy*, Volume 16, Number 1; 1999 pp. 82. University of Nebraska Press.

Végső, Roland. (2010) "The Mother Tongues of Modernity: Modernism, Transnationalism, Translation". *Journal of Modern Literature*. Vol. 33, No. 2; Winter 2010. Lincoln: University of Nebraska, pp. 24-46.

ANEXO MENCIÓN EUROPEA

America as Destiny: New identitary Spaces in Anzia Yeziarska's Fiction

Rebeca CAMPOS FERRERAS

Content

1. America as a collective destination	302
2. Conclusion: 'Difference' or 'Imitation'	320

1. America as a collective destination

The appreciation of the widely known territory of America as the epicenter of individual freedom and cultural amalgamation in a never ending process of expansion has been reaffirming itself for the last centuries as an ideally suited space of cohabitation in the European collective imagery.

It is worth considering, in this way, the principle of equality upon which the moral and political codes that lead the vital flow of every already settled in this territory individual have been erected, since it will be the connecting axis between the ideal of the ‘American Dream’ and the immigrants who throughout the 19th Century boarded looking for the realization of that principle. The usage of the term “America” as a metonymical space that works from the general whole to refer to the local element, that is to say, to point out this territory politically denominated as United States, will be recurrent in this study because Yezierska’s literary production makes use of it, thus increasing the mystification of this geographical area due to its lack of specificity and concretion. Taking as a starting point Jim Cullen’s words and his definition of this territory as a product coming from the collective imagination, “the United States was essentially a creation of the collective imagination” (2003, 6), it is relevant to highlight the illusory significance that is set up upon this territory as the promoter of the universal principle of equality among individuals. This significance will take part in the dilemma which is raised in this study, since the identity conflict that emerges when it comes time to put into practice the realization of a pre-conceived reality provokes the need on the part of the eastern European immigrants of building new identity spaces where the individuals could acquire the acknowledgement of their individuality and perform that longed-for principle. When Cullen makes reference to this principle he exemplifies it in

such a way that the social scale differences appear to be blurred up to the point that the equality, understood initially as a final stage where religious and cultural tolerance prevail, ends up indicating the dissolution of the class differences as well: “the ploughman and the professor were equal in their ability to grasp the difference between right and wrong” (2003, 52).

Once the parameters of the principle of equality that the social American structures allowed to put into practice have been established, it is also necessary to pay attention to the process by which the theoretical basis of this principle was widespread, leading to the configuration of a discourse globally known as American Dream. The comparison of this discourse with what Cullen refers to as “a kind of lingua franca” (2003, 6) means the acceptance of a social welfare prototype which is textually translated so that it can be accurately propagated. The representation of America through the discourse of the American Dream encourages the collective imagination to generate an illusory conception of the territory which will give way to the necessity on the part of the immigrants coming from Eastern Europe of appropriating of the real potential of that discourse.

In addition, both the technological and industrial growth taking place in the big North American cities during the second half of the 19thC offered the possibility for most of these immigrants to be allowed to settle up and enjoy the relief that their places of origin did not provide them with due to the racial and religious conflicts that were daily taking place. The conception of America, thereby, as an identity space was being built upon the basis of the American Dream, a compelling discourse that was fed with the vulnerability of the socially oppressed collectives, since they were offered the possibility of finding the acknowledgment of their individuality without paying

attention to the cultural and class differences that for so many decades were being the cause of their exclusion: “For in a sense, America is essentially a dream, a dream as yet unfulfilled. It is a dream of a land where men of all races, of all nationalities and creeds can live together as brothers.” (Cullen, 2003, 126)

However, despite the attempt of performing the social codes the principle of equality supported the North American society that had been settling from the moment in which the territory was discovered did not manage to put into practice in an accurate way the theoretical basis of the American Dream. According to Carol B. Schoen: “Part of the myth of America had been the idea of acceptance of all peoples, of equality of treatment and opportunity. Instead, immigrants in general found discrimination and exclusion” (1982, 3). The massive arrival of immigrants belonging to the second wave of immigration from eastern Europe, among whose families Yezierska’s could be found, led to the apparition of an identity conflict when the time came to define the reality they had to face with the preconceptions they had made up in their continental home towns. As Yezierska rightly suggests through one of her characters in the story entitled “Soap and Water”: “I had come a refugee from the Russian pogroms, aflame with dreams of America. I did not find America in the sweatshops, much less in the schools and colleges.” (1920, 75). This passage represents the demystification that took place with respect to the ideal developed inside the immigrant’s imagination once they set up in the big urban North American cities and they act as witnesses of the social exclusion they are actually led to. In this way, the participation in the American educational institutions that molded most of their preconceptions finally results in their inclusion in the so-called “sweatshops”, a range of labor exploitation factories to which the majority of women immigrants were advised to go through so they could afford the education they longed for. The preconception of America as a territory full of opportunities is

called into question insomuch as the realization of the ideal of the American Dream remains suspended by its lack of progression, leaving these women in a transitional state from which they cannot detach themselves due to their lack of economic resources. Werner Sollors refers to the identitary conflict and puts it as an essential part of the argument of those novels which deal with the subject of the immigration in a direct way: “The tensions of poor ethnic families in working-class polyethnic neighborhoods in an often myth-seeming America are omnipresent and at times decisive for the plot” (2002, 59). As it will be demonstrated later on, Yeziarska’s fiction allows to deepen in the aspects that deal with the adaptation of the east European immigrants, mainly women, to the New World as well as it exposes the reasons why the discourse which points at America as a catalyzer of the principle of equality among individuals living there ends up being inefficient when it is put into practice through the mechanisms of integration and Americanization that the institutions keep ready for the newly arrived women: “For Yeziarska, the immigrant’s difficult position represents one of America’s great failures” (Champion, 2000, 379)

In the first section of this research, thus, the problem created around the process of demystification will be approached in order to explain how the hierarchy of power among the immigrants themselves is established thanks to the influence of a set of private institutions, like the ones dedicated to charity and education, whose only purpose is related with the maintenance of class differences. Therefore, it would be adequate to highlight, as part of the demystification that the Jewish immigrants belonging to the second wave of immigration coming from east Europe at the end of the 19th C went through, the unbalanced enjoyment of privileges between the former and their counterparts who took part in the first migratory wave to America. Taking into account the high capability of adaptation that the women belonging to the first wave

showed, coming mostly from the territory comprised inside the current Germany and Poland, it is worth noting the fast adoption of American cultural values and how this fact led to a clash of understanding with the newly arrived ones from the former Russian empire: “The Germans looked down on the east Europeans as uncouth, barbaric, ill-mannered, fanatical, while the east Europeans attacked the Germans for being wooden, materialistic, snobbish” (Howe, 1979, 55). The representation of these predominant values allowed these firstly arrived women to include themselves in the labor dynamics of both the charitable institutions and the centers of education where the American ideals of femininity were being taught. In this way, these women coming from the eastern part of Europe were positioned on an inferior stage insomuch as the transit to the acquisition of the American identity implied their being in contact with the formerly arrived women who, decades before, had experienced the same journey in search of the ideal of prosperity and equality previously mentioned. In addition to it, the fact that they had to confront their being treated as inferior takes part in a paternalist strategy whose only intention, according to what Yeziarska exposes throughout her fiction, is to establish identity hierarchies that point out which individuals have accurately acquired the ‘American identity’ and which not. The indoctrination for this accurate representation of the American codes of behavior is objectified in the discourses propagated either by the benefactresses of the charitable institutions or by the instructors who supervise the compliance of a set of disciplinary habits marked by gender stratification and created to reach the complete adaptation in the American society.

The appreciation of what could be called ‘identity privilege’ among women belonging to different waves from Eastern Europe leads to consider the proposal by which the term “immigrant” would come into conflict with “native” insomuch as the two of them could not be conjugated within the same individual at the same time. If the

term “immigrant” is considered to be a position from which the adaptation of cultural dominant values has not been carried out yet, then first-wave women described by Yeziarska would not be defined as such anymore, reinforcing the identity hierarchy which necessarily would be established between both migratory groups. However, and as it will be shown in this study, if the identity of the immigrant is perceived as such a stage at which every already-settled-in-American-territory individual has exposed herself, then the experiences of both women groups would be balanced, leading therefore to the universal equality which would go beyond the hierarchy that the institutions in charge of spreading Americanization intend to found. The identity term “native”, thus, would be participating in an exclusivist and strategically xenophobic discourse which is far away from the theory known as the American Dream, by which it would be more accurate to establish the identity of “immigrant” as a universal aspect which backs up the principle of equality it supposedly worships.

Along these lines, it is convenient to point out the identity binomial which turns out when it comes the time to understand the cultural chasm presented among immigrants from the different waves, since, throughout this research, the term “Americanized woman” will diverge from “ghettoized woman” in an attempt to give voice to the experience of women in the Jewish ghetto of the Lower East Side and, thus, to differentiate their position to avoid contributing to an artificial approaching balancing both situations and omitting the unbalanced take of privileges: “This disparity of treatment might be diminished by the surrender of unique ethnic distinctions, the adoption of the customs and mores of the dominant American culture, and the merging with the older population. But this acceptance of the “melting pot” was not always practiced by native Americans” (Schoen, 1982, 3). In the same way the identity coined as “American Lady”, which appears associated to those women enjoying a well-off

social status and performing the prevailing feminine ideal of the period, will be shown as opposed to the identity of the “Jewish Woman”, a kind of behavior which performs the moral codes of the Jewish tradition and the customs that would be made routine from the exclusion and scarcity. However, though these concepts allow researchers to classify the portrayed characters by the American-Polish writer from an omniscient perspective, the truth is that in her fiction they seek to be described from the other characters’ perception, giving way to the creation of new concepts to be mutually designated. On one hand, the term “allrightnik” becomes useful for the “ghettoized women”, or their equivalent reference known as “Jewish woman”, to refer to those women already settled in the American territory and who, for this reason, enjoy a position deeply rooted in terms of identity, what has been called “American Lady” or “Americanized woman”. On the other hand, the concept of “Amerikanerin” is shown as a discursive alternative to name the situation of the “ghettoized woman”, who find themselves on the transit towards their adaptation and who try to perform the American identity from their excluded and precarious position. This concept will be used both by the middle and high class individuals and by the ghetto inhabitants in an attempt to highlight the hybrid resulting from reconciling two cultures within the same experience. Furthermore, their being positioned within the context of the Lower East Side meant an incomplete approaching to the femininity and beauty ideals related to the figure of the “American Lady”, in their ambition for imitating the taste of the New Yorker elite and their resulting acceptance within the public sphere. On account of this, Yeziarska’s main characters set out on a search for that ideal through its performance inside the domestic space, since their biological condition as women places them at the private sphere once they get to America: “the newly American Jewish woman, like her non-Jewish counterpart, was encouraged to restrict her activities increasingly to the home and

mothering” (Baum, 1976, 15). Their desire to perform the American identity within the ghetto context will lead them to the creation of new models of beauty that they will not be able to maintain due to their lack of economic resources and the impossibility of keeping the same cleanness as the higher social classes manage to do. The frustration they have to tackle when it comes the time to recreate the ideals in an incomplete way is strengthened by the cultural and religious clash, which also emerges as a consequence of their attempts to Americanize not just the spaces they live in but also their appearance: “the renovation of dress and carriage often created internal crises in them, for many of the new ways conflicted with deep-set customs, both cultural and religious” (Baum, 1976, 204).

The task of the institutions described by Yeziarska, like the “Free Vacation House”, the “Home for the Working Girls”, or the “Manning Settlement House” will consist of putting into practice the discourses that depart from a paternalistic and exclusive intention, since its only purpose is to instruct the ghetto women of a set of norms of behavior around the prevailing feminine ideal of the period, which has consequently placed them within the private space comprised in the home and their servitude to higher social classes. Taking Michel Foucault’s critical study as a starting point, together with his interest in showing from a historical perspective the development of the contemporary prison, these institutions will be pointed out as spaces of surveillance where the instruction of disciplinary habits is being carried out, as well as the reformation of those behaviors which are about to surpass the well-mannered behavior supposedly related to the specific social status they are taught to perform.

The impossibility of performing the feminine ideal in force will lead to a hybrid identity shaped from its opposition to the one prefixed by the North American

institutions and spread along the streets in New York through both the appearance and habits of conduct of the elitist classes. By establishing the identity processed by the Americanization as a 'finite' discourse, that is to say, as a discourse which does not allow the transcendence of its own limitations once is put into practice and which is designed to compartmentalize individuals according to their social status and sex, the author endows her characters with the ability of performing the true American identity only by accepting, precisely, their own individuality as an experience in the making, released from any terminological barrier that could enclose a fixed definition. Therefore, the expression "New American Jewish Woman" will allow this study to set a starting identitary point from which the female characters portrayed by Yeziarska distance themselves from the feminine ideal performed by the high classes, building an experience on the fringes of the dominant discourse called Americanization. Departing from the concept of "American New Woman" and the description provided by Jane Burnstein, it is worth considering the influence that the Lower East Side women receive and how it would affect to their quest for the principle of equality through that dominant discourse:

"the concept of the New Woman first described Jane Addams's generation of ambitious, career-oriented, middle-class American women, many of them active in urban reform causes. Later the term was employed to describe an altogether different style of femininity, when the carefree flapper of the 1920s began to challenge old-fashioned notions of female restraint and asexuality with a rebellious style of social and sexual experimentation." (1990, 208)

Generated from the concept "American New Woman", the new expression proposed by the American- Polish author will permit the renovation of the American identity in

terms of some cultural ties that have conditioned the experience of the eastern European immigrants since their arrival in America.

The crisis of identity, thus, will be shown in this research as an essential part of the process of adaptation to the American identity, prompting a revelation on the part of the individual of their capacity to rebuild themselves through what is known as an “initiation rite” (Amorós, 1997), a symbolic re-born that exemplifies the transit from one identity stage to another one with the intention of completing that process. To demonstrate the repercussion of this rite, Mary Antin’s autobiographical experience, born in Belarus and settled later on in Boston, has been included as an archetype that fulfils the requirements to perform the initiation rite, by which the individuals empower themselves and acquire the recognition of their individuality through the empowered other’s perception. However, the consequences that this rite provokes will be exposed in a different way by both authors, which enriches the critical perspective from which the problem arisen between both proposals will be approached.

On the second part of this research it will be demonstrated how the process of Americanization, due to its amalgamator character, comes into conflict with the theoretical basis of the American Dream and how the recognition of the main character’s individuality cannot take place through this process at the public sphere because of two significant reasons. On one side, the maintenance of the Americanized identity on the part of the Lower East Side immigrants requires for an economic status that they do not have, so the attempt will end up being frustrated provided that it depend on a permanent monetary backup. On the other side, and taking for granted an economic solvency, the complete dissolution of the cultural ties that had defined their experiences before their landing to the new territory will be exposed as a determinant element when it comes the time to understand the impossibility of adaptation to those new spaces

dominated by the social North American elite. In contrast to this argument, Marion Simon Misch, however, defines the Americanization from its impact on the recognition of the difference of every one of the characters that inhabit the American territory, emphasizing its inclusive nature and taking distance from the model imposed by the institutions and the American society as an accurate method of integration:

“True Americanization means a full and sympathetic understanding of and devotion to the principles symbolized by our flag, and an individual feeling of responsibility for the affairs of State. It means an amalgamation of all races and the appreciation of the contribution of each. When we are truly Americanized there will be no race-hatred, creed-hatred or class-hatred for we shall be Americans all, and there will be no slackers, military or civil, for all will be equally ready for the duties as well as the privileges of the New America.”

(Patterson, 2008, 220)

Despite this appreciation, by which the Americanization would be associated with putting into practice the ideal of the American Dream, Yeziarska lays out the difficulties when applying this new identity to the experiences of the women inside the New York ghetto, since, in their intention of reaching the recognition of their difference on equal terms as the so-called Americans do, they must, precisely, maintain their cultural ties intact, even inside the private space known as the Lower East Side. To understand the origin of this conflict, it is convenient, then, to give visibility to the concept of “woman” from a de-constructivist perspective, that is to say, from a criticism to the universal concept of “woman” in order to be able to approach more accurately to the reality of these female characters chosen for this research study. Their condition as Jewish, immigrant, low-class woman will shape a different experience than the one performed by the “Americanized” women, backed up by an economic and solvent shield instead.

The intersectionality becomes necessary insomuch as the fact of deepening in the identity problematic of the ghettoized women cannot be left lying on a general terminological surface, but, instead, all the conditionings that have contributed to the causes of their exclusion have to be specified, leaving the generic concept “woman” aside from any appropriate consideration in the marginalized space of the Lower East Side.

The transversal experience that most of Yeziarska’s characters live is conditioned, furthermore, by the influence of new behavioral habits that will increase their necessity of performing a complete adaptation through the representation of the American identity. The fact that they do not manage to maintain their social status correspondent to the acquisition of that new identity implies their immediate expulsion from the public sphere and the return to the New York ghetto. Yeziarska sets out the conflict that emerges when it comes the time to try to personify an experience that has been internalized through the discourse of the other, in terms of identity would be considered American or “Americanized”, so whichever intention to materialize that foreign experience will lead to a failed attempt and its consequent frustration on the part of the character. The stage referred to as “being able to become”, which ends up being frustrated, has as its main condition the inclusion of these immigrant women into the predominant models of femininity of the elitist social circles departing from their actual situation of exclusion, that is to say, from a social status which prevents them from maintaining economically the American identity that they intend to perform, nullifying, therefore, the possibilities of integration to the standard model of conduct which was made to be implanted in the newly arrived immigrants through the process of Americanization.

The association of the principle of equality with the concept “Democracy” appears in a recurrent way throughout Yeziarska’s literary production, which means an etymological approaching to what the term would represent were it to be put into practice, that is to say, the materialization of the equality in getting opportunities for all the individuals that comprise the social gears of the American territory. Even in 1835 Alexis de Tocqueville made public the existence of a social product called Democracy and how the American society abided by a set of moral codes that benefited the majority:

“Entre las cosas nuevas que durante mi estancia en los Estados Unidos llamaron mi atención, ninguna me sorprendió tanto como la igualdad de condiciones. Sin dificultad descubrí la prodigiosa influencia que este primer hecho ejerce sobre la marcha de la sociedad, pues da a la opinión pública una cierta dirección, un determinado giro a las leyes, máximas nuevas a los gobernantes y costumbres peculiares a los gobernados.” (Tocqueville, 2005, 29)

Taking Tocqueville’s appreciation after his journey to the New World as a starting point, the concept “Democracy” seems to assure to those who perform its message the relief of being able to enjoy the same opportunities than the rest of the individuals independently of their race, class or religion when attempting to make the American Dream true. The semantic load of this word implies the delimitation between a hostile space, related by Yeziarska to the eastern European context and the prosecution of Jewish families by the Russian Pogrom, and a democratic space, where the individual can demonstrate their difference in the public sphere as an essential aspect of the principle of equality. However, the usage of the term “Democracy” on the part of the privileged collective formed by characters like John Manning (*Salome of the Tenements*), Mrs. Preston (“The Lost Beautifulness”) or Henry Scott (*All I Could Never*

Be) denotes a paternalistic tendency when attempting to give meaning to the reality of the Lower East Side, since the fact of either allocating qualities, such as beauty, to the private spaces of the tenements or giving value to the individuality of the ghetto women praising the scarcity and austerity as peculiar elements of their culture highlights the vulnerability of the excluded social circles and the invisibility they suffer due to the fact that their exclusion is not considered as a target within the social reforms supposedly carried out on behalf of the Democracy.

Finally, in the third part of this research study the dilemma concerning the recognition of the difference in the public sphere will be approached from a feminist perspective, exposing the conflict of the power relations inside the modern society from a theoretical quandary between the so-called Feminism of Equality and the well-known Thinkers of the Sexual Difference. This dilemma takes place due to the different methods of inclusion for the excluded individuals within the spaces dominated by those recognized and recognizable, since, on the one hand, the feminist critic of Equality proposes a re-appropriation of the individual condition that has been stolen from every woman throughout the human history and, on the other hand, the stance of the Difference critic stands for an interpretation and creation of the individuality from the experience of the excluded subject itself. The problem which is laid out around this dilemma enriches the thematic nucleus of the Polish-American writer inasmuch as it will allow her to pave the way of negotiation that will de-construct the concept of “woman” used by both insights so as to provide with a more accurate vision that allows Lower East Side women not only to be recognized as such, but also as individuals crossed by both a specific social status and a culture excluded from the dominant one.

The usage of the theory of “*espacio de las idénticas*”, coined by the Spanish philosopher Celia Amorós, serves as a strategy when it comes the time to frame and

contextualize Yeziarska's main characters within the discourse of New York, since the visibility of their individualities is set aside as a generalized consideration and without specificity, what in Burton Pike's words in his study of the image of the modern city would be explained as: "A "mass" of people connotes a large, undifferentiated block of people acting as a collective unit with a collective will" (Pike, 1981, 110). Understanding the "espacio de las idénticas" as the "mass of people" to which the North American critic refers, the Jewish women portrayed by the author will be introduced through these considerations because their individuality is not recognized by those members of the American society who generate the discourses of representation, that is to say, those in charge of denoting the individuals in the public sphere due to the strong influence they have and without which the individual cannot obtain the social repercussion beyond the limits of the Lower East Side: "'Mass" is therefore a depersonalized concept, and also a negative one. It is applied to the lower classes of society, and the disappearance of an individual will in the collective emotion of the mass can easily become a metaphor for the submergence of "higher" civilized, rational thought into the "base" instincts of the mass" (Pike, 1981, 110).

In this way, the term "creator-creation" will be shown as an essential aspect concerning the relationships that the main female characters establish with the representatives of the elitist classes, since they will be exposed as the identity product resulted after the inclusion of their individuality in the discourse thanks to the recognition with which these representatives award them. By not having a place within the language from their positioning in the streets of the New York ghetto, these women will need to be recognized by individuals positioned in a higher and privileged social stage so as they can acquire the relevance they have been longing for since they arrived in America. Therefore, their identities end up being the product of a linguistic

configuration that depends directly on the ‘recognized’ other, establishing a hierarchy of power when it comes the time to understand the role they play in their relationship. The representative of the American society becomes, thus, an entity able to create meaning, giving the excluded individual the privilege of taking part in the public sphere from an individualized position. As a “creation”, however, these ghetto women’s identity will finally be molded depending on a paternalistic interest since their suitability to participate in the public sphere depends on the willingness of the creator of including it in the discourse of power with which the rest of the recognized members communicate among themselves.

As a consequence of the dependence established between the recognized individual and the one which is allowed to acquire such recognition thanks to the definition created by the former, it emerges a necessity of designing a way of escape through which these women could obtain the recognition of their individuality without the condition of passing a paternalistic examination. With the intention of clarifying the outcome of the alternative proposed by the author, the expression “positional opacity” will be used to determine the ability that these women have when attempting to acquire a valid identity. The interest in portraying a position in society as “opaque” comes from the need of delimiting the individual’s identity only by taking their own experience as basis, instead of being defined in terms of what the other’s sight perceives which observes and creates recognition in a strategic way and with an exclusivist purpose. So, if the “translucence” of the position of the individual in the American society is understood as an identity space from which they are defined by the other’s perception and from which they are watched by those in charge of awarding the privilege of materializing the individuality in the dominant discourse, then talking about “positional opacity” is useful to differentiate this state from the one experienced by Yeziarska’s

main characters, who managed to develop their experiences away from the paternalistic influence of the New York elites. The fact, therefore, of opposing the “translucence” to “opacity” allows this research to show the conflict between both stages from which the ghettoized Jewish women understand their lives from the moment they undertake the quest for the recognition of their individuality in the public sphere.

As Werner Sollors points out when classifying the types of writing that at the beginning of the 20th C dominated the literary scenery in North America, Anzia Yeziarska would perfectly fit within the ethnic literature that, though making use of a thematic influenced by the aspects of modernity and its relevancy in the urban territory, keeps a not very daring prose and form: “Other authors expressed the themes of modernity yet refrained from employing modernist forms. This was a common mode in ethnic literature (Bok, Yeziarska) that described migration, immigration, ethnicity, and modernity in premodernist prose and plotlines” (2002, 64). Although being framed by the contemporary criticism within the ethnic literature, Yeziarska’s fiction can also be of use as a basis for the study of the relations of power established among either the excluded individuals themselves or the social circles differentiated from the dominant culture. Maintaining an everlasting quandary, as the relevance of the cultural and class differences still is an active topic for the adaptation of every immigrant to new spaces, her main characters serve as a useful ground upon which set out the dilemma that emerges when it comes the time to create new valid identitary spaces within the American society, understood as that society built upon the ideal of the American Dream and the principle of equality that this discourse offers. The interest, thus, in having chosen the context of North America for the resolution of this research and the fact of having made use of Anzia Yeziarska’s fiction fulfil the purpose of attempting to materialize the conflict around the individuality of those excluded subjects and how

they can reach the recognition of their individuality within a space which has been created taking the principle of equality as its epicenter.

2. Conclusion: ‘Difference’ or ‘Imitation’

The teaching of the servitude has turned out being an ineffective model of instruction for the Lower East Side women, whose expectations to integrate in the American society implied at the same time the equality of opportunities in the labor area, an aspect which the paternalistic discourse of the charitable institutions lacked. Instead, these institutions, like the *Home for the Working Girls* or the *Social Betterment Society*, are in charge of monitoring and controlling that the ghetto inhabitants fulfil a specific role of conduct, which fuels class differences rather than blurring them. As an alternative to the services offered by these institutions, Yeziarska proposes a network of solidarity among the members of the same excluded community, that is to say, among the Lower East Side inhabitants, since it is supported by the altruism backed up by the Jewish tradition, far away from any social mission interested in satiating a paternalistic intention. In this way, it is generated what has been called an “extra-norm” that, though it remains within the margins of the hegemonic discourse due to its invisibility, exerts as a point of resistance within the panoptical framework in which this type of charitable institutions operate. By understanding the act of solidarity as an act of resistance within a system in which every relationship among individuals is conditioned by either a selfish or a classist interest, it is accepted the existence of vulnerable points through which the individual is able to create a space of exception, which can be explained as a space of identity creation. In addition to it, the fact that the majority of her main characters tend to retake the value of their experience in the ghetto after having willingly taken distance from it symbolizes the necessity of creating a new identity model from the influence both of some cultural features and the dynamics of the society they have just moved into.

The maintenance of precariousness is shown, thus, as a habit that has to be performed by the ghetto inhabitants so as they can receive the services offered by the charitable institutions, which are ruled by an explicit normative at the expense of the inclusion of these women into the public sphere dominated by those social classes with acceptable identitary standards. Despite the fact that the solidarity appears as a way of escape in opposition to the network of power spread by this type of institutions, the truth is that it can only be performed within the private space of the ghetto, reducing the ability to perform of the act of solidarity and the rank of influence that it could expand. Hence, Yeziarska puts at the foreground a set of characters that, due to their being positioned outside the margins of the ghetto, must search for an alternative which allows them to generate a resistance from which facing the dominant society without abandoning their cultural features. In this way, they find the educational institutions as the means by which they manage to give oral expression to their experiences, an act that permits them to set up a bridge of comprehension with the American individuals to compensate the state of exclusion they have been positioned in when trying to enter the public sphere.

Regarding the ghetto women who comprise their experience within the labor dynamics in the city of New York, it is convenient to point out the role of the *New American Jewish Woman* because it is portrayed by those women who intend to gather in their own same experience the emancipating character of the *American New Woman* and the ideological features of the European socialism. That expression would be the proposal that the author offers to transcend the cultural and class barriers which existed among, on the one hand, the middle-class American women and, on the other hand, those who inhabited in the Lower East Side and had to participate in the wage-earning labor of the sweatshops and the emerging textile factories. Once the Jewish tradition,

characterized by the ghetto routine, and the feminine ideal in force in that period, distinguished for its interest in placing women outside the public sphere influence, come into conflict, the women portrayed by Yeziarska create a new hybrid identity with which they are able to take part in the consumption market at the same time that they lead the struggle for equal opportunities and the improvement of their situation in the professional field.

As a counterbalance to these three alternatives exposed in Yeziarska's literary production, the Americanization appears as a process thanks to which the access to the recognition of women's individuality can be pursued, regardless of their origin or their cultural differences. Nevertheless, as it has been demonstrated, this process is conditioned by a set of assumptions that, in case they do not take place, hinder its realization, forcing characters both to commit themselves to the private space of the ghetto and to suffer an identity crisis when coming into contact with the American society. In this respect, the discourse of the American Lady would work as an identity strategy so that these women could be recognized in terms of the social status to which, according to their appearance, they would belong in case of performing it. The fact that these discourses are considered as processes imply their being perceived as those links that facilitate the transit from one identity towards another, that is to say, links that make possible the acquisition of characteristics and habits that shape the individuality of a subject. The empowerment which results from the effective execution of the Americanization gives way to the performance of an initiation rite, or, in other words, a symbolic re-born, that allows the access to the legitimacy of the individuality in the public sphere. By determining this identity process as an initiation rite, this research study intends to expose the features of an empowerment on the part of the Lower East Side women which involves the recognition on the part of the dominant classes of the

individuality that remained invisible in the ghetto streets. The necessity, thus, of watching themselves recognized through the perception of the other goes past a stage of identity transition to which they submit themselves in order to get the adaptation towards the new experience carried out within the big North American cities.

One of the most recurrent themes that Yeziarska portrays in the majority of her novels is the intrusion inside the minority ghetto community of some new roles of conduct coming from the domestic middle- and high-class sphere and performed in the public space of these big cities. Their coming into force of this influence in the Lower East Side context, where the social relationships are understood as solidary bonds and empathic networks of behavior among their inhabitants, leads to an immediate cultural clash that provokes a destabilization inside the efficient functioning of this community. As it has been demonstrated throughout this research, the normative of the Americanization, apparently inclusive to those who decide to fulfil its expectations, does not manage to stay in force within the limits of the ghetto insofar as its permanence depends on an economic solvency to afford it. In this way, characters such as Hanneh Hayyeh in “The Lost Beautifulness”, who through the renovation of her kitchen intends to gain access to the American identity status, are led to fail in their attempt to execute the path of the Americanization without being backed up by the enough monetary supply to sustain it. Likewise, Bessie Smolinsky’s resolution, in *Bread Givers*, to tidy her home up given the arrival of her suitor Berel Bernstein ends up being frustrated, since the presence of her father’s authority prevents her from both manipulating the place and transform it to an Americanized space. The sustainability of the American identity seems to imply a compromise which these women would find impossible to fulfil as long as they position their experiences within the excluded context of the Lower East Side. Following this argument, the perdurability of the deeply

rooted Jewish customs once the individual has positioned herself within the space comprised beyond the ghetto remains unfeasible, since, as it happens with Hanneh Breineh in “The Fat of the Land”, the individuality of the character is not finally recognized by any social circle, emphasizing the crisis of identity that emerges after having forced the inclusion of these women inside a space where the performance of their experiences is unrecognizable.

According to Yeziarska, to be able to perform the American Dream in the space of the big urban American cities the individual must understand the assimilation to the American social model from their cultural difference, without losing the identity ties that characterize them. The attempt to merge in the same experience the continuity of those ties and the recognition of their individuality creates in them the necessity of departing from new practices that do not have any referential archetypes of behavior to imitate, so it forces them to generate an alternative space that may allow them to perform that ideal. The fact that both Sara Smolinsky, in *Bread Givers*, and Fanya Ivanowna, in *All I Could Never Be*, end up reaching that recognition thanks to the presence of individuals such as Hugo or Vladimir, who also belong to the excluded minority, denotes the impossibility of the dominant classes to forge definitions that could be of use to these women in their identity quest. Furthermore, in both novels, the consideration of the private context of the tenements as the only way of escape in the face of the pressure of the Americanization, which constitutes the living experience in the public sphere, helps to understand the reasons why these characters are positioned inside the private spaces where they involuntarily personify the ideal of the longed-for American Dream.

The relevance of the private spaces such as Hanneh Hayyeh’s house, in the short story “The Lost Beautifulness”, or Helena Hoffman’s library, in *All I Could Never Be*,

are shown as places where the difference becomes valid to the detriment of the value coming from the fraudulent discourse emitted by the representatives of the dominant classes, such as Mrs. Preston or Henry Scott. The usurpation of the experience of those socially excluded individuals on the part of these characters and the latter manipulation they carry out of their experience in favor of a classist interest, though apparently conciliatory, is demonstrated when they reproduce the theoretical basis of the American Dream at the same time that they perpetuate a separatist attitude towards the Jewish community ghettoized in the big North American cities. From a well-off position, these characters do not have the authorized legitimacy to pretend their discourse to be inclusive, which, as it has been shown in Yeziarska's fiction, it results being ineffective when being put into practice. Insofar as the members of the ghetto have only experienced the social recognition from an illusory perspective, this ideal, also known by the term "Democracy" does not have a feasible character as long as it depends on either the subjection of the individual to the process of Americanization or the fact of having enough money to sustain it. However, it can be made true once the characters such as Sara Smolinsky or Fanya Ivanowna decide to retake the ideal and perform it from their identity difference, away from any cultural imposition.

In this respect, it is worth highlighting the generational chasm that Yeziarska portrays, since it is not fortuitous that both Sara and Fanya are able to perform the ideal of the American Dream whereas Hanneh Breineh and Hanneh Hayyeh's situation does not allow them to make it due to their experiences being understood in terms of maladjustment. The conflict that emerges around the identity crisis that both mothers endure, for not being able to Americanize, is related to the fact that they shaped their identities in a different context and, for this reason, the cultural ties that they carry prevents them from a complete integration within the American *modus vivendi*. In spite

of their attempts to reconcile both experiences, Yeziarska shows how these two characters play the role of a hinge between a past located in the eastern European towns and the adoption on the part of their descendants of the American identity. This transitional space in which they are positioned, thus, is opposed to Sara Smolinsky and Fanya Ivanowna's identitary firmness at the end of the novel after having acquired the discourse of the American Dream and having given a new validity to their identity thanks to the authority with which they have been provided only for being on American soil, proving their being immigrants as the basis of being recognized as American. Nevertheless, as well as Shenah and Reb Smolinsky perform the perdurability of ancient customs only within the private context of the tenement, Sara and Fanya must turn to this excluded space because the public sphere dominated by the elitist classes do not permit the realization of the American Dream from their difference, but, instead, it could be only reached through the Americanization process, leaving aside that difference which they eventually perform.

Therefore, the expulsion of the characters here portrayed, either Hanneh Breineh's from the spaces where her children get in contact with the New York elite, Hanneh Hayyeh's after having being evicted due to her unpaid rent, Sara Smolinsky's from her house for not supporting her father's authority, or Fanya Ivanowna's for not accepting the validity of the sociological research carried out by Henry, is the consequence after not fulfilling the requirements of the process of Americanization to obtain the recognition of their individuality, a recognition that the ideal of the American Dream provides with and that becomes in question by this process.

This research study has intended to show the recurrent presence of those elements which reveal the lack of equal opportunities among the individuals within the North American society through the critical observation of most of Yeziarska's fiction.

The adoption of the paternalistic discourse on the part of characters, such as Sonya Vrunsky, Adele Lindner or, with a different final resolution, Minnie Yudelson, serves as a justification for the latter exaltation of her individuality by means of the emancipation they finally undertake. In the same way that Sonya appropriates the discourse spread by Manning so as to witness that her inclusion as equal within the spaces they share has effectively taken place, Adele shows a total assimilation to the paternalistic doctrine, performing even the benefactresses' attitude without getting the social recognition she expected. After a transitional period in which these two main characters reveal the actual intentions of the institutions where they are positioned and demystify the promises of equality among members belonging to different social status, Sonya and Adele go back to their original situation in order to, from there, vindicate their individuality. In a different way, however, Minnie, once she has adopted the role of conduct taught by the Americanization, prefers to keep enjoying a privileged position, taking distance from the hard living conditions that the return to the ghetto may imply. While in *Salome of the Tenements* and *Arrogant Beggar* there is a change of mind on the part of the characters which turns their interest in following the guidelines set by the hierarchy of power, in "Dreams and Dollars" both Rebecca's attitude and Minnie's show the firmness of two fixed extremes that do not alter their behavior. The difficulties with which Rebecca comes across when trying to decide whether she returns to the ghetto or not, since she cannot help feeling attracted by her sister's way of life, justify attitudes like Minnie's, to whom, though she expresses her willingness to return to the Lower East Side, the links that she has established with the social elitist networks prevent her from retaking her previous identity. Even though it is true that these women, after having come into contact with the discourse of the elite, receive an influence from which neither of them is able to detach, since both Sonya, referring to Hollins, and

Adele, recognizing the benefactresses' effort to teach them a labor, attribute part of the merit of their outcomes to that foreign authority, it is also true that Minnie's passivity does not seem to be supported by Yeziarska as a valid alternative. Rebecca's decision to return to the ghetto makes up for her sister's inability to fill the existential void that her inclusion into the social elite implies. In this way, two identity alternatives are shown between which the East Side women must position themselves in their attempt to claim their individuality, establishing Sonya, Adele and Rebecca's attitude as the most effective ones when it comes the time to live a coherent and authentic experience.

The conflict when defining the Lower East Side women is provoked by the fact of the dominant discourse using terms that overshadows their capacity of becoming an entity. As well as Sonya is perceived by Hollins' shop assistant at Fifth Avenue as "nobodies", the distinction that Uncle Rosenberg uses to refer to Sara and her family is based on an entity dichotomy which reflects the hierarchy of power among the different social classes. Taking as a starting point the lack of representation of the low classes in the public sphere and their absent relevancy decisions affecting the American society have to be taken, such as those related to the consumption market and the stereotypes of behavior spread by its discourse, Uncle Rosenberg establishes a division between "Somebodies – Nobodies" in order to associate Sara's lack of social recognition with her precarious situation and, thus, be able to justify the impossibility for the couple to get marry equating economic status with the "positional opacity" which would give her the individuality required. By not fulfilling the expectations of a consumption society in which the individuals are recognized in terms of their material goods, Sara and Sonya are strategically positioned within the discourse being appealed as "nobodies" to turn their social relevancy into a situation of exclusion that overshadows their existence. These women's claim to recover the recognition as "somebodies" that the elitist classes

have taken from them goes through an initial stage of acquisition of alienating values so that they finally appropriate of the quality known as “somebodies” within the margins of the ghetto, an alternative which destabilize the paternalistic order of integration. This alternative allows them to re-define the consideration “nobodies”, since, though they continue being appealed as such outside the Lower East Side, they transform its semantic content and demonstrate their obtaining an individuality experienced from their condition as “nobodies”, reaching at the same time the status of “somebodies” within their community and eulogizing their difference as a way of access to that recognition. Thus, it is demonstrated that the “positional opacity” through which the individual is recognized as equal performing their difference must depart from a previous recognition of belonging to the ghetto in order to, from there, build a valid identity which could have relevancy in the public sphere. “Sony’s Model” becomes, then, an example of how Lower East Side Jewish women can share the same space with the elitist circles, although that may imply the inclusion of their cultural values into the consumption market rules, which overshadows the differences and turn the vindications into stereotypes. The transit from “nobodies” to “somebodies” is summarized not so much in terms of how these women are perceived in the spaces dominated by the paternalistic elite, like Uncle Rosenberg or the shop assistant in Fifth Avenue do, but rather in terms of how they recognized themselves as “somebodies”, or individualities, potentially.

Regarding the spaces chosen to perform the hierarchy of power among the characters portrayed, such as the Manning Settlement House, the Home for the Working Girls or, in a more reduced aspect, Abe Shmukler’s Mansion in which Minnie lives, have shown to be efficient altars from which a pretended altruism can be spread hiding classist assumptions.

